

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

MEMORIAS

TOMO XXXI

{2004}



2010

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

TOMO XXXI
[2004]

ACADÉMICA

DISCURSOS DE INGRESO

HOMENAJES

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

TRABAJOS DIVERSOS EN OTROS FOROS

MÉXICO, 2010

Academia Mexicana de la Lengua
Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua. —
México: Academia Mexicana de la Lengua, 2010
388, [4] pp. : 17 × 23 cm

Tomo XXXI (2004)—

1. Academia Mexicana de la Lengua— Publicaciones periódicas. 2. Español— México— Publicaciones periódicas. 3. Filología mexicana— Publicaciones periódicas. 4. Filología española— Publicaciones periódicas. 5. Literatura mexicana— Publicaciones periódicas. I. t.

Dewey 460.6

LC PC4831

La Academia Mexicana de la Lengua se reúne en sesión privada los segundos y cuartos jueves de cada mes, de 17:30 a 20:00 horas. Los mismos días sesionan su Mesa Directiva, de 9:00 a 11:30 horas, y su Comisión de Lexicografía, de 16:00 a 17:30 horas. La Comisión de Consultas se reúne con periodicidad semanal, cada jueves, de 12:30 a 14:00 horas. Todas estas reuniones tienen carácter privado.

Atención al público: de lunes a viernes, de 9:00 a 14:00 horas.

D. R. © 2010 Academia Mexicana de la Lengua, A. C.
Liverpool 76, C. P. 06600, México, D. F.

Conmutador: (+52 55) 5208 2526
Fax: (+52 55) 5208 2526, ext. 102
Correo electrónico: academia@academia.org.mx
Sitio electrónico: <http://www.academia.org.mx>

Esta publicación ha sido
posible gracias al apoyo del



Impreso y hecho en México/*Printed in Mexico*

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

[2004]

MESA DIRECTIVA

Director: José G. Moreno de Alba

Director adjunto: Ruy Pérez Tamayo

Director honorario perpetuo: José Luis Martínez

Secretario: Salvador Díaz Cántora

Secretario sustituto: Vicente Quirarte (desde octubre)

Censor estatutario: Tarsicio Herrera Zapién

Bibliotecario-archivero: Vicente Quirarte

Tesorero: Eulalio Ferrer

Tesorero: Gonzalo Celorio (desde febrero)

Miguel León-Portilla

Andrés Henestrosa

Alí Chumacero

Ernesto de la Torre Villar

Silvio Zavala

Salvador Elizondo

José Pascual Buxó

Clementina Díaz y de Ovando

Carlos Montemayor
Arturo Azuela
Leopoldo Solís
José Rogelio Álvarez
Guido Gómez de Silva
Ernesto de la Peña
Margit Frenk
Ramón Xirau
Margo Glantz
Enrique Cárdenas de la Peña
Jaime Labastida
Mauricio Beuchot
Gustavo Couttolenc
Elías Trabulse
Julieta Fierro
Elsa Cecilia Frost
Felipe Garrido

Electos

Adolfo Castañón
Diego Valadés
Concepción Company

ACADÉMICA

VIDA ACADÉMICA

AÑO 2004

Durante el año 2004, la Academia Mexicana de la lengua recibió a tres nuevos académicos de número y eligió a tres académicos correspondientes, y perdió, por fallecimiento, a un académico de número, quien además fue secretario de nuestra academia.

Durante el año 2004 se celebraron 17 sesiones ordinarias privadas y seis sesiones públicas solemnes, de las cuales tres fueron de ingreso y tres conmemorativas.

Se incluyen aquí cuatro discursos de ingreso, con las debidas respuestas a los tres ingresos de académicos numerarios, seis textos de homenaje, 11 trabajos leídos en sesiones ordinarias y siete trabajos leídos en otros foros.

DISCURSOS DE INGRESO

El 22 de abril, durante la sesión ordinaria de la Academia, Eusebio Leal Spengler, previamente nombrado académico corresponsal de la Academia en La Habana, Cuba, leyó un discurso de agradecimiento por la corresponsalía otorgada.

Julieta Fierro pronunció su discurso de ingreso como académica numeraria el 26 de agosto de 2004. Su título fue “Imaginemos un caracol”. Le contestó Ruy Pérez Tamayo.

Felipe Garrido leyó su discurso de ingreso el 9 de septiembre de 2004. Lo tituló “Leer el mundo”. Le dio la bienvenida Jaime Labastida.

Elsa Cecilia Frost ingresó como numeraria el 11 de noviembre de 2004. Su discurso se llamó “Acerca de Nepantla”. Le contestó Alí Chumacero.

ACADÉMICOS ELECTOS

El 12 de agosto de 2004 fue elegido académico Diego Valadés para ocupar la silla XVI, que antes había ocupado Gabriel Zaid.

Concepción Company fue elegida el 23 de septiembre para ocupar la silla número V, que había pertenecido al poeta y latinista Rubén Bonifaz Nuño.

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

En el año 2004 se nombraron tres académicos correspondientes mexicanos.

Sergio Fuentes Gutiérrez fue nombrado académico correspondiente en Puebla, el 26 de febrero.

José Everardo Mendoza fue nombrado académico correspondiente en Culiacán, Sinaloa, esa misma fecha (26 de febrero).

Víctor Sandoval fue nombrado académico correspondiente en Aguascalientes el 26 de agosto.

FALLECIMIENTO

En octubre de 2004 la Academia sufrió la enorme pérdida de su secretario, Salvador Díaz Cíntora, quien desde el 27 de octubre de 1994 había ocupado la silla IX. El 4 mayo de 1995 leyó su discurso de ingreso, y desde el 9 de noviembre de 2000 hasta dos meses antes de su muerte fue el decimoquinto secretario de la corporación.

HOMENAJES

Tres sesiones de homenaje se efectuaron en 2004. En dos de ellas se homenajeó a Agustín Yáñez y en una tercera ocasión se hizo un homenaje a tres escritores: Novo, Gorostiza y Owen.

El primer homenaje a Yáñez se llevó a cabo en la ciudad de Puebla, el 25 de marzo. En él participaron Enrique Cárdenas de la Peña, Vicente Quirarte y Arturo Azuela.

En el segundo homenaje, el 10 de junio, en el Centro de Cultura Casa Lamm, José Luis Martínez leyó su estudio “Los primeros libros y las novelas de la tierra de Agustín Yáñez”.

El 23 de septiembre, igualmente en el Centro de Cultura Casa Lamm, con motivo de los centenarios de sus nacimientos, la Academia llevó a cabo el mencionado homenaje a tres escritores. Para rendirles dicho homenaje, hicieron uso de la palabra tres académicos: Gonzalo Celorio expuso “Salvador Novo, ocasiones de contento”; Vicente Quirarte leyó su texto “Celestino Gorostiza, Contemporáneo”, y Jaime Labastida dio lectura a “Gilberto Owen en su centenario”.

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

En el año 2004 se leyeron 15 trabajos en sesiones ordinarias, de los cuales se publican 11 aquí. Son los siguientes:

El 8 de enero Margo Glantz dio lectura a su estudio “Épica y retórica del infortunio”.

El 22 de enero Vicente Quirarte leyó su ensayo “*Me muero de sin Usted*: Cartas de Gilberto Owen a Clementina Otero”.

El 12 febrero Guido Gómez de Silva expuso “Los topónimos mundiales en español”.

El 26 de febrero Gonzalo Celorio presentó su trabajo “Un río español de sangre roja”.

El 11 de marzo Ruy Pérez Tamayo dio lectura a su estudio “Bioética y raza”.

El 22 de abril Jaime Labastida hizo la lectura de su trabajo “A propósito de la Justicia, la Literatura y el Derecho”.

El 24 de junio correspondió a Tarsicio Herrera Zapién hacer lectura de su texto “Un poema inasible mas no roto. Un poema cósmico de Alfonso Castro Pallares”.

El 8 de julio Mauricio Beuchot dio lectura a su ensayo “Poesía y metafísica en el barroco español”.

El 14 de octubre Margo Glantz dio lectura a su texto “México a través de mis siglos”.

El 28 de octubre Gustavo Couttolenc leyó un escrito al que tituló “Rubén Marín y su novela *Los otros días*”.

El 25 de noviembre Guido Gómez de Silva expuso su trabajo “Historia del alfabeto”.

OTROS HECHOS RELEVANTES

La Comisión de Lexicografía efectuó 23 sesiones de trabajo. Se avanzó notablemente en los trabajos de catalogación y clasificación la biblioteca de la Academia. Se adelantó, casi hasta concluir, la preparación del *Diccionario escolar de la lengua española*. En el rubro de publicaciones hubo bastantes logros: se publicó el tomo XXVII de las *Memorias de la Academia Mexicana*; en coedición con el FCE se publicó el *Refranero mexicano*, del académico correspondiente Herón Pérez Martínez, y las *Semblanzas de académicos. Antiguas, recientes y nuevas*, en edición de José Luis Martínez para el FCE. En coedición con el Seminario de Cultura Mexicana y el Gobierno de Jalisco, la Academia publicó el libro *Agustín Yáñez en las letras y en la historia*, de Arturo Azuela. La Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española llevaron a cabo asimismo la publicación de una notable edición conmemorativa del cuarto cen-

tenario de la primera edición de la Primera Parte de la novela de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, en las prensas de la editorial Alfaguara.

PARTICIPACIONES EN OTROS FOROS

El director, con la representación de la Academia Mexicana de la Lengua, asistió a las siguientes reuniones académicas: comisión interacadémica de la GRAE (en Burgos, del 2 al 8 de mayo); comisión interacadémica del DPD (Santiago de Chile, del 2 al 12 de julio); exposición de proyectos académicos en el marco del Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (celebrado en Monterrey, el 24 de agosto); reunión con directores de diarios de Hispanoamérica (Madrid, 7-9 de octubre); aprobación del DPD (San Millán de la Cogolla, 11-15 de octubre); tercer Congreso Internacional de la Lengua Española (Rosario, Argentina, 16-22 de noviembre); presentación de la edición conmemorativa de *El Quijote* (en Los Pinos, el 23 de noviembre). Por instrucciones del director, el secretario asistió a las sesiones del Foro Consultivo Científico y Tecnológico, del que forma parte esta Academia por ministerio de ley, y, también por instrucciones del director, el gerente general asistió a las reuniones del Comité Consultivo del proyecto del nuevo edificio de la Biblioteca de México “José Vasconcelos”.

En estrecha colaboración con la Cátedra Alfonso Reyes del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, se organizaron cuatro mesas redondas: el 24 de agosto, sobre Alfonso Reyes, participaron (en el campus del ITESM en Monterrey) José Luis Martínez, Gonzalo Celorio, Vicente Quirarte y Adolfo Castañón. El 21 de septiembre, en el campus del Estado de México, fueron cinco los académicos que formaron parte de la mesa redonda cuyo tema fue “Historia de la literatura mexicana”: José Luis Martínez, Margo Glantz, Vicente Quirarte, Felipe Garrido y Adolfo Castañón. La tercera mesa redonda, que trató sobre “Filosofía y lenguaje” y se llevó a cabo en el campus de la ciudad de México, tuvo

como participantes a Jaime Labastida, Mauricio Beuchot y Elsa Cecilia Frost. El 29 de octubre tuvo lugar la cuarta mesa redonda, con el tema “La ciencia y la lengua española”. Participaron en ella Ruy Pérez Tama-yo, Enrique Cárdenas de la Peña y Julieta Fierro.

PREMIOS Y DISTINCIONES

Varios de los académicos mexicanos obtuvieron, durante 2004, importantes premios y distinciones: Margit Frenk recibió el Premio San Millán de la Cogolla; Margo Glantz, el Premio Nacional de Literatura; Adolfo Castañón recibió la Legión de Honor de Francia; Carlos Fuentes, académico honorario, el Premio Real Academia Española y el Giuseppe Acerbi 2004 por la edición italiana de *Los años con Laura Díaz*; Carlos Montemayor, el Premio especial Goiuseppe Acerbi 2004 de Castel Goffredo (Mantua, Italia); Andrés Henestrosa y Jaime Labastida recibieron sendos doctorados *honoris causa*, el primero de la Universidad de Puebla y el segundo, de la Universidad de Sinaloa.

DISCURSOS DE INGRESO

DISCURSO DE INGRESO COMO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE*

Eusebio LEAL SPENGLER

Muchas gracias.

Señor doctor don José Moreno de Alba, director de la Academia Mexicana;
señor secretario;
señoras y señores académicos;
señor presidente de la Fundación;
señoras doñas Claudia y Germaine Gómez Haro, benefactoras;
queridos y queridas amigos:

En el día de hoy cumplo el deber, al ingresar por vuestra generosidad como miembro correspondiente en La Habana, Cuba, de esta ilustre Academia, de recordar a mis predecesores en el tiempo, cuya vida ya se ha extinguido hace años: al doctor José María Chacón y Calvo, cuya sabiduría pude disfrutar en vida, a José Miguel Carbonell, a Miguel Ángel Carbonell y a nuestro profesor Raimundo Lazo, de ilustre memoria y gratísima recordación para todos. La intensa correspondencia que mantuvieron ilustres cubanos como don Fernando Ortiz, don Medardo Vitier y su hijo don Cintio, don Eliseo Diego y muy particularmente don Alejo Carpentier, con grandes figuras de esta Academia como lo fueron don Alfonso Reyes y don Octavio Paz, honra extraordinariamente el poco mérito que puedo yo reunir para estar entre ustedes.

Quisiera decir que nuestra Academia, en La Habana, presidida actualmente por el doctor, tan querido y tan estimado por sus alumnos, don Salvador Bueno, continúa en este tiempo la de nuestra inolvidable poeta Dulce María Loynaz, Premio Cervantes, de cuya casa tomará posesión

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 22 de abril de 2004.

la Academia en la calle 19 y E, en el Vedado, La Habana, como su sede próxima, en el mes de mayo. Dulce María, con su extraordinaria generosidad, estableció un puente entre esa Academia que parecía extinguirse en los años sesenta y la Academia actual, cuando abrió paso a don José Antonio Portuondo, el ilustre académico, alumno de El Colegio de México y Embajador de Cuba en esta República. Fue el doctor Portuondo el primer académico que podríamos denominar de una modernidad de la Academia en los tiempos que vivimos y fue a don José Antonio y a doña Dulce María a los que debemos el haberla engrosado, el haberla engrandecido y el haber reunido en ella numerosos méritos de personalidades de la vida de la cultura cubana, distinguida por su culto a la lengua y a las bellas artes. De esa manera, siendo esta la única Academia superstiva en nuestro país, donde las funciones académicas fueron tomadas en función por otras instituciones del Estado, tiene ella, con ese mérito singular, el carácter de ser un foro en el cual se debate habitualmente algo más que el tema puro del idioma que ya sería suficiente materia para empeñarnos teniendo en cuenta que es el idioma la patria común y el espacio común en que habitamos.

A esa nobilísima ciudadanía fuimos llamados hace más de seis años por Dulce María y hoy, cuando venimos a México por vuestra generosidad, después de haber obtenido el acuerdo en la sesión precedente de la Academia para nuestro ingreso como miembro correspondiente, me complace y honra venir a agradecerles sintiendo el deber de rendir tributo a las letras mexicanas y a su enorme aportación al caudal del español americano. Y es que en este año en que se conmemora el bicentenario de José María Heredia, que México tan intensamente ha celebrado, este año en que también nosotros asumimos, con el homenaje a nuestro poeta nacional muerto en Toluca hace ya tantos años, el deber de sentirnos parte de una heredad compartida en el idioma y en el sentimiento más profundos.

Ayer decíamos en la Casa Lamm, precioso espacio del que nacen tantos auspicios y tan importantes iniciativas para la cultura, que no fueron

pocas las ocasiones en que el ala bienhechora del águila mexicana se extendió sobre nuestro pueblo, pequeña isla en el Caribe americano, que es su Mediterráneo, esa isla en cuyo escudo entre dos peñones aparecen la tierra mexicana y la cubana, entre cuya magnífica representación el golfo mexicano extiende un sol esplendente, magnífica aurora.

Me alegro muchísimo de entrar en esta casa. Quisiera haber estado al menos una vez y esta mañana lo he hecho por romántica emoción a la puerta de la casa bicentenaria de la calle de los Donceles y vinimos a esta sede que tanto ha hermoñado la generosidad de la Fundación y que ha sido, además, reconocida como una de las más bellas obras en pro de redimir a la Academia de tantas limitaciones y de tantas dificultades, para darle el espacio que merece en el seno de la sociedad mexicana e hispanoamericana.

Muchas gracias, señor director, señoras benefactoras, señoras y señores académicos. Muchas gracias.

IMAGINEMOS UN CARACOL*

Julieta FIERRO

Estimados miembros de número de la Academia Mexicana de la Lengua a quienes he aprendido a disfrutar de manera creciente a lo largo de estos meses de iniciación, distinguidos invitados, amigos, querida familia:

Imaginemos un caracol, uno de jardín. Recorramos con la mente la espiral que decora su concha y que le sirve de casa. Pensemos en la manera en que disfruta la humedad después de la lluvia. Parecería que le entusiasma tanto como a algunos de nosotros cuando retozamos entre las olas del mar gozando de las caricias del agua salada.

Tanto humanos como caracoles tenemos ancestros que surgieron del mar. No solo los primeros organismos vivientes se originaron dentro de lodo salobre y emprendieron la conquista de la tierra emergida; nosotros vivimos nuestros primeros meses dentro del agua y poseemos un mar salado en el interior de la bolsa que es nuestro organismo. De allí nuestro gusto por la sal y por el agua.

Los caracoles y las personas nos adaptamos para vivir en las grandes urbes. Anualmente ellos gozan al devorar rosales, los chilangos encontramos en nuestra ciudad sorpresas como son las jacarandas en flor; gozamos la libertad para pensar y crear.

Reflexionemos sobre las miles de generaciones de caracoles que debieron adaptarse a la ausencia de olas y avanzaron a paso lento hasta las planicies de la cuenca de México; usaron la rádula para comer, en lugar de algas, las plantas de nuestros patios. Las palabras alegran los jardines de nuestra

* Leído en la sesión pública solemne del 26 de agosto de 2004, efectuada en el Museo Universum.

mente. Transitamos por ellas lentamente con el placer de palparlas. Nos detenemos sobre sus humedades y nos envolvemos con su aroma.

Un caracol tiene branquias internas en lugar de pulmones. Los nuestros surgieron de las vejigas natatorias de algún pez primitivo. Tanto branquias como vejigas sufrieron lentas adaptaciones y así transitaron del mar salado y delicioso al disfrute del aire aromático de un amanecer después de la lluvia. Estas bolsas de aire permiten el habla, dar entonación a las palabras y soltar carcajadas. Si no fuera por nuestros pulmones no podríamos cantar al son de una sandunga y pronunciar palabras como *amor* y *soledad*. Las nuevas ideas y productos requieren ser nombrados. Voces del pasado se recuperan y adquieren nueva vida; otras desaparecen o mutan a la par de nuestra existencia.

Los caracoles son parte de la vasta familia de los gasterópodos, poseen una sola concha univalva enrollada; de allí que se les conozca como helícidos. Una de las evidencias más patentes de su éxito son los fósiles. Nos muestran cientos de miles de generaciones de individuos. Existen 35 000 especies vivientes de gasterópodos y se han documentado 15 000 fósiles; son los moluscos más exitosos. Como el resto de los organismos vivientes, sufrieron mutaciones que garantizaron su adaptación al entorno cambiante.

Las palabras fósiles documentadas son solo una muestra pequeña de nuestra evolución lingüística; son necesarias para comprender los matices de nuestro presente en transformación.

En el mejor de los casos, la memoria de los caracoles dura cuatro meses; la de una persona, décadas. La memoria es parte fundamental de la inteligencia; con ella establecemos relaciones y generamos nuevas ideas. Puesto que las voces se modifican, es necesario definirlas en diversas épocas y con múltiples ejemplos de uso para que se integren a la memoria colectiva. La filosofía nos enseña que la teoría de Cantor es insuficiente para explicar la fijación de una voz; indica que nunca llegaremos al límite del conocimiento.

El número de palabras de la lengua española es mucho mayor que el de las especies de helícidos. Las voces incluidas en el *Diccionario de la*

lengua española de la Real Academia son 87 000. Es una obra inacabable; la cantidad de mexicanismos va en aumento. El número de palabras del español depende de la manera en que las contemos. Por ejemplo: ¿debemos incluir en una sola voz los verbos? ¿Son la misma palabra: *ser*, *eres*, *fue* y *seremos*? ¿Hay que contabilizar una palabra nueva que cobró existencia gracias a una falta tipográfica repetida 300 000 veces? ¿Y los nombres que usamos en el lenguaje cotidiano?, ¿serán tan palabras como las demás? Existen en nuestra mente porque las nombramos. Actos de comunicación tan comunes como ponerse de acuerdo para ir al teatro serían imposibles sin la inclusión de nombres propios: “¿A cuál?, ¿Qué te parece El Hábito?, en la calle Madrid; como sabes, Jesusa acaba de estrenar. ¿A quién invitamos?, ¿qué tal si a Ena, Sadia e Itziar?” Incluir todos los nombres en los diccionarios elevaría la cantidad de voces a cientos de miles.

En el interior de la cubierta de roca de un caracol, así como dentro del ser más admirable y amado se encierra la historia del cosmos. Conocerlos a profundidad sería entender en detalle cómo se originó el universo. Para comprender la presencia de vida en la Tierra habría que remontarse al menos a 14 000 millones de años. En esa época el espacio y el tiempo estaban plegados sobre sí mismos. Tras la liberación de energía y su transformación parcial en materia, dio inicio nuestra historia, la evolución del universo. Menos de un minuto después de este acontecimiento ya existían protones y electrones que han transitado por nubes de gas y estrellas, y ahora, intactos, forman la materia prima para la vida. En el universo temprano solo existían elementos ligeros como el hidrógeno y el helio; sufrieron modificaciones durante la evolución estelar. La fusión nuclear tiene como subproductos el carbono y el oxígeno, indispensables para los seres vivos de nuestro mundo. Millones de generaciones estelares transformaron el hidrógeno primigenio en el nitrógeno que ahora fertiliza los plantíos de maíz.

La Tierra es un mundo de roca; los elementos que la forman, como el silicio o el aluminio, eran inexistentes hace 13 000 millones de años,

cuando nació la Galaxia. Fue necesario que estrellas con masas decenas de veces mayores a la del Sol estallaran para que los núcleos se fusionaran y así integrar los elementos más pesados, como el magnesio y el hierro. Estrellas que han pasado al anonimato tuvieron que reciclar una y otra vez la materia interestelar hasta lograr sintetizar suficientes elementos para originar planetas rocosos. Sin estrellas no habría mundos, y sin Sol no estaríamos nosotros. Las reacciones termonucleares son responsables de la energía que nos baña día con día. El mismo tipo de átomos que genera el brillo de las estrellas es el que facilita que se eleven los globos y que nuestras neuronas se puedan comunicar.

Con suficiente energía los átomos multivalentes producen moléculas tan complejas como las que originan la vida. Tras innumerables experimentos, la naturaleza acertó en crear el ácido desoxirribonucleico y las proteínas responsables de cumplir sus instrucciones. Por cierto, pudiera haber vida en otros mundos...; está por descubrirse. Deben existir múltiples maneras de estructurar la materia, de tal suerte que a costa de energía se modifique y se reproduzca. Tal vez exista vida en algún mundo sorprendente, con antenitas como las de los caracoles, en cuyo extremo se encuentran los ojos; o de color verde, moviéndose al compás del ricachá.

Los ancestros de los caracoles surgieron hace 580 millones de años y los que nos son comunes, hace 1 700 millones; juntos hemos evolucionado hasta tomar caminos distintos. Si degustamos moluscos, sabremos que sus protones se integrarán a nosotros y que dentro de 4 000 millones de años formarán parte del gas que desparramará el Sol por el medio interestelar, cuando se transforme en Hermosa nebulosa planetaria de envoltente helicoidal. La evolución cósmica continuará más allá de la vida del sistema solar, nuestros protones irán de mundo en mundo hasta desintegrarse en un cosmos de expansión acelerada.

Se requieren palabras para contar la historia de la evolución. También son necesarias para predecir, que es precisamente uno de los atributos de la ciencia.

Si analizamos la manera en que los átomos se organizan para formar las espirales de una concha, nos remitiremos al calcio disuelto en el agua del mar, que por medio de la vida se convierte en hélice, descrita con elegancia en matemáticas. Los gasterópodos, girasoles, galaxias y mentes arquitectónicas comparten formas espirales. Los matemáticos cuentan con diversas maneras de referirse a ellas. Si son planas, se construyen por medio de puntos que emergen del radio con un ángulo distinto del recto, a diferencia de lo que sucede en una circunferencia. Otro modo de frasear lo mismo es decir que una espiral se genera por el extremo del radio en rotación si aumenta en forma geométrica o exponencial. El lenguaje de las matemáticas es capaz de describir desde distintos puntos las figuras geométricas. Analizar así un objeto abstracto proporciona la libertad de estudiarlo y obtener cualidades que de otro modo permanecerían ocultas. Podemos observar y disfrutar de la naturaleza desde múltiples perspectivas mentales.

En realidad los helícidos son de tres dimensiones; para describir su contorno habría que aumentar una dimensión, alargarlos perpendicularmente al plano. El contorno que proyecta el caparazón respecto de cualquier fondo cambia con el movimiento, así como los infinitos horizontes del ser amado al renovarse con el mínimo de los suspiros.

En “relatividad general” también existen horizontes; son los llamados horizontes de eventos. Estos marcan el límite que impone la velocidad de la luz para transportar información. Si un astro está más allá de nuestro horizonte de eventos, su radiación no ha tenido tiempo de llegar hasta nosotros. Conforme transcurre la existencia, el horizonte de eventos se amplía pero, dado que vivimos en un universo en expansión acelerada, nunca lo conoceremos todo.

Como habrán notado, me gusta la ciencia, su lenguaje, la precisión y elegancia con que generaliza.

Volviendo a los gasterópodos, pueden ser una plaga. Por desgracia también las palabras llegan a ser un agobio, sobre todo cuando amplifican necesidades. En ese caso sirve enconcharse. Cada quien tiene sus

enemigos; los nuestros no son aves o lagartos, como lo son para los helícidos; con mayor frecuencia de la que quisiéramos, son personas capaces de herir con palabras; estas, como cualquier producto humano, pueden emplearse para el bien y para el mal.

La naturaleza carece de moral. Los caracoles marinos abandonaron el mar cuando agotaron las algas. Nosotros también devastamos nuestro entorno y buscamos nuevos parajes, incluso entre las estrellas. En ocasiones destruimos de manera innecesaria sin buscar equilibrios, incluidos los emocionales; matamos a los de la propia especie por avaricia u odio; lo documentamos. Nos hemos autonombrado la cúspide de la creación y con ese prejuicio devastamos a otras especies y abusamos de la naturaleza causando serios problemas a nuestros descendientes. Ojalá usemos más las palabras para pensar y proponer soluciones, no solo para preservar la naturaleza sino para que todos podamos tener una vida plena.

Nuestra baba puede o no dar asco; sin embargo, al igual que la del caracol, que se convierte en rastro estelar cuando emerge el Sol, la nuestra se transforma en fruto de placer luminoso en los actos de amor. La baba del caracol sirve para asirse a las superficies con el único pie que le brinda locomoción aumentando la tensión entre superficie y cuerpo. Nuestra baba es el primer paso de la digestión y el segundo de un beso.

A veces quisiéramos tener la paciencia del caracol. En su presencia sentimos que se dilata el tiempo; así quisiéramos extenderlo cuando disfrutamos de una caricia o de la lectura de un buen texto. En otras ocasiones nos gustaría que todo aconteciera más rápido, como el tiempo que le toma a la luz viajar de un sitio a otro del universo, y no tener que esperar miles de millones de años para averiguar lo que sucede en una galaxia.

Llevamos dentro un caracol, la cóclea, donde recibimos los sonidos que se convierten en palabras. Conforme pasan los años se pierden sus facultades, para unos antes que para otros. La lectura la reemplaza. El mundo del caracol es silencioso o para decirlo con corrección: ausente de sonidos. Aunque sus ancestros, al igual que los nuestros, son marinos, no

fueron cordados, así que carecen del órgano de la escucha. Nuestro oído tuvo su origen, como la vejiga de los peces, asociado a la orientación y a la flotación, y se perfeccionó cuando ciertos huesos de la mandíbula de los lagartos ancestrales se contrajeron para dar lugar a los huesecillos del oído medio. Escuchamos matices porque hablamos. Tenemos la capacidad de emitir consonantes y tonos, a diferencia de otros primates superiores que solo producen vocales. Música y voces evolucionaron juntas para generar placer.

El caracol lleva auestas su casa. ¿Y nosotros?: la mente, poblada de palabras. Nuestra edificación de ideas puede ser sorprendente, enriquecida a lo largo de la vida. A veces es un tormento: pesado y con recovecos oscuros que a pocas personas les gustaría conocer, allí domina el enojo. En esas mazmorras habitan la envidia, los celos, la ira. Otras veces nuestra mansión logra ser un sitio luminoso y siempre cambiante, con terrazas, jardines, columnas jónicas y habitaciones que no siempre tienen propósitos específicos. Circulamos por sus laberintos y pasajes secretos, los vamos transformando en contenedores de recuerdos, música, ingenio y voces. Algunas de nuestras edificaciones son palacios; otras, chozas; cada quien es responsable de su morada, de su casa-caracol. Las palabras se mudan, clonan, modifican y combinan conforme se cultivan. En algunas mentes, las voces de la ciencia se encuentran en habitaciones magníficas; con ellas se buscan y sintetizan respuestas, se crean recorridos de embeleso. Por fortuna, los poetas nos ofrecen visitas guiadas a sus palacios.

El caracol se mete dentro de su concha para protegerse y supuestamente desaparecer; segrega una sustancia que bloquea la entrada y se endurece al contacto con el aire. Nuestra mente es un refugio, nos permite aislarnos y disfrutar del placer de pensar. Si nos enconchamos, corremos el riesgo de endurecernos. Con el tiempo el cuerpo se vuelve rígido, pero tenemos la posibilidad de convertirnos en sabios si empleamos las redes de voces que hayamos cultivado. Estamos capacitados para usar y fortalecer nuestros puentes y reemplazarlos por nuevos, audaces y juguetones. Hay quienes prefieren las delicias de la ducha para pensar. Me imagino

que Urania estaría feliz echándose un clavado para terminar enlazada a un intelectual. En nuestra cultura se castiga a los adolescentes cuando se encierran a “no hacer nada”, siendo que aun tumbados en la cama podrían estar pensando. La evolución propicia la diversidad; si ejercitamos la reflexión y plasmamos en palabras las buenas ideas, nuestras cavilaciones, agrandaremos las arcas de la existencia. Dada la oportunidad, los caracoles vagarían sobre nuestros textos, escritos dejados en espera.

Los libros requieren ser leídos para cobrar un nuevo sentido con cada lectura. Las palabras se sienten aprisionadas si no se usan. Los académicos de la lengua tenemos el propósito de resguardar las voces y darlas a conocer para que otros las disfruten. Da pena comprobar la pobreza de las construcciones mentales basadas en unos cuantos cientos de términos, siendo que el uso de las voces es una actividad gratuita.

Los antiguos mesoamericanos decoraron con caracoles sus palacios, vestimentas y códices. Idearon maneras estilizadas y elegantes de dibujarlos. Los teotihuacanos y los mexicas eligieron una vírgula para significar el habla. En el *Códice Borbónico* aparece un caracol parlante. Por error, nuestro escudo nacional lleva el símbolo de voz transformado en serpiente. Los conquistadores observaron la conspicua vírgula del águila que grita; la tomaron por reptil.

Cada vez es más frecuente encontrar palabras encriptadas en iconos como los que se emplean en las computadoras. Estos se irán simplificando hasta convertirse en jeroglíficos; se sacrificará el alfabeto. ¿Qué vale más, una palabra o una imagen? Depende de quien lo experimente. Una persona es capaz de transformar una voz en un universo de figuraciones que incluyen color, sonido, dolor, olfato y tiempo. Se podría argumentar que dada una palabra siempre existe una imagen que la supere y viceversa, que invariablemente habrá una voz más plena, de tal manera que nos podemos eternizar en descubrir el sinfín de imágenes y palabras cada una más rica que la otra.

Los gasterópodos son motivo de inspiración para diseños de todo tipo. En arquitectura las formas caracoladas surgen en pasillos y esca-

linatas. Nos sentimos a gusto rodeados de volutas. Si viajamos en avión por los cielos del Distrito Federal nos recibe y despide un caracol de varios kilómetros de diámetro; se trata de un depósito de evaporación solar que alguna vez perteneció a Sosa Texcoco. En el escudo de la Academia Mexicana de la Lengua existen dobleces en espiral llamados serlianas en honor de su diseñador Sebastiano Serlio.

También se enrollan las dimensiones del universo. Así como la superficie de una hoja de papel tiene dos dimensiones, si la convertimos en tubo helicoidal podríamos pensar que solo tiene una, nuestro cosmos de 10 dimensiones aparenta ser de tan solo cuatro, tres espaciales y una temporal. Y hablando de rollos, no hay como escribir uno.

Por supuesto existen frustraciones de amor caracolíferas; se desconocen la intensidad y la frecuencia. Existe una mutación donde el caparazón se enrolla al revés; acontece un cambio de paridad en la espiral. Las implicaciones no son menores, los gasterópodos tienen serias dificultades de apareamiento. ¡Quién lo pensaría, la simetría en estas cuestiones es fundamental! Si los caracoles supieran matemáticas no tendrían problemas, al menos desde un punto de vista teórico. Podrían moverse a una cuarta dimensión, girar y regresar felices para compartir los placeres ondulantes de su pareja. Muchas otras hazañas son posibles si extendemos nuestra imaginación a un número cada vez mayor de dimensiones.

Hay quienes son lineales, manejan una sola idea a la vez. Es mi caso, por eso me gustan los caracoles, que van construyendo sus caparazones sección por sección. Admiro las mentes tipo árbol, con ramas que se desarrollan en paralelo y manejan múltiples conceptos de manera simultánea.

Para conservar la humedad y protegerse, los helícidos suelen colocarse debajo de una hoja, de cabeza. En ocasiones siento que el mundo está de cabeza, que hemos ideado leyes y tradiciones absurdas. Otras, pienso que la que está de cabeza soy yo, cuando me colmo de emociones. Para salir del estado invertido no hay como leer o charlar, la cura por la voz.

La Academia Mexicana de la Lengua ha tenido el acierto de contar entre sus filas a enamorados de la ciencia como Porfirio Martínez Pe-

ñaloza, de quien tengo el honor de heredar la vigésimo quinta silla. Mi predecesor fue médico y filósofo. Curaba de manera distinta a la mía, él buscaba el bienestar del cuerpo y la mente, yo prefiero organizar paseos planetarios, viajes galácticos y regalos de estrellas.

Los astrónomos exploramos los astros con gran delicadeza; ni siquiera los tocamos. Analizamos con poderosos instrumentos la luz que nos proporcionan y con sutileza aprendemos sus secretos. En ocasiones la medicina invade, estudia nuestras más íntimas secreciones; otras cura como por arte de magia, sin dolor, ofreciéndonos una vida renovada. Juntas, las ciencias se fortalecen y reproducen.

Para saber de ciencia es necesario conocer y usar su lenguaje; con las palabras transmitimos el placer de entender.

A lo largo de toda su historia, México ha contado con grandes astrónomos, filósofos y médicos. Por dar un solo ejemplo, la investigación científica mexicana fue clave para el desarrollo de las pastillas anticonceptivas a partir de una planta muy nuestra, el barbasco. Gracias a ello las mujeres hemos podido planear cuándo y cuántos hijos deseamos tener, y así desarrollar habilidades que eran exclusivas de los hombres. Los caracoles no hacen distinción de género; afortunadamente la Academia Mexicana de la Lengua tampoco la hace; acepta la diversidad; es uno de sus tesoros.

Queridos miembros de número de la Academia Mexicana de la Lengua, es para mí un inmenso honor y una gran responsabilidad formar parte de este cuerpo de intelectuales; mil gracias por haberme elegido. He disfrutado asistir a nuestras reuniones. Me gusta su desarrollo pausado y sorprendente. Escucho con fascinación la manera en que se van definiendo las voces hasta lograr su justo sitio dentro de los diccionarios. Me agrada ver cómo se tratan con seriedad los múltiples asuntos y se atienden desde respuestas a las cartas de los niños, hasta las relaciones con otras instituciones. La parte más grata suele ser la académica. Después del receso donde degustamos jamones, quesos y amontillados, viene la lectura en voz de uno de los miembros. He disfrutado de un cúmulo de

términos que me conducen a mundos habitados de unicornios, poesía, sentidos de las palabras, análisis de obras; en resumen, la belleza del uso y recreación de la lengua de Cervantes. Detrás de estas voces están la inteligencia, la confrontación de ideas y, por fortuna, sin tacañería alguna, el humor.

Estoy en deuda con el cuerpo administrativo de la Academia Mexicana de la Lengua, atento, eficiente y silencioso, así como con la comisión de lexicografía por enriquecer nuestras sesiones con volutas de mexicanismos. Por supuesto, reitero mi gratitud a la Fundación pro Academia de la Lengua, sin cuyo apoyo no gozaríamos de un espléndido espacio de trabajo ni de otros privilegios.

Mi agradecimiento al doctor Ruy Pérez Tamayo por su amistad y cariño, y por haber aceptado contestar a estas palabras.

No quiero dejar de mencionar la generosidad de la doctora Julia Tagüeña por permitir que esta ceremonia se llevara a cabo en Universum, y a todos mis compañeros de trabajo, ya que juntos hemos logrado recrear la ciencia para millones. Estoy en deuda con la Universidad Nacional Autónoma de México, que me ha dado educación, trabajo, amigos e innumerables satisfacciones y apoyos; le agradezco también que no haya eliminado los nopales de su escudo. A mi familia y amigos, mi cariño. Agradezco la presencia de todos ustedes.

Imaginemos ahora cómo habría sido este discurso si el tema fuese “mariposas”.

DEL AMOR POR LA CIENCIA Y POR LA LENGUA
RESPUESTA AL DISCURSO ANTERIOR

Ruy PÉREZ TAMAYO

Señor director, querida Julieta, distinguidos colegas académicos,
señoras y señores:

Quiero en primer lugar agradecerle a nuestra nueva académica de número, la maestra Julieta Fierro, cuyo bello discurso de ingreso acabamos de escuchar, la distinción que generosamente me ha hecho al invitarme a recibirla de manera oficial en nuestra corporación. Digo de manera oficial porque nuestras reglas señalan que el nuevo miembro electo debe demostrar su interés en la Academia asistiendo en forma regular a por lo menos 10 sesiones ordinarias, antes de leer su discurso de ingreso y transformarse así, de miembro electo, en miembro de número.

Julieta cumplió puntualmente con este requisito, o sea que ya ha formado parte de nuestra Academia desde hace por lo menos cinco meses, en los que hemos disfrutado de su muy grata presencia, de su sencillez cautivadora, de su amor por nuestro idioma y de su experiencia como gran divulgadora de la ciencia. Quiero creer que la distinción mencionada obedece no solo a que Julieta y yo pertenecemos al mismo gremio de los científicos académicos y universitarios, sino a la bella amistad que hemos compartido durante muchos años. Muchas gracias, Julieta.

Como todo el mundo sabe, Julieta es desde hace mucho tiempo un personaje central e indispensable en la cultura de nuestro país. Adornada con el manto de una preparación académica impecable, estimulada por un compromiso decidido con su vocación, y dotada con una personalidad suave y atractiva, Julieta ha sido y es la campeona de la divulgación de la cien-

cia no solo en México sino en toda Latinoamérica. Esta es una vocación poco común entre los científicos, que cuando no la ignoran la consideran como de segunda clase, refugio de los que no logran salir adelante en sus trabajos de investigación, o de los que ya han visto pasar los mejores años de su productividad original en el laboratorio o el gabinete. Desde luego, el hecho de que las actividades de divulgación científica no sirvan para acumular puntos en las escalas académicas que influyen en las promociones y en los distintos estímulos económicos abiertos a los científicos (como el SNI, el PRIDE, el COFIPE, etc.) también ha influido en forma negativa sobre la popularidad de la divulgación de la ciencia entre los investigadores.

Pero, como todos sabemos muy bien, se trata de una actividad de enorme importancia para la sociedad contemporánea, que en todo el mundo está viviendo los cambios cada vez más acelerados que le imponen los avances de la ciencia y la tecnología. No hay duda de que el impacto del conocimiento científico y del desarrollo tecnológico ha transformado no solo nuestro entorno sino también, y de manera quizá mucho más profunda, nuestro concepto de nosotros mismos y de nuestras relaciones con el medio ambiente y con el resto del mundo en que vivimos. Desconocerlo como individuos nos condena a la marginación y al ridículo dentro de la sociedad, mientras que ignorarlo como comunidad nos coloca entre las subdesarrolladas y todavía sometidas a las supersticiones y al oscurantismo. Sorprende que esta situación todavía no haya encontrado respuesta en los medios de nuestro país (periódicos, revistas, radio, televisión), siempre tan perceptivos a las necesidades y a los intereses de la sociedad. Por ejemplo, en México hay periodistas especializados en política, en deportes, en sociales y hasta en la nota roja, pero no hay periodistas científicos; otro ejemplo es la pobreza de las publicaciones periódicas de divulgación científica, no solo en número y en tiro sino en contenido, en el que las inexactitudes y falsedades compiten con el amarillismo (por lo que debemos felicitarnos de que sean tan pocas y tengan tan escasa difusión); un último ejemplo es la minúscula o inexistente fracción del tiempo que los programas de divulgación científica ocupan

en las distintas estaciones de radio y televisión nacionales. Este desinterés de los medios en la ciencia y la tecnología es compartido por las más altas autoridades del país, que a lo largo del siglo XX solo lograron pasar del reconocimiento de su existencia (Conacyt apenas se fundó en 1970) al discurso demagógico, en el que se han quedado ya más de 30 años. Un presidente de la República alguna vez me dijo: “Los proyectos que no afectan el presupuesto no tienen futuro” y, por lo menos para el desarrollo científico y tecnológico de México y su divulgación, tenía razón.

En los inicios de su carrera académica, Julieta Fierro adquirió conciencia de este problema, percibió el vacío que existía entre el desarrollo científico y tecnológico propio de los recintos universitarios y su conocimiento por la sociedad mexicana, por el pueblo que con sus impuestos hacía posible la existencia de los grandes centros de investigación pero que permanecía ignorante de su filosofía, de sus trabajos y de sus logros. Otros hemos sentido ese mismo vacío, pero pocos hemos respondido a él, y solo Julieta lo hizo con la determinación, la constancia, la inteligencia y la capacidad que han caracterizado su vida profesional, y que todos admiramos. Voy a relatar dos episodios que me autorizan a hablar en primera persona de Julieta como la gran dama de la divulgación científica en nuestro país.

1. El primero ocurrió hace por lo menos 10 años, en una Feria del Libro en el Palacio de Minería, en la que Julieta, Manuel Peimbert y yo fuimos invitados a comentar el entonces recién aparecido texto de Emmanuel Davoust, titulado *Silencio en el punto del agua. ¿Estamos solos en el universo?* Este es un libro de divulgación científica astronómica, muy bien escrito, en el que se analizan los pros y los contras sobre la pepliaguda cuestión de la existencia de vida en otros planetas, lo que explica la presencia de un biólogo médico entre dos eminentes astrónomos. Manuel y yo hicimos nuestros comentarios apegados al modelo académico correspondiente, o sea descriptivo, analítico y crítico, destacando los aciertos y señalando los puntos débiles del texto, pero cuando le llegó el turno a Julieta, ella sacó de debajo de la mesa un gorrito color verde con antenas de extraterrestre (¿o de caracol?), se lo puso y procedió a exa-

minar el libro de Davoust como si fuera una marciana observando las complicadas e incomprensibles actitudes y opiniones de los terrícolas, o un bello caracol intrigado por la complicada vida de los humanos. El público estaba encantado, y Manuel y yo también; cuando Julieta terminó le aplaudimos calurosamente, y después constatamos que todos los ejemplares del libro que se exponen en esos eventos se habían esfumado. Con sus envidiables dotes histriónicas, Julieta transformó la presentación de un libro en un episodio exitoso de divulgación científica.

2. El segundo episodio es más personal. Hace un par de años, cumpliendo con el ritual de los martes en la tarde, recogí a mi biznieto Alejandro de siete años de edad en su escuela en el Pedregal de San Ángel y una vez más nos fuimos de “parranda”, en esa ocasión a este Museo Universum de la UNAM, sitio que le encanta porque nunca puede acabar de verlo (lo mismo me pasa a mí). Como es costumbre, iniciamos nuestra visita en el segundo piso, viendo las serpientes y los arácnidos vivos en sus cajas de cristal (que a Alejandro le encantan), después caminamos sobre la fotografía aérea de la ciudad de México, localizamos Ciudad Universitaria, su casa y hasta mi casa en San Jerónimo, y, cuando nos dirigíamos a la tienda del Museo, nos tropezamos en el pasillo con Julieta, quien inmediatamente sedujo a Alejandro para visitar su oficina (en donde en un cajón mágico guarda dulces para obsequiar a todos los Alejandros, y libros suyos para regalar a todos los bisabuelos) y después fuimos los tres juntos a explorar el mundo maravilloso del terreno conocido como “senda ecológica” de la UNAM, cuya entrada está muy cerca de Universum. Julieta y Alejandro se adelantaron en la senda, identificando cada planta, cada piedra y cada escultura, que eran descritas y explicadas por la dama al niño, mientras el bisabuelo los seguía, asombrado y encantado. Este paseo lo hemos comentado varias veces Alejandro y yo, y me complace decirle hoy a Julieta que los dos lo recordamos como una bella, generosa e inolvidable experiencia humana, y también de divulgación científica.

Creo que estos dos episodios ilustran el primer aspecto de Julieta que me interesa subrayar, y es su excelencia en el campo de la divulgación

científica, alcanzada gracias a su compromiso y a su entrega a tan importante actividad, que además es del dominio público gracias a sus frecuentes entrevistas televisadas y a sus publicaciones en los medios.

Su calidad como divulgadora ha sido reconocida con muchos y distintos premios, entre los que mencionaré el Premio de Divulgación de la Ciencia de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo y el Nacional de Divulgación de la Ciencia de 1992; el Premio Kalinga, otorgado por la UNESCO en 1995; la Medalla de Oro Primo Rovis, del Centro de Astrofísica Teórica de Trieste, en 1996; el Primer Lugar en el Certamen Nacional de Video Científico; el Premio Klumpe-Roberts, de la Sociedad Astronómica del Pacífico de los Estados Unidos, y el Premio de Periodismo Científico, todos en 1998; el Premio Latinoamericano de Popularización de la Ciencia en Chile, en 2001; la Medalla al Mérito Ciudadano de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, y el nombramiento de Mujer del Año, en 2003, y la Medalla Benito Juárez, en este año de 2004. Con sorpresa anoto que la UNAM todavía no le ha otorgado el Premio Universidad Nacional, cuando hace años que yo ya se lo concedí. Su toque mágico está presente en muchas salas del Museo Universum, que dirigió durante tres años y hasta muy recientemente.

No sorprende que de una mente tan educada y de un alma tan sensible brote un lenguaje claro, sencillo y fluido. Julieta habla y escribe como ella es: diáfana, ligera y elegante, pero también precisa y definida. Ya la hemos escuchado en su apología de los caracoles del jardín, punto de partida un poco inesperado para sus profundas reflexiones sobre nuestro idioma, sobre la evolución, la relatividad y las funciones de nuestra Academia, y hasta se da el gusto de encontrar poesía en la baba del caracol, cuando dice “Nuestra baba puede o no dar asco; sin embargo, al igual que la del caracol, que se convierte en rasgo estelar cuando emerge el Sol, la nuestra se convierte en fruto de placer luminoso en los actos de amor”.

En la introducción de su libro *Los sonidos de nuestro mundo*, escrito con Héctor Domínguez (otro gran divulgador de la ciencia) para los jó-

venes tanto de edad como de corazón (digo esto último porque a mí me encantó), nos invita con las siguientes palabras:

Los sonidos del mundo, los sonidos del entorno natural, transmiten mensajes para nosotros y las demás especies animales que lo habitan. Las voces humanas, el canto de los pájaros, el ladrido de los perros, el timbre del teléfono, los ruidos de las ballenas, el sonido de un claxon o de una sirena de ambulancia y, desde luego, la música, llevan mensajes.

Así se dice cuando se dice bien, con todas las palabras necesarias y ni una más, como lo hacía Azorín cuando escribía bien, que era casi siempre, siguiendo el mandato majestuoso de don Andrés Bello para construir frases con “sujeto, verbo y complemento”. Nuestro idioma nunca suena mejor que cuando dice lo que quiere decir y no dice nada más. Recordemos aquel prólogo que empieza:

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y el más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante...

Cervantes no inició *El Quijote* escribiendo “querido lector”, o, peor aún, “estimado lector”, o, con hipocresía, “inexistente lector”. Lo llamó, simplemente, “desocupado lector” porque eso describía la realidad con la máxima precisión y sin adulaciones serviles o intentos velados de soborno intelectual. Todo lo que sigue a esas simples frases, claro está, es la más gloriosa catedral escrita en nuestro idioma, que unos párrafos después Cervantes la ofrece a su “desocupado lector” escribiendo:

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse; porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo.

Nuestra Academia está dedicada al estudio y la conservación del idioma español, y lo hace con rigor académico y con amor permanente, pero no solo el de los literatos y el de los poetas, sino el de todos los hispanohablantes. Eso explica la presencia, entre los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, no solo de lexicólogos, de poetas y de novelistas, sino también de historiadores, de filólogos, de economistas, de filósofos, de teólogos, de empresarios, de editores, de latinistas, de Alí Chumacero (que es todo eso y otras cosas más), de médicos y, felizmente hoy, con el ingreso formal de Julieta, de científicos divulgadores de la ciencia. Todos hacemos profesionalmente cosas distintas, pero todos coincidimos en nuestro amor y en nuestra preocupación por el idioma español. La diversificación de las ocupaciones formales de los académicos se inició durante la acertada dirección de nuestro hoy director honorario de la Academia, José Luis Martínez, y ha continuado con nuestro actual director, José G. Moreno de Alba. La filosofía de esta política es muy sencilla: combatir la tendencia a la compartimentalización de nuestro idioma, generada por el desarrollo cada vez más acelerado del conocimiento científico y de la tecnología, atrayendo a nuestra Academia a líderes de las distintas áreas de la cultura contemporánea que comparten nuestro amor por el idioma español y nuestro celo por conservar su unidad y su pureza. La tarea de la Academia no es fácil, pero los que ya tenemos algunos años de participar en ella la encontramos cada vez más atractiva y más estimulante. Y ahora que Julieta ya forma parte oficial de nuestra Academia, me permito agregar, más encantadora.

Quiero terminar estas palabras felicitando en primer lugar a Julieta por su ingreso formal como miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, felicitando también a la Academia Mexicana de la Lengua por el buen tino y la sabiduría que ha mostrado al enriquecerse con la incorporación de Julieta a nuestras filas y, finalmente, diciéndole a Julieta, en nombre de todos sus amigos y ahora formales colegas académicos, y en el mío propio, con nuestros mejores deseos y con mucho cariño, ¡bienvenida!

LEER EL MUNDO*

Felipe GARRIDO

Don José G. Moreno de Alba, director de la Academia Mexicana de la Lengua; don José Luis Martínez, director honorario perpetuo; don Ruy Pérez Tamayo, director adjunto; señoras y señores académicos; señoras y señores:

Ahora que las ruedas del tiempo van cerrando cuatro siglos de que, para pasmo del Sol y los rosados dedos de la Aurora, para solaz y provecho de sus lectores, para asombro del mundo mientras haya mundo, por vez primera se dio noticia de los venturosos y los desventurados pasos de aquel hidalgo Quijada o Quesada o Quijana o Quijano o, según él mismo acordó llamarse, Don Quijote de la Mancha o, como lo nombró su escudero —pues “verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto” (I, XIX)—, el *Caballero de la Triste Figura*, no está por demás confiarles, solicitándoles discreción, pues es cosa para no saberse fuera de este círculo de amigos, que por mucho tiempo yo creí que el autor de sus andanzas no era otro más que mi señor padre.

Acontecía que a veces, cuando en las noches don Ignacio nos contaba un cuento, a mis hermanas y a mí, aquel nuestro diminuto departamento de la calle de San Francisco, en la colonia del Valle de esta ciudad, volvía a iluminarse con la presencia del caballero manchego y de su cauto escudero.

Una mañana Don Quijote y Sancho iban por el campo, cuando vieron a lo lejos unos molinos de viento. Y entonces dijo Don Quijote: “Mira, Sancho,

* Leído en la sesión pública efectuada el 9 de septiembre de 2004 en la Sala Manuel M. Ponce el Palacio de Bellas Artes.

aquellos desaforados gigantes. Aquí cumpliré la mayor hazaña que la Tierra ha visto, porque voy a forzarlos que vayan al Toboso a servir a mi señora Dulcinea...”

palabra más, palabra menos, decía mi padre, con la cabeza envuelta en el humo de los Delicados, y nosotros dejábamos de hacer lo que estuviéramos haciendo y nos sentábamos al pie de su sillón, embobados... El duelo con el vizcaíno, la jaula de los leones, el *Caballero de los Espejos*... fueron así ganando lugar en mis pensamientos. Algunos domingos, de la mano y la voz de mi madre, doña María de los Ángeles, tan gran lectora y cuentera como su marido, seguíamos las umbrosas avenidas del bosque hasta los azulejos de la Fuente, que en aquel tiempo no necesitaba jaula. En nuestra inocencia, nada nos extrañaba ver aquellas historias familiares vueltas monumento público.

Comienza la pesadilla: al apagarse la luz quedan en la retina una niña y un niño descalzos que cruzan por un puente de tablones desconcertados. El ángel que va a sus espaldas alza la mirada, me guiña un ojo, sonrío como si estuviera a punto de hacer algo bestial —pero ya no hay luz, no puedo ver qué más sucede—.

Un día, comenzando la primaria, vine con mi escuela, el Instituto México, a este Palacio de Bellas Artes. Recuerdo la profusión de mármoles, el altísimo plafón, la oscuridad de la sala, la acción en el escenario y, de pronto —vive el cuadro en mi memoria—, Clavileño alza el vuelo y cruza los aires hasta las tinieblas del tercer piso seguido por nuestros as-pavientos. Fue la primera vez que vi teatro: la adaptación que para niños hizo del *Quijote* —lo supe muchísimo después— Salvador Novo. No atiné a preguntarme cómo habían llegado allí las peripecias que yo atribuía a la invención de mi padre; la emoción me ahogaba: yo conocía a los personajes, sabía de qué trataba la historia, y eso me daba poderes; me inscribía en una cofradía extendida por la redondez de la Tierra.

En ese tiempo empezaba a leer y nos habíamos mudado a San José Insurgentes: el jardín escondía endriagos y vestiglos, y las noches de mayo

traían la sombra perfumada de Dulcinea. Un día mi padre confesó sus plagios inocentes poniendo en nuestras manos una edición infantil del *Quijote* y contándonos otra historia que en nada desmerecía ante la de Alonso Quijano el Bueno: poblada de corsarios, batallas y prisiones, en ella vibraban el orgullo y la queja de Miguel de Cervantes:

Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros... (II, *Prólogo*).

Aquel libro turbó mis ocho o nueve años con otros lances: Altisidora, la cueva de Montesinos, el retablo de Maese Pedro, Sancho en su ínsula, la aventura aquella con el *Caballero de la Blanca Luna* “que más pesadumbre dio a Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido”, y la derrota final a manos con la muerte. ¡Tan fácil que habría sido cambiar la historial, me decía yo, sin saber aún que los grandes personajes de ficción tienen vida propia; que son inmortales y su realidad acaba por ser más patente que la de sus creadores. Don Quijote seguirá por siempre predicando su ideal:

Que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no solo tocan, sino pasan las nubes, y que a cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y, si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante (II, VI).

Seguirá por siempre Don Quijote ofreciéndonos la lección de su casi perfecto amor:

Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para voso-

tras acíbar; para mí, sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje; para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la Naturaleza al mundo (II, XLIV).

Sigue la pesadilla: la ventana encortinada marca un cuadro suave en la habitación a oscuras. Van apareciendo formas. El armario, la silla donde quedó la ropa, la lámpara —una araña de sombra—. Mejor cierro los ojos. Apenas antes de cerrarlos, alguien, algo se mueve detrás de la cortina. Los cierro con más fuerza.

Giraron los días y las noches. Comencé a asomarme al severo tomo, encuadernado en piel, con las obras completas de Cervantes que había en la casa y me fui aficionando a ciertos capítulos, que más me gustaban o más falta me hacían —*porque Cervantes es buen amigo*—. Mucho después, en 1991, un día de buena fortuna, otro caballero español, Eulalio Ferrer, no sé por quién felizmente aconsejado, me pidió que preparara un *Quijote para jóvenes*, del cual el gobierno de Guanajuato ha hecho dos ediciones.

Cuando le entregué mi trabajo, don Eulalio me dijo que lo revisaría un amigo suyo —académico, asesor de lenguaje en su agencia de publicidad—. Era alguien a quien yo había leído, conocía y estimaba —nos había presentado José Luis Martínez—. Gracias pues a Eulalio Ferrer, y a Don Quijote, tuve la buena fortuna de contrastar mi trabajo con la erudición, el buen sentido y la cortesía de Manuel Alcalá.

Secretario perpetuo de la Academia —desde 1983—, Alcalá ocupaba la silla XVII —antes de Rafael Gómez, Federico Gamboa y Alfonso Reyes—, la misma a la cual llego yo ahora... con el asombro y la emoción con que vi volar a Clavileño: no puedo evitar sentirme abrumado por tan grande honor, ni que me colmen la alegría y la gratitud con ustedes, señoras y señores académicos, que acordaron recibirme en su compañía. Mi agradecimiento crece con quienes presentaron mi candidatura: Jai-

me Labastida, quien me anunció la posibilidad de este día y con quien he compartido empeños tanto burocráticos como editoriales; Salvador Díaz Cíntora, generosísimo, a quien profeso una irreprimible, aunque no literal envidia —como me sucede siempre que alguien sabe griego—, y nuestro admirado y respetado director, José G. Moreno de Alba —por segunda vez director para mí, pues lo fue antes en el muy querido Centro de Enseñanza para Extranjeros, de la UNAM.

Que diera ocasión el *Quijote* para avanzar en la amistad con Manuel Alcalá fue una fortuna. Hubimos en adelante caminos seguros para iniciar conversaciones donde siempre tuve mucho que aprender. En 1991, cuando trabajamos en mi versión del *Quijote*, Alcalá tenía 76 años, 27 más que yo; ocho después lamentaríamos su muerte, ocurrida en la ciudad de México, la misma que lo vio nacer.

En la pesadilla hay siempre algo más que no alcanzo a ver. Los gigantes son molinos, el castillo es una venta, el Caballero de los Espejos es Sansón Carrasco, las dueñas barbadas son pajes... O puede ser a la inversa: los pajes son dueñas barbadas, Sansón Carrasco es el Caballero de los Espejos, la venta es un castillo, los molinos son gigantes... detrás de Cervantes escribe Cide Hamete Benengeli.

Leer los signos para leer el mundo; somos nosotros quienes les damos significado y sentido. El signo es el mismo: Don Quijote y Sancho hace cada quien su lectura:

—¿Cómo dices eso? —respondió Don Quijote— ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa —respondió Sancho— sino muchos balidos de ovejas y carneros (I, XVIII).

Estoy en el mundo para leerlo. Y algo se mueve atrás de la cortina.

Alcalá obtuvo en Mascarones, con honores, los grados de maestro (1944) y doctor en letras (1948). Se distinguió como catedrático durante cinco lustros, a partir de 1940. Fue nombrado director de la Biblioteca Nacio-

nal en septiembre de 1956. Hacía 89 años que la Biblioteca ocupaba la antigua iglesia de San Agustín: un edificio del siglo XVI, reconstruido a finales del XVII después de un incendio, siempre enemistado con el subsuelo; en 1952, el riesgo de un derrumbe hizo forzoso cerrarlo. Apenas nombrado, Alcalá logró que la Biblioteca reanudara, parcialmente, sus labores. Al reinaugarla, en 1963, informó sobre la creación de un departamento para ciegos, laboratorios de fotoduplicado, de restauración y, en 1959, medio siglo después de su clausura, el restablecimiento del Instituto Bibliográfico Mexicano —el actual Instituto de Investigaciones Bibliográficas que, con la Biblioteca Nacional, dirige Vicente Quirarte—.

Desde 1961, Alcalá incursionaba en la diplomacia. Ocupó diversos cargos ante la UNESCO; fue embajador en Paraguay (1971-1974), donde la Universidad de Asunción le otorgó el doctorado *honoris causa*, y en Finlandia hasta 1983.

Más de una vez, en esos 20 años por el mundo, debe haberse repetido aquella profesión de trashumancia que Reyes hace en *Parentalia*, y don Manuel cita en su discurso de ingreso en la Academia: “Mi arraigo es arraigo en movimiento. [...] Mi casa es la Tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno, aunque siempre algo náufrago del planeta”.

Alcalá publicó una veintena de ensayos en revistas de México, España, Paraguay y los Estados Unidos; tres minuciosos prólogos a *La odisea* (1960), las *Cartas de relación* (1960) y *Utopía* (1975); y dos libros: *Del virgilismo de Garcilaso de la Vega* (1946) y *César y Cortés* (1950). Ingresó en esta Academia en 1962. Su discurso de ingreso, “El cervantismo de Alfonso Reyes”, fue contestado por el director, Francisco Monterde, quien había sido su maestro de la preparatoria al doctorado, y lo recordó entonces dueño de una precoz expresión de gravedad “acentuada por la sostenida atención de los ojos oscuros, que ven todo con hondura”.

Dice don Manuel en su discurso que a Reyes el cervantismo le sirve “para apostillar, reforzar, apoyar, matizar, elucidar, ilustrar —según el

caso— sus más variadas páginas y preocupaciones”. Así sucede con él mismo. En el prólogo a *La odisea*, por ejemplo, recuerda que Cervantes dijo que las traducciones son “como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz”. Y en la nota a las *Cartas de relación* dice de Cortés: “La *farta gloria* en pos de la cual fue, como su coterráneo Don Quijote...” Y luego: “Nace en 1485 en Medellín, población en la margen izquierda del quijotesco Guadiana...” Y adelante: “Es el mismo temple de alma [el de Cuauhtémoc] que el de los numantinos tal como reviven en la pluma de Cervantes”. Y de modo semejante, con frecuencia, en otros casos.

Se abre la cortina y aparece el eclesiástico, de mal humor, seguido por alguien. No le gusta la atención que sus señores prestan a los relatos fantasiosos. Viene de la mesa de los Duques. Me mira fija y ferozmente y me pregunta, como acaba de hacerlo con Don Quijote: “¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en La Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de simplicidades que de vos se cuentan?” (II, XXXI).

Manuel Alcalá contestó el discurso de ingreso de Margit Frenk (1993), “Charla de pájaros o las aves en la poesía folclórica mexicana”. Para celebrar la devoción por la lírica medieval y las numerosas publicaciones de la nueva académica, Alcalá empezó por recordar unos versos del rabí Sem Tob de Carrión, escritos a mitad del siglo XIV:

Quanto más va tomando
con el libro porfía,
tanto irá ganando
buen saber toda vía.
.....
Por ende tal amigo
non hay como el libro:
para los sabios, digo,
que con los torpes non libro.

“Gran lectora y sabia” llamó a doña Margit, destacó su “asiduo y prudente comercio con lo escrito”, y apuntó que “lo leído por ella ha tomado cuerpo en más de un centenar de libros originales o traducidos [...]; de estudios, ensayos y reseñas...” Junto con estas palabras evoco dos epítetos de Cervantes para su público que me son gustosos: *lector curioso* dice en *El viaje del Parnaso* —*curiosos lectores* en *La Galatea*— y *desocupado lector*, en el *Quijote*.

Resalto lo que acaba de sernos revelado: el trato con los libros acrecienta el saber; no hay mejores amigos que los libros; con lo escrito debe tenerse un comercio asiduo; las lecturas que se haga deben encarnar en la obra propia; debiera el lector ser *curioso* y estar *desocupado*.

El tema me seduce. Se trata de un sujeto humildísimo; tan modesto y cotidiano que se nos torna invisible: aunque es de la mayor trascendencia. Hablo de la lectura y la escritura. Me preocupa que ahora comprar libros pueda confundirse con hacer lectores, y que la importancia y la calidad de los maestros se sacrifiquen a la ilusión de la tecnología.

Estamos cerca de nuevas pesadillas; algo me lo dice.

Un tiempo creí que todo el mundo leía, naturalmente, por placer: no hay otra razón para hacerse lector; existen otras razones para leer, mas no para ser lector. Yo creía que todos, cada día, leían libros sobre animales o sobre el universo, novelas, poesía, cuentos, biografías, relatos de viajes... y que marcaban los libros, escribían en ellos, ensayaban sus textos.

Tuve la fortuna de nacer en un hogar donde era un gozo jugar con las palabras: escuchar y contar historias, dibujar, leer, escribir, resolver acertijos matemáticos, trabalenguas y adivinanzas, consultar diccionarios y la enciclopedia... Había libros, historietas, revistas, un periódico. Mamá y papá leían, y *nos* leían; nos hablaban de su infancia, nos arrullaban con canciones y cuentos y, cuando pudimos leer sin ayuda, para ir a dormir un libro nos hacía tanta falta como la cama. De vez en cuando íbamos al sótano de la Librería de Cristal, en la Alameda, dedicado todo a la sec-

ción infantil: ante esa infinidad de opciones, qué placer, qué dudas, qué angustia, qué felicidad.

Cuando nos mudamos a San José Insurgentes —segundo de primaria—, un condiscípulo vivía a unas cuadras de la casa. La amistad con Jorge Soto y su familia, en especial con su padre, don Clemente —dramaturgo galardonado, poeta, guionista, cuentista pletórico de proyectos— se construyó en parte con los libros que nos prestábamos, nos contábamos, conocíamos de nombre y algún día esperábamos leer... En la escuela, leer por el goce de leer era preocupación de más de un maestro —aunque no fuera de español ni de literatura—; había amigos, primos y primas lectores... Crecí engañado.

Descubrí que no todo el mundo leía cuando comencé a dar clases en el Centro Universitario México, mi preparatoria. Ir encorbatado no evitaba que en los recesos los conserjes quisieran mandarme al patio, donde debían estar los alumnos. Aquellos muchachos, con quienes jugaba fútbol, me hicieron ver que los lectores eran minoría. Empecé a trabajar con ellos en algo a lo que entonces no le daba nombre pero que ahora llamaría *formación de lectores*; o sea, comenzamos a leer juntos. Entre los alumnos de aquella preparatoria había también grandes lectores. Uno de ellos dejó testimonio de nuestras clases en un librito, *Los subrayados son míos*, y llegó a esta Academia un buen rato antes que yo, lo cual sigue alegrándome. Hablo de don Gonzalo Celorio.

Todos mis alumnos en el Centro Universitario México sabían leer y escribir —lo hacían muy bien—; pero pocos eran lectores. Aunque una cosa sea imprescindible para la otra, no es lo mismo saber leer y escribir que ser lector.

El corolario de un desengaño suele ser atroz. De la convicción de que todo el mundo leía pasé a la certeza de que nadie lo hacía. La vida misma se encargó de enmendarme. Di en Torreón una plática sobre la falta de lectores en el país y al día siguiente tomé el camión para repetirla en Durango. Los 34 pasajeros viajaron leyendo, y lo mismo hizo el chofer

—un chamaco le leía—: la mitad, El Libro Vaquero; la mitad, La Novela Semanal. En las más o menos tres horas del trayecto algunos acabaron cuatro o cinco libritos, que intercambiaban con los vecinos. ¿Eran o no eran lectores? Leían por gusto; buscaban comprender lo que leían —sin comprensión no puede haber interés—; lo hacían a menudo; no les dolía pagar por sus lecturas... En Durango tuve que modificar lo dicho en Torreón.

El sueño del camión: cabalgan a un lado Don Quijote y Sancho, bajo el sol abrasador de la Comarca. Sancho va leyendo en voz alta: “Si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero esta fue mi suerte y esta mi malandanza... y, sobre todo, yo soy fiel”. Don Quijote se vuelve y le pregunta: “Sancho amigo, ¿desde cuándo sabes leer?” “Señor —responde el escudero—, otros tiempos son”.

Mis compañeros de viaje eran lectores: hay muchas clases de lectura. Para cada persona, según sus circunstancias, no todas igualmente aceptables. Porque no es verdad que dé lo mismo leer lo que sea. Hay literatura chatarra y gran literatura; mamotreto soporíferos y piezas que nos cambian la vida; manualitos mal informados y peor escritos, y grandes obras de la historia, la ciencia y el pensamiento. No es lo mismo un tomito de El Libro Vaquero que *Al filo del agua*, *Pedro Páramo*, *El tamaño del infierno* o *El rastro*. ¿Qué hay de más en estas novelas de Agustín Yáñez, Juan Rulfo, Arturo Azuela y Margo Glantz? Hay más ideas, más vivencias, más ingenio, más oficio, más lecturas, más sorpresas, personajes y estructuras más complejos; una conciencia más aguda del lenguaje; una mayor exigencia para el lector.

Vivir, tratar gente, leer libros prepara a un lector para leer otros libros —vida y literatura son la misma materia—. Lo habitual es iniciarse con lecturas sencillas y pasar a otras más ricas. A veces conocemos al responsable de esa iniciación. Dice Mariano Azuela:

Estudiaba medicina y leía cuanta noveluca me caía en las manos, y el día menos pensado hice el gran descubrimiento de esos años: di con lo que inconscientemente buscaba. En cambalacho con un compañero a cambio de muchos Gaboriaux, Dumas y Ponson du Terrail, recibí un lote de otras novelas que no conocía, entre ellas tres tomitos de lomo café y cabeza dorada: *Honorine*, *Ursule Mirouet*, *La cousine Bette*. Y fue en una tarde de junio, al ponerse el sol, cuando “para ejercitar mi francés siquiera” abrí *Ursule Mirouet* y salí a leer en el balconcito de mi cuarto. A la primera página siguió otra y otras más hasta que oscureció totalmente. Encendí mi aparato de petróleo, reanudé la lectura y cuando a medianoche me metí en mi cama y extinguí la luz, mi corazón estaba muy alborotado y mi cabeza caliente.¹

También es posible que un encuentro casual revele ese mundo nuevo. Cuenta Federico Campbell:

Yo tenía veinte años [...] Una mañana, al atravesar el jardín, pisé un trozo de papel periódico semimojado [...] Era una hoja trunca de *La Gaceta*, la revista del Fondo de Cultura Económica, y en ella [unas] líneas me llamaron la atención: “Al rayo del sol, la sarna es insoportable”, decía al principio. Y luego: “Como buen romántico, la vida se me fue detrás de una perra”. Era el texto de alguien que firmaba con el nombre de Juan José Arreola. Fue para mí una revelación. En ese instante [...] me di cuenta de que las cosas se podían nombrar y decir de una forma que nunca antes se había formulado. Entendí que existía la literatura.²

La pesadilla del jardín: Campbell sigue caminando, distraído; no puede dejar de leer la hoja empapada con el texto de Arreola. Dos camionetas blindadas se orillan para cortarle el paso. Bajan unos pistoleros y el eclesiástico, agüerado, gordo, ahogándose —alguien lo sigue—. “Son solo palabras, solo palabras”, grita y manotea exigiendo el papel. Federico corre. “Estamos hechos de palabras”, dice antes de desaparecer.

¹ Mariano Azuela, “El novelista y su ambiente”, *Obras completas*, México, FCE, 1960, t. III, p. 1129.

² Federico Campbell, *La memoria de Sciascia*, México, FCE, 1989.

Mariano Azuela era ya un lector entusiasta y desocupado cuando su amigo le descubrió a Balzac; Federico Campbell era ya un lector curioso cuando tropezó con Arreola. ¿Dónde comienza un lector?

Aquellos alumnos míos del Centro Universitario México que eran lectores, seguramente —caben excepciones— venían de familias donde se acostumbraba leer y escribir. El mejor sitio para que un lector se forme es su hogar. Hay quienes, como Jean Hébrard y Delia Lerner,³ sostienen que, en realidad, ese es el *único* espacio donde puede formarse un lector. Algunos creemos que existen otras oportunidades. El segundo mejor lugar para formar lectores capaces de escribir es la escuela, que debería siempre incluir una biblioteca. Muchos lectores se han formado y seguirán formándose en las escuelas. A condición de que, como le ocurrió a Antonio Alatorre en el Autlán de los años treinta del siglo XX, antes que antenas y monitores nos preocupe tener buenos maestros, que dediquen tiempo suficiente a practicar la lectura y la escritura:

En mi casa, en Autlán, había libros que mis hermanos y yo leíamos, por ejemplo *Genoveva de Brabante*, *Robinson Crusoe* y la *María* de Jorge Isaacs. Pero fue la escuela la que más me sirvió. La primera hora, todos los días, era la de lectura en voz alta; y dos o tres veces por semana escribíamos algo, a veces sobre un tema señalado por la maestra, y a veces con tema libre (que era lo que más nos gustaba). Yo salí de Autlán a los doce años, y un día, años después, se me ocurrió hacer una lista de los libros que leí entonces, y recordé como 300 títulos.⁴

Al terminar la educación básica —con mayor razón los estudios medios y superiores—, como resultado natural del paso por las aulas, los alumnos tendrían que haber sido incorporados a la cultura escrita. Pero, en estos tiempos en que la tendencia oficial es en muchos lugares relegar la lectura a la clase de español, ¿en cuántas escuelas se dedica una hora

³ Delia Lerner, *Leer y escribir en la escuela*, México, FCE, 2001, p. 90.

⁴ Antonio Alatorre, “Un cero redondo”, en Fernando Solana (comp.), *Leer, escribir, contar y pensar*, México, Fondo Mexicano para la Educación y el Desarrollo, 2003, p. 163.

diaria a la lectura en voz alta y se escribe sobre algún tema, señalado o libre, dos o tres veces por semana?

El eclesiástico —así lo llama Cide Hamete— regresa extenuado a su camioneta. Lo ayudan un enano y una bruja. Los tres repiten “Solo palabras, solo palabras”.

Lejos de hacerse lectores, en su paso por los 10 grados obligatorios de educación básica la mayoría de los alumnos quedan apenas alfabetizados: este es el lastre más pesado de nuestro sistema educativo, de nuestra sociedad, de nuestro país. La razón es la falta de programas especiales de lectura y escritura —como el que seguía Alatorre en Autlán—; limitar estas actividades a ejercicios en la clase de español; no tener como meta, desde un principio, formar lectores capaces de escribir —lectores que hayan descubierto el placer de leer: no hay de otros—.

Las consecuencias son catastróficas. A mitad de los noventa del siglo pasado, cada año había más o menos 150 000 aspirantes a ingresar en las preparatorias de la UNAM. De los más o menos 35 000 que pasaban la prueba de selección, 35% —entre 12 000 y 13 000— reprobaban los exámenes de comprensión de lectura en el primer semestre de bachillerato: no podían hacer un resumen, relatar la trama ni decir quién era el personaje principal de un cuento.⁵ Esas cifras explican mucho de lo que sucede en el país. De los 150 000 aspirantes, solo 23 000 (15%) pasaban los exámenes de lectura. Los 150 000 sabían leer y escribir, pero 85 de cada cien lo hacían apenas en un nivel utilitario que les había permitido aprobar los exámenes de seis grados de primaria y tres de secundaria, pero no comprender lo que intentaban leer.

Más allá de los usos elementales de la lectura, leer es a veces aprender, apropiarnos de la información del material leído. Y otras es formarse, compartir las ideas o los sentimientos de un autor y dar al espíritu propio la forma intelectual o emotiva de lo que se lee. Leer puede ser también

⁵ José Sarukhán, “Para la ciencia y el arte”, en Solana, *op. cit.*, p. 107

afirmarse, definir la personalidad propia ante opiniones de las que discrepamos. Y con frecuencia es enajenarse, salir de uno mismo y perderse en el mundo creado por el autor. Cuando se lee, sin embargo, olvidarse de uno mismo es más una manera de encontrarse que de perderse.⁶ A Alonso Quijano

se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo (I, I).

Embebido en sus lecturas, Don Quijote no se pierde, se encuentra. “Yo sé quién soy” (I, v) responde a su vecino, Pedro Alonso, y llega al fondo de su locura: imponer la justicia en la Tierra —antes que las leyes, por encima de las leyes, la justicia—.

Lo sé por mi pesadilla: hay que ver qué hay tras cada signo; leer el mundo, que es el mayor, el más complejo, el más intrigante de los signos. Leer, explorar y transformar el mundo, que incluye a mi persona. Para ello nos servimos de cuanto la naturaleza, la tradición, el arte, la ciencia y la tecnología ponen a nuestro alcance. Nos servimos, ante todo, del lenguaje. Pues el lenguaje, con su fondo irracional e instintivo a cuestas, es —junto con la acción— nuestro primer recurso, el más importante.

En la relación con el lenguaje la *comprensión* es esencial. La finalidad primera de escuchar, hablar, leer y escribir es buscar la comprensión. Entendemos algo —bien o mal— cuando podemos atribuirle sentido y significado; cuando percibimos sus valores y en su presencia reaccionamos. Nadie comprende de inmediato todo lo que escucha ni todo lo que ve, ni

⁶ Pedro Laín Entralgo, “Coloquio de dos perros, soliloquio de Cervantes”, en *Mis páginas preferidas*, Madrid, Gredos, 1958, p. 48.

todo lo que lee. La comprensión se construye y se reconstruye. Cada uno de nosotros, en la medida en que se va volviendo experto en el uso del lenguaje, hablado y escrito, interioriza los mecanismos de la comprensión. Sentir los valores sensoriales, connotativos, lúdicos del lenguaje, es parte de su comprensión.

Este era un gato
con los pies de trapo
y los ojos al revés.
¿Quieres que te lo cuente otra vez?

Cuando un niño al que se le repite este cuento de nunca acabar, termina por reírse o por tirarnos algo a la cabeza, podemos estar tranquilos: ya lo ha comprendido.

El medio más poderoso para formar a un lector es la lectura en voz alta. Así lo aprendí de mis padres y de mis mejores maestros, de la primaria a la vida de trabajo. Alberto Godínez, Miguel López, Carlos Villalobos, Julio Torri, María del Carmen Millán, Antonio Alatorre, Luis Rius, Margo Glantz, Sergio Fernández, Margarita Quijano, Margit Frenk, Frank Thompson, Sergio Galindo, Alí Chumacero, José Luis Martínez, Juan Rulfo y Juan José Arreola me enseñaron, por sobre todas las cosas, a leer. Y lo hicieron leyendo en voz alta. Entre estos maestros se cuentan uno de geografía, uno de inglés, uno de historia y un entrenador de fútbol: la lectura corresponde a todos los campos.

Aunque sea, como diría Perogrullo, una actividad de la mayor utilidad, una actividad imprescindible, la lectura utilitaria no crea la afición a leer. Los lectores se forman cuando descubren la lectura por placer. En ese momento ya no hacen falta otras razones: la recompensa mayor de leer es la lectura misma. Como escribió Alfonso Reyes, “sin cierto olvido de la utilidad, los libros no podrían ser apreciados”.⁷

⁷ Alfonso Reyes, *La experiencia literaria*, México, FCE, 1983.

La palabra *placer* pone nerviosa a mucha gente. Juzga que no es compatible con el estudio y el trabajo. Le halla una connotación de irresponsabilidad y relajamiento. Pero el placer se encuentra en todos los campos del arte, el trabajo y el conocimiento, y es de los sentidos, las emociones y el intelecto. El día en que nuestra escuela haga del estudio una fuente de placer habremos realizado un progreso formidable.

Las palabras *poesía, imaginación, fantasía, ficción* y otras semejantes —*literatura*— acalambrian al eclesiástico y a otras personas. Hay quienes, una vez aceptada la importancia de la lectura por placer, se apresuran a declarar que no hacen falta las obras literarias. “Hay niños a quienes —dicen— les interesa más saber sobre las piedras que leer cuentos o poesía.” Pero un tipo de lectura no tiene por qué excluir otros. Un niño puede ser educado para interesarse de manera igualmente placentera en las piedras, la astronomía, las matemáticas... y en la lectura de poesías, cuentos y novelas, que lo enfrentarán con otras maneras de estructurar el lenguaje y le darán destrezas que se desarrollan solo con la lectura de textos literarios.

La literatura ha sido siempre perseguida. Hay gente que no puede admitir una actividad cuyo solo propósito es crear belleza y escudriñar el corazón del hombre. Bajo múltiples formas, del paredón a los impuestos, la persecución persiste.

Siempre —dice Rosario Castellanos— me he preguntado qué es lo que impulsa a una persona, en pleno uso de sus facultades mentales, satisfecha de la vida, feliz y equilibrada, a leer. A leer libros de imaginación, aventuras ficticias, por supuesto. Porque lo otro es muy fácil de contestar: busca los conocimientos de los que carece, la información que le exigen en la escuela, en el trabajo, en el trato social. Es una actitud utilitaria que no necesita ser explicada. En cambio, la otra...⁸

La bruja, el enano y el eclesiástico —atrás están los pistoleros con las metralletas—, asomados por una ventana de la camioneta, a Rosario Castellanos, que

⁸ Rosario Castellanos, “Lecturas tempranas”, en *Mujer que sabe latín*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas núm. 83), 1973, pp. 185-186.

lleva de la mano a su hijo por una calzada arbolada: “¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en La Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de simplicidades que de vos se cuentan?” Rosario se ríe y responde: “En España, en La Mancha, aquí en Chapultepec. ¿No los ven? ¿No tienen ustedes su propia Dulcinea?”

El prejuicio contra la literatura, el placer y la libertad es una consecuencia del pavor que le causan al poder —el de un padre, una maestra, un obispo, un gobierno— quienes se atreven a explorar su conciencia y buscar sus propios caminos.

Hay una añeja tradición de autoritarismo que se esfuerza por cerrarles el paso a la literatura, al placer e incluso a una simple opinión adversa. Podemos rastrearla hasta el más remoto pasado, y es uno de los ejes en el libro de Cervantes. El cura que organiza la quema de los libros de Don Quijote lo hace porque, según lo dice en otro capítulo, juzga que se trata “de cuentos disparatados que atienden solamente a deleitar y no a enseñar” (I, XLVII).

Don Quijote se escandaliza y pregunta al canónigo si puede haber mayor contento que leer la historia del Caballero del Lago, quien se lanza con todo y armadura “a un gran lago de pez hirviendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables” para llegar a un castillo deleitosísimo donde bellísimas doncellas lo bañan, le dan de comer, lo perfuman. Dice Don Quijote al religioso:

Lea estos libros y verá cómo le destierran la melancolía [...] y le mejoran la condición [...] de mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso, por el valor de mi brazo, favoreciéndome el Cielo y no me siendo contraria la Fortuna, en pocos días verme rey de algún reino [...] (I, I).

No solo Don Quijote necesita los libros de caballerías. En el capítulo XXXII de la primera parte, el ventero considera que no existen mejores libros en el mundo y, emocionado, cuenta que:

cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. A lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

Lo mismo opina Maritornes:

y a buena fe que yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto.

E igualmente la hija de los venteros. A ella le gustan, sobre todo “las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo”.

El cura y el barbero quieren quemar dos libros porque “son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos”, pero el ventero los defiende y dice “antes dejaría quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros”. La literatura —esto es, la imaginación, la palabra y la libertad— es necesaria para los seres humanos.

Al decir que en México faltan lectores hablo de lectores que hayan hecho de la lectura una necesidad vital. Esos no los forma la escuela, porque nunca se lo ha propuesto. Más bien los teme o los considera superfluos, porque en sus manos la lectura deja de ser solo un instrumento para el estudio y el trabajo; se vuelve un fin en sí misma y puede hacernos *de-*

masiado libres. Sufrimos un sistema que pretende que la educación nos capacite para el trabajo y considera innecesario —o peligroso— ir más lejos.

La lectura y la escritura nos hacen más libres siempre y cuando se practiquen con libertad. En un sistema autoritario —político, religioso, académico, económico, de cualquier otra clase—, al través de la propaganda y la censura la lectura y la escritura son instrumentos de sometimiento.

En 1989, en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, vi por primera vez libros electrónicos: unas maquinitas semejantes a calculadoras de escritorio. Había una Biblia, un Shakespeare completo y dos diccionarios Merriam-Webster, uno de los cuales pronunciaba la palabra consultada. Eran la avanzada de las TIC, las nuevas tecnologías de información y comunicación: las vías para llegar a un mundo digital.

La influencia de estos instrumentos formidables alcanza todos los campos. Están transformando los modos de aprender, de leer, de trabajar, de vivir... y harán proliferar nuevas habilidades. Lo que no cambiarán es nuestra naturaleza: somos entes de lenguaje: pensamos, sentimos, aprendemos, imaginamos, recordamos, proyectamos el futuro, hacemos amistades, peleamos con palabras. Nuestras creencias, conocimientos, leyes, ideas son palabras también.

Aunque en pequeña o gran medida desplacen al papel —más para escribir que para leer—, lo que seguiremos haciendo en las computadoras será leer y escribir y, en la medida en que ocupen más espacios será aun más importante —para sacar más provecho de ellas— dominar el lenguaje y ser un buen lector.

En el papel o en un medio electrónico, o aprovechando lo que uno y otro ofrecen como ventajas —que es lo sensato— ir en busca de la comprensión es la condición para hablar de lectura. Aprende a leer y se aficiona a leer quien aprende a poner significado y sentido en el texto y convierte esa operación en un acto placentero, una de sus formas de vida, uno de sus recursos para leer el mundo.

El eclesiástico y la bruja y el enano y las alimañas que los siguen alzan las manos con antorchas, cadenas, citatorios, y avanzan sobre nuestros pobres libros... estoy a punto de gritar para ver si despierto, cuando irrumpen como el Sol que despunta Don Quijote y Sancho, los dos de punta en blanco, y Rocinante y el rucio con alas poderosas, y tras ellos un ejército flamígero que alza plumas y lap tops y libros que relumbran como espejos y los endriagos se desvanecen y yo leo de un libro que llevo en las manos —Don Quijote, qué tonto, qué loco, cree que es para su Dulcinea:

*te convoco y te condeno a que no puedas cerrar los ojos sin verme, abrir los labios sin llamarme, saciar la sed sin sentir en tu boca la mía, tocar tu cuerpo sin creer que me acaricias, doblar una esquina sin la esperanza de hallarme, alzar el teléfono sin oír en mi voz tu nombre, abrir un libro sin leer estas palabras, porque el único amor que me hace falta es el tuyo, y lo necesito de esta manera desmesurada en que yo...*⁹

Señoras y señores académicos, señoras y señores, por hoy no tengo nada más que decir muchas gracias.

⁹ Felipe Garrido, “Conjuro”, en *La Musa y el Garabato*, México, FCE/Universidad de Guadalajara, 1992, p. 11.

RESPUESTA AL DISCURSO ANTERIOR

Jaime LABASTIDA

Señor don José Moreno de Alba, director de la Academia Mexicana de la Lengua; señor don Ruy Pérez Tamayo, director adjunto; señor don José Luis Martínez, director honorario vitalicio; queridos compañeros académicos; señoras y señores, amigos todos:

No puedo ocultar que me produce una enorme satisfacción ser yo quien hoy abra oficialmente las puertas de nuestra Academia, por medio de estas sencillas palabras, a Felipe Garrido, un escritor que, por derecho propio, tenía ganado este sitio desde hace tiempo.

Habrán advertido en su discurso, sin duda alguna, cómo en él la imaginación alterna perfectamente con la pulcritud y el rigor de las formas de expresión: el sueño se conjuga con el deseo; este con la lectura y el recuerdo y, atravesándolo todo y por encima de todo, la cumbre de la lengua española, la presencia de Cervantes y del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

El año próximo [2005] hemos de conmemorar el cuarto centenario de vida de este libro ejemplar (ejemplares llamó Cervantes, porque lo son, a un conjunto de sus novelas). Es necesario subrayar, como hoy lo ha hecho Garrido, aquello que nuestra lengua, aquello que la imaginación en lengua española, aquello que la inteligencia (y no solo ella: también la sensibilidad) en esta lengua rica y precisa que se habla en las dos orillas del Atlántico, le debe a la pluma fecunda de Cervantes. Felipe Garrido, al recordar sus lecturas infantiles y evocar las lecturas que de *El Quijote* hacía su padre, nos hace saber de qué modo este libro (de qué manera la

literatura de ficción y que causa placer) permite el desarrollo de un ser humano completo.

Cada hombre es diversos hombres. Nadie posee tan solo una dimensión. Jugamos y trabajamos, soñamos y pensamos. Durante el día estamos inmersos en un oficio decisivo: el de médico o el de abogado, el de ingeniero o el de filósofo. Por la tarde o la noche, acaso en la madrugada, “en las purpúreas horas que es rosas la alba y rosicler el día”, abrimos un libro (una novela, unos poemas) y, al entrar en sus páginas, abrimos una dimensión distinta en el interior de nuestro cráneo: entramos de súbito en nosotros mismos, en este espacio virtual que crea la palabra, en este recinto extraño y único, personal e intransferible, en donde solo está la voz de un hombre ya muerto hace siglos, viva sin embargo una vez más en nosotros.

Felipe Garrido es un escritor de relatos, pero también es un ensayista, un crítico literario, un autor de cuentos infantiles, además de un trabajador cultural de relieve. Empero, aquello que le otorga un carácter especial, aquello que lo singulariza entre los escritores mexicanos todos, aquello que le concede un sello distintivo, es sin duda su trabajo como promotor de la lectura en todo el país, tema al que le ha dado no solo páginas útiles y necesarias sino, por sobre todo, pasión. Si dentro de algunos años llegamos por acaso a tener muchos lectores atentos y críticos, si hemos de disponer de lectores apasionados y rigurosos, si México ha de tener algún buen escritor, no duden que en buena medida se deberá al esfuerzo que despliega ahora Felipe Garrido, cuando crea rincones de lectura y multiplica las ediciones de libros infantiles por toda la República.

Garrido estudió letras hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Tuvo allí como maestros a ciertos profesores que también lo fueron míos. Por una escasa diferencia de años no pertenecemos a la misma generación. Antonio Alatorre y María del Carmen Millán vieron cómo los dos pasamos por sus aulas: uno, cada día más vuelto hacia el rico y denso mundo de la poesía de los Siglos de Oro, aislado, sin contacto apenas con la áspera realidad contemporánea; otra, muerta de manera

prematura, volcada hacia el servicio público. Se trata de dos vocaciones contradictorias y, sin embargo, aquellas dos actitudes paradigmáticas, las de aquellos dos maestros que lo fueron de Garrido y míos, son el signo bajo el cual nos movemos muchos de nosotros.

¿Entramos en la realidad para intentar transformarla? O, por el contrario, ¿nos encerramos en la literatura, tratando de mostrar el sentido de un verso o el inaplazable hallazgo de una interpretación novedosa en un poema de sor Juana o Quevedo? Pregunto empero si desentrañar el difícil sentido de un verso; si releer, una vez y otra vez, un poema de Góngora; si escribir, si borrar, si oír el ritmo del poema que no podemos terminar y que, por lo mismo, aún no nos satisface, ¿significa aislarse del mundo? Acaso este mundo cerrado y secreto en donde nadie puede entrar porque no tiene la llave de la puerta; este oscuro espacio interior que solo comparten el escritor y su cómplice (el lector, digo), ¿no es al mismo tiempo el espacio del mundo? Garrido dice bien que la lectura, el oficio de leer y, por tanto, el trabajo de comprender, es un oficio de interpretación y de amor. Captar el sentido de signos que se despliegan en el espacio; comprender el sentido de un rasgo; descifrar lo que dice el trazo de una mancha negra sobre un papel blanco; escribir de manera en apariencia totalmente mecánica (con rastros de luz en la pantalla de una computadora, como antes se leían las letras que el estilo dejaba en una tablilla de cera), ¿es un oficio solitario? Al leer un libro ¿no leemos también, en él y gracias a él, las páginas del mundo, llenas de sangre? Leer ¿acaso no contribuye a edificarnos? Este trabajo de Sísifo, a un tiempo oscuro y luminoso, ¿nos hace y nos deshace?

La expresión del Conde de Buffon es bella y certera: el estilo es el hombre mismo. Invertida, sin embargo, no afirma lo contrario; solo dice que el hombre es el estilo: aquello con lo que escribe y se escribe: el punzón con el que deja su huella en la cera, el cincel que graba en piedra el Código de Hammurabi o la crónica del señor de Palenque; el cálamo con el que Dante escribe la *Commedia*; la pluma con la que Cervantes crea este personaje en el que cada uno reconoce algo, extraviado, de su

propio rostro. Somos un texto, un tejido de palabras que la humanidad entera escribe en nuestra piel.

Garrido nos hace saber que la lectura es fundamental en la edificación de un ser humano completo. Desea un lector crítico y al propio tiempo gozoso, un lector que sea capaz de comprender por sí mismo; que no esté sujeto a un programa escolar determinado, que abra su imaginación al deleite que la lectura proporciona. Se podría añadir: un hombre adicto a la lectura, un hombre que sufra por su adicción a la lectura. He aquí, a mi juicio, la única adicción permitida. He dicho que Garrido anhela un lector crítico, o sea, un lector que discrimine y que piense...

Porque si bien la palabra *crisis* cobra su origen en la práctica médica (el momento en que la enfermedad hace crisis es el instante de su desenlace: el enfermo muere o se alivia), no es menos cierto que de allí deriva su sentido actual (que ya tenía en Grecia y en la Roma imperial): separar, decidir: igual como se cierne, a través del tamiz, la harina; del mismo modo que el cernícalo, el ave de presa, se cierne sobre su víctima. De allí las voces *discernir* y *criterio*. Es verdad que la palabra adquirió carta de naturaleza en la filosofía a partir de Kant. Pero *crítica* también significa diálogo y hasta, en un cierto sentido, el acto de fingir o de actuar: el actor es un *hipócrita*, el que finge ser otro, el que se hace otro, así sea por un momento, sobre la escena... ¿Qué es el oficio de leer si no el de volvernos, por un momento al menos, otro? Baudelaire lo dijo: *hypocrite lecteur —mon semblable— mon frère*: el lector es, por tanto, un hipócrita y sin embargo mi semejante, mi hermano. Lo escrito por Baudelaire semeja respuesta a Cervantes (este escribió: “desocupado lector”). Los adjetivos no se oponen. Se puede ser un lector desocupado y al mismo tiempo *hipócrita*, en el sentido arcaico del término.

Garrido postula, pues, un tipo de enseñanza que no obligue a la lectura del corto número de poemas contenidos en un programa; menos todavía a la metaliteratura, todo lo que ofrece el mero signo exterior de la literatura. Si el niño desea releer un poema, que lo haga, hasta convertirlo en parte entrañable de sí mismo, en vez de que sepa todo cuanto

rodea a sor Juana sin haber leído empero un solo verso suyo. Hay actitudes enemigas: Sócrates por un lado, que afirma que la virtud no se puede enseñar (ni la ciencia ni la poesía, digo, los aspectos creadores de esas actividades); Protágoras, por el otro, que subraya la necesidad de la enseñanza y pone el caso de quienes, en la ciudad, tañen la flauta: algunos la tañerán mal; otros, bien; unos cuantos, de modo supremo. Entre la condición necesaria y la razón suficiente, ¿qué hacer? Garrido ha optado por establecer otra condición: la posible, acaso la necesaria: crear lectores críticos, sensibles, inteligentes, que hagan de México un país distinto, culto, capaz, visionario. Esta tarea ¿es inútil? ¿Es inútil en un país en el que existe analfabetismo político de Estado? ¿Un país en el que hay analfabetismo político, simple y llano? En un país donde el analfabeto funcional llega a ser gobernante y toma decisiones nefastas, exigir la lectura ¿es tarea inútil? No lo creo. Por el contrario, yo comparto el entusiasmo de Garrido. Se debe educar al educador. Es preciso que tengamos maestros con verdadera vocación por la enseñanza, que dejen atrás el temor en las aulas y que forjen alumnos inteligentes y críticos, con amplia capacidad para la duda y la innovación. Ojalá que algún día lleguemos a tener maestros con criterio, que formen a seres humanos completos; que no llenen de datos sin sentido a los alumnos, creyendo que les otorgan de esta manera la ciencia o la poesía; maestros que hagan dudar de todo, hasta de sí mismos.

Por esta razón, entre otras muchas, digo: Felipe Garrido, las puertas de nuestra Academia se han abierto de par en par; entra por ellas y toma el asiento que desde hoy es tuyo, el asiento que antes ocuparon Alfonso Reyes y Manuel Alcalá. Bienvenido.

ACERCA DE NEPANTLA*

Elsa Cecilia FROST

Don José G. Moreno de Alba, director de la Academia Mexicana de la Lengua; don José Luis Martínez, director honorario perpetuo; don Ruy Pérez Tamayo, director adjunto; señoras y señores académicos; señoras y señores:

Hacia mediados del pasado siglo hubo en México cierta inquietud acerca de si puede haber algo que pueda llamarse “cultura mexicana”, y de ser así qué es y cómo puede definirse. Tal inquietud, académica en un principio, pasó pronto a ser tema de revistas y periódicos, sin que entre unos y otros hayan podido dar una solución que convenciera, si no a todos, cuando menos a una mayoría. Se la intentó colocar en diversas categorías y se le aplicaron nombres que debían dar cuenta y razón de ella: *hispanoamericana*, *iberoamericana*, *latinoamericana* que, bien vistos, vienen a decir lo mismo. En última instancia, resultan intercambiables. Con mayor fortuna corrió otro término: cultura “de imitación” que, como se verá más adelante, deja muy mal parada a esta porción de la humanidad.

Dar con la solución al problema no es fácil, de modo que para encontrarla haremos bien en recurrir a la ayuda inapreciable de quienes fueron testigos del momento en que en estas tierras empezó a formarse algo distinto.

Afortunadamente, ninguno de los cronistas, religiosos o laicos, pretendió escribir una historia objetiva. En todos sus textos la característica es la pasión, una pasión que lleva al descarado autoelogio o a la no menos

* Leído en la sesión pública solemne efectuada el 11 de noviembre de 2004 en el Auditorio de la Coordinación de Humanidades de la UNAM.

descarada denigración del adversario. Es más, enfrentados a la afirmación de Gómara —fuera o no escandalosa sentencia—, quien dijo que “la mayor cosa del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de Indias”, estos hombres se dejaron no solo sorprender por lo que les rodeaba, sino quedar deslumbrados por completo. Cortés describe, maravillado, cada una de las ciudades prehispánicas por las que pasa. De Tlaxcala dice, por ejemplo, que es una ciudad “tan grande y de tanta admiración que... lo poco que diré es casi increíble, porque es muy mayor que Granada, y muy más fuerte y de tan buenos edificios y de mucha más gente que Granada al tiempo que se ganó”. Y si esto escribe de una población menor, su asombro ante Tenochtitlan lo lleva a decir “que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella”, aunque a pesar de afirmar que es imposible, intenta describirla y las páginas que le dedica tienen aún hoy la fuerza suficiente para hacer que la vieja Temistitar cobre vida.

Conquistados por su propia conquista, les interesa todo, y lo mismo elucubran acerca del origen de los indios [y al hacerlo desarrollan, como de paso, la que para mí es la última gran teología de la historia en Occidente], que describen horrorizados los rituales religiosos de los naturales y pasan de allí a hablar de una fruta hasta entonces desconocida, “que llaman auacatl, que en el árbol parece y así están colgados como grandes brevas”, descripción un tanto desconcertante, pero que podría aceptarse, si no fuera porque el cronista añade que “en el sabor tiran a piñones”.

Intentan también describir a los animales y así el pobre tapir, a quien el escritor nunca vio —vaya esto en su disculpa—, resulta ser “igual en tamaño al buey” y tener “trompa de elefante sin ser elefante, color de buey sin ser buey, uña de caballo sin ser caballo”, descripción que nos deja totalmente perplejos, sin que la imaginación alcance a formar figura de animal alguno.

Sin esta pasión, sin esta curiosidad siempre insatisfecha, por todo lo que viven y todo lo que los rodea, ¿cómo sabríamos de usos y rituales? ¿De conspiraciones y matanzas? ¿De ambiciones y desengaños? ¿De la

lucha diaria por sobrevivir y de los ardides para lograrlo? Es más, no solo hablan de lo que ellos iban descubriendo, sino que mencionan una y otra vez la inmensa curiosidad de los indios por saber los secretos de los españoles y narran la historia de aquellos macehuales que, sentados a las puertas de los artesanos españoles, esperaban que estos se entrasen a comer para hurtarles el oficio y así pronto supieron batir oro, elaborar guardameciles, campanas, fuelles, vihuelas y arpas y aun cortar un traje.

Por ello, porque nunca pretendieron ser objetivos, los cronistas pudieron pasar de una sesuda disquisición teológica a la anécdota tierna de un neófito quien, al ser reprendido por un fraile, por haber andado arrastrado, “con malas noches y peores días”, le respondió: “Padre, no te espantes, pues todavía estamos nepantla”, es decir, a medio camino, sin ser del todo cristianos ni tampoco del todo idólatras. Sin pertenecer cabalmente ni a un mundo ni a otro.

La respuesta indignó a fray Diego Durán, pues de él se trata, para quien no pasaba de ser una “abominable excusa”. Y, sin embargo, los lectores del texto han reconocido hace ya tiempo la perspicacia, la certeza con la que este indio anónimo supo describir la situación en la que vivía. Pero, lo que quizá pasó inadvertido —y si el fraile hubiera llegado a sospecharlo lo negara, presa de una indignación aun mayor—, es que también los españoles estaban nepantla. Concedamos que no quizá en asuntos de fe, pero sí en cuanto al vivir cotidiano se refiere. Así lo percibieron muy pronto otros cronistas al referirse a la sutil transformación que hacía de un español un indiano, pues “a pocos años andados de su llegada a esta tierra se hace otro”. Transformación que se acentúa con mayor fuerza en sus hijos, los criollos, que “en el aspecto parecen españoles y en las condiciones no lo son”.

Este texto de Sahagún lleva a pensar que españoles e indios iban perdiendo rápidamente sus características propias y vivían todos en la misma “tierra de en medio”, sin ser ya por completo ni una cosa ni otra.

Por ello se me ocurre preguntar ahora: Si ambos vivían en esta indeterminación, ¿no podría aplicarse el mismo término a la cultura? Sé que

no es la forma usual de referirse a ella, pero sí, como ya mencioné, las otras adjetivaciones me parecen poco precisas o hasta muy negativas, quizá sea este indio anónimo quien mejor definió lo que ocurría a conquistados y conquistadores.

Para dar un fundamento más sólido a esta hipótesis es necesario revisar algunos de los prejuicios surgidos, sobre todo, en el siglo XIX. Se manejaron entonces temas que en forma más o menos vaga se habían discutido desde tiempo atrás. Se partió, pues, de una falsa incompatibilidad entre los elementos que debían entrar en la nueva forma cultural y se afirmó que una “cultura mexicana” tendría por fuerza que ser o indígena o española. Si nos inclinamos por la primera opción, es claro que, ante el choque del jarro con el caldero, como decía Alfonso Reyes, este destruyó aquel y la Nueva España no tuvo más cobijo natural que la muy empobrecida cultura propia de soldados y aventureros. ¿Puede aceptarse tal simplificación?

Para mí que es necesario ir más allá y tener en cuenta que la cultura no es un regalo de los dioses, sino la obra de seres humanos en busca de una doble adaptación: la de ellos mismos a su ambiente y la de este a sus necesidades. Así, aun cuando las grandes obras materiales prehispánicas fueron destruidas, el indio —vencido, humillado, maltratado y presa cotidiana de la codicia de los nuevos señores— siguió estando allí, no como una muda presencia, sino como un elemento imprescindible de la nueva sociedad. Además, la destrucción que acarrea cualquier guerra no fue en este caso total. Se quiso aniquilar por todos los medios una religión que se creyó obra del demonio, pero al lado de lo que se vio como una total abominación, se reconoció un alto valor moral a su educación y regimiento político.

Había, pues, mucho de admirable y se lo quiso conservar, aunque no se lograra. Y si desapareció la sobriedad indígena, tan alabada por los frailes, en cambio para el buen manejo de la república de indios se mantuvo la organización del *altépetl* indígena.

Como cualquier otra cultura conocida, la nuestra empezó por lo básico: la comida. Y en este terreno fueron los españoles los primeros en aceptar la inevitable adaptación. Si hasta el refrán lo dice: “Cuando no hay pan, buenas son tortillas”. Y el español no solo aprendió a comerlas, sino a saborearlas. Desde luego, también hubo rechazos. Por lo que dicen las crónicas ni aun los franciscanos, acostumbrados a tener pocas exigencias, pudieron apreciar las “manzanillas de la tierra”, pero mezcladas y cocidas con los elementos traídos de Europa resultaron, como tantas otras frutas, de delicioso sabor. Por su parte, los naturales criaban tanto las “gallinas de la tierra” (guajolotes) como las “de Castilla”. Y con ellas, sumadas al ganado bovino, porcino y lanar, se transformaron los hábitos alimenticios.

Puede argumentarse que todo esto fue natural e inevitable dada la situación que se vivía, pero que no se llegó más allá, que vencedores y vencidos siguieron su propio camino, a no ser por la importación de los instrumentos indispensables para el trabajo. Empero, tales utensilios no llegaron solos, en la mayoría de los casos llegaron acompañados por quienes sabían manejarlos. En un libro extraordinario, al que me referiré más adelante, hay un grabado en el que puede apreciarse una pequeña figura, identificada como fray Pedro de Gante, entregado a enseñar a los indígenas los nombres y el uso correcto de las herramientas que, mediante un punzón, les señala en un tablero. Puede pues comprobarse el cambio en este primer nivel.

Desde luego, si no se hubiera ido más allá, sería justo hablar de una cultura “a la española”, pero menguada, empequeñecida, limitada a cubrir las necesidades básicas y dispuesta a aceptar para ello lo que el mundo indígena pudiera ofrecerle. En cuanto a este, hay quien afirma que, pasada la primera euforia de los mendicantes, quedó arrinconado en la república de indios.

Sin embargo, lo que sucedió fue algo muy distinto. Si en un primer momento los hombres de Cortés y los que los siguieron tuvieron que conformarse con lo poco que culturalmente tenían a la mano, es un he-

cho que no estaban dispuestos a renunciar para siempre —aunque puedan señalarse excepciones— a lo que consideraban su patrimonio, su derecho de nacimiento. Para ellos, no se trataba de vivir como en España, sino de alcanzar una vida mucho mejor que la que hubieran tenido allá. De allí el lujo excesivo al que se refieren los cronistas. Pues quienes en España no pasaban de ser gañanes, querían ahora ser “señores de salva”.

Hubo una circunstancia que favoreció el proyecto de vida de los conquistadores, y fue el hecho de haber asentado su ciudad sobre una de las más altas culturas del continente. Parecería que en un intento de ahogar todo rastro de ellas, la Corona volcó sobre los dos virreynatos —levantados como se sabe sobre los restos nahuas e incas— lo mejor de su cultura. Recuérdesse que las universidades de México y Lima fueron fundadas a escasos 30 años de la conquista y que, a menos de cien años de la invención de la imprenta, la ciudad de México contaba ya con impresores. Y si bien las instituciones de alta cultura son las más reacias al cambio (piénsese que para la Universidad de México fue timbre de orgullo tener los mismos privilegios que la de Salamanca), nadie puede negar su peso en el desarrollo cultural. Y también que antes de estas fundaciones ya los franciscanos habían abierto el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco para la educación de los indígenas nobles. Intento que fracasó no por falta de talento de los educandos sino por sobra de él. Tiripitío, instituida por los agustinos, asegura ser la primera universidad del continente. Porque debe destacarse que la cultura europea debía hacerse extensiva a los “naturales”, como lo dice la cédula de la Real y Pontificia, a más de procurar que quienes pretendían llegar al sacerdocio manejaran diestramente las lenguas indígenas.

El hacer esta enumeración no implica, de ningún modo, que los logros culturales puedan borrar, ni aun paliar (cosa que no intento), la inmensa desgracia que había caído sobre los habitantes primitivos.

Con todo, considero que, como ya mencioné, la simple presencia cotidiana del indio cambió en tal forma a los indianos y a los criollos que estos perdieron no solo el fuerte acento castellano y muy pronto “can-

taron” en el mismo tono de los indios, sino también sus rudas maneras y aprendieron formas tan corteses que podían haber sido asombro en muchas cortes.

La transformación penetró la vida de los dos grupos y modificó todo: la comida, el lenguaje, la arquitectura, el ritual religioso; en una palabra, la convivencia misma.

En este cambio fueron los franciscanos, primeros y excelentes nahuatlatoles, quienes encontraron las reglas de esta lengua y la trasladaron al alfabeto latino, procurando, por otro lado, que los indígenas conocieran la nueva fe y con ella el idioma y las artes que la apoyaban. Por ello, no sorprende que unos 50 años después de la caída de Tenochtitlan, un fraile mestizo deleitara al papa con sus dibujos y que sus hermanos de hábito le confirieran, por unanimidad, un alto cargo.

En 1575, durante el capítulo general de la orden franciscana, se oyó la voz del cardenal Cribelli que anunciaba: “procurador de la orden, fray Diego Valadés, tlaxcalteca, educado en la provincia del Santo Evangelio”. Se trata del autor del libro y del grabado que mencioné antes, la *Rhetorica cristiana*, a cuyo estudio dedicó más de 30 años mi antecesor en la silla número XIV de esta Academia, el jesuita Esteban Julio Palomera, a quien lamentaré siempre haber visto sólo una vez durante la presentación de un libro sobre su orden. Me llamó entonces la atención la actitud del padre, quien seguía la lectura de los textos con la cabeza ligeramente inclinada y una sonrisa vaga en los labios. Confieso que me puso nerviosa, pues atribuí la sonrisa a cierta benevolente ironía provocada por lo que podía considerar como falta de respeto hacia la Compañía. Después supe que no era así, que era su actitud usual y que, si mucho tenía de benevolencia, nada había de ironía.

Cursó don Esteban filosofía y teología, y obtuvo en estas materias todos los grados que pide la Compañía, pero no fueron estos los campos en los que destacó. Como buen ignaciano, se dedicó por años a la docencia, en la que ocupó diversos y altos cargos y fue a la obra educativa de los jesuitas en tres ciudades mexicanas —Guadalajara, Tampico y Puebla—

a la que dedicó sus tres primeras investigaciones. Pero, para extrañeza de muchos, su obra mayor no se ocupa ni de la Compañía de Jesús en general, ni de algún aspecto o algún miembro particular de ella, sino del franciscano tlaxcalteca cuyo texto en latín muchos citaban y pocos habían leído. Al padre Palomera se debe que ahora podamos leerla en castellano. Fue él quien tradujo las partes referentes a la historia indígena, en tanto que otros distinguidos latinistas, el doctor Herrera Zapién entre ellos, tradujeron el resto; labor que les llevó cinco largos años. El trabajo de don Esteban fue más allá de la traducción, sin que esto signifique desconocer lo valiosa que esta pueda ser, pues escribió dos volúmenes sobre fray Diego (sus tesis de maestría y de doctorado en historia), que finalmente se reunieron en uno solo. Esta investigación minuciosa nos hace conocer todos los avatares de quien, nacido de la unión de un conquistador español y una india de Tlaxcala, tenía todo en contra al inicio de su vida. Hijo natural y además mestizo, era difícil que se le aceptara en el sacerdocio. Hubo complicidades y secretos, y el apoyo de fray Pedro de Gante y de los que, como él, se dolían de la prohibición de ordenar indios y mestizos. De todo ello, lo mismo que de las vicisitudes del tlaxcalteca en Europa, de la que nunca volvió, da cuidadosa cuenta el padre Palomera en su libro, tan bien investigado como mejor escrito. De hecho, puede decirse que no dejó de ver ningún documento, ni de seguir la menor pista.

¿Cómo explicar, sin embargo, la fascinación de este jesuita contemporáneo por un franciscano casi incógnito? La explicación la dan, mucho mejor de lo que yo pudiera hacerlo, las palabras con las que don Esteban cerró su discurso de ingreso a esta Academia: “Las reminiscencias mexicanas de Valadés en su *Rhetorica* nos revelan, sin lugar a duda, la identificación de su autor con los elementos integrantes de la nacionalidad mexicana que se estaba gestando en la segunda mitad del siglo XVI”.

De este párrafo y de todo lo que llevo dicho resulta innegable que, para fines de ese siglo, el virreinato estaba habitado por indios que ya no pensaban como tales y por españoles que poco a poco dejaban de serlo. Unos y otros diferentes ya de sus antepasados y, por ello mismo, crea-

dores de una nueva forma de vivir que, en última instancia, es a lo que llamamos cultura. Una cultura que, lo mismo que ellos, estaba nepantla.

Prueba de ello es que si existen indios y mestizos latinistas también hay frailes que escriben doctrinas y obras de teatro en náhuatl, lengua en la que se cantó el primer motete conocido, “Sancta María in ilhuícatl”.

Y ¿cómo no recordar la famosa “Fiesta de las reliquias” organizada por los jesuitas, en la que en uno de los temples por los que había de pasar la procesión estaban unos “niños indiecitos, vestidos en sus trajes de seda y plumería vistosa, danzando a su usanza y cantando con mucha arte una letra en lengua mexicana, pero en metro español”. Clara muestra del nepantla en el que se fincaba la cultura.

No es necesario, por tanto, esperar al siglo XVII, a las figuras señeras de sor Juana y de Sigüenza y Góngora, ni recorrer el enorme catálogo que Beristáin escribió un siglo después, para aceptar lo dicho por el padre Palomera: ya a fines del siglo XVI poseía la Nueva España todos los elementos de una fuerte personalidad.

Tan fuerte era, que los peninsulares, enfrentados a la extraña forma que había tomado su cultura, solo pudieron explicarla por una supuesta o real asimilación a lo indígena sufrida por los criollos. Asimilación que habría hecho de la cultura española una imitación tan pobre como estéril. Un híbrido sin futuro.

La reacción de los criollos no se hizo esperar y si, por un lado, Beristáin se lanzó a enumerar cuanto escritor mayor o menor hubiera producido el virreinato (y hay muchos que son menos que menores), por la otra hubo quienes recogieron orgullosamente la herencia prehispánica y se proclamaron legítimos dueños de la tierra, convirtiendo la historia indígena en su propia historia clásica. En su enfrentamiento con los peninsulares, el criollo se acogió a lo único que lo distinguía de ellos, lo indígena, y así pudo tacharlos de usurpadores, de intrusos que destruyeron por su torpe codicia civilizaciones refinadas para imponer la propia. Desde el punto de vista político, esta postura estaba justificada y, paradójicamente, era un eco de lo que los propios españoles intentaban en España a fin

de alcanzar la modernidad. “Nueva España es un interregno, una etapa de usurpación y opresión, un periodo de ilegitimidad histórica” (Paz). Así, quienes renegaban de la madre patria no solo eran hijos ingratos y desagradecidos, sino los herederos directos de los antiguos señores que recuperaban lo suyo y restauraban la legitimidad. Cito otra vez a Paz: “Nueva España es el origen del México moderno, pero entre ambos hay una ruptura”. Ruptura plenamente consciente, alejamiento deliberado de los principios decadentes del imperio español. Se logró la independencia, y con ello se agravó el problema, porque una cosa es luchar por escrito con un adversario capaz de rebatir y otra muy diferente luchar contra las creencias y el modo de vivir de la mayoría. Pues de nuevo, como ocurrió en el siglo XVI, hubo el propósito de borrar la historia anterior. La diferencia está en que entonces fueron muchos los que para lograrlo se sentaron en la tierra, para trabajar y vivir de acuerdo con su propia tradición, si bien aceptando mucho de la ajena. Ahora, unos cuantos, una élite, importó principios ajenos a fin de estar “a la altura de los tiempos”. Sin embargo, frente a los admirados modelos, Francia, Inglaterra y los agresivos vecinos del norte, ni la decadente cultura española ni el exótico pasado indígena ofrecían una base firme para poder igualarlos. Con la firme convicción de que lo importante es el progreso, cifrado en aparatos y técnicas, pensaron alcanzarlo importando todo lo que fuera necesario. En este momento, que fue quizá el que Samuel Ramos tenía en mente al escribir su famoso libro, se produjo lo que él llamó “imitación extralógica”. Se negó valor a todo lo construido, material e intelectualmente, durante tres siglos en esa tierra “de en medio”. Se dio la espalda a lo español porque se vio como mero recubrimiento, una máscara de la que sería fácil desprenderse, pero también a lo indígena, pues, olvidado su significado, era imposible recuperarlo. Quedó reducido a un argumento para rechazar el pasado, sin que sirviera de base para el futuro.

En forma contundente, Antonio Caso (citado por Paz) caracterizó la imitación extralógica como innecesaria, superflua y contraria a la condición del imitador.

Sin embargo, fue esta ruptura lo que hizo posible que los fines políticos que se perseguían se cumplieran, cuando menos en parte, aunque para la cultura fuera un golpe tal que apenas si a más de un siglo de distancia se ve lo imposible del intento. El indio que decía estar nepantla sigue teniendo razón: la cultura se mueve en un terreno intermedio: ni español ni indígena, y fue la decisión de fincarla en tradiciones ajenas lo que la hizo caer en un vacío. Por ello, estas reflexiones en torno al fenómeno resultaron tan pesimistas que incluso se afirmó que México nunca pasaría de ser un reflejo de la cultura auténtica, la de los otros, cerrando así cualquier posibilidad de creación.

Treinta años de paz hicieron pensar a los científicos —severos caballeros de levita y sombrero de copa— que México iba tomando por fin el rostro europeo que se habían esforzado en darle. No les cabía duda de que su intento por alcanzar el progreso se reflejaba ya en la vida urbana y de que las fiestas del centenario harían ver al resto del mundo que México podía y debía ocupar un lugar en el concierto de las naciones.

Justo en ese momento se produjo el estallido brutal de la revolución. Años terribles en los que la única preocupación era la propia sobrevivencia, si bien fueron también años en los que los muralistas hicieron visible, casi palpable, lo que el México revolucionario quería ser. Un México basado, como el de la Independencia y la Reforma, en la noción de que lo único auténtico es el pasado indígena, aunque a veces lo confundieran con su folclore barato, si bien muy colorido. Los tres siglos virreinales siguieron siendo vistos como un intermedio producido por la violencia que interrumpió el curso de la verdadera historia. Fueron, pues, un mero paréntesis, un letargo. El rostro auténtico de México quedó oculto bajo una máscara, y quienes dieron forma oral o escrita a esa idea afirmaron que aquí, a causa de la irrupción española y del aniquilamiento de todo lo indígena, ya solo se podría vivir una cultura inauténtica, sucursal, dependiente, heterónoma o colonial, según el gusto de cada autor. Fue tal la avalancha de valoraciones negativas que, como decía José Gaos, la

única conclusión posible era que la originalidad de la cultura mexicana era precisamente el carecer de originalidad.

Es mucho el tiempo transcurrido desde entonces y, aquietados los ánimos, al parecer la cultura no se enfrenta ya a una elección tajante que solo causaría una mutilación.

Hasta aquí puedo llevar mis afirmaciones. Porque si es relativamente fácil seguir un rastro, descubrir motivos, señalar causas y encontrar conexiones, no lo es señalar un camino. Fuera de aceptar que la supresión de cualquiera de las dos raíces es absurda y nos dejaría incompletos, poco puedo agregar. Después de todo, como decía Hegel, el historiador es un profeta que mira hacia atrás.

RESPUESTA AL DISCURSO ANTERIOR

ALÍ CHUMACERO

Elsa Cecilia Frost se ha ocupado particularmente de la consideración de la filosofía de la cultura, tanto en su aspecto general y en el significado del término como en la aplicación a nuestro proceso histórico. Sus análisis ayudan a delinear sus contornos, categorías, características y manifestaciones. Intento, dice, aclarar “qué motivos han presidido su formación y cuál puede ser su contribución a una interpretación de la cultura mexicana”.

Para ello ha recurrido en algunos de sus libros a los textos generados por la Revolución mexicana, a los hechos de la rebelión cristera, a la literatura revolucionaria y a las artes plásticas nacionales. Se trata de cuatro fenómenos sociales que forman —o muestran— parte de nuestro carácter, de nuestra manera de ser, y resultan elementos útiles para explicarse las varias etiquetas adjudicadas a nuestra cultura: occidental, cristiana, hispánica, criolla, mestiza, etc. Desentrañar ese mazo de ideas y semejante laberinto de acontecimientos, de sensaciones, de enjambres conceptuales y correspondencias lógicas conduce al estudioso a esbozar un denominador común, una presencia compartida. Es la imagen que nos descubre el rostro, la señal de nuestra existencia, el acoplamiento afín de rasgos distintivos. Ortega y Gasset escribió alguna vez: “Cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee. Mejor: el sistema de ideas desde las cuales el tiempo vive”. Es la actividad propia del hombre. La actitud que lo induce a negar la naturaleza y, a la vez, a trascenderla.

En esa negación de la naturaleza, en esa respuesta que la conciencia ofrece a los fenómenos naturales e inmediatos, reside la definición de nuestra presencia en el mundo. Antitéticos o no —cultura y naturaleza—, “el ser humano es el único animal que rebasa los límites de la na-

turalidad y crea una cultura, pero al mismo tiempo no puede escapar a su propio logro y no tiene más remedio que adaptar su vida a él; no vive ya en un puro universo físico sino en un universo simbólico”. Expresado con otras palabras: por la cultura, el hombre se separa del mundo natural y, a la vez, se une a la naturaleza.

Tal ha sido la historia de la humanidad. Por lo menos eso han creído algunos historiadores-filósofos o filósofos-historiadores. De acuerdo con sus apreciaciones, la cultura es definible y, por lo mismo, la historia es predecible. Tal era la sospecha de Oswald Spengler, que en la *Decadencia de Occidente*, su libro mayor, expuso la tesis de que “la cultura recorre el camino de todo ser vivo y que las culturas son intransferibles, pues como plantas están ligadas de por vida al suelo del que han brotado”. Pero no todas las culturas cumplen al pie de la letra las etapas concedidas *a priori* sino que algunas interrumpen, siempre por razones históricas, su desarrollo natural. “Hay culturas —el ejemplo que da Spengler es la cultura azteca— que mueren prematuramente, destruidas como plantas que un viajero indiferente se complaciera en destruir”.

Para dilucidar esta y otras tesis y luego dar testimonio de sus observaciones, Elsa Cecilia Frost ha analizado, con autoridad y sapiencia, el correr histórico de nuestra cultura. Considera debidamente desde los imprescindibles documentos de Motolinía y Sahagún hasta las recientes investigaciones acerca de nuestro espíritu a fin de ir reconstruyendo el hilo de aquello que el paso de los años ha marcado en nuestra conducta.

Encuentran su sitio las hipótesis de Bartolomé de Las Casas, Juan de Torquemada, Jerónimo de Mendieta, Toribio de Benavente, Alonso Ponce, Diego de Landa, Antonio de Montesinos, Vasco de Quiroga, Alonso de la Veracruz, Joseph de Acosta, Bernal Díaz del Castillo, Alonso de Molina y tantos otros que, a su hora, descubrieron y dieron a conocer particularidades del habitante del nuevo continente.

Las últimas etapas de esa persecución filosófico-histórica arrancarían de la generación del Ateneo y tomarían suma claridad en *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Ramos. En esos textos, las va-

riantes, las diferencias, las cercanías y aun las disensiones son juzgadas cuidadosamente para ofrecer un panorama donde la conclusión es, además, la imagen contradictoria de lo que somos. Pero en lo político, en lo religioso, en lo económico, en lo social, queramos o no, perdura cierta unidad que nos define. Porque a pesar de las divergencias, existen elementos comunes que “permiten ver la expresión de un mismo espíritu”.

En las palabras que acabamos de escuchar, escritas con el acierto de quien ha vivido siempre entre el pensamiento y sus manifestaciones filosóficas, cerca de las ideas y animada por el amor a la verdad, reconocemos que su autora, Elsa Cecilia Frost, llega a la corporación con los méritos suficientes para cubrir el sitio que antes ocupó Esteban Julio Palomera, quien nos dio a conocer en nuestro idioma la *Rethorica cristiana* de fray Diego Valadés.

HOMENAJES AL CUMPLIRSE EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE AGUSTÍN YÁÑEZ*

AGUSTÍN YÁÑEZ EN LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA

La individualidad de un personaje tan polifacético como la de Agustín Yáñez es tanta que debe ser encarada desde diversas aristas. Maestro y jurisconsulto, estadista y gobernante, político y servidor público. Centro de tales esferas, ilumina el camino que pisa, y desde ángulos tan al parecer encontrados, sobresale. Hay en él un embrujo especial de hacer fácil lo difícil. Y así, se nos planta donde quiere, y en cualquier sitio cabe. Dejando tras de sí una huella soberbia, que culmina con su trayectoria literaria, cabal dentro del marco que su confianza humana nos proporciona. Terminamos por encasillarlo dentro de la imagen de un hombre bueno, cumplido, siempre responsable del deber que le ha sido encomendado. Y lo recordamos con su gran cuerpo, robusto hasta cierto punto, acompañado por su larguinariz, el cabello oscuro, lacio y abundante, sus gafas de carey caladas desde donde apenas si trasluce una mirada grave. Tímido si algunos lo piensan, severo y respetuoso para los más, pero franco, incapaz de la mentira o el agravio, recio como el roble que representa. Sin disparates ni verborrea falsa. Tan seguro de sí mismo que, bien centrado en sus ideas, puede resumirse como capacitado para atender, entender y retener.

* En 2004 la Academia llevó a cabo dos sesiones públicas de homenaje a Agustín Yáñez. La primera tuvo lugar el jueves 25 de marzo en la Sala de Protocolo del Gobierno del Estado de Puebla, y a ella pertenecen los dos primeros trabajos que se publican (de Enrique Cárdenas de la Peña y de Vicente Quirarte). La segunda fue el jueves 10 de junio, en Casa Lamm, y en ella José Luis Martínez leyó la conferencia que aquí también se publica.

Desde su tesis *Hacia un derecho internacional americano*, principio por así decirlo de sus escritos, Agustín Yáñez descubre después el género favorito que lo fustiga durante toda su vida: la novela (que entre paréntesis Antonio Castro Leal llamó con mayor amplitud *literatura narrativa*, por incluir allí el ensayo, la biografía, el quehacer histórico), donde teje con una fuerza inigualable la vida de la provincia, los próceres que lo cautivan y quizá, o más bien sí, su propio vivir. Si a bien tenemos que el 12 de septiembre de 1951 se anuncia con el planteamiento *Don Justo Sierra: su vida, sus ideas y su obra*, donde un jurado selectísimo —Samuel Ramos, Eduardo García Máynez, José Gaos, Julio Jiménez Rueda y Edmundo O’Gorman— le otorga en la Universidad Nacional Autónoma de México la mención *Magna cum laude*, solo haremos recuerdo de un mínimo de su obra, porque antes de aventurarnos por la magna participación suya atrapada en la Academia Mexicana de la Lengua, nos parecería imperdonable el no acotar algo de lo suyo: desde antes, *Espejismo de Juchitán*, aparecido en 1940; *Genio y figuras de Guadalajara*, en 1941; *Flor de juegos antiguos*, en 1942; *Pasión y convalecencia*, más *Archipiélago de mujeres*, en 1943; y *Yanhualica*, en 1946, dentro de una primera fracción, y luego, el abordaje de un reconocimiento universal: *Al filo del agua*, en 1947; *La creación*, en 1959; *La tierra pródiga*, en 1960; *Las tierras flacas*, en 1962, y, años después, *Las vueltas del tiempo*, en 1975. Que en este ir y venir fluido, nuestro autor entreteje emociones e incidentes, escenas y remembranzas, reacciones y pensamientos de su intimidad.

Pasemos ya a lo nuestro, porque hemos de recorrer múltiples quehaceres dentro del tema que nos asignamos.

Previo a su candidatura, parece ser que el documento más antiguo que conserva el expediente de la Academia Mexicana de la Lengua sobre Agustín Yáñez es una copia del artículo periodístico escrito por Genaro Fernández MacGregor refiriéndose a *Al filo del agua*, donde lo cataloga como “un novelista completo que da a conocer a fondo la celdilla provincial con la cual se integra México”. Allí lo saluda como al flechero que tiende con tanta seguridad el nervio del arco, para, a través del cura

don Dionisio y sus ejercicios espirituales —de un rigor tal que infunden miedo—, en una “tajada de vida” resumir a un pueblo íntegro en acción. Dice él:

Este es el verdadero protagonista: no cualesquiera de los personajes que en sus calles, en sus casas y en sus iglesias bullen y alientan, cual meras “canicas” que ruedan y se desvían sobre el plano inclinado del tiempo. Sus acciones, y más sus sentimientos profundos, amalgamados, sintetizan a aquella humanidad reducida a sus características más acusadas: la conformidad, que es la mejor virtud en esas gentes que no ambicionan más que ir viviendo, mientras llega la hora de una buena muerte; la sumisión a un credo que exalta la conciencia del pecado y el temor al eterno castigo.

La propuesta a favor de Agustín Yáñez para que ocupe la vacante del gran humanista e insigne poeta Balbino Dávalos, firmada por los académicos Genaro Fernández MacGregor, Darío Rubio, Julio Jiménez Rueda, Alfonso Cravioto, Francisco Monterde, Rubén Romero y Alberto María Carreño, data del 30 de octubre de 1951. En trámite, prospera hasta la sesión celebrada el 4 de febrero de 1952, cuando por unanimidad es electo, pero en sustitución del licenciado Miguel Alessio Robles. El secretario perpetuo se lo comunica al día siguiente. Curiosamente, como pasa el tiempo y él no da señales para presentar su discurso de ingreso según lo establecen de rigor los Estatutos —de acuerdo con las resoluciones del 12 de junio de 1953—, Alberto María Carreño le hace saber el 17 del mismo mes que, “con carácter improrrogable, se amplía hasta el 22 de diciembre de este año el plazo previsto en el artículo 24 de los Estatutos reformados para que los señores académicos ahora denominados electos regularicen su situación”.

Las circunstancias obligan al licenciado Yáñez a darse prisa, porque con toda anticipación ha recibido el comunicado de su elección desde el 7 de febrero de 1952. Tenemos noticia y garantía de que ya en agosto de 1953, tras la advertencia secretarial, la Academia turna las invitaciones respectivas anunciando que en sesión pública a efectuarse el 5 de

septiembre próximo, a las ocho de la noche, en la ciudad de Guadalajara, don Agustín Yáñez leerá su discurso de ingreso como académico de número, a quien contestará el de igual denominación don Jaime Torres Bodet. Y en efecto: en la Universidad de Guadalajara, con motivo de la sesión de clausura del VI Congreso de Profesores de Literatura Hispanoamericana que allí se celebra, ese 5 de septiembre tiene lugar la lectura del discurso *Necesidad de la enseñanza literaria* por el en este momento mandatario supremo del estado jalisciense.

En realidad, la ceremonia tiene lugar en el Teatro Degollado. De México acuden a la capital tapatía los académicos Alberto María Carreño, José María González de Mendoza, Jaime Torres Bodet, Nemesio García Naranjo, Alfonso Cravioto, Alfonso Junco, Alfonso Méndez Plancarte, Martín Luis Guzmán, Salvador Novo, Isidro Fabela, Carlos Pellicer y Antonio Castro Leal. José Rogelio Álvarez, hoy académico, actúa entonces como secretario particular del gobernador. Asisten honrosas personalidades, entre ellas el académico numerario Salomón de la Selva y los representantes de las Academias colombiana, costarricense y paraguaya, esto es, Julián Motta Salas, Manuel Arguedas y J. Natalicio González, respectivamente.

El acta correspondiente del acto reza:

El señor director Alejandro Quijano manifiesta que la Academia tomó el acuerdo de celebrar una sesión pública en Guadalajara, y que en ella recibirá como individuo de número al señor académico electo don Agustín Yáñez, gobernador constitucional del estado de Jalisco. Hace la presentación de los señores académicos y de las personalidades presentes en el estrado, y pone en el uso de la palabra al señor Yáñez, para que lea su discurso de recepción.

El recipiendario afirma que la reunión de la Academia en Guadalajara constituye un homenaje al estado de Jalisco y a la memoria de sus hijos preclaros, en particular a la de quienes fueron miembros de la corporación. Dedicales cumplidos elogios, así como a aquellos de sus antiguos compañeros de letras en la revista *Bandera de Provincias*, ya fallecidos. Bosqueja la aportación de Guadalajara a la cultura mexicana mediante sus revistas literarias, sus imprentas y sus librerías, y desarrolla el tema principal de su

discurso, que es la *Necesidad de la enseñanza literaria*. Indica los tres motivos que fijan la importancia de la literatura en la educación, a saber: 1) la influencia educativa sobre la sensibilidad; 2) la ampliación y afinación de la conciencia histórica; y 3) la exactitud, variedad y riqueza del idioma como instrumento de expresión. Trata cada uno de esos puntos en forma docta y convincente, e indica las modalidades que en la práctica puede revestir la enseñanza de la literatura. Concluye con frases de agradecimiento para la Academia por haberle llamado a participar en sus labores... El señor director concede el uso de la palabra al señor Torres Bodet para que conteste al señor Yáñez. Tras exponer por qué le incumbe esa misión, el señor Torres Bodet elogia a la provincia mexicana y enumera las diversas ocasiones en que la Academia ha extendido a ella sus actividades. Alaba la vocación de escritor y la lealtad a su cuna que el autor de *Genio y figuras de Guadalajara* ha demostrado. Pone de relieve el valor de lo provinciano en el conjunto de lo nacional, y el de esto en lo universal. Hace un penetrante y certero análisis de la obra literaria del señor Yáñez y le felicita por su robusta defensa de la enseñanza de la literatura, que considera como una de las fuerzas que de manera más evidente orienta la continuidad cultural del hombre. Expresa la gratitud de la Academia a Guadalajara y recuerda somera y elogiosamente a los escritores jaliscienses que dieron prez a la corporación, así como al insigne novelista don Mariano Azuela. Para concluir, da cordial bienvenida al nuevo académico de número.

Claro está que Agustín Yáñez ensalza a Guadalajara y a Jalisco en su discurso:

Allí se bebe ese algo material, telúrico, que radica en el aire, en la luz, en el aspecto de la tierra árida, que comunica no sé qué de sensación de paz, de tranquilidad y de placer, y que se adentra en el ánimo y de él se adueña sin consentir que esa imagen la borre otra alguna...

Y Jaime Torres Bodet, tras situar *Al filo del agua* como su novela más plena, más ávida y más profunda, elogia la fidelidad efectiva de la provincia, acota las anécdotas que relata, los caracteres que traza, las perspectivas que pinta, y en una prosa insistente y densa califica su sonoridad en la lentitud de su andar. Dice claramente:

Sus personajes andan despacio, viven despacio, se hacen despacio, con un ritmo que parece de otra época, aunque no lo es, porque en provincia la moneda del tiempo tiene su peso íntegro y su más elevada cotización. Es un tiempo que miden con sus repiques, por las mañanas y por las tardes, campanas en cuyo bronce nos saluda y nos guía la voz de México.

Tras esta recepción de gala, cuando Alberto María Carreño como secretario perpetuo de la Academia sugiere a Agustín el envío de cierto número de copias de los discursos de ingreso y respuesta para remitirlos a España, a la vez le pregunta si está conforme con que el Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española se realice en Madrid. Él aprueba la sugerencia.

Por su ocupación como gobernador del estado de Jalisco es muy comprensible que Agustín Yáñez no haya intervenido lo suficiente cerca de la Academia en los años inmediatos. Al trasladarse a la capital del país para cubrir su nuevo cargo como consejero de la presidencia de los Estados Unidos Mexicanos, pendiente siempre del embrollo que suscitan las diferentes opiniones sobre los Estatutos en relación con la categoría de académicos —en ese momento todavía existen correspondientes y numerarios para la ciudad de México—, interviene en firme cuando, al morir Alfonso Reyes el 27 de diciembre de 1959 y quedar vacante la dirección, tiene lugar la crisis a la cual califico como “la escaramuza”. Agustín interviene, así, en los sucesos desde el 29 de enero de 1960 en que actúa como escrutador junto con Martín Luis Guzmán: la votación, tras varios intentos, no resulta definitiva. Todavía en la sesión del 26 de febrero inmediato el recuento de los votos a favor de Luis Garrido o el propio Martín Luis, no obstante escrutinios sucesivos, resulta empatado en más de una ocasión. Ya esta vez Jaime Torres Bodet, uno de los candidatos para ser electo director, desiste en vista de las múltiples y graves ocupaciones que asume como secretario de Educación Pública. El acta de esta fecha relata que, al no ponerse de acuerdo los académicos sobre la elección,

el señor Monterde sugirió que se formara una comisión con igual número de miembros de las personas que habían votado a favor del señor Guzmán y de los que habían votado por el señor Garrido. Agustín Yáñez hizo ver la necesidad de prescindir de cuanto pueda provocar una escisión en la Academia. El secretario Carreño propuso —y se aceptó— que la comisión estuviese formada por los académicos Monterde, González de Mendoza y Guisa y Azevedo. Aplazada de nuevo la elección, Francisco Monterde pidió que para que el caso de elección no sea motivo de posibles censuras para la Academia, se dijera que el aplazamiento era debido al deseo de prolongar el periodo de duelo de la Academia, con motivo de la muerte de su director el señor doctor don Alfonso Reyes.

El ambiente se complicó cuando Salvador Novo, en la siguiente sesión del 11 de marzo de este año manifestó que

he pensado mucho en el problema de la elección de director, y que dadas las dificultades que han surgido para tener uno nuevo, propongo que haciendo un cambio en los Estatutos, el director sea electo por un año en lugar de cuatro que ahora se establece y que se comience por el actual decano, a quien seguirán en el orden de su antigüedad en la Academia los demás señores académicos. La propuesta fue acogida favorablemente por todos los presentes, inclusive dos de los miembros de la comisión nombrada para buscar solución al problema que se ha planteado por la elección de director: los señores Francisco Monterde y Jesús Guisa y Azevedo. Se esperará la aquiescencia del señor González de Mendoza para someter a toda la Academia este proyecto de reforma a los Estatutos, puesto que será necesaria la mayoría absoluta de votos de los académicos para hacer esa modificación a los Estatutos. Con el objeto de evitar en lo futuro nuevas protocolizaciones de las reformas que se hagan a dichos Estatutos, se propuso y se aprobó que el reglamento interior pueda ser modificado sin necesidad de nuevas protocolizaciones, si lo autoriza la escritura social.

Agustín Yáñez, a la reacción y en escrito amplio dirigido al secretario perpetuo el 7 de abril inmediato, hizo notar entonces que la propuesta de Salvador Novo debía agravar los problemas sufridos por la institución, una de cuyas manifestaciones había sido el tropiezo electoral:

El problema de fondo requiere, hoy más que nunca, una reacción robustecida por la mayoría para desvanecer suspicacias y establecer la armonía, para emprender actividades conjuntas que paulatinamente han venido paralizándose... el problema que trata de solucionarse asumirá mayor frecuencia y peores proporciones... por último, romperíamos una de las mejores tradiciones de la Academia.

Como la indecisión o pugna alcanza a la opinión pública, la prensa, al intervenir, llega a opinar que Salvador Novo “busca la presidencia de la Academia mediante la modificación de los Estatutos”. Las reformas estatutarias comprenden los artículos 5º, 6º, 11º y 22 en escrito sin firma que las da por un hecho. Novo defiende su criterio en el artículo “La Academia Mexicana de la Lengua”. Beatriz Reyes Nevares, en el *Novedades* del 16 de julio siguiente, escribe “¿Quién será el próximo presidente?” Agustín Yáñez interpone el recurso de revisión.

Todavía la carta-comunicación de Alberto María Carreño del 8 de octubre confunde más al externar que la Academia había aprobado por mayoría absoluta de votos la propuesta de Salvador Novo, pero a continuación cita para sesión el 14 del mes. En dos párrafos de su escrito afirma categórico:

Sabe usted también que a pesar de esa aprobación el señor académico licenciado don Agustín Yáñez propuso que la elección de director fuera hecha sin modificarse los Estatutos, y propuso como candidato al señor académico doctor don Francisco Monterde.

La comisión, para gestionar lo relativo a la elección, estuvo constituida por los señores: don José María González de Mendoza, doctor don Jesús Guisa y Azevedo y licenciado don Agustín Yáñez. Dicha comisión ha informado a la Academia que tiene ofrecimientos a favor de la candidatura del señor Monterde de una mayoría mayor que la absoluta, que se convino se requiriera.

Llegado el 14 de octubre, Carreño mismo concreta que Agustín Yáñez, con entera claridad, ha dejado sentado que la propuesta de Salvador

Novo nunca fue aprobada. Cuando se piensa leer el proyecto de reforma de los Estatutos, Agustín propone la candidatura de Francisco Monterde. Queda sin efecto la propuesta de modificación de los Estatutos. A la votación, los escrutadores Daniel Huacuja e Ignacio Dávila Garibi informan al pleno que el total de votos a favor de Francisco Monterde alcanza la suma de 24. El presidente en funciones declaró, pues, que el señor Monterde

había sido electo director para ejercer sus funciones durante los próximos cuatro años, de acuerdo con el reglamento en vigor, y lo invitó para asumir la presidencia.

Así lo hizo el señor Monterde, quien esbozó un programa de acercamiento entre todos los académicos, con el fin de dar término a la crisis que surgió con motivo de la cuestión electoral.

La Academia acogió con positivo gusto ese programa y los académicos presentes hicieron hincapié en que, por su parte, procurarán que la crisis termine definitivamente.

En la sesión del 4 de noviembre, extraordinaria, la incógnita de la dirección vacante, el embrollo a que ha dado lugar, por fin queda resuelto gracias, pudiérase decir, a la voz autorizada de Agustín Yáñez. Al dar posesión de ella a Francisco Monterde, uno de los colaboradores más asiduos y eficaces de la Academia, el propio Agustín, haciendo uso de la palabra, llama la atención acerca de que el nombrado sucesor de Alfonso Reyes finca su elección en

la constancia profesional de su carrera literaria, la antigüedad académica y las prendas de carácter indispensable para conciliar el mayor número de sufragios... Examina en seguida la personalidad del nuevo director y recalca que la academia ha tenido empeño para lograr la designación al contar con una mayoría superior a la exigida por los Estatutos, con el objeto de dar al electo el mayor apoyo moral que permita promover una etapa vigorosa de actividades académicas, lo cual se ha logrado de una manera amplia; como lo demuestra el resultado de la elección.

Francisco Monterde, al tomar posesión, además de esbozar un programa de trabajo intenso, hace ver sobre todo la necesidad de un acercamiento entre las Academias asociadas y la obra de sus miembros. Los discursos de Yáñez y Monterde son aplaudidos por la selecta concurrencia.

La azarosa postulación, pretendida revolución o conato de rebeldía, escaramuza quizá de la Academia, a fin de cuentas es yugulada por Agustín Yáñez y la fuerza magnética que ha adquirido durante su gobierno al frente del estado de Jalisco. Puede concluirse que su intervención, decisiva en este enredo, salva a la Academia.

Agustín Yáñez responde, en el trayecto de su actuación académica, a seis discursos de ingreso: dos de correspondientes y cuatro de número. De ellos, trataremos a continuación cinco, excepción hecha del de María del Carmen Millán, a quien dedicaremos un párrafo exclusivo por haber intervenido en situaciones relevantes que incluiremos después.

1. El 14 de diciembre de 1955 la sesión cierra el año con la recepción de Antonio Gómez Robledo, quien en la sala “Manuel M. Ponce” presenta su discurso de ingreso titulado “Filosofía y lenguaje”, con el subtítulo “Elogio de Alfonso Méndez Plancarte”. El nuevo académico aborda con erudición los subtemas la filosofía del lenguaje y el lenguaje de la filosofía, el problema del lenguaje filosófico, la analogía del verbo y la analogía del ente, la grandeza y miseria del lenguaje filosófico y del estilo filosófico. Si pone de relieve la relación indiscutible que el verbo tiene fundamentalmente con la filosofía, también, situación innegable, sostiene que influye en definitiva en la vida del hombre. Concluye que “el poeta y el filósofo habitan uno cerca del otro en montañas que separan abismos”.

Agustín, en su respuesta, evoca los días en que juntos, el recipiendario y él, disfrutaban de la amistad. Fiel operario del espíritu desde la primera hora de su vocación, el vínculo del individuo con su generación le imprime carácter al hacerlo indisoluble. Un sentido crítico, la disciplina inveterada, el deseo exaltado por ir al fondo de las cosas lo animan incesantemente. Posee traza enérgica, reveladora de un estilo que mueve la curiosidad hacia el autor: explica con precisión de conceptos, con concisa

elegancia, con vigor en la prosa; en él se halla el afán rigorista del escritor hacia la precisión, o sea la perfecta adecuación del verbo, hecho vocablo expresivo de lo intuitivo. Para terminar, imprime la bienvenida al recién llegado con salutación amistosa.

2. El 22 de abril de 1960 el ciclo académico recoge el discurso de ingreso “De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana”, de José Luis Martínez cuando este sucede en la silla III a Antonio Mediz Bolio, el autor del libro memorable *La tierra del faisán y del venado*. José Luis fracciona su trabajo, tras modificar el intento primario de estudiar a José María Vigil, cuarto director de la Academia Mexicana e historiador, en un preliminar, el tema y sus problemas, la naturaleza de la literatura mexicana con tres grandes épocas —indígena, colonial e independiente, con particularidades sobre el periodo 1810-1880 y el periodo 1880-1960—, y el remate colocado como búsqueda del carácter de la literatura mexicana.

Al responder, Agustín llama la atención sobre la publicación de *Tierra Nueva*, declarada como “libertad del rigor y el método”, su rango como ensayista y crítico literario donde hace cita de lo excepcional de *Muerte sin fin* de José Gorostiza, la entrevista sostenida con Xavier Villaurrutia y el texto *Paul Valéry* que, en la línea de la literatura como disciplina, proyectan sus actividades electivas orientando su carrera con especialización hacia lo mexicano. Tras revisar su obra básica, Yáñez prefiere como los estudios más importantes de Martínez su *Literatura mexicana. Siglo xx*, *La emancipación literaria de México* y *La expresión nacional. Libros mexicanos del siglo xix*. Para él, José Luis “restaura la función crítica a su dignidad original, indispensable al florecimiento de las artes y las letras: la crítica supone una teoría, lo mismo que una experiencia personal de los problemas que afronta el creador literario”.

3. El 30 de agosto de 1963 Agustín Yáñez siente el halago de responder el discurso de ingreso de Rubén Bonifaz Nuño, por nombre “Destino del canto”. El recipiendario, tras referencia a José Vasconcelos como maestro y conductor de espíritus, retrocede a los cantos de Roma y del Anáhuac, a

poetas latinos y mexicanos que estremecen con su lira. Incluye a Catulo, Horacio, Ovidio, y avanza por las sendas vernáculas: “Con mis cantos, como plumas de quetzal entretejo a la nobleza”. En nuestro medio, el canto —nos dice Bonifaz— era cimiento irremplazable de la ciudad, de la comunidad también. “Al ser la comunidad la raíz del hombre, y el canto la raíz de la comunidad, el canto resulta fundamento del hombre y condición imprescindible para que se realice su ser”. Admite que “nuestra poesía, nutrida en su primer origen por las nociones nacidas de dos corrientes culturales distintas, se pierde ahora en un estéril laberinto de espejos... hagamos que nuestra palabra restaure los humildes lazos de amor”.

Agustín recorre el conocimiento del nuevo académico desde algunos juegos florales en Aguascalientes, sus libros iniciales, como *La muerte del ángel*, *Imágenes*, *El manto y la corona*, *Los demonios y los días*, *Fuegos de pobres*, y lo que él llama “acercamiento a Coatlicue, amante de Coatlicue, por haber conseguido transfigurar el idioma popular en fuerza original de la creación”. Describe a Rubén como “joven, silencioso, ensimismado, de afilada sonrisa entre infantil y doliente; sorprendí en él actitudes impresionantes”. Su estudio es “lucha de dos herencias empeñadas —por ilustres— en ser irreconciliables: la indígena y la latina, el *pathos* que imprime el *ethos* del mestizaje iberoamericano”.

4. El 22 de marzo de 1974 Agustín Yáñez contesta el discurso de recepción del académico correspondiente Ernesto Ramos Meza, residente en Guadalajara, quien lee bajo el título “Enrique González Martínez” su trabajo inicial. El nuevo miembro de la Academia estudia a su personaje desde el ángulo de su profesión médica y su falsa muerte propalada en Sinaloa, su práctica durante 17 años hasta abandonar Mocorito y la apertura de su nuevo universo poético, azul, cobijado por el búho.

Nuestro personaje, en su contestación, repasa el quehacer literario de Ramos Meza y la lectura de su ensayo, ensayo donde según él proyecta luces desconocidas para mejor entender la personalidad y la obra de quien ha sido uno de los más claros varones de la Academia, y estirpe en su desempeño de médico rural.

5. El 10 de noviembre de 1978, en fin, Agustín responde el acceso a la corporación de Alfonso de Alba Martín como miembro correspondiente, cuando este lee “La pastorela de Lagos”.

En la respuesta concisa, Yáñez vuelve a la provincia y a una de sus tradiciones pueblerinas, la de los días previos a la Natividad, pero más bien al conocimiento y reconocimiento de quien es su amigo, sin dejar de sentar que la pastorela es un “ramal primigenio de drama y doctrina, con antecedentes medievales”.

En los decesos de académicos, Agustín interviene en dos ocasiones sumamente dolorosas: la muerte de Jaime Torres Bodet, 14 de mayo de 1974, y la de Martín Luis Guzmán, 23 de diciembre de 1976.

La inesperada y sentida muerte de Jaime lo obliga a recordar en forma muy resumida los dones de quien a México le prestó tantos servicios, y al mundo entero llevó su espléndido saber y su mensaje de paz. Repasa Yáñez los estímulos culturales, la educación y la ciencia que propagó; relata la prédica de la libertad entre individuos y pueblos, y la labor humanitaria como fruto de su fecunda vida; apenas soslaya su actividad literaria para abreviar su intervención en la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde la República rindió homenaje a quien destacó en los cargos diplomáticos y públicos desempeñados con hondo fervor, y así claramente resume su trayectoria. Dice:

Los bronce de México y del mundo plañen calamidad pública, porque al servicio de México y del mundo consagró trabajos y días, entendimiento y voluntad, este a quien la patria confirma reconocimiento de hijo esclarecido, asociándolo al coro ilustre... Uno de sus más altos ministerios: el del trato social, donde su tacto, su cordialidad, su don de gentes, la oportunidad y fuerza de su conversación eran perpetua enseñanza para quienes disfrutaban su encuentro... Pirámides y torres, domos y alminares, montañas de bienaventuranza claman responsorios. Como en el verso de Tirteo, resplandece tu final morada y reina el doloroso sentir de tu ausencia.

En el caso de Martín Luis Guzmán, en el Panteón Español donde reposan sus restos porque los familiares declinan el honor de situarlos en la

rotonda misma —como era el deseo de la Presidencia— de quien durante 35 años presidió la revista *Tiempo* como escuela de objetividad, concisión y buen uso del idioma, lo magnifica como hombre de clara inteligencia, de tenacidad relevante, resumiendo su postura vital en tres términos: fidelidad a la vocación, amor al oficio, repudio a la improvisación. Estremecido por el sentimiento, Agustín indica que el desaparecido, además de contar con sus famosas interpretaciones de *La sombra del caudillo* y *El águila y la serpiente*, es en las *Memorias de Pancho Villa* donde con lenguaje precario, elemental, distinto al de otros libros suyos, mantiene vivo el interés al hilo copioso de páginas: lección suprema de maestría. Comenta:

Aprendimos, admiramos el orden arquitectónico de su discurrir, su rigor lógico, su apropiada elocución, cualidades que resplandecen a lo largo de su obra literaria... en él, fidelidad a un sistema de ideas, que le permitió igualar la vida con el pensamiento; claridad, agilidad mentales, manifiestas en el estilo del vivir y en el dominio de la palabra; espíritu de servicio, que hasta el día postrero, a partir de la mocedad, lo entregó a causas populares, a veces como en años últimos, con sacrificio de su más entrañable quehacer: la creación literaria... En efecto, Martín Luis es gran maestro de la lengua española: uno de sus clásicos, cuyos prolijos trabajos de concepción, composición y expresión, transformación de la realidad en arte, mediante la fantasía y el señorío del idioma, se nos dan con sencillez, ajena por completo a formulismos retóricos. Leerlo, sobre ser ocupación gustosa, es aprender secretos en el oficio de la comunicación, menester indispensable para gente de cualquier nivel.

Sin duda, dos señalamientos magistrales.

La vida en la Academia Mexicana continúa. Tras las reelecciones sucesivas de Francisco Monterde el 13 de noviembre de 1964 y el 26 de octubre de 1968, el viernes 12 de enero de 1973 los académicos están citados para votar por la nueva elección. La sesión, presidida por el decano Alfonso Junco, registra la presencia de los numerarios Agustín Yáñez, Daniel Huacuja, Luis Garrido, Jesús Guisa y Azevedo, Octaviano Valdés, Mauricio Magdaleno, Francisco Fernández del Castillo, Salvador Azuela, Andrés Henestrosa, Antonio Acevedo Escobar y Alí Chumacero, desig-

nado para desempeñar la secretaría. Enfocada la elección de director, el acta respectiva señala, con parquedad extrema: “Hecho el cómputo de la votación respectiva, se registraron 10 votos a favor de la reelección del señor Francisco Monterde y 12 votos a favor del señor licenciado Agustín Yáñez. En vista de esta votación, se declaró director de la Academia al señor licenciado Yáñez”.

En la sesión inmediata, reglamentaria del viernes 26 de enero de 1973, donde se añaden los académicos numerarios Martín Luis Guzmán, Antonio Castro Leal, Jaime Torres Bodet, Miguel Alemán, José Rojas Garcidueñas, Miguel León-Portilla, Rubén Bonifaz Nuño y Ernesto de la Torre Villar, Francisco Monterde dio la bienvenida al nuevo director de la corporación. Manifestó que estaba muy complacido al poder entregar la dirección de la Academia al licenciado Yáñez y que daba las más cumplidas gracias a los académicos presentes. Recordó a quienes, desgraciadamente, habían desaparecido, colaboradores con él en diversas formas durante su permanencia en la Dirección.

A continuación, Agustín Yáñez dio las gracias a quienes se habían fijado en él para ocupar la dirección de la Academia y manifestó estar seguro de seguir contando con la ayuda efectiva de todos los colegas para poder llevar adelante su gestión. Agregó que había pensado, para activar las labores de la Academia, en la creación de varias comisiones para repartir las respectivas tareas, y para ello propuso las de Diccionario, Consultas y Asesoría a los Medios de Comunicación, Reglamentos; Finanzas y Arbitrios; Celebración Centenaria; Premios, Estímulos y Becas; Candidaturas; Ediciones; Publicidad, y Organización, e impulso del Museo para que este llegara a ser el Museo del Escritor, como estaba proyectado desde hacía tiempo. Los nombres de los académicos mencionados para integrar las susodichas comisiones los presenta como una simple proposición, pero constituye desde luego la de Finanzas y Arbitrios, que presidiría el académico Miguel Alemán, a quien acompañarían los académicos Garrido y Silva Herzog.

También propuso el director la designación de un secretario adjunto, considerando la delicada salud del secretario perpetuo José Ignacio Dávila Garibi: para el cargo fue designado por unanimidad el académico José Rojas Garcidueñas.

Todavía en relación con las comisiones, estas debían reunirse con frecuencia; en tanto, le parecía preferible que las sesiones reglamentarias de la Academia se celebraran solamente una vez al mes.

En fin: señaló la conveniencia de efectuar una sesión pública en homenaje al fallecimiento del académico Justino Fernández, donde deberían hablar los académicos O’Gorman y Rojas Garcidueñas.

El 14 de mayo de 1977, Agustín Yáñez es reelecto como director académico. Cuando muere, todavía ostenta el cargo. Pero antes acomete otras acciones.

La primera mujer académica guarda relación estrecha con Agustín Yáñez en el seno de la Academia. Desde luego, él es quien la recibe, colocando su respuesta al discurso de ingreso titulado “Tres escritoras mexicanas del siglo xx”, donde la recipiendaria analiza la misión literaria de María Enriqueta Camarillo de Pereyra, Concha Urquiza y Rosario Castellanos. El 13 de junio de 1975 contesta con efusión decidida:

En un año centenario, esta Casa instituye fecha memorable, al abrir sus puertas, por primera vez, a una mujer. Nada lo impedía, ningún estatuto erigía valladar. El precedente queda roto... Fío en futuros votos que asocien a nuestras tareas la sensibilidad, los méritos y conocimientos de otras cultoras del idioma... con labor literaria profusa en estudios, prólogos, reseñas, es informadora y formadora, despertadora de vocaciones, institutriz de disciplinas... cofundadora de la revista *Rueca*, es responsable de los artículos acerca de literatura mexicana en los *Diccionarios de la literatura latinoamericana*... las tres escritoras mexicanas, estrellas de igual constelación, en opuestos, encontrados cauces, caudales, van a dar al mismo mar de temporalidad y eternidad...

El 10 de julio de 1980, al concentrar la Academia el recuerdo solemne y público de Agustín, María del Carmen vuelve a la escena. Es la numera-

ria que al compás de Adalberto Navarro Sánchez, Rubén Bonifaz Nuño, José Luis Martínez y Antonio Gómez Robledo —los otros partícipes en la ceremonia— lo hace aparecer mediante “La trilogía de las novelas de la tierra, de Agustín Yáñez” donde, asombrosa, vive en el alma de *Al filo del agua*, *La tierra pródiga* y *Las tierras flacas*, llamadas en conjunto el ciclo de “El país y la gente”. ¿Es aquí donde bajo su hosca corteza Agustín denota un espíritu sensible, donde retoma los sobrenombres de “el callado, el silencioso, el huraño”? Quien era secretaria de la Academia quizá lo dice todo en un párrafo:

Al filo del agua es el resultado de un alarde de técnica donde los recursos más modernos de la novelística contemporánea han sido empleados sabiamente para trascender los límites de una pequeña comunidad mexicana y dar a sus problemas particulares, categoría universal.

La tierra pródiga está centrada en el momento en que México fortalece su proceso de industrialización y, en consecuencia, brota la paulatina desaparición de los caciques. En *Las tierras flacas* continúa el ciclo y ofrece un análisis de los años que van de la Intervención Francesa a 1924. Por la oportunidad y frecuencia con que usa los refranes o dichos comunes entre los rancheros, los textos constituyen un verdadero inventario de esa forma coloquial de sabiduría popular.

Podríamos decir que María del Carmen intuye que la obra agustinesca es el resultado de un alarde de técnica, y que buena parte de su experiencia personal está latente en su sentido de creación; concluye que “tal parece que en cada novela, Yáñez se proponía alcanzar un objetivo más alto y superar una dificultad mayor; las novelas forman, en cantidad y calidad, una obra ejemplar, intensa y ardua, que ha logrado trascender su tiempo”.

Vale recordar simplemente que la misma María del Carmen debe ser quien el 14 de agosto de 1980 procure la elección del nuevo director en sustitución de Agustín; es ella la que insiste el 28 del mismo mes. La Academia fija el 13 de noviembre siguiente para ocuparse de la votación, y José Luis Martínez es electo.

Agustín Yáñez convoca, programa y preside las fiestas del centenario de la Academia en 1975. Del 11 al 15 de septiembre de este año, con la presencia de representantes de las Academias de lengua española, así como de la brasileña, la portuguesa, la francesa, la italiana y la rumana, y con la participación de escritores, gramáticos y lingüistas destacados, tiene lugar la actividad principal bajo el nombre de *Coloquio sobre la lengua española en el mundo contemporáneo*. Las contribuciones habidas aparecen en el seno de tres comisiones: las llamadas *Importancia del idioma español*, *Resonancia mundial de las obras escritas en español* y *Transformaciones del idioma por aportaciones regionales y normas para la selección de vocablos y estructuras nacionales*. A la vez, el *Concurso de estudios hispánicos* reúne dos temas esenciales: el de *Lingüística hispana* y el de *Historia literaria hispana*, con extensión mínima de 150 cuartillas cada uno de ellos. El jurado del primer concurso, compuesto por los académicos Francisco Monterde, Manuel Alcalá y Ernesto de la Torre Villar, premia el trabajo titulado *El léxico indígena del español americano. Apreciaciones sobre su vitalidad*, de los investigadores rumanos Marius Sala, Tutora Sandra Olteanu, Dan Munteanu y Valeria Neagu, del Instituto Lingüístico de Bucarest, Rumania. El jurado del segundo de ellos, compuesto por los académicos María del Carmen Millán, Porfirio Martínez Peñaloza y José Luis Martínez, asigna el premio a los *Cinco momentos de la lírica hispanoamericana*, del boliviano Óscar Rivera-Rodas.

La semana íntegra es de fiesta especial: abundan las actividades sociales. Si bien trascienden la ofrenda floral depositada el propio día 11 en la casa ubicada en el número 86 de las calles de Cuba —antes Medina número 6—, donde se celebró la sesión inaugural de la Academia un siglo antes; la reunión en el Departamento del Distrito Federal, encabezada por el regente de la ciudad, en que el orador principal fue el doctor Pedro Laín Entralgo, de la Real Academia Española; el homenaje a los Niños Héroes en el bosque de Chapultepec; una visita a la ciudad de Puebla y la emisión de una estampilla postal conmemorativa por la Dirección General de Correos de la Secretaría de Comunicaciones; más la

asistencia a la ceremonia del “grito” en el Palacio Nacional, en realidad el acto culminante se efectuó mediante una velada solemne en el Palacio de Bellas Artes por la noche del 11, con asistencia y participación del presidente de la República, licenciado Luis Echeverría.

Se leyeron tres discursos en la velada: el del presidente de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española y secretario perpetuo de la Academia Española, Alonso Zamora Vicente; el del subdirector de la Academia Colombiana, Rafael Torres Quintero; y Agustín Yáñez destaca con el tercero, que marca una huella permanente. Tras una mención mínima sobre los cinco Congresos de Academias habidos, y el recuento de próceres de nuestra literatura arrojados por la corporación desde su nacimiento, proclama Yáñez la función de la institución medularmente nacional, que solo procura que la cultura mexicana vaya a más, siempre a más, porque

La obra, creación e investigación, de los académicos mexicanos ha satisfecho la razón en sí de nuestra existencia y pervivencia: enseñar, con el ejemplo, el buen uso, la fidelidad, el afecto entrañable a la lengua que nos ha sido dada como medio de comunicación intelectual y afectiva; esto es: precisión expresiva y modulación subjetiva, emocional.

Cuando convierte al lenguaje en creación del pueblo, bien colectivo, exige para él el cuidado de su patrimonio, manteniéndolo limpio, y nos obliga a celar por su vitalidad, librarlo de confusiones, enriquecerlo a compás de urgencias, conforme se procede con tesoros hereditarios, con los dones de la naturaleza, con la vida. Tal es el encargo que procuran las Academias, enunciado en su lema: limpiar, fijar, dar esplendor al idioma; tarea que asume máxima vigencia cuando, como en el caso del castellano, siendo una y la misma, es lengua nacional de diversas repúblicas y, aun más, fronteriza de idiomas cuantiosos.

Las Academias ni son pontífices, ni ejercen dictadura —aclara a continuación—. Vestales de la palabra, mantienen lámparas que inflaman la letra con los fulgores del espíritu; vestales del santuario, del hogar, del ágora: todo uno es el fogón del idioma, para la reflexión inalienable y para la explosión expresiva. Orientan caminos, aconsejan uso, desaconsejan abusos. Median entre la fecundidad inventiva del vulgo y las normas del habla culta.

Si el idioma es elemento fundamental de nacionalidad, uno de los temas primarios a cuidar es el relativo a la enseñanza del idioma, cuestión de fervoroso enamoramiento, más que de abstrusas reglas y excepciones. Otro, que algunos conceptuarán secundario —nosotros lo juzgamos esencial—, es la variedad fonética, o sea: el valor sinfónico, la musicalidad verbal, factor auditivo, visceral, no solo literario, sino de la comunicación idiomática, emocional en todo nivel.

Los invitados expresan unánimemente su agrado a los actos realizados durante la celebración del centenario.

En escala menor, Agustín interviene en actos que de cualquier manera resultan memorables. El 27 de mayo de 1976, en la inauguración del Centro Cultural José Martí, su discurso envuelve el recuerdo del poeta y prócer cubano, asilado en México durante algún tiempo, en contacto constante con un buen número de quienes conforman la excelencia literaria de fines del siglo XIX en nuestro país. Después, el 10 de diciembre de este mismo año, con su escrito “José Joaquín Fernández de Lizardi, patriarca y profeta de las letras patrias”, en el preciso momento en que la Academia le rinde homenaje durante una sesión pública extraordinaria, convocada para conmemorar el segundo centenario de su nacimiento, exhibe el momento en que vive y la gran hondura y el acierto de quien despierta a las letras mexicanas con *El periquillo sarniento*, conduciéndolas hacia un derrotero de mayor empuje y esperanza.

Aun cuando siempre está ligado a España, durante su actuación académica tócale acercarse todavía con entusiasmo más intenso a la madre patria: en primera ocasión, el 14 de mayo de 1977, en que ya reelecto pronuncia el “Pregón de san Isidro” en la Plaza Mayor de Madrid, invitado para cubrir la costumbre periódica que el pueblo del Manzanares escucha en la fiesta dedicada al santo promotor de la lluvia si ella le falta al campo; en segunda, el 24 de febrero de 1978 en que acompaña al embajador de España en México, don Luis Coronel de Palma, para presidir la celebración del milenario de la lengua; y en tercera, el 1 de febrero de

1979, en que tal diplomático le hace entrega de la condecoración de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, que lo honra.

Oigamos solo el recuento abreviado del Pregón. Señalamiento de ríos, cordilleras, volcanes y mares americanos entrelazados con los ibéricos. Correr de la navegación y los descubrimientos. Los astros y los vientos, estos con “músicas indígenas en contrapunto de las peninsulares”, o las danzas ultramarinas y castizas, más los coros de alegrías y duelos, envueltos en su conjunto por las congregaciones, no otro destino sino gentes, cosas, tratos de ínclitas naciones ubérrimas. Que en el vasto rumor, con la multitud reunida, “un continente y otro alzan la mirada, otean los horizontes, al encuentro de la divina reina de luz: la celeste esperanza”. Agustín enfoca al labriego que es Isidro, entre trigo dado a los pobres y a los pájaros, entre multiplicación de harinas, y los milagros ocurridos por su intercesión, milagros que lo conducen a los altares. Para finalizar, recuerda a Lope y a Darío, y ¿por qué no?, al almirante genovés que exhorta a los rincones por él descubiertos hacia “un mundo nuestro interior, un reino unido nuestro”. El pregonero evoca rondas de infancia en un barrio de clara ciudad mexicana, e invoca a san Isidro Labrador para que nunca “quite a nuestras tierras el agua y coloque el sol en la frente de nuestros pueblos”.

La muerte sorprende a Agustín Yáñez el 17 de enero de 1980. Al día siguiente, en la Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón Civil o de Dolores, Silvio Zavala y José Luis Martínez lo despiden, en tanto una avalancha de comentarios, informes periodísticos, reseñas, agobian el ambiente. Silvio habla en representación de El Colegio Nacional: como escritor concuerda en que “dirige su mirada, en varias ocasiones, al mar profundo de vidas y muertes que es la historia, para rescatar los mismos valores humanos que descubre en el horizonte literario”. Bartolomé de Las Casas, Francisco Javier Clavijero, Antonio López de Santa Anna, Benito Juárez, el maestro Justo Sierra descubren sus secretos gracias a sus investigaciones minuciosas. No resulta insensible, además, a los aspectos necesariamente cuantitativos de las tareas educativas en nuestro

país, como lo atestiguan sus iniciativas en materia de transmisión por radio y televisión de las enseñanzas, en la difusión de libros al alcance de los maestros y estudiantes por medio de las series populares editadas por la Secretaría de Educación Pública, y dando apoyo a la organización siempre insuficiente de las bibliotecas escolares. Al perderlo físicamente —dice Silvio— estamos seguros de que sus anhelos y sus obras van a perdurar.

José Luis, a continuación, a nombre de la Academia, indica que

al quedar cegada su vida, todos sus relieves y la profundidad de su significación se manifiestan. Su vocación afirmativa, su honrado afán para desentrañar la realidad y los problemas de México, esa fe apasionada en la nobleza humana, ese temblor que sabe comunicarse ante la belleza, ese ancho amor por la vida, por todos los rostros de la vida, le da fuerza para comprenderla y recrearla, y constituyen la grandeza y la permanencia de su obra.

La prensa no cesa de publicar referencias concretas a su vida y su quehacer, pero quien más sensible aparece es su viuda Olivia Ramírez: reflexiva, estrecha, honda, nos brinda su monólogo “Y yo me quedo sola, con los hijos tuyos y míos, Agustín”, aparecido en *El Universal* del sábado 19, dos días después del fallecimiento.

En la revista *Razones* dedicada, del 28 de enero al 10 de febrero del mismo año, Ernesto de la Torre Villar lanza su “Recuerdo de Agustín Yáñez”, primero quizá de múltiples homenajes o celebraciones, donde lo muestra paulatina, parsimoniosamente diríamos, en los encuentros que con él sostuvo a través de sus enlaces literarios: descrito como de pocas palabras, pero discreto, hombre que impone respeto, reclama para

su valor intelectual y moral, su prestigio como escritor, los méritos que como gobernante y como secretario de Educación Pública tuvo su diáfana vida, el merecimiento asignable de una posición honrosa en la que pudiese servir más a la República... Como fuerte y robusto fue su cuerpo, robustos y firmes fueron sus ideales. Nunca ocultó su credo trascendido por la cultura. Estuvo lejos de toda demagogia, pero siempre mantuvo las causas nobles y justas, combatió la opresión y defendió la dignidad humana...

De ninguna manera la Academia podría dejar de concentrar su recuerdo. Solemnemente, en público, el 10 de julio del mismo 1980 celebró una velada en su honor en que fueron leídos varios pasajes de quienes lo conocieron a fondo. Nos hemos referido a una de las partícipes cuando hablamos de María del Carmen Millán. Además de ella, en esta ocasión cuatro se asociaron como expositores. Adalberto Navarro Sánchez, primero del grupo, recogió “Los primeros libros de Yáñez” con lineamientos estructurales y acoplamiento de la palabra dentro del tema, con polaridad de atracción y sensaciones surgidas alguna vez como respuesta a la contingencia del vivir provinciano. Rubén Bonifaz Nuño, en seguida, exploró a “Agustín Yáñez, maestro”, identificándolo por su pasión, tiránica exigencia de su sensibilidad y su inteligencia sobre el cabal conjunto de su persona de hombre:

Y como el golpe de un hacha, se me mete en la cabeza el conocimiento de que él, con su carne y sus huesos y sus nervios, y su pensamiento y su sensibilidad y su sangre, está muerto. Que la maldita muerte apagó su voz, derrumbó su presencia de gigante. Que las flamas que alumbraban detrás de aquel corazón silencioso, dentro de aquella calavera que lo contuvo todo, han cesado en el absurdo sin resquicios.

Después, José Luis Martínez lo miró en “El ensayo y la crítica de Agustín Yáñez”, apreciando que su obra novelesca la inicia, ya en la ciudad de México, en la década de los cuarenta; lo recorre y concluye que esta sección de su obra es un complemento, un apoyo reflexivo y crítico, de sus ciclos novelescos con los que enmarca un ambicioso designio de abarcar la vida mexicana. Al final de este maratón literario, Antonio Gómez Robledo enfocó a “Agustín Yáñez, el hombre”, como el “amigo de sus amigos”, utilizando una frase de su propia cosecha: “Fuimos así educados en un sentido rural de la existencia, tan amplio, tan sano, tan fuerte y libre como la naturaleza, lejos de toda pequeñez, refractarios a todo ámbito confinado, a toda mezquindad”.

Al año de desaparecido, 17 de enero de 1981, el gobernador del estado de Jalisco, Flavio Romero de Velasco, rinde pleitesía a Agustín en el Panteón Civil, descubriendo el monumento erigido en su memoria donde se advierte su busto vaciado en bronce. Y a los tres años, 17 de enero de 1983, Alfonso Noriega desliza su “Oración en homenaje a la memoria de Agustín Yáñez” en la Rotonda misma de los Hombres Ilustres. Quien escribe “la novela más armónica planteada en México en lo que va del siglo xx”, según Emmanuel Carballo, es alabado con

alegre y cordial recordación como incansable investigador del alma nacional, exaltador de los valores propios de nuestra vocación histórica, que está esperando desde siempre su traducción y definición... ante la tendencia que fue propia de una de las generaciones más brillantes de nuestra literatura —la de los Contemporáneos—, supo resistir su poderosa influencia y, por convicción propia, volvió los ojos a la realidad nacional, al espíritu mexicano y dedicó a ella su obra creadora...

Poco más de cinco años después del fallecimiento de Agustín, Manuel Alcalá, como secretario perpetuo de la Academia Mexicana, comunica a la Real Academia Española que en sesión del 9 de mayo de 1985 ha sido electo Arturo Azuela como académico de número para ocupar la silla XXX, vacante por el fallecimiento lejano de Agustín Yáñez. José Luis Martínez ofrece la bienvenida al recién nombrado el 25 de septiembre de 1986, noche en que el interesado lee su discurso de ingreso titulado “Historia y novela. Cinco ejemplos mexicanos”. De entrada, Arturo hace notar que nunca imaginó que él viniera a ocupar el sitial inaugurado por Agustín; con franqueza desborda su emoción señalando que

La honra no podría ser mayor: la sorpresa había desbordado cualquier lindero. Mi admiración por la obra de Agustín Yáñez arranca desde el fondo de los tiempos, de primeras lecturas de novelas mexicanas, cuando jamás imaginé que la vocación literaria me iba a ocupar las mejores horas de mi vida. Mucho podría decir de Agustín Yáñez. Y precisamente con sus novelas más importantes empezaré este ensayo sobre la importancia de la historia

—concepción, personajes, lenguajes y escenarios— en el trabajo del narrador [...].

Hilvanemos un buen rato la prosa admirable de Arturo Azuela en su discurso al comentar la obra de Agustín, dejando a un lado mucho de lo expresado por él. Sintámoslo con envidia por su buen decir:

Entre un desafío y otro, fue del cuento al ensayo literario y de la novela a la biografía histórica. En su obra narrativa manejó los temas más mexicanos que, sin olvidar los lenguajes y los procedimientos clásicos, se adentró con seguridad en la aventura de los vanguardistas y los renovadores. Así como recreó una y otra vez calles y rincones de Guadalajara, caminó con altivez por la soledad de las tierras y los pueblos jaliscienses y observó con seguridad, con la pupila afinada, a los proletarios, a los burócratas y a los intelectuales de la ciudad de México.

Sus primeras narraciones son como acercamientos “a manera de ejercicios prologales” de *Al filo del agua*. En comparación con las novelas de la Revolución que estaban firmemente tramadas, *Al filo del agua* representa un esfuerzo literario más ambicioso. Depende de técnicas novelísticas modernas para crear el clima emotivo de su pueblo que, en términos físicos, es su ambientación y, en términos humanos, su protagonista colectivo. *Al filo del agua* es una novela con un compromiso histórico, con un andamiaje donde la historia del país juega un papel esencial. Los rumores van y vienen, las noticias se acumulan. Con la preocupación de Yáñez en torno al rescate histórico de los escenarios, el autor recorre paisajes alrededor del cineasta y del sicoanalista. En un contrapunto constante va del mundo exterior a las pasiones humanas, de la descripción del ambiente a los pecados capitales. El observador de ritos religiosos no se olvida de la relación entre el individuo y las fuerzas sociales ni tampoco de la importancia del medio geográfico. Con una gran fidelidad a su propia prosa, al perfeccionamiento de su lenguaje, camina por los más renovadores procedimientos. Los caminos más secretos de varios pueblos entre casas con la dignidad de los muros de adobe, sin árboles ni huertos, sin otras músicas que cuando clamorean las campanas propicias a doblar por angustias, arrastran a Yáñez hasta la sicología freudiana en tanto dibuja los perfiles, la interioridad y la confrontación de sus personajes. No omite jamás los contextos sociales y culturales, yendo más allá de las apariencias de sus personajes. Para él, “la objetividad ya no de-

pende de captar aspectos centrales de la existencia observable, sino de la interacción entre diversas visiones subjetivas de la realidad, y del juego entre el todo y sus partes”.

Don Dionisio, Damián, Rito, María y el viejo Lucas Macías, en *Al filo del agua*, dan lugar a ese conjunto de individualidades, a ese eslabonado microcosmos que se manifiesta a través de sus historias agrias, agónicas, con aires de misterio, de hermetismo o de ávidos deseos. La historia, para Agustín Yáñez, es más compleja que la de sus predecesores: no acepta los ciclos o espirales. El futuro implícito en la narración está compuesto de una reelaboración más que de una destrucción completa o de un rechazo al pasado. Él tiene la capacidad de salir de lo particular, de lo íntimo, lo común y corriente, y pasar a una identificación general con la condición humana.

Todavía el 12 de junio de 1997, cuando la Academia celebra los 50 años de publicación de *Al filo del agua*, la sesión se viste de gala con los trabajos calurosos, no solo de Arturo Azuela, sino de José Rogelio Álvarez y José Luis Martínez. Azuela, en su escrito “Medio siglo de *Al filo del agua*”, explica la extraordinaria musicalidad de cada frase, cada fragmento de la obra: sus imágenes y sus sentimientos antagónicos: “frente a los rumores y las risas estaban los llantos y los gritos; junto a la nobleza de la cantería aparecía la fachada más humilde; arriba del pueblo sin fiestas se extendía un sol con su ejército de vibraciones”.

Comenta entonces Azuela los capítulos “Las canicas” y el viejo “Lucas Macías”; interpreta a don Dionisio con sus santas cóleras, las fatigas cuaresmales, los celos del párroco y las imágenes de los jacobinos tragacuras, en momentos en que el pueblo está mancillado por los atracos, el crimen, las vejaciones. Porque “en *Al filo del agua* podemos vivir, recrear, sufrir, elaborar los pretéritos y los presentes de miles de pueblos mexicanos, de todos los Méxicos que hasta ahora existen”; porque allí, “con su pueblo de gente enclaustrada, de puertas y ventanas absortas, con sus casas llenas de prejuicios, de sexos contenidos y oraciones sin tregua, texto narrativo así, que termina con el inicio de la Revolución, Agustín no solo desarrolla conflictos ciudadanos, sino coyunturas históricas”.

José Rogelio Álvarez, personaje quizá el más interiorizado de la vida de Agustín Yáñez por haber vivido muy cerca de él, incluye

[...] la riqueza y propiedad del lenguaje de *Al filo del agua*, el escenario paradigmático, la minuciosa descripción del carácter de los personajes, el desarrollo en fuga del argumento y su condición de parteaguas en la historia de la narrativa mexicana del siglo XX... la vigencia, la actualidad de la novela en la persistencia, quién sabe por cuanto tiempo más, de los conflictos espirituales y políticos que suscita la afiliación de un fundamentalismo excluyente y el apego a una moral arcaizante y coercitiva... ¿por qué no ha de ser cada quien, como don Agustín en Jalisco, el instrumento de que se valga la nación para realizar el ideal de justicia y pureza, inútilmente perseguido por la decrepita Revolución?...

José Luis Martínez, sobre esta obra de Yáñez cabalmente apreciada cada vez más, concibe que el autor ataca por primera vez la novela con una ambición extraordinaria: una y otra vez el lector se estremece ante la verdad interior de los personajes y ante la fuerza y la delicadeza con que van siendo desnudadas aquellas almas y los conflictos y duelos que padecen. Para Agustín —y él mismo lo sostiene—, supuesto el personaje y las circunstancias, se va desenvolviendo la vida, se van recogiendo los diversos aspectos del destino y se van uniendo como si hubiesen ocurrido en la realidad. José Luis cataloga el estilo como la preocupación capital del autor: no como un ejercicio retórico, sino estilo como el empleo de un instrumento que debe ajustarse a una función precisa, a la expresión de una tonalidad espiritual y el carácter de un personaje o de un ambiente. La actitud de celo y de escrúpulo en la lucha con la palabra revela en Agustín la aspiración de suprimir todo lo que resulte vacuo o falso, quedándose con lo que es elemento de expresión auténtica. Según Antonio Castro Leal, el libro viene a ser, sin proponérselo, la presentación de un caso clínico en el campo de la sociología.

En el homenaje a la novela, José Rogelio Álvarez abrevia: Agustín Yáñez causa revuelo en la novelística mexicana con su ejemplo dado a conocer en 1947.

¡La Academia Mexicana de la Lengua conserva como un tesoro la máquina de escribir donde Agustín sintió *Al filo del agua*. Cuéntase que las teclas, adormecidas, extrañan la presión de las yemas de sus dedos —caricias en el olvido—, pero que apenas despuntada el alba cantan todas a coro: *Al filo del agua, Al filo del agua*.

AGUSTÍN YÁÑEZ: PAISAJE EN TONO MAYOR*

Vicente QUIRARTE

Ese algo material, telúrico, que radica en el aire, en la luz, en el aspecto de la tierra árida, que comunica un no sé qué de sensación de paz, de tranquilidad y de placer, y que se adentra en el ánimo y de él se adueña sin consentir que esa imagen la borre otra alguna.

VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ

Pueblo de mujeres enlutadas es un decasílabo. Una frase que trasciende su contexto. Un acorde. Esas cuatro palabras definen a poblaciones de nuestro país donde la ropa oscura es utilizada todos los días del calendario, no como testimonio de duelo pasajero, sino de permanente negación de la vida. Lo mismo podría designar aldeas dejadas de la mano de Dios y que, al mismo tiempo, lo invocan y buscan con angustia: Sicilia, Fez, Castilla la Vieja. *Pueblo de mujeres enlutadas* es el umbral de la novela más importante de Agustín Yáñez y de la novela más notable de su tiempo: aquella que descubre el rostro regional y, al tiempo que lo universaliza, lo vuelve más próximo, le otorga una categoría estética que supera el localismo y la visión idílica, superficial, de la provincia. A partir de la publicación de *Al filo del agua*, en 1947, tendremos una forma distinta de leer en el pentagra-

ma del paisaje, de mirar las sombras del antiguo régimen con la perspectiva del tiempo y las herramientas literarias de la modernidad.

Inicialmente, la intención del autor era que lo que ahora conocemos como “Acto preparatorio”, y que abre de manera polifónica y espectacular *Al filo del agua*, constituyera en sí una novela corta. Y si bien la versión actual ofrece un espléndido desarrollo de personajes, las compactas cuartillas de ese prelude son uno de los grandes instantes de la literatura mexicana. No se trata de un paisaje estático, y ofrecido exclusivamente a la mirada, sino de un mural que atiende a notas, sensaciones, olores y metáforas; una prosa que logra su equivalencia en largas y cortas pinceladas. Con la sabia ayuda del punto y la modulación que permite la coma, la frase corta que define, la musical que se explaya para dejar paso a la siguiente, reacia a la complacencia.

La obligación de un artista es crear una obra maestra. La de un narrador, escribir aquella que resuma e incluya todo cuanto ha hecho para consumarla. La vida y la obra de Yáñez se dirigen hacia *Al filo del agua*, y es esta novela la coronación de un proyecto que, al modo de los grandes muralistas, pretende dar una visión histórica y total de México y sus contradicciones. Sin embargo, la llegada a esa meta supuso un redescubrimiento de las entrañas de México, una exploración de sus seres y su tierra, un inventario de sus obsesiones pasadas y presentes.

Como advierte Emmanuel Carballo,¹ Yáñez nace en 1904 y es contemporáneo de los Contemporáneos. Lo anterior significa que tienen la misma formación, hacen lecturas paralelas, experimentan con las nuevas direcciones que la vanguardia impone en sus seguidores y detractores. Sin embargo, su descubrimiento de la patria será muy diferente. Adolescentes, todos viven la influencia magnética y estimulante de Ramón López Velarde. Para ellos, la patria es joven, generosa y acepta la confianza pero no la irresponsabilidad. Si bien Salvador Novo hablará de “esa pesadilla incorpórea llamada nacionalismo”, como una reacción inmediata a las ideas de Ermilo Abreu Gómez en torno a la crisis de la literatura

¹ En “Agustín Yáñez, novelista”, *Tierra Adentro*, 88, octubre-noviembre de 1997, pp. 12-20.

de vanguardia, en sus obras se traducirá, en mayor o menor medida, ese redescubrimiento del paisaje mexicano. Los Contemporáneos —esencialmente poetas— se valieron de la prosa narrativa para descifrar con un nuevo lenguaje el país y la ciudad —Owen en *La llama fría*, Salvador Novo en *El joven*, Villaurrutia en *Dama de corazones*—. En cambio, Yáñez es un novelista nato, un narrador que a la prosa le exige las notas más exigentes, las cadencias más auténticas. Universal es el escenario sin nombre donde se desarrolla la acción de *Al filo del agua*, pero ese lugar emblemático es hermano de la Comala de Juan Rulfo y el Macondo de Gabriel García Márquez: suma de paisajes donde el hombre se enfrenta a su panorama interno, borrascoso y contradictorio.

Mariano Azuela integra, con *Los de abajo*, el paisaje del nuevo país forjado por la Revolución y sus hombres, instintivos tanto en su crueldad como en su entrega generosa. Tres décadas más tarde, Yáñez ubica su acción narrativa en el tiempo anterior al estallido del movimiento, cuando los sentidos de los personajes se hallan, precisamente, al filo del agua, tenso preludio que anticipa la tormenta. Por eso todo en el “Acto preparatorio” es un repaso de nombres y acciones. La enumeración caótica es la figura más notoria en su retórica del paisaje, pero se trata, precisamente, de un orden en el caos, de un atento hilo compositivo que une, integra y permite que cada palabra respire majestuosamente. Un año antes de la aparición de *Al filo del agua*, Yáñez publica *Yahualica. Etopeya* (1946), texto escrito con motivo de la visita hecha a la ciudad de los abuelos de Yáñez por el presidente Manuel Ávila Camacho. Eran tiempos de posguerra, en los que la ciudad se traslada al campo y procura introducir en él los elementos del progreso. De la misma manera en que el novelista redescubre el perfil de la región, los gobiernos posrevolucionarios se afanan en “edificar escuelas, construir obras de irrigación, impulsar campañas de salud pública y modificar la planta urbana de los pueblos y ciudades conforme a los esquemas actuales”.² No obstante que se trata de una descripción objetiva de la ciudad de sus mayores —Leó-

² Jaime Olveda, prólogo a *Yahualica*, p. 13.

nides Yáñez y Timoteo Delgadillo nacieron allí—, el artista que en todo momento era Yáñez hace gala de su estilo para hacer una anatomía de calles, topografía, edificios civiles y religiosos, fiestas, trabajos.

Conocedor de las novelas-río y de las técnicas narrativas desarrolladas en otras partes del mundo, Yáñez supo otorgar al paisaje mexicano carácter universal. Y si bien en *Ojerosa y pintada* (1960) es la anatomía de la ciudad de México a través de las experiencias del conductor de un taxi, es la provincia, y particularmente Jalisco, el tema de la mayor parte de sus afanes. No es casual que su discurso de ingreso en la Academia Mexicana haya tenido lugar en Guadalajara, en el Teatro Degollado, la noche del sábado 5 de septiembre de 1953. El tema de su disertación es “La tradición literaria de Jalisco”. A lo largo de sus páginas menciona la trascendencia que la esencia de su estado natal ha tenido en la formación de autores que lo antecedieron o de aquellos que en ese momento eran sus contemporáneos. De Enrique González Martínez es la siguiente frase, aplicable también a la juventud de Yáñez: “Guadalajara era en aquellos años una ciudad limpia, sencilla y clara, con un provincianismo del mejor tono y con un ambiente de cultura digno de su historia y de su abolengo... Si Monterrey es Marta, Guadalajara es María, la noble contemplativa, la que escucha y comprende”.³

El gran maestro de Yáñez fue el paisaje de su ciudad natal. Un paisaje que no quiso que entrara exclusivamente por los ojos, sino que invadiera, como dice uno de sus libros, “los sentidos al aire”. De ahí que su primera obra que consideraba plenamente lograda, con los elementos distintivos de su estilo, sea *Flor de juegos antiguos* (1942). En unas páginas autobiográficas señala la suma de elementos que confluyeron a esa definitiva educación sentimental:

El uso del idioma castizo, vernáculo a la vez, pródigo en regionalismos, magnificado por intenciones expresivas, gestos, mímicas familiares; el temprano aprendizaje de oraciones y textos doctrinarios; la diaria remembranza

³ Enrique González Martínez, *Obras completas*, “El Hombre del Búho. Misterio de una vocación”, México, El Colegio Nacional, 1971, p. 654.

del terruño en que había nacido y crecido mi parentela, recreada en recuerdos, imágenes, habla, devociones y antipatías; las frecuentaciones litúrgicas; la conformación religiosa de hábitos caseros; el concierto de vida interior profunda y gusto por diversiones abiertas...⁴

En *Flor de juegos antiguos*, Yáñez pone en funcionamiento todos los recursos de su prosa para hacer, como quería su maestro López Velarde, una serie de textos en “épica sordina” donde la cadencia de los juegos infantiles es enmarcada por los olores peculiares de cada estación, por las temperaturas y los usos que trae cada fiesta de barrio. Ya desde entonces, el poeta en prosa que sabe ser Yáñez logra la integración del paisaje urbano como una suma de sensaciones, con la memoria infantil, virgen y prodigiosamente recobrada por la experiencia.

La importancia del paisaje en Yáñez ha sido notada por Alfonso Rangel Guerra, en su vasto y agudo estudio preliminar a las *Obras* del primero, editadas por el Colegio Nacional:

Es el lenguaje casi inagotable frente al paisaje, que en Yáñez cobra siempre fuerza nueva con un vocabulario enriquecido en el que nos ofrece una procesión de imágenes, referencias, designación de flores, animales, materiales diversos y metáforas cambiantes junto a los nombres propios de las cosas, reiteración de consonantes y reiteración de vocales, la expresión humana y la de la naturaleza en imágenes móviles, huidizas, fugaces, una tras otra en interminable secuencia.⁵

Así como Guillermo Prieto se vale de la retórica del Baratillo para hacer una relación del siglo XIX que se va con sus usos y costumbres, con objeto de trasladar el habla a la escritura, Yáñez enfrenta sus palabras unas con otras, las electriza, hace que se froten y se enreden. Realista obsesivo, con los pies firmemente asentados en la tierra, no pierde de vista que el escritor debe ser, antes que nada, un visionario. La oración explicativa, que retrasa deliberadamente la frase siguiente, es un elemento de

⁴ Agustín Yáñez, “Por los caminos de la vida”, en *Tierra Adentro*, 88, p. 6.

⁵ Alfonso Rangel Guerra, prólogo a *Obras* de Agustín Yáñez, vol. I, p. 98.

misterio y musicalidad que flexibiliza su prosa. La realidad y la fantasía se dan cita en sus adjetivos inusitados que provocan metáforas sorprendentes, en cuadros que recuerdan ese carácter al mismo tiempo vigoroso y grotesco del arte español, desde Francisco de Quevedo hasta Francisco de Goya, trasplantados y transformados en nuestra tierra desde Carlos de Sigüenza y Góngora hasta José Clemente Orozco.

Semejante poética del narrador halla su equivalencia en el arte compositivo del músico. Yáñez confiesa su particular pasión por los réquiems, y cómo escuchaba obsesivamente el de Gabriel Fauré mientras escribía *Al filo del agua*. La figura de Gabriel, campanero que aparece en su novela mayor y que posteriormente tendrá una actuación protagónica en *La creación* (1959), ilustra sobre el método de composición del propio Yáñez. En su regreso a México, después de estudios y giras por Europa, el joven músico encuentra un país modificado por la Revolución, y donde los artistas desempeñan un papel decisivo. Al recorrer paisajes y escenarios humanos, Gabriel los transforma en notas y melodías que le servirán para sus futuras composiciones, particularmente para aquella en la que intenta plasmar el nuevo sentido de nacionalismo. En una entrevista con Emmanuel Carballo, Yáñez confesaba:

El estilo es un resultante del modo de pensar, sentir y situar las condiciones de todo tipo en que se desarrolla la obra. Es una forma de respirar impuesta por circunstancias externas. En esta novela el estilo reiterativo responde a la atmósfera que en ella se respira. Las posibilidades de acción de los personajes son muy raquílicas: en el pueblo en que viven todo es monotonía. De allí que la respiración (el estilo) de *Al filo del agua* sea fatigosa y monótona: el aire en ella está enrarecido.⁶

Si bien Yáñez proyectó, desde sus primeras páginas, hacer del paisaje de una patria suave y áspera, fecunda y estéril, tema central de sus novelas, en cada una de ellas encontró, como hemos visto por los ejemplos anteriores, una composición adecuada, un clima cromático y rítmico que

⁶ Emmanuel Carballo, "Agustín Yáñez, novelista", *Tierra Adentro*, 88, p. 20.

diera cuenta de una naturaleza cambiante, desde las tierras flacas colindantes con Zacatecas, hasta los ricos litorales del Pacífico jalisciense. Mientras *La tierra pródiga* es testimonio de admiración a la generosidad del mar, Yáñez también rinde homenaje al Malpaís que denominó, con una amargura no exenta de ternura, *Las tierras flacas*, “enuizachadas, tepetatosas”. Terruño entrañable con el cual los personajes no pueden dejar de identificarse fatalmente:

“El azul es el verde que se aleja”, escribió Elías Nandino, poeta de esta tierra. Aquí cambian las leyes del tiempo y el espacio. También las del espectro cromático. Inherente al reino vegetal, el verde se metamorfosea en azul. Como un ejército que, esperado, nos sorprende con la fastuosidad de su armamento, el paisaje se ve invadido por los magueyes que velan el sueño del tequila. Formados con una exactitud matemática, presentan sus armas con una marcialidad digna de la mejor estirpe de guerreros. Si el intruso tiene la virtud para librar esa corona de lanzas azules, descubrirá la enorme piña que forma el núcleo del tequila, también áspera y difícil al tacto. Con su belleza armada, el maguey pareciera advertirnos contra los riesgos que entraña robarle el corazón para fortalecer el propio. Paisaje y labor, hombre y vegetal son los elementos participantes en el concierto que forma el cuerpo y el alma del tequila. Así lo vio Agustín Yáñez: “Actividad que arraiga al hombre a su tierra, lo ata con ese azul lejano de sus mezcaleras en barrancas y laderas, y lo hace darse a ella con el amor y el celo con que se da el hombre a la mujer amada”. Con una prosa dueña de las mejores exigencias de la poesía, Yáñez nos enseñó a mirar de otra manera el paisaje de Jalisco, a encontrar en sus hombres y mujeres el reflejo de su diversidad. A ese conocimiento contribuyó su doble tarea de escritor y gobernante. En algún instante, el novelista se refirió a esta segunda etapa de su vida: “los deberes inaplazables sirven a superiores intereses, maduran la experiencia que debemos tener de la patria y enriquecen la sensibilidad”. Gracias a que supo y quiso recorrer los caminos de su estado natal con interés de artista que imagina y de político que planifica, del servidor público con capacidad para

llevar a cabo sus proyectos y del novelista que, al reinventar el mundo, le otorga sed de eternidad, la obra de Agustín Yáñez llega a nosotros con su doble e inagotable riqueza.

LOS PRIMEROS LIBROS Y LAS NOVELAS DE LA TIERRA DE AGUSTÍN YÁÑEZ

José Luis MARTÍNEZ

LIRISMO Y EVOCACIONES

Desde 1940, al menos un nuevo libro por año, siempre ascendente su dominio de la prosa, su resolución obstinada y audaz de problemas de expresión, su esfuerzo por calar en la entraña de personajes y conflictos. Su evolución se va marcando, asimismo, de las evocaciones líricas, con fondo autobiográfico, a las creaciones autónomas y a los amplios tratamientos murales.

ESPEJISMO DE JUCHITÁN

Su primera obra de este nuevo periodo es un breve ejercicio de prosa lírica, *Espejismo de Juchitán*.¹

Escribí estas páginas —explica su autor— en una semana, después de un viaje a Juchitán, donde asistí al matrimonio de Andrés Henestrosa. Es una memoria emocionada, escrita a base de retratos, que registra desde la llegada hasta el regreso a la ciudad de México. Lo considero como un ensayo de prosa: ejercité en él la prosa musical.²

¹ Agustín Yáñez, *Espejismo de Juchitán*, México, UNAM, 1940.

² Agustín Yáñez, citado por E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, SEP (Lecturas Mexicanas núm. 48), 1986, pp. 287-288.

GENIO Y FIGURAS DE GUADALAJARA

Publicado en 1941, en homenaje al cuarto Centenario de su ciudad natal, *Genio y figuras de Guadalajara* había sido escrito desde los años de juventud, entre 1928 y 1930. Rescatadas, casi sin modificaciones, del folletón de una oscura revista, estas páginas muestran una singular eficacia para transmitir el sentimiento de una ciudad. Ya en los primitivos poemas épicos, aquellos frescos calificativos de “Castilla la gentil”, “La dulce Francia”, anuncian el intento de apresar la esencia de las ciudades y los pueblos que, como los hombres, nacen y alientan, ganan un ser y un genio. Pero, tras la desnudez de una sola palabra connotativa, se esconde un laberinto de presencias huidizas; tras la representación ideal que un nombre suscita, anidan mil recuerdos y una profusión de visiones e imágenes cuya expresión literaria exige tanto como una voz amorosa, un inteligente dominio del lenguaje.

Para recrear el genio y las figuras, el alma y el cuerpo, la sombra y la tierra de Guadalajara, Yáñez prefirió buscar la vida que quería retener con los ojos del historiador y del escritor literario, con los del hombre de la calle y de la casa, con los del pasajero cordial en busca de recuerdos y de tradiciones. Así fue reinventando la provinciana mitología, del pasado y de su presente, en una sucesión de vivaz abigarramiento, como las luces y las formas de una estampa impresionista y en un estilo vidrioso y apasionado, viril y preciso. He aquí, por ejemplo, esta página admirable, la *Radiografía del Conquistador* “casto y cruel”, el terrible Nuño Beltrán de Guzmán:

Entrañas negras de zarza, corazón de fierro, pulmones de huracán, hígado grávido y torrencial, riñones voltaicos, glándulas —y saliva— de vitriolo, sesos de abogado, nervios de resortera, vejiga y vías de hielo, estómago avaro, lenguas como intestino y seso [...], dientes de mastín, corvas de abominación, incansables; y el látigo de las canillas, y las manos en nudo ciego: los huesos todos, hechos de cemento armado, y de un fósforo inflamable. Laberinto de las orejas —a cualquier chisme sensibles— conectado con las

locomotoras de pies y brazos. Pies y brazos de maña, como baraña. Cutis de ardid.³

Tal figura de terrible señor que puso la tierra desesperada fue el principio de aquella dulce tierra, dice Yáñez. En la tela de Guadalajara participaron los hilos más disímiles, y por ello este tejido de su genio los contiene y hermana a todos y también a lo presente y a lo remoto, que son un solo espíritu. La ciudad se aprende con los ojos y por el recuerdo, por el color y la aspereza de sus piedras y por la procesión de las mujeres que la surcan. Los héroes y los retablos populares se hermanan y sueñan juntos a Primitivo Ron, el asesino surrealista, y a Cornejo Franco, el erudito; al “cazador y herrador de hombres”, Nuño Beltrán de Guzmán, y al padre Rositas, ternura de rosa y niño. La trama de esta realidad de Guadalajara se organiza en contrapunto —piedra y cielo, santidad y crimen, belleza y crueldad—, con la confusión y denuncia de un mazo de barajas. Y para cuantos amen la ciudad, queda este breve libro en que Guadalajara está presente y cierta con el vivo sabor de sus pregones y la elocuente geografía de sus silencios.

Casi al final de *Genio y figuras*, Agustín Yáñez dedica una oración tensa y emocionada a la memoria de Anacleto González Flores, uno de los maestros espirituales no solo suyos sino de miembros destacados de su grupo, como Efraín González Luna y Antonio Gómez Robledo:

Este hombre de cabeza magnífica —escribió Agustín Yáñez—, este hombre cargado de espaldas, erguido cuando habla y en momentos solemnes, jovial en compañía, ensimismado cuando a solas va por la calle como Atlante meditabundo, vestido con decorosa humildad, amigo de zambas honestas, dueño de unos cuantos libros eternos y de una guitarra, esplendente la limpieza del moreno cutis, acentuado el aire de bohemio romántico que sabe conjugar cierta invariable dulzura de las pupilas con miradas de fuego —penetrantes— y de melancolías de ensueño; este hombre que por modo tan natural esgrime los dichos del pueblo y las sentencias más insignes, engarza palabras del arroyo y vocablos de belleza coruscante, el gesto sencillo y el ademán prócer, la car-

³ Agustín Yáñez, *Genio y figuras de Guadalajara*, México, Ábside, 1941, pp. 44-45.

cajada plebeya y las más finas sonrisas, las canciones del campo, las melodías maestras y los himnos sagrados, porque ha sabido todas las miserias, ha padecido flaquezas y cárceles, ha intimado —en soberano abandono— con genios y libros excelsos hasta hacerlos carne de su carne y sangre de su sentimiento; este hombre esencial, de voluntad sobrehumana, de pensamiento clásico, de atracción arrolladora, este hombre bueno, que no cura de los soberbios grandes el estado, ha muerto: lo asesinaron pretorianamente.

Venido de pobre nacimiento con grandes trabajos tuvo en sus manos de orador —e iluminado— el alma de la ciudad como una masa dócil; sopló en ella conjuros de montaña y de mar, la puso en pie, la llevó de aquí para allá, la hizo llorar de rabias y devociones, la vistió de luto, la hizo conspirar y tomar el rifle, y a esto fue traído por voces misteriosas, pues de condición era manso y humilde.

Sábado 2 de abril de 1927. Guadalajara —en hombros—, tinta en sangre y estremecida, lo lleva a enterrar y aun los enemigos del caído se han conturbado y vienen a infundirle nueva vida, esta vida nueva de mitificación que jamás concluirá.

Del grupo que dos años más tarde lanzará la revista *Bandera de Provincias*, tres de sus integrantes dejarán testimonio de su fervor por el que llamaban maestro, Anacleto González Flores: Agustín Yáñez, Antonio Gómez Robledo y Efraín González Luna. En los días en que fue capturado, atormentado y muerto el maestro Cleto González Flores, en la lista de condenados a muerte que tenía el general Jesús M. Ferreira, jefe de operaciones, figuraban Agustín Yáñez, un tal Gómez Loza y Antonio Gómez Robledo. Este último, entonces estudiante de 18 años, había sido aprehendido e iba a ser ejecutado a la mañana siguiente. Pero intervino su familia, y el hecho de ser sobrino del senador jalisciense Juan de Dios Robledo —más tarde gobernador de Jalisco— le salvó la vida una hora antes de la señalada para su muerte. “Demacrado por el terror, tuvo que pasar por sobre los cadáveres de sus amigos...” El joven filósofo viajó a la ciudad de México y sólo volvería a Guadalajara para recoger su título de abogado. Pero no olvidaría a Anacleto González Flores, *El maestro*, pues así llamaría al apasionado libro que en 1937 escribiría en su memoria, aunque firmado con el seudónimo de “Demetrio Loza” (Guadala-

jara, Editorial Xalisco, 1937, con un dibujo por A.S.; muchos años más tarde lo reimprimiría firmado con su propio nombre).⁴

En cuanto a Agustín Yáñez, en 1928-1930, publicados en una revista tapatía, escribiría los artículos que luego llamaría *Genio y figuras de Guadalajara* —donde aparece el texto sobre el Maestro, antes citado— y que editaría *Ábside*, la revista de los Méndez Plancarte, en México, 1941. En 1929 Yáñez se gradúa como abogado, junto con sus amigos, hace la revista *Bandera de Provincias*, y en 1930 va a Tepic y luego a la ciudad de México.

Y Efraín González Luna escribió un riguroso y apasionado prólogo para la principal colección de escritos del maestro Anacleto González Flores, *El plebiscito de los mártires* (1930). Hay otro tomito de *Ensayos. Discursos* (1967), del mismo autor, con una solapa de Salvador Abascal.

FLOR DE JUEGOS ANTIGUOS

En el segundo de los libros que publicó Agustín Yáñez también en 1941 para la conmemoración del cuarto Centenario de la fundación de Guadalajara, escribió páginas “transidas por el recuerdo de Guadalajara y maceradas en los perfumes, colores, ruidos y decires de la clara ciudad” en las que se propuso y logró recuperar del tiempo pasado el sabor de la infancia. El hermoso título que puso a su libro, *Flor de juegos antiguos*,⁵ alude ya a su intención. En el espejo de los juegos antiguos de la niñez ha reflejado estampas de esa vida asombrada y ha tejido a su derredor cada uno de los pequeños dramas e incidentes que la forman. Cada episodio recrea a la vez el tono de los juegos, el lenguaje que los cerca, los sentimientos que suscitan y la atmósfera provinciana que los sustenta. Así, su libro nos devuelve el aroma lejano de la infancia, ilustra a los curiosos

⁴ Los detalles se encuentran en Juan José Doñán, “Antonio Gómez Robledo. La pasión de un intelectual católico”, *Nostromo. Nave cultural del siglo XXI*, núm. 53, Guadalajara, 6 de noviembre de 1994, suplemento, p. 4.

⁵ Agustín Yáñez, *Flor de juegos antiguos*, México, Universidad de Guadalajara, 1941.

con los motivos de juegos que van olvidándose, recoge limpiamente el ritmo y la intimidad de la vida de una ciudad y traza a la vez la dramática y misteriosa novela del niño que descubre un mundo. Una presencia poderosa preside casi la totalidad de este testimonio conmovedor: el deseo amoroso. Agustín Yáñez inunda al héroe de esta niñez provinciana en una tibia zozobra que lo hace anhelar las trenzas rubias o los ojos zarcos de sus vecinas. Sus juegos esconden siempre el afán de unas manos que acaso se tenderán un día para alcanzar las suyas.

Flor de juegos antiguos, como lo ha señalado Carballo, “no solo es el primer libro importante de su bibliografía sino también su primera aportación madura a las letras mexicanas”.⁶ Es, además, un libro de rara belleza y excepcional en nuestra historia literaria, que tiende a lo adusto y pocas veces se ha acercado con fortuna al tema de la niñez. Preguntándose a sí mismo por las lecturas que pudieron haberlo inspirado en la época de su composición, Yáñez señala que acaso se encuentren ecos de lecturas antiguas de Juan Ramón Jiménez, algún estímulo de Gabriel Miró y de Azorín y que, en el “Episodio del cometa que vuela” puede haber resonancias de Tagore. Y reflexionando luego sobre su idea del estilo como una respiración orgánica, explica el propio autor:

Creo que en Guadalajara se respira de modo muy distinto a como se respira en la ciudad de México. El problema estilístico de *Flor de juegos antiguos* fue el de desechar palabras y giros que no correspondieran a un niño de la Guadalajara de 10, de 12, de 14 años que se supone describe el libro, y que son los años en que yo viví mi infancia. Creo que este, el estilo, es un problema más hondo. Aquí el estilo debe ser la forma de respirar de un niño provinciano de 10 a 12 años y cuyo carácter es, al mismo tiempo, fogoso e introvertido. El estilo debe recoger sus modos de hablar, pensar y sentir. En ciertos episodios, *Flor de juegos antiguos* está pensada como un primer núcleo de un teatro de títeres, entretenimiento al que fui muy afecto en mi niñez.⁷

⁶ E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, p. 289.

⁷ Ibídem, pp. 289-290.

Pasión y convalecencia

La última obra narrativa de contenido autobiográfico, *Pasión y convalecencia*,⁸

está hecha —observa Antonio Castro Leal— con los punzantes recuerdos de los días de fiebre. En un mundo borroso y torturante se destacan, profundos y gratos, los momentos en que nos salva y nos sostiene la existencia de los demás: ternura y acercamiento maternos, comunión con la naturaleza, fraternidad de los amigos. Momentos en que la conciencia pasa revista a lo que ha sido nuestra vida, haciendo desfilan ante nosotros proyectos olvidados, nobles ambiciones, flaquezas, incapacidades y temores, hasta que al fin ese mundo exacerbado desaparece en el feliz amanecer de la salud que vuelve.⁹

Al mismo tiempo, *Pasión y convalecencia* viene a ser, dentro de la obra de Yáñez, la despedida al mundo mágico de los recuerdos y una especie de crisis final de desgarramiento de la provincia. En las últimas páginas de esta novelita, cuando la mente del convaleciente va aquietándose, sobreviene una especie de debate, a la manera clásica, entre la corte y la aldea. Pero si los más notables argumentos son a favor del pueblo, el jinete “dispuso la vuelta a la ciudad”, acaso solo para levantar mejor desde lejos la imagen del pueblo que dejaba.

LAS DOS TIERRAS

La revelación del trópico

Una de las empresas más importantes que realizó Agustín Yáñez como gobernador del estado de Jalisco fue la de incorporar la región de la costa a la vida económica y social del propio estado y de la República. Ais-

⁸ Agustín Yáñez, *Pasión y convalecencia*, México, Ábside, 1943.

⁹ Antonio Castro Leal, “Contestación” (al discurso de ingreso de Yáñez como miembro de El Colegio Nacional), en *Memoria de El Colegio Nacional*, México, 1953, t. VII, núm. 7, p. 258.

ladas por la agreste serranía, aquellas tierras feraces dejaron de ser un mito cuando sus hombres y sus cosechas pudieron transportarse por la primera carretera que ligó a la región con el resto del estado y cuando, con el camino, no fueron ya posibles los cacicazgos y se inició para ellas una nueva vida en todos los órdenes. Los viajes que hizo entonces Yáñez a la costa le hicieron conocer la belleza sobrecogedora de la región y la astucia, la violencia, la vivacidad y el duro temple de los hombres que, a su manera, se habían adelantado en el dominio de la región. El tema debió de ser tan persuasivo para el novelista que, aun entre los deberes de su gobierno, encontró tiempo para escribir los primeros cinco capítulos de *La tierra pródiga*,¹⁰ la novela que dedicaría a aquel mundo —fechados en Guadalajara, abril-agosto de 1958— y que concluiría en la ciudad de México, dos años más tarde.

La tierra pródiga y sus símbolos

La tierra pródiga es, pues, la novela de la costa jalisciense, del trópico primitivo y violento que los caciques, los señores de la tierra, explotan y gobiernan con la ley de la fuerza y la sangre, hasta que llegan los civilizadores, los hombres de los programas, la técnica y las máquinas, que trabajosamente van imponiendo un orden en aquel mundo bronco. Pero aquellos hombres duros y astutos que van a ser suplantados habían realizado y repetido, a su manera, la epopeya de los conquistadores hispanos

¹⁰ Agustín Yáñez, *La tierra pródiga*, México, FCE (colección Letras Mexicanas, núm. 63), 1960. En una breve nota intitulada “Cómo escribí *La tierra pródiga*” (*La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, México, 21 de febrero de 1962, núm. 1, p. 5), Yáñez ha contado las circunstancias iniciales de la composición de esta obra. “Comencé a escribir *La tierra pródiga* —escribe— impulsado por un largo período de inactividad literaria y emulado por la lectura de *La región más transparente*, de Carlos Fuentes. Cuando me senté a la máquina y escribí las primeras páginas, un sábado de abril, aprovechando breves días de menos trabajo, carecía de plan y aun de personajes definidos: tanto, que en original se lee como encabezado: *Pedro Tovar*, personaje que viene de *Al filo del agua* y cuyo desenvolvimiento, tal como lo he concebido, pensé que podría ser allí utilizado: El Amarillo, cuyo carácter imaginé al principio confundido con los de cualquiera de los tipos que figuran en el primer capítulo, aparece hasta en el segundo. Lo que importaba era empezar de cualquier modo, y no permitir que la ocasión propicia y el impulso transcurrieran en vano”.

al iniciar el dominio de una tierra de nadie cuya feracidad no consiente la vida humana sino después de una lucha tenaz.

Para expresar literariamente ese afán de dominio —explica el autor— me he servido del símbolo de la mujer y, al mismo tiempo, del símbolo de una bestia brava que incita la hombría del domador. Así se conjugan la idea de conquista de la mujer, la idea de propiedad de la tierra y el afán de dominación que impulsa a estos hombres. Tales símbolos me sirven, también, para trasladar a los tiempos históricos el sentimiento del conquistador y sus condiciones éticas.¹¹

En efecto, esta tierra-mujer que suscita el afán de dominio y de posesión es uno de los temas claves de la novela. Sotero Castillo, uno de sus personajes más poderosos y terribles, dice:

Tierra rica, ella trabaja por uno. No más óigala cómo crece, cómo fecunda. Con tantito cuidado, como las mujeres, rinde mil por uno. Es reagradecida. No digo que las mujeres sean agradecidas; pero chicoteándolas, bien que le rinden a uno; así la tierra: desmontándola, cintareándola, quitándole lo vicioso a que es tan afecta; digo la tierra caliente, que al menor descuido ya está llena de maleza, de podredumbres, criando cizañas y animales ponzoñosos: óigala, no más; es como mujer en su mera edad; mujer bien dada, que con cualquier cosa se llena de hijos. No más teniéndola a una vista, tratándola al rigor.¹²

Frente a estos conquistadores que inician el dominio de la tierra, los hombres de la técnica y los programas completan la distribución escénica para incluir a *La tierra pródiga* en la tradición hispanoamericana de luchas entre civilización y barbarie. Sin embargo, mientras que el esquema que caracteriza a las obras más importantes de esta estirpe literaria, desde *Facundo* hasta *Doña Bárbara*, hacía de la naturaleza-barbarie el protagonista si no siempre vencedor sí dominante, y de los hombres las víctimas devoradas por la fuerza maligna de la tierra virgen, en la novela de Yáñez, como lo ha observado Carballo,

¹¹ Agustín Yáñez, citado por E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, p. 306.

¹² Agustín Yáñez, *La tierra pródiga*, p. 85.

Son los seres humanos quienes controlarán, tarde o temprano, los casi ilimitados poderes de la tierra, los que harán que la naturaleza ocupe en la anécdota un segundo plano. Oponen a la fuerza de la tierra la también devastadora fuerza de la máquina. Las anteriores novelas de este tipo correspondían a un estado de vida agrícola; esta corresponde a los inicios de una nueva etapa, la de la industrialización.¹³

Páginas admirables

La riqueza temática de esta lucha épica y la seducción de los escenarios eran un reto al que Yáñez, en plena madurez, respondió con singular fortuna realizando una composición de tipo mural, llena de brío y de poderoso trazo. Para continuar abusando de las comparaciones metafóricas, es necesario añadir que hay también en *La tierra pródiga* recursos musicales y todo un despliegue de estilos y formas expresivas. La novela, acaso la más apasionante de las escritas por Yáñez, es una sucesión de páginas admirables, a partir de la tensión oscura de la “rueda de fieras” que abre el libro. Léase, por ejemplo, este preludio sinfónico de la costa y el mar, en el que parecen escucharse, alternadas, las ondas melódicas de los impresionistas musicales junto a las cálidas oleadas wagnerianas:

Toros de colores, de luces coruscantes, las olas se lanzan unas contra otras, entre sí se acometen, chocan su testuz, estrellan sus cuernos, como gallos frenéticos alzan sus crestas, desgajan sus plumas de bengala, espumosas, ansiosamente saltan, se desangran, funden sus moles, como tigres de bengala ciegos de rabia lanzan zarpazos, hienden el costado enemigo, se abrazan violenta, desesperadamente, altas, más y más altas, angustiosamente altas, hasta romper su pirotecnia en los acantilados, en las estrechas gargantas donde la lucha es más dramática, y el empuje, la caída brutal, o a lo largo de las playas por donde corre la rauda ristra de las espumas, resto fugaz del rudo juego, presto recommenzado por los titanes incansables, esperando por el espanto y júbilo de los ojos infatigables ante la maravilla gigantesca, iniciada en sorda calma, en gravedad lejana, creciente, avanzante; hinchazón incontenible, amenazante

¹³ E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, p. 305.

a medida de su cercanía; monte alto, mudo, de burilada tersura, henchida de luz; incontenible impulso poderoso, de terrible silencio en la inminencia del choque; alto muro verde, traslúcido; alta cresta de plata, de oro, de fuego, de sol; arrogancia gozosa del apresto; primer terrible trueno; silencio nuevo de la pugna, bulto a bulto, monte a monte, muro a muro, hasta el espanto cósmico, la ruidosa caída, los acordes retumbantes, el derrumbamiento, las astillas de agua luminosa, el jadeo sofocado, los murmullos apagados, el regreso lento de las ondas, la nueva pausa del silencio, la ondulada inmensidad sin reposo.¹⁴

O, en otro registro, estos graves y rudos acordes de la letanía de imprecaciones de los peones para Sotero Prieto, el asesino que los mandaba:

(EL CORO DE LOS PANDILLEROS: *Mal'aya tu pelona que te cuéló al mundo pa sembrar males tu madre malentraña que te trajo no más pa fregar gente y tu abuela y tu bisabuela y tu recontratatarabuela y de ay p'arriba completito tu árbol hasta topar con el diablo que te hizo de un descuido de un resbalón de un mal paso de tu recontrafregada madre que qué tienen que ver estos con que te hayan volado la paloma ni la lista interminable de los que has matado y nos has hecho matar al aventón ay no más a lo tarugo que ya nos estábamos cansando que ya la verdad nos tienes hasta el copete con tus tratos ya la verdad nos cansamos este al fin y al cabo era padrecito y pon tú que nos llamara bandidos todavía le faltaba decirnos matones lo que es cierto [...] matón cobarde ventajoso hijo de malentraña ganas hambre tenemos que revientes que te lleve la fregada tu meritita madre hinchado como puerco que se lleva la creciente como perro que ni los zopilotes quieren como res con derriengue que te lleve la pelona y nos dejes en paz que ay tenemos buen amo hijo de la matraca judas iscariote ya nos tienes colmados con tus hechuras a las malas recontramatrero ya no queremos no queremos estamos hartos y quien nos dice que hoy o mañana se te ocurra que yo este aquel sigamos el mismo camino del pobre padrecito no más porque te dejaste volar la paloma qué a poco también la querías para ti no lo dudábamos te conocemos asqueroso cochino como puerco hinchado que te lleve la corriente tu purita madre al infierno con toditos los diablos tus hermanos de malentraña que vagan por el mundo pa fregar gente como a nosotros desde hace años ya se acabó se acabó.)¹⁵*

¹⁴ Agustín Yáñez, *La tierra pródiga*, pp. 52-53.

¹⁵ *Ibíd.*, pp. 220 y 222.

Es tan afortunado Yáñez en esta novela, en la reproducción del lenguaje rústico o popular de la región —cuya riqueza a la vez castiza y original revela en pasajes como el que acaba de leerse— como en el tono noble y dramático, de poesía dramática pudiera decirse. Léase, por ejemplo, el episodio en que la viuda de Sotero Prieto rescata el cadáver del maligno y le consagra salvajes funerales.¹⁶ De nuevo estamos ante la creación poderosa y el rico y cambiante estilo de *Al filo del agua*, pero se ha superado el dibujo general de la novela, se ha vuelto más sobrio y se han balanceado los tintes sombríos y la trama demasiado apretada, con pasajes de otras tonalidades y con alternación de estilos. La profundización de situaciones y parlamentos es muy eficaz mediante el empleo del soliloquio o del monólogo interior, con lo cual se logra un enriquecimiento psicológico de caracteres y conflictos, como podrá advertirse en estos ejemplos:

—Yo tengo mi genio, que a veces ni yo me entiendo. (*Bien que me entiendo y sé lo que me conviene porque no hay loco que coma lumbre y a veces es bueno navegar con bandera de bienaventurado.*) Pero soy gente llevada por la buena, me gusta que me comprendan sin mucho hablar [...].¹⁷

O en este otro, en que se combinan narración y monólogo interior:

La soberbia del espectáculo dio alas al soberbio. (*Esta gloria toda inmensa maravilla de sueño agarrada retenida mía soñada por mí primero abarcada perseguida mía siempre palabra porque no hay imposible si a uno se le meten si quiere las cosas aunque por inmensas que sean o parezcan sueños imposibles pegajosos como el aire del mar este baile interminable de aguas encrespadas vestidas de azul con flecos de plata verdaderamente bonitas que se estrellan contra las rocas bonito quedarse con todo ser dueño así es de la gloria siempre pronto agarrada.*) Las voces internas no lo dejaban oír las del acompañante:

—Allá, cerrando al norte la bahía, es punta Pérula [...].¹⁸

¹⁶ Ibidem, pp. 290 ss.

¹⁷ Ibidem, p. 43.

¹⁸ Ibidem, pp. 86-87.

El Amarillo

El personaje principal, Ricardo Guerra Victoria, o el “Amarillo”, es una de las creaciones memorables de Yáñez. Como lo ha explicado el autor, el “Amarillo” es

un tipo que de la región de la altiplanicie se traslada a las tierras bajas y, poco a poco, rivaliza con los caciques de las diversas regiones de la costa y, al fin, se destaca en la novela como protagonista. Es un tipo que no tiene ningún escrúpulo, que emplea los recursos más adecuados para conseguir sus fines y que combina los residuos de un carácter del altiplano con el del hombre que, de pronto, ha sido ganado por las concupiscencias de la costa, lo que él llama “el gran libertinaje de la naturaleza”.¹⁹

Las astucias, las pasiones, la imaginación y la derrota final del “Amarillo”, cuando él, que sabe luchar con la naturaleza, con las bestias y con los hombres, no sabe qué hacer contra fantasmas —“la institución”, “la marcha”, “el plan”—, componen un carácter de tanta fuerza humana como verdad literaria.

Es interesante señalar que el “Amarillo” tuvo, en su parte, su inspiración en cierto personaje real y que, al menos, sus sueños de crear un enorme centro turístico en mitad de la selva y el haber puesto nombres femeninos a las puntas y playas de aquella costa fueron hechos que ocurrieron. Pues bien: aquel personaje real, cuando conoció su versión literaria —y sin hacer mucho caso de los otros ingredientes de imaginación que había en el “Amarillo”—, tuvo una primera reacción de cólera y amenazas contra el autor. Pero cuando su imaginación fabulosa lo llevó a verse en manos de la justicia, comprendiendo mejor al personaje recreado por Yáñez, incluyó largos pasajes de *La tierra pródiga* en sus alegatos de defensa. He aquí pues el curioso caso de cómo la creación literaria pudo servir para esclarecer, esto es, para darle su sentido más claro y cabal a la realidad.²⁰

¹⁹ Agustín Yáñez, citado por E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, p. 307.

²⁰ El escritor dijo lo esencial respecto a la elaboración de este personaje: “Es verdad que algunos personajes y circunstancias están tomados de la realidad en grado más inmediato que en otras

Las tierras flacas

Después de la novela de la vitalidad tropical, Yáñez escribió la novela de las tierras áridas, de los Altos de Jalisco: *Las tierras flacas*,²¹ que será por ello mismo la novela de hombres y mujeres de otro temperamento, graves y sentenciosos, apegados a su tierra ingrata y a la esperanza de un cielo sin clemencia. El tema de *Las tierras flacas* tiene ciertas afinidades con otras novelas de Yáñez. Aquella región despojada y dura y aquellos hombres tan semejantes a su tierra son los mismos de *Al filo del agua*, solo que ahora son los habitantes de las rancherías vecinas, entre 1920 y 1925, cuando ya ha pasado la Revolución. Mas, a pesar de su semejanza, los personajes son ahora actores aislados cuyas acciones entrecruzadas van forjando un drama y han dejado de ser solo los variados rostros de un personaje colectivo. Por otra parte, la trama de esta nueva novela se asemeja a la que cuenta *La tierra pródiga* en la lenta, azarosa lucha de un pueblo por librarse del cacique que los oprime y en la aparición final de un nuevo orden. Sin embargo, de un mismo ambiente y actores y de una trama afín, va a surgir una novela sustancialmente diversa.

Anécdota y personajes

La anécdota central, que permite la descripción del peculiar carácter de los campesinos alteños, es un hallazgo por la verdad humana y la emoción que alcanza: Rómulo y Merced, padres de la difunta Teófila, se ven ante el dilema de entregar al cacique, en pago de sus deudas, la máquina de coser —que es para ellos un recuerdo sagrado de la hija llorada— o el resto de la tierra que les queda y a la que están apegados entrañablemente

de mis novelas; pero la fantasía ha magnificado esos datos, de manera que resulta inexacto querer identificarlos con personajes y circunstancias reales. Existe el Amarillo; pero sin la estatura ni el aliento del protagonista de la novela” (Agustín Yáñez, “Cómo escribí *La tierra pródiga*”, p. 5).

²¹ Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*, México, Joaquín Mortiz (colección Novelistas Contemporáneos), 1962.

*(Antes de tener uso de razón, como luego dicen —cavila Rómulo—, conocí veredas y rincones, nombres, historias y abusiones de la tierra. Como cualquier árbol o peñasco, me siento y soy parte de ella. Me podrán arrancar de ella, y con toda seguridad llegará el día que me arranquen, como a los árboles podridos o los peñascos estorbosos; pero será para enterrarme en ella misma, esto es: para meterme más adentro de ella, más a su abrigo.)*²²

Y en torno a la conmovedora historia de la máquina de coser de Teófila —que llegará a ser un objeto mágico— se agita un mundo fascinante: el bárbaro sentido patriarcal del cacique Epifanio; las marrullerías de Jesusito; las hazañas mitológicas del libertador, Miguel Gallo; el abuelo evocado por Rómulo, síntesis de la sabiduría popular y del señorío campesino; y la espléndida figura de la zahorina, Matiana, que recoge algo de la leyenda popular y alcanza a veces la grandeza trágica de la Celestina española.

La difunta Teófila es el recuerdo de la pureza y de la gracia. Como observa su autor, “Es uno de esos personajes que enriquecen el mundo en que viven, que confieren fuerza o flaqueza a las otras criaturas, que redondean una anécdota y crean atmósferas alrededor suyo. Muerta, la subliman, tratan de convertirla en santa. Es una especie de mito lugareño”.²³

Epifanio Trujillo

Epifanio Trujillo, el cacique patriarcal, es una personalidad singularmente rica y, al mismo tiempo, un documento sociológico, ya que el personaje recoge una curiosa realidad que existió en aquella región alteña. Arriero enriquecido y engordado, conserva el humor y el gusto por los refranes que aprendió en su antiguo oficio. Cuando aún corría de rancho en rancho, comenzó también a rodar de mujer en mujer y, cuando se estableció en el Llano y acumuló tierras, fue imponiendo su propia “ley de actos” para sus amoríos.

²² Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*, p. 16.

²³ Agustín Yáñez, citado por E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, p. 314.

A nadie raptó. Por convencimiento, interés o afecto, las mujeres lo siguieron voluntariamente, y nunca las tomó sin propósito de cumplirles lo prometido bajo palabra. Nunca le gustaron las uniones pasajeras, ni las gúilas de oficio. Como no andaba con misterios, ni tenía de quién ocultarse, y le parecía lo más natural su proceder, trataba y hacía que los demás respetaran a cada mujer como si fuera esposa legítima. Las instalaba en casas independientes y en ranchos diferentes, alejados entre sí; las proveía de lo necesario para que vivieran en nivel superior al que se hallaban acostumbradas, pero sin holgazanerías, pues las obligaba con los cuidados de la casa; las ponía a estudiar el catecismo, o él se los estudiaba; si no sabían, tenían que aprender a coser; desplegaba formalidades junto a ellas; les prestaba esmeros en sus enfermedades, y principalmente cuando iban a dar a luz: las castigaba en sus faltas, con rigor apropiado al juicio que se formaba del caso.²⁴

Motivos mayores, menores o insignificantes bastaban para romper sus “lunas de miel” y volver a viejos o nuevos bebederos. Los hijos quedaban en categoría de ahijados, mientras no probaran que merecían ser reconocidos y debidamente bautizados. De una u otra manera, les daba oficios y determinaba sus vidas.

Las motivaciones y la justificación de su moral las conocemos del propio don Epifanio cuando, recién muerto, hace un repaso y evocación de su vida. Su variado amor por las criaturas es amor por la belleza y por el acto creador: “gozo inacabable, nunca desfallecido, de poder crear, de seguir creando, gustosamente, con apetito nunca saciado por la hermosura del acto creador y de las criaturas escogidas para compartir la sabrosa tarea de la fecundación”.²⁵ Sentíase, pues, a imagen y semejanza de Dios y apoyado por los ejemplos de algunos prolíficos patriarcas bíblicos que, consecuentemente, tuvieron, según expresión de don Epifanio, “pilas de mujeres”. Además, él cumplía aquella larga tarea de acuerdo con sus propias normas morales y, para mejor emular a sus modelos antiguos, así como los de “las abejas reinas en los panales, los gallos en los gallineros y los sementales en los potreros”, tuvo que dar muestras de poder en todos los órdenes y

²⁴ Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*, pp. 45-46.

²⁵ *Ibidem*, p. 276.

“dominar la tierra, demostrándoles a todos mis fuerzas”. Sin ir a buscar ejemplos tan remotos, en aquellas propias tierras hicieron lo mismo

*cristianos respetables, muy cumplidores en cosas de religión —recuerda sabrosamente don Epifanio— [...] como aquel general García que se posesionó de la comarca de Totache, acá, por los Cañones, y fue terror durante años, abusivo como él solo; no viene al caso recordar sus matanzas y robos, ni su guzguería, ni su gusto por el guato, que pasaba días y noches bailando sin parar, y emborrachándose; ¡qué naturaleza! tenía por reglamento celebrar sus cumpleaños casándose con alguna muchachilla, sin contar sus casi diarias travesuras en cosa de mujeres, que nada respetaba y todos le tenían miedo; andaba ya por los ochenta y seguía con la costumbre del estreno de cada año, seguido de ocho días de fiesta continuada, en que mataba montón de animales, corría el vino como agua, traía músicos de los contornos, que se alternaban sin interrupción, y él baile y baile sin cansarse; otra costumbre tenía: la de juntar en esa fecha, todas vestidas igual, a sus hijas, que un año en que fui al jolgorio eran entonces treinta y siete; sus hazañas comenzaron al llegar a la comarca y apoderarse de la hacienda de Liebres y de sus tres dueñas, a las que hizo sus esposas a un tiempo; todavía recuerdo el espanto que causó el hecho del casorio por partida triple, que hasta acá llegó el escándalo, y lo que más asombraba era que las tres eran señoritas muy conocidas, educadas en la capital y en otros países; las llamaban las Liebritas por cariño.*²⁶

La poderosa figura de Epifanio Trujillo, cuando acaba de morir, continúa pues la evocación y el recuerdo de su vida y, cuando al fin conoce que está muerto, muda un poco el tono complacido y jactancioso por otro más grave y compungido para iniciar su propio juicio ante Dios. De esta manera, este alegato póstumo en su propia defensa va haciéndose parte de la historia y va alternándose con el relato de los vivos. Cuando el alma de don Epifanio se encuentra en pleno juicio hace curiosas interpelaciones, con sabor de pastorela vieja, como éstas: “Espérese, Chamuco, asosiéguese. Aquí el Ángel no podrá desmentirme de que a nadie se le negaba de comer en mi casa [...] Usted, Señor Buen Juez, lo resolverá, porque nadie puede a Usted engañarlo”.²⁷ Más adelante, Epifanio Trujillo sigue interviniendo en la acción novelesca por medio de “aparicio-

²⁶ *Ibidem*, pp. 267-277.

²⁷ *Ibidem*, p. 282.

nes”, según la conseja popular. Yáñez ha explicado su deseo de emular, en este momento, al Pedro Páramo de Juan Rulfo, al hacer que Epifanio siguiera viviendo como un mito, con “la fuerza que dan los elementos sobrenaturales que concurren en la imaginación de la gente”.²⁸

Matiana

La maga, la misteriosa Matiana, tiene en principio cierta semejanza con el viejo Lucas Macías, la memoria popular y el coro testigo de *Al filo del agua*, y con el Filósofo del Gran Canal de *Ojerosa y pintada*, pero, de todos ellos, es el personaje más rico y atrayente. Aunque ella misma casi no recuerda ya sus mocedades, fue muchacha en la época de la Intervención Francesa y, para protegerla de los franceses y de su propia inquieta juventud, se la casó apresuradamente con un grave don Concepción —que conocería de reojo en el momento mismo de la boda de madrugada—, con quien, paradójicamente, haría un excelente aunque fugaz matrimonio.

Sus allegados —recuerda Tatiana con noble emoción— le decían Chon o Concho. Yo siempre lo llamé don Concepción. Serio, reposado, era muy consecuente conmigo; me tenía mucha paciencia; con él aprendí muchas cosas: desde saber esperar y darle valor al tiempo —*quien reniegue del presente no merece el porvenir*—, hasta no tenerles miedo a los animales brutos —*más vale amansar, que quitar mañas*—; me enseñó a partir las culebras puestas en el cielo, a ahuyentar la peste de campos y ganados, a rezar el Trisagio, la Letanía de Todos los Santos, la Magnífica, la Oración del Justo Juez y otras invocaciones, ensalmos y conjuros. Era muy trabajador, muy cumplidor en sus tratos, nada mujeriego. No le gustaba la copa ni la baraja. Tenía su dicho: —*Naipe, tabaco, vino y mujer echan al hombre a perder*; o también: —*El que quiera ser buen charro, poco plato y menos jarro* [...]. Se dio a querer. Comencé a quererlo. Poco me duró el gusto de hallar el cariño escondido, de irlo probando como miel o terrón de azúcar, con susto de que se acabara o de que, viéndolo, se lo robaran. Como aconteció: se lo robaron, se lo llevaron de leva: esto lo supe mucho tiempo después.²⁹

²⁸ Agustín Yáñez, citado por E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, p. 313.

²⁹ Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*, pp. 228-229.

La soledad dio fortaleza y sabiduría a Matiana y la fue llenando de piedad y compasión por seres y cosas:

[...] eh, cómo pasa el tiempo —cavila, ya vieja, Matiana— y nada cambia en la vida de los ranchos, trenzada de peticiones y resignaciones, año con año lo mismo, día por día, tierras, cristianos, ganados indefensos, entregados, desarmados frente al misterio de las enfermedades, los malos temporales, la usura, toda especie de injusticias, todo género de daños: agua escasa y ponzoñosa, recurrencia de andancias y epidemias, unas veces más fuertes, no tanto como la de aquel año, y otras benignas, dependiendo también de los meses: los de la canícula son los peores, y hay años de gran mortandad, principalmente de muchachitos, que no alcanzan las manos para hacerles a todos la lucha y, por otro lado, para espantar a Satanás y a los demás espíritus malignos que constantemente dan vueltas al Llano, cada vez con más fuerza, para la perdición de las almas, amén.³⁰

Paulatinamente fue haciéndose apoyo y consejo, remedio y adivinación en aquellos parajes desvalidos. Acabó en curandera y hechicera.

No sé si lo seré, según lo entiendan. Lo que sí sé es que no tengo, ni jamás he tenido pactos con el Diablo. Porque no es abajo, sino arriba, de donde recibo iluminaciones repentinas para el servicio del prójimo, que me da lo que buenamente quiere y puede. A nadie cobro, ni nada pido. Pobre yo misma, me mantengo de mis yerbas, de mis frutales y de regalitos voluntarios. Pobrementemente vivo, a nadie niego ayuda, por penosa que sea. Me duelen los males ajenos y olvido los propios.³¹

Farmacopea y terapéutica rancheras

La descripción del mundo de Matiana, de la “pieza de los misterios” y de su instrumental son un extraordinario inventario de la farmacopea y de la magia o hechicería rancheras.

³⁰ *Ibidem*, pp. 92-93.

³¹ *Ibidem*, p. 93.

Olor, por de pronto, a viejo; gradualmente: a húmedo; a cerrado; a estancado; a mucho tiempo guardado en cajas de maderas fragantes, entre yerbas no por secas menos penetrantes; mezclado a raras esencias desconocidas o vagamente reconocidas: copal, cera consumida, resina de ocote, mezquite o palo santo; agua florida y esos que llaman perfumes; yerbas, flores, maderas, aceites y grasas medicinales; aceite de comer y aceite de lámparas encendidas; unto de ardilla, de puercoespín, de jabalí, de coyote, de leopardo, de mil animales fabulosos; infundia de gallina, de pato salvaje, de golondrina, de cotorra, de tecolote, de gavilán, de zopilote, de aguililla; el misterioso, vasto reino de bálsamos y ungüentos, aromáticos unos, otros apestosos, y de polvos, en coro de nombres mágicos: Bálsamo de Fierabante, de Judea, de María, de Guayacán, de Áloe, de Almizcle, de Lágrimas de Incienso y Mirra, de Almendras Vírgenes; Bálsamo Magistral; Ungüento de la Misericordia; Oleo-deángeles; Unción de Arcángeles, Tronos y Dominaciones; Santaunción del Serafín; Pomada del Querubín; Leche de la Doncella; Linimento de la Peregrina; Agua de Oro Cocido; Agua de Contraespanto, de Contracóloera, de Contralatido, de Contrarrotura; Bizma de Redaños de Toro; Emplasto del Profeta; Polvos de la Buena Ventura; Polvos de la Madre del Amor Hermoso; Polvos de la Dichosamuerte, hechos con cenizas de palmas, algodones, trapos y otras materias consagradas o benditas; Polvos de Ánimas, hechos con huesos de muertos insepultos; Polvos del Juicio Final, hechos con huesos, pelos, plumas, pezuñas y uñas de animales rapiegos.³²

Páginas más adelante, conocemos la terapéutica de cada sustancia:

Goma de incienso en infusión para el dolor de costado, y de tragacanto para las pulmonías, con friegas de aguarrás, parches de trementina y cocimiento de ocote. Para el mal de ojo, cogollos de mezquite y esa flor tan colorada que casualmente nombran de mal de ojo. Para fiebre puerperal, que hay tanta por todos estos rumbos, hojas de fresno en lavativas repetidas y con tanta agua que casi las haga reventar, lo más que aguanten; ya también las mismas hojas tomadas en cocimiento. Para el tabardillo, lo mismo, y cataplasma de fresno. —*Son los remedios naturales. No más de los naturales.* Cabellos de elote, lantén, cebada perla, semillas de melón, yerba de la sinvergüenza, chíá, jamaica pingüica en agua de uso y en sinapismos para mal de orina; y para los chancros, la goma de la vaina de la flor del huizache, que también sirve refregada para

³² Ibídem, pp. 145-146.

las encías, y de la misma flor de huizache se saca perfume. Infunia y lenguas de golondrinas para mudos y tartamudos. Vino guardado en guaje cirial y cordiales de carlón para el ogüo. Ungüento y agua de San Rafael con aceite y escamas de pescado para los ciegos. Yerba del Venado y ruda para dolores de aire, y la del Perro para los de estómago, junto con el manrubio, el istafia-te, la yerbabuena, la Oreja de Ratón. —*Unos cuantos no más de los naturales.*³³

Al final de *Las tierras flacas*, la madre Matiana alcanza una altura trágica y queda como la constancia del mundo mágico —larga herencia indígena e hispánica— que va a desaparecer frente al mundo nuevo de la técnica. Cuando recibe el primer ataque violento de Jesusito, en un anticlímax muy bien logrado por el novelista, ella continúa hilvanando imposible sus recuerdos de juventud. Y cuando, finalmente, sus enemigos le arrancan los ojos, todavía tiene fuerzas para dirigir su curación y comienza entonces a ver el desplome de su mundo con las cuencas iluminadas por interna luz.

La aparición de Gabriel y trasfondo bíblico

Todavía merecen señalarse, entre esta admirable galería de personajes, la aparición evocada de Gabriel Martínez, el campanero de *Al filo del agua*, que surge en *Las tierras flacas* como un extraño músico que enseñó a aquellos campesinos adustos la alegría del canto. Presumiblemente, el Gabriel de estos años es el compositor de *La creación* que, en cierto momento, hastiado de las intrigas urbanas, se pierde por un mes en oscuros villorios. Su paso fugaz por el Llano era recordado como el de un milagroso Orfeo.

Por primera y única vez —rememora don Epifanio— el Llano fue un río de músicas; en las noches resonaban los ranchos; labores y coamiles llenáronse de cantos; cantaban el sembrador y el yuntero; cantaban las mujeres en las cocinas, y al llevar el almuerzo a las sementeras, y al ir al agua o a lavar al río; cantaban los muchachos al correr y al tirarles piedras a los pájaros;

³³ Ibídem, p. 155.

cantaban el ordeñador y el rastrojero, el cortador de leña y el amansador, el cuidador de ganados y el herrador, alegres todos en sus trabajos.³⁴

La novela está compuesta sobre un trasfondo bíblico, que aparece en los nombres de las rancherías y los poblados, en los de algunos de los personajes y aun en sus creencias y costumbres austeras y primitivas. Mas, ajustada admirablemente a este trasfondo, la vida que alienta en *Las tierras flacas* es la de un pueblo jalisciense, mestizo, mexicano. El abundante empleo del refranero, de giros coloquiales vernáculos y de la sabiduría popular —yerbas medicinales y mágicas, supersticiones y experiencias menudas— es uno de los aspectos más atrayentes de la novela y que, al mismo tiempo, constituye una rica fuente de información para el conocimiento de estas materias, lo mismo desde las perspectivas lingüística y folclórica que para estudios antropológicos y sociológicos.

Funciones del refranero

Los refranes no tienen aquí una condición decorativa o de toque folclórico sino múltiples funciones expresivas. Aún subsiste en México —y particularmente en Jalisco y en el medio rural— el uso abundante del refranero como un elemento natural del lenguaje y hay quienes todo lo dicen por medio de refranes. Cuando Epifanio Trujillo, por ejemplo, se enfurece contra la insubordinación de sus hijos, y las palabras se le atropellan por la ira, los refranes vienen en su auxilio.

*¡Miren quiénes quieren hacer cabezas, empuñar las riendas del Llano! En el hocico se las pondré, los azotaré con ellas de pies a cabeza, mecos, hijos del ventarrón. El caballo que no raya, que se vaya; y el que no jala de puntas, a las yuntas. Al hombre por la palabra y al buey por el cuerno. No pueden con los ciriales y han de poder con la cruz. La mula es mula: cuando no patea recula. En fin: los que está de Dios que mueran, hasta lastima que vivan.*³⁵

³⁴ Ibídem, p. 131.

³⁵ Ibídem, pp. 213-214.

Otras veces, los refranes completan elípticamente el sentido de una expresión. Del mismo Epifanio, se cuenta, por ejemplo, que “Sin el freno de Plácida, le recreció la gula. —*Lo comido y lo gozado es lo único aprovechado*. No quería que se le apartara la sombra de doña Amandita. —*El que mucho mal padece, con poco bien se consuela*. No se le apartaba la botella de aguardiente. —*Pal mediodía que me falta, como quiera lo completo*”.³⁶ En ocasiones, todo el diálogo de agudezas se construye a base de refranes, como cuando Matiana recuerda los galanes que la asediaban, recién viuda:

Lidié a muchos desvergonzados que me salían con dichitos: —*Qué le cuidas a la caña si ya se perdió el elote; de que se lo coman los gusanos, mejor que se lo coman los cristianos; a este cilantro tan seco le falta su regadita; olla que no se menea, se quema*. Epifanio, para no ir más lejos, fue de los más tercos; todavía cuando andaba tras de Teófila, me soltó: —*Ay, Madre, qué pan tan duro y yo que ni dientes tengo*. —*No más los raigones te quedaron* —le respondí.³⁷

Finalmente, los refranes pueden ser, simplemente, ilustrativos de la sabiduría rural, como esta letanía que expresa la preocupación de los rancheiros alteños por las lluvias:

*El labrador al cielo, el comerciante al suelo. —El llanto sobre las siembras, olvido de cabañuelas. —Cuando veas arañas en el suelo, habrá nubes en el cielo. —Neblina en el cerro, seguro aguacero, neblina en el llano, seguro verano. —Matz que no le ve la cara a mayo, ni zacate para caballo. —No hay que fiar en tiempo de aguas. —Cuando el temporal es bueno, hasta los vaqueros paren. —Por la vispera se sacan los días. —Como el tiempo dure, lugar tiene la esperanza.*³⁸

El doble plano de *Las tierras flacas*

Es un acierto en *Las tierras flacas* el empleo de un doble plano, el externo de la acción y la palabra, y el interno de la evocación, la reflexión y la ima-

³⁶ Ibídem, p. 255.

³⁷ Ibídem, p. 230.

³⁸ Ibídem, p. 242.

ginación, que permiten revelar las resonancias de los sucesos en el alma de los personajes, a menudo de pocas palabras, y su densidad psicológica, como lo ha precisado el autor.

En este segundo plano son frecuentes las proyecciones hacia el pasado, recurso que permite que vivan personajes que han muerto, o que si existen no aparecen físicamente: son los ausentes-presentes. Teófila, de quien se hacen frecuentes y ardientes alusiones, es un personaje que ha muerto. Gabriel Martínez se supone que existe, pero vive en la novela en forma de recuerdo. De igual modo aparece la madre de Jacob Gallo, Florentina Sánchez. El abuelo de Rómulo habla y cabalga a lo largo de toda la novela y, sin embargo, murió antes de que principiara la acción. Este plano también desempeña la función de coro, del estado de ánimo colectivo: anuncia el futuro, al mismo tiempo que revive el pasado. Es un plano subjetivo y lírico.³⁹

Y, a continuación, precisa las características respectivas de estos procedimientos en las dos novelas de la tierra: “En *La tierra pródiga* se da también este plano interior, pero en forma paralela al diálogo real. En *Las tierras flacas* el suceso externo es interrumpido sistemáticamente por la reflexión”,⁴⁰ lo cual muestra la variedad de matices y funciones expresivas que, en la pluma de Yáñez, ha podido alcanzar este viejo y nuevo recurso literario.

Obra cerrada y abierta

Es también el propio autor, en sus interesantes conversaciones con Emmanuel Carballo, quien ha señalado que esta última novela, al igual que la mayoría de las suyas, es una obra cerrada que se inicia con un saludo de buenos días y termina en una noche. Pero que, al mismo tiempo, es abierta por las posibilidades futuras que proyecta para algunos de sus personajes: del malhechor Jesusito, que burla a sus adversarios y consigue entrar, años más tarde, a la vida pública de México; de Jacob Gallo,

³⁹ Agustín Yáñez, citado por E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, pp. 310-311.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 311.

que volverá a combatir con aquel; o de la bonanza económica que llega a los ranchos y que transforma la vida en esos lugares. Este posible desprendimiento de nuevas secuelas para los personajes de *Las tierras flacas* “me hace pensar —dice con razón Agustín Yáñez— que en ella la vida no está ausente”.⁴¹

Este trasfondo bíblico, este antiguo sabor popular y esta eficacia del estilo alcanzan su excelencia en *Las tierras flacas* no por el camino de lo anecdótico o lo pintoresco sino en cuanto nos descubren el misterio de nuestro pueblo. La fidelidad con que estos hombres y mujeres enjutos viven apegados a su tierra ingrata, su trágico sentido de la vida y de las creencias religiosas, el peso imprevisible de sus supersticiones, la austeridad y el decoro de su pobreza crean un mundo mágico y secreto, a la vez nuestro propio mundo americano y algo ya muy lejano y perturbador.

⁴¹ Agustín Yáñez, citado por E. Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, p. 315.

HOMENAJE PARA CELEBRAR EL CENTENARIO DE LOS NACIMIENTOS DE SALVADOR NOVO, CELESTINO GOROSTIZA Y GILBERTO OWEN

SALVADOR NOVO. *OCASIONES DE CONTENIDO**

Gonzalo CELORIO

En el año 1946, Salvador Novo tiene la feliz idea de glosar, en términos modernos, los versos de la octava real en la que Bernardo de Balbuena cifró su extenso y laudatorio poema *Grandeza mexicana*, compuesto en los albores del siglo del barroco con la intención expresa de enaltecer, a los ojos de una dama peninsular de la que probablemente estuvo enamorado en su juventud, las glorias de la capital novohispana. Si el poeta manchego avecindado en la Nueva España escribió su poema para satisfacer, a petición de parte, la curiosidad de doña Isabel de Tovar y Guzmán y acaso para revivir en ella la llama del amor juvenil, el cronista mexicano, no menos interesado que aquel pero sin duda más pragmático, escribe su *Nueva grandeza mexicana* para ganar un concurso convocado por el Departamento Central, según él mismo lo confiesa, no sin cierto cinismo, en el propio texto concursante. En ese gracioso desliz metaliterario, Novo se queja de que el certamen imponga a los trabajos de los participantes una extensión máxima de 80 páginas, que a él desde luego le parecen insuficientes para pintar las maravillas de la urbe. Ante semejante taxativa, se ve obligado a “condensar hasta la vitamina adjetival” el conocimiento que de la ciudad tiene y el amor que le profesa. Aun así, logra crear una imagen completa

* Este homenaje se llevó a cabo en la sesión pública solemne del jueves 23 de septiembre de 2004 en Casa Lamm.

y puntual de la vida en México al mediar el siglo XX, equivalente a la que nos legó, con el propósito de enseñar la lengua de Virgilio a sus alumnos, Francisco Cervantes de Salazar al mediar el siglo XVI.

La idea de trasladar al México contemporáneo la temática planteada por Balbuena 330 años atrás es afortunada, digo, porque nos permite ver, “de la famosa México el asiento”, tanto los cambios que ha sufrido como la continuidad de sus tradiciones; su modernidad y su historia, su transformación y su permanencia. Novo pasa de los caballos, las calles, los hostales de la ciudad virreinal, a los camiones urbanos, las carreteras, los restaurantes de la metrópoli moderna; va de las pulquerías al *la-dies bar*, de las mojigangas, los mitotes y las procesiones al cine, la carpa y el teatro de revista, de la Real y Pontificia Universidad a la Universidad Nacional Autónoma de México. Así, lo mismo da cuenta de las mutaciones que se han operado en nuestra urbe a lo largo de los siglos, que de la supervivencia de algunas de las características que le han dado identidad, como la grandeza de sus edificios, la generosidad y el colorido de sus mercados, y algunas de las aficiones y conductas atávicas de sus habitantes, desde el parejo culto a la muerte y a la Virgen de Guadalupe hasta el gusto por los refrescos, antes “aguas frescas, hoy embotelladas y estándar”, pasando por la resistencia a caminar (porque “a caminar, los mexicanos preferimos ser arrastrados”); la veneración al coche desde la época de las carrozas y las carretelas, tan admirados en los siglos coloniales, y la incontinente propensión al barroco:

Ahora, tres siglos y cuarto después, siguen abundando los coches; floreciendo en su número proporcionalmente mayor, y en la tendencia a enjaezar su automatismo con toda suerte de espejitos, amuletos, bocinas sinfónicas y faros adicionales, vestiduras de raso y otros decorativos excesos, el barroquismo esencial y perdurable del gusto mexicano por la ostentación y el disfrute extravertido de la riqueza.

A semejanza del recorrido que emprenden por las calles de México los personajes de Cervantes de Salazar para mostrarle a un forastero los esplendores de la urbe, Salvador Novo adopta en su discurso la condición

de guía de un supuesto amigo procedente de Monterrey, que viene de visita a México. Desde el principio, nuestro *cicerone* destierra la nostalgia que pudieran provocarle las modificaciones que la ciudad de su primera juventud ha experimentado al embate del progreso y, con verdadero júbilo, exalta sus prodigiosas novedades: “iba yo mismo a paladear la añoranza de la ciudad que recordaba desde hacía muchos años con el fervor inédito con que mi amigo descubriría —muchas veces al unísono conmigo— su desarrollo, su transformación, su crecimiento”. No podría ser de otra manera, pues Novo, en alta medida caudillo de la modernidad que preconizó el grupo de la revista *Contemporáneos*, sabe que una ciudad es un organismo vivo, que por fuerza se transforma constantemente. Por ello, al final de su texto —y de su itinerario—, plantea un dilema categórico, enderezado contra quienes pugnaban, con espíritu arcaizante, por que nuestra ciudad —la “Ciudad de los Palacios”— se conservara en su estado colonial: “O la cripta honorable, o la vida imprevisible; o la momia, o el hombre; o el museo, o la urbe”.

Ahora, a casi 60 años de la escritura de la *Nueva grandeza mexicana*, la ciudad que Novo describió —una ciudad de apenas tres millones y medio de habitantes, susceptible de ser recorrida, conocida y abarcada lo mismo por sus habitantes que por sus visitantes— se antoja apacible y maravillosa. No es raro que las páginas de Novo nos arranquen un suspiro de nostalgia, que él sí pudo contener ante la ciudad perdida —o en todo caso alterada— de su juventud; lo que es menos probable es que experimentemos un gozo equivalente al suyo frente a la transformación que la posmodernidad acabó por imponerle a nuestra capital, transcurridos 58 años desde que él la cantó con tan laudatorios y entusiastas timbres. La capital de México, hoy por hoy la concentración urbana más grande del planeta, se ha vuelto desconocida para sus propios moradores. Asaz heterogénea en su composición social, en su cultura, en sus recursos económicos, en su cultura, en su fisonomía y hasta en sus modalidades lingüísticas, acaso solo ha encontrado uniformidad en el caos, la inseguridad y la violencia. Ciertamente es una ciudad vigorosa, apasionante y sorprendente, intensa

como un cable de alta tensión, pero también es una ciudad catastrófica y convulsa, enervante y peligrosa, sórdida y atroz. Es una ciudad neurótica, imprevisible, desafiante, disparatada, cortés, festiva, solidaria, enloquecida, tierna, milagrosa y muy amada. Inhabitable e inevitable, pues.

En su audaz traslado de los temas de Balbuena a la ciudad moderna, Salvador Novo habla de los edificios de la ciudad, de sus transportes y sus comunicaciones; de los restaurantes, los cines, los teatros, los cabarés y la vida artística en general; de los espacios de cultura: la Universidad, las librerías, las bibliotecas, los museos, las galerías de arte; de las dependencias gubernamentales, a las que rinde homenaje, particularmente al Departamento Central, que es la instancia que convoca al concurso en el que participa con su opúsculo; de sus jardines, sus parques, sus paseos; de los campiranos pueblos periféricos, hoy ya conurbados. Es difícil resistir la tentación de comentar cada uno de estos tópicos para ver cómo han evolucionado a lo largo de los años, o simplemente para detectar su permanencia o su desaparición. Empero, voy a concentrarme en las que Balbuena llamó gozosamente “ocasiones de contento”.

Los primeros movimientos de vanguardia del siglo XX identificaron los tiempos modernos con la velocidad. Los futuristas, encabezados por Filippo Tommaso Marinetti, proclamaron que el esplendor del mundo se había enriquecido con una belleza nueva, la belleza de la velocidad, y le adjudicaron mayor hermosura a un automóvil de carreras que a la Victoria de Samotracia. Salvador Novo, impulsor vehemente de la modernidad mexicana, abre su discurso con un elogio a la rapidez de los transportes urbanos, incrementada notablemente merced a la tecnología que desarrolló la Segunda Guerra Mundial. Celebra el automóvil, las anchas avenidas, las carreteras, las comunicaciones en general y el paso de San Lázaro al aeropuerto, que no es otro que el paso, ciertamente asombroso, del tren al avión. Qué diría hoy nuestro cronista acerca de la involución paradójica que ha sufrido la ciudad en lo que se refiere al moderno desiderátum de ganar tiempo y abolir el espacio que tanto gusto le causaba: en la medida en que los transportes han adquirido mayor potencia para

alcanzar velocidades entonces increíbles y en que se han multiplicado las vías presuntamente rápidas —el Viaducto Miguel Alemán, el Anillo Periférico, el Circuito Interior, que no existían en los tiempos de la *Nueva grandeza mexicana*—, más lentos son nuestros desplazamientos. Las gigantescas dimensiones que ha cobrado la ciudad de 1946 a nuestros días a causa de la explosión demográfica, el consecuente crecimiento de la planta vehicular, las insuficiencias del transporte público le imponen a cada uno de nuestros recorridos, por breves que estos sean, una lentitud pasmosa. Invertimos horas en ir de un lugar a otro, como si fuéramos a caballo, igual que los personajes de Balbuena o de Cervantes de Salazar. El predominio del automóvil, que responde a nuestro inveterado gusto por los coches y a nuestra resistencia a caminar señalados por Novo, ha proscrito al caminante, quien las más de las veces ni siquiera cuenta con banquetas o pasos peatonales para transitar por su ciudad, y ha ensuciado la proverbial transparencia del aire de nuestro “alto valle metafísico” que todavía Novo exaltaba en su opúsculo a pesar de que seis años antes Alfonso Reyes hubiera publicado su desencantada *Palinodia del polvo*. Los volcanes de los que habla Novo en tres o cuatro momentos de su texto no existen más en nuestro paisaje urbano. Han desaparecido tras la espesa capa de miasmas que respiramos día con día.

Fascinado por el flujo de los vehículos, sangre que corre apresurada por las arterias de la ciudad, Novo habla de la emergencia de los agentes de tránsito (a los que ya desde entonces se les aplicaba el epíteto de “mordelones”) y, oh maravilla, de sus “auxiliares mecánicos”, los semáforos. Usos y costumbres han venido modificando las reglas de tránsito de aquellos años: ahora, la luz amarilla ya no obliga a frenar sino a acelerar, ni la luz roja a detenerse sino, en el mejor de los casos, a mirar cautelosamente antes de pasar. Nuestras normas, cuya observancia en buena medida se ha vuelto optativa, invariablemente se supeditan a ese sutilísimo y casi imperceptible cruce de miradas entre los conductores que determina, por ejemplo, quién tiene preferencia. Pero en verdad las reglas de tránsito no nos sirven de gran cosa pues en rigor poco transi-

tamos; pasamos la mayor parte del tiempo detenidos, aun en las vías de alta velocidad, ya invadidas por vendedores ambulantes que con toda parsimonia nos ofrecen golosinas y refrescos. Parecería que la ciudad entera se hubiera convertido en un gigantesco estacionamiento.

Gastrónomo y restaurantero por gusto y por oficio, Novo se engolossina literalmente en describir y clasificar los restaurantes que constituyen la “topografía de la gula” de la ciudad de México. Los lujosos: el Ambassadeurs, El Globo, El Cisne, el Bellinghausen, algunos de los cuales, como el Club de Banqueros, restringen su entrada, igual entonces que ahora, a quienes se identifican como socios; los típicos: la Fonda Santa Anita, el Mitla, Las Cazuelas; los españoles: el Centro Gallego, el Centro Asturiano, el Círculo Vasco; los extranjeros, que le dan variedad a la oferta gastronómica mexicana por “la bendición que representa [...] el hecho de que habitemos un punto singular y privilegiado del planeta en el que el chino y el árabe, y el español, y el polaco, y el rumano, y el francés, y el yanqui, coman todos a su placer”. Algo similar ocurre, aunque no lo mencione Novo, con las cocinas provenientes de los diferentes estados de la República, algunas tan ricas y prestigiosas como la poblana, la oaxaqueña, la yucateca, la veracruzana, que han enriquecido la cocina de la capital sin que esta haya aportado a la gastronomía nacional algo más que la sopa de fideos y los tacos, elaborados, como dice Rubén Bonifaz, con una carne tan fresca que todavía ladra. Algunos de los restaurantes que Novo menciona todavía existen, si bien varios de ellos han cambiado su domicilio. La mayoría, empero, ha cerrado sus puertas, a resultas de la “descentración del centro”, al cual, según la nomenclatura urbana, de cuyos disparates el propio Novo hace mofa, ahora se le llama, paradójicamente, “colonia centro”. Todavía se puede comer bien por aquellos barrios antiguos —en el Danubio, en la Hostería de Santo Domingo, en El Cardenal— pero el auge de los buenos restaurantes se desplazó a la Zona Rosa y de ahí a San Ángel, a Polanco, a la Condesa. Novo se refiere también a los *quick-lunches*, tan apropiados cuando no se dispone de mucho tiempo para comer en una ciudad en la que ya desde

entonces no era fácil regresar a casa al mediodía. No sé qué opinaría nuestro cronista del emporio, surgido de la globalización, de la *fast-food* y sus entenados *sushis*, *pizzas* y hamburguesas que han venido desplazando a nuestras proverbiales tortas de jamón, de jamón y queso, de pierna, de pavo, de chorizo con huevo, de milanesa, con sus posesivos y sus diminutivos —su chilito, su cebollita, su aguacatito—, tan barrocas como el ornato de los taxis que Novo invoca como una de nuestras más acusadas señas de identidad.

En el tránsito que va de la pulquería al *ladies bar*, Salvador Novo alude a las disposiciones legales que durante mucho tiempo impidieron el acceso de las mujeres a los establecimientos en que se consumían bebidas alcohólicas; a las mujeres y a los menores de edad y los uniformados, según rezaban los letreros pintados en las batientes puertas de las cantinas. Alguien podría pensar que semejante prohibición se remonta a los orígenes de la cantina misma. No es así: las mujeres entraban habitualmente a las pulquerías hasta 1925, cuando el doctor Gastélum, jefe de Salubridad, instauró en esos establecimientos la discriminación sexual. Tendría que pasar más de medio siglo para que tal disposición fuera revocada y las mujeres de nueva cuenta pudieran tener acceso a los lugares de ese tipo, reservados al sexo masculino y donde los hombres, por cierto, dedicaban sus borracheras preponderantemente a la mujer: a penar su ausencia, a llorar su desdén, a ambicionar su amor, a presumir su belleza, a exaltar su bondad, a sufrir su desprecio. Pero entre la prohibición y la nueva licencia hubo una escala intermedia, los bares, que servían de antesala a los restaurantes y a los que las mujeres desde el principio tuvieron entrada franca y pudieron codearse y “rodillearse” con los hombres, al calor de un *whisky sours*, en favor de la comunicación y el equilibrio de los sexos.

El cronista también habla de los cines, esos “templos modernos” que cumplen una función catártica, educativa e igualadora para bien, sobre todo, de las clases populares, que ante la pantalla liberan sus inhibiciones, mejoran sus hábitos y emulsionan sus diferencias sociales. Los cines Alameda, Metropolitán, Máximo, Briseño, Modelo, Goya, Odeón, Olim-

pia, Regis que Novo menciona pertenecen al pasado. Después de ellos, las salas de cine se multiplicaron, se especializaron, se subdividieron, se compartimentaron y estuvieron a punto de desaparecer ante los embates del *video home*, a no ser por la industria de la comida chatarra, que mucho contribuyó a liberarlas de la quiebra inminente. Lo cierto es que el ritual del cine con sus cortos, su permanencia voluntaria, el beso furtivo y todas las torpezas del *cácaro*, se ha perdido. De aquel ceremonial solo quedan los *columbófagos*, como José de la Colina llama a quienes comen palomitas en los cines, y que suelen acompañar sus sonoros bocados con refrescos gaseosos empacados en descomunales vasos desechables. Ahora, en muchísimas salas diminutas y ensordecedoras se exhiben las mismas películas, casi todas norteamericanas. El cine de arte y el que procede de otras partes del mundo ha quedado confinado prácticamente a las salas universitarias.

Si la merienda, que tanto beneplácito le provoca a la golosa prosa de Novo, ha desaparecido, al parecer, de las costumbres ciudadinas, la del mediodía sigue siendo la comida principal de los mexicanos —o *mexiqueños*, como propone Salvador Díaz Cíntora que se nos llame a los habitantes de esta ciudad capital a falta de un gentilicio menos ambiguo que *mexicano*, menos burocrático que *defeño* y más decoroso que *chilango*—. Lo que se ha vuelto francamente laxo es el término *mediodía*. Salvo para el saludo, que todo mundo se apresura a expresar antes de que den las doce con un *buenas tardes* anticipatorio y quizá un tanto hambriento, en México el “mediodía” es cada vez es más tardío en lo que se refiere a los hábitos alimenticios. De la clase media para arriba, la comida del “mediodía” casi nunca se verifica antes de las tres de la tarde. Esa es la hora en que la gente suele citarse a comer en un restaurante y por aquello de que la puntualidad no es nuestro fuerte (alguien decía que el problema de ser puntual en México es que nadie se enterá); de que el tránsito es imprevisible, y de que nuestra cultura es más de aperitivo que de digestivo, se empieza a comer por ahí de las cuatro o cinco de la tarde. Llegará el día en que nuestros horarios de comida se empaten con los de la cena

fuerte y tempranera de nuestros vecinos del norte, cuyos hábitos alimenticios nos parecen tan distintos de los nuestros, por decir lo menos.

Con el pretexto de invitar a su amigo regiomontano a una representación de teatro, a un concierto o a un ballet, Novo hace un recuento pormenorizado de los espectáculos que la ciudad suele ofrecer a sus habitantes y no puede ocultar el orgullo que le produce que, a efectos de la Segunda Guerra Mundial, se hayan presentado en escenarios mexicanos artistas tan afamados como Caruso o la Pavlowa, de imborrable memoria. Hay que reconocer que hoy en día, la ciudad de México es una escala o un destino importante para artistas de renombre internacional y que además del Palacio de Bellas Artes, tan caro a nuestro cronista, se han abierto, con posterioridad a la publicación de *Nueva grandeza mexicana*, foros como el Auditorio Nacional (1952), la Sala Nezahualcóyotl (1976) y el Centro Nacional de las Artes (1994), que presentan una programación artística de altísima calidad, que en más de una ocasión ha podido compararse con la que se ofrece en ciudades como Nueva York, Londres, París o Madrid.

También habla del teatro de revista y explica el fenómeno *Cantinflas* como resultado prototípico de una “época verbalista, confusa, oratoria, prometedora sin compromiso, que los periódicos sesudos llamarían *demagógica*”. Aunque más del lado de la radio que de la cinematografía, pienso que algo similar ocurre con Agustín Lara. Sus letras, afectadas por una suerte de modernismo romántico, con frecuencia resbalan por la pendiente de la verbosidad. El músico poeta no solo emplea palabras prestigiosas del vocabulario modernista —*tu párvula boca, el jardín azul del extravío, blanco diván de tul*— sino que ostenta su gusto por la abundancia, la riqueza, el exceso, que se aviene con las presunciones de una época que se inicia justamente cuando Novo redacta su crónica: el periodo presidencial de Miguel Alemán —primer presidente civil después de la Revolución—, durante el cual México apuesta por la modernidad y el desarrollo industrial del país. En consonancia con la presunta opulencia del momento, Lara puede derrochar cuatro adjetivos para calificar un solo sustantivo —*un beso fíolento y travieso, amargo y dulzón*— y hacer

alarde de sus posesiones en alguna página autobiográfica que revela la importancia que en esos años cobra lo meramente cuantitativo, y que me permito transcribir:

Las mujeres en mi vida se cuentan por docenas. He dado miles de besos y la esencia de mis manos se ha gastado en caricias, dejándolas apergaminadas. He tocado kilómetros de teclas de piano y con las notas de mis canciones se pueden componer más sinfonías que las de Beethoven. Tres veces he tenido fortunas —fortunas, no tonterías— y tres veces las he perdido. Las joyas que he regalado, puestas como estrellas en el cielo, podrían formar la Osa Mayor en una refulgente constelación de diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros y perlas. He viajado lo suficiente como para dar 20 vueltas al mundo [...]. He gastado más de 2000 trajes de finos casimires ingleses muy bien cortados y los coches que he poseído podrían formar una hilera de los Indios Verdes a las Pirámides de Teotihuacán.

A pesar de su fervor cuantitativo, las cuentas no siempre le salen bien. En una de las introducciones de su programa *La hora íntima* de la WEW, Agustín Lara dice: “Y hay en el asfalto de todos mis dolores dos sílabas que mojan nuestras vidas: Rocío”, que son tres sílabas: *Ro-cí-o*.

Salvador Novo, por su parte, no es ajeno ni a la grandilocuencia ni a los bienes de fortuna que marcan los tiempos. Así lo demuestran, por un lado, la desmesurada prolijidad de su obra, y, por otro, su no siempre digna cercanía al poder político. Nuestro cronista no le teme a los excesos ni a las concesiones escriturales. Profesional de la palabra, lo mismo practica el plagio sin ningún resquemor que empeña su talento en la publicidad. Y sabe cobrar su trabajo: considera que invertir más de 15 minutos en la redacción de una cuartilla ya no es negocio; llega a exigir que se le pague una conferencia según el número de palabras pronunciadas y, como recuerda Carlos Monsiváis, está dispuesto a cobrar hasta la risa.

Novo describe también la vida nocturna de la ciudad, los salones de baile, los cabarés, las carpas y aquellos lugares populares a los que acude la “gente bien” para empaparse de pueblo y abrigar, aunque sea por unas horas, la ilusión de pertenencia “Beben cubas libres —dice—, se desve-

lan, bailan, creen divertirse con los *pelados* que, en realidad, son quienes se divierten con verlos”. Lo mismo ocurriría, 30 años después, en los setenta, con ciertos *antros* —según empezó a llamarse a los bares y a todo género de tugurios— como el viejo Bar León de la calle de Brasil número 5 bis en el centro de la ciudad, al que de pronto acudieron los intelectuales en pos de un lugar auténtico, sin percatarse de que su sola presencia alteraba y subvertía la autenticidad que buscaban.

Uno de los regalos y de las ocasiones de contento que más entusiasmo suscitan al cronista es la radio, que cumple un extraordinario papel de difusión artística y cultural y, aun dentro de las diferencias que su programación ofrece, fortalece la identidad nacional. No puede adivinar, en esos tempranos días de 1946, que muy pronto habría de sobrevenir un nuevo y potentísimo medio de comunicación que sentaría sus reales en todas las casas de México —y en el que él mismo habría de participar, luciendo sus descomunales anillos y sus provocadores bisoñes, en su condición de cronista de la ciudad de México—: la televisión, que acabaría por relegar a un segundo plano no solo la radio sino también el cine, el libro, la conversación de sobremesa, la vida familiar y, para bien y para mal, por moldear, acaso más determinadamente que la educación pública, el alma de la ciudad y del país entero.

Posiblemente la televisión constituye en nuestros días la mayor ocasión de contento de la ciudad de México. A través de ella, la población en general asiste a los partidos de fútbol, visita a las estrellas locales e internacionales, conoce la vida íntima de algunos miembros altamente representativos de la comunidad que los *reality-shows* desnudan; admira las conductas de las clases altas que las telenovelas falsifican pero que de algún modo también reflejan. Las ocasiones de contento que ofrece el mundo analógico antes, durante o después de la televisión son los *malls* —adonde la gente puede ir a pasear sin necesidad de comprar ni un alfiler—, la disco, las cantinas, los *table-dances*, los antros, los reventones, las manifestaciones políticas, las peregrinaciones religiosas, las celebraciones patrias, los “arrancones”, el libro vaquero. También existen, además de la televisión, otras alternativas

virtuales: los videojuegos, la pornografía electrónica, la internet. Debe haber más, y muchas de ellas de mayor enjundia y calidad, pero no me vienen a la memoria ni a la imaginación, acaso porque, como bien dijo Monsiváis, Novo fue “el último de los optimistas urbanos”.

En su *Nueva grandeza mexicana*, Novo todavía describe una ciudad integrada. Con marcadas diferencias sociales, sí; con pueblos periféricos, con costumbres, tradiciones, estilos heterogéneos, pero una ciudad al fin y al cabo: comprensible, transitable, dispuesta a dejarse conocer y vivir a plenitud. En los casi 60 años transcurridos desde entonces, la ciudad se ha transformado, por algún misterioso proceso partenogenético, en muchas ciudades diferentes, amuralladas por fronteras tangibles o intangibles, incomunicadas entre sí. La explosión demográfica, la conurbación de los pueblos aledaños, la inmigración proveniente de los estados del interior de la república y de otros países del mundo han multiplicado por más de cinco órdenes de magnitud la población que la ciudad tenía en los años en que Novo escribió su crónica. Que yo sepa, nunca habían estado juntos, en la historia de la humanidad, veinte millones de personas en un solo sitio. Habría que volverse a preguntar si la modernidad que a Novo tanto alborozo le procuró en su tiempo sigue siendo digna de encomio en esta ciudad encarcelada por la inseguridad; uniformada por los *graffiti*, que se han enseñoreado de bardas, edificios, esculturas, monumentos y hasta montañas; degradada por la creciente obscenidad de los anuncios publicitarios; estancada en sus vías de comunicación; amenazada por la violencia; adolorida por sus tragafuegos, sus teporochos y sus payasos de semáforo; herida en cada asalto, en cada robo, en cada secuestro. Habrá que buscar en ella otra nueva grandeza mexicana. Novo la encontró

en el llanto del recién nacido, en el beso del joven, en el sueño del hombre, en el vientre de la mujer; en la ambición del mercader, en la gratitud del exiliado; en el lujo y en la miseria; en la jactancia del banquero, en el músculo del trabajador; en las piedras que labraron los aztecas; en las iglesias que elevaron los conquistadores; en los palacios ingenuos de nuestro siglo XIX; en las escuelas, los hospitales y los parques de la revolución.

Acaso ahí tendremos que volverla a buscar. Yo cambiaría, sin embargo, los palacios ingenuos del siglo XIX por la revitalización del centro histórico; la ambición del mercader por la movilidad social de la Universidad; la jactancia del banquero por la generosidad primaveral de las jacarandas, por la sonrisa de la cajera del súper que nos pregunta si encontramos todo lo que buscábamos y por las propias crónicas de Salvador Novo, que nos renuevan el amor.

CELESTINO GOROSTIZA, CONTEMPORÁNEO*

Vicente QUIRARTE

[...]el teatro mismo es considerado entre nosotros como un arte menor, cuando no, y en veces con cuánta razón, como la oveja negra de la familia literaria.

CELESTINO GOROSTIZA, discurso
de ingreso en la Academia Mexicana

Ciudad de México, 21 de marzo de 1928. En una de las viviendas del segundo piso de la casa marcada con el número 48 de la calle de Mesones, que en su nombre lleva la fama de edificios que albergaron rústicamente en otro tiempo a viajeros en tránsito, se desarrolla una intensa actividad. La casa, en el corazón de la vieja ciudad, ya no es la vecindad que se va conformando milagrosa y miserablemente a las necesidades de los sucesivos habitantes, sino una construcción especialmente concebida para casas de vivienda cuyos vecinos miran con curiosidad, si no con desconfianza, al grupo de jóvenes que dan signos inequívocos de vivir de otra manera. O de no utilizar la casa para vivir como el resto de la gente.

Heterodoxa es la actividad, como lo es la decoración que se ha impuesto al departamento: hojas de yute en las paredes, mesas bajas, lámparas de vidrio soplado. La mitad del salón está dedicada al pequeño escenario

donde el pintor Julio Castellanos ha reproducido las acotaciones señaladas por Charles Vildrac en *El peregrino*. Poco a poco penetran en la vivienda los integrantes de esa compañía improvisada y entusiasta: Gilberto Owen, que hace el papel de Edouard Desavesnes, el viajero que emprende el *retorno maléfico* a la aldea estrecha y estéril de su infancia; Clementina Otero, que desde el primer instante ha despertado la pasión de Gilberto en la vida real, y que en la del escenario representará a Denise Dentin, sobrina de Edouard. Y al final de todos, el debutante director de orquesta, Celestino Gorostiza, que dará comienzo a una relación con el teatro, viva y en constante transformación a lo largo de su existencia. Lo acompaña su novia, Araceli Otero, con quien habrá de casarse dos años más tarde, en una relación tan fuerte y leal como la que mantendrá con la escena.

Ese día, no obstante el entusiasmo, la tensión se respira en el ambiente.

—Por favor, todo mundo a su lugar. Clementina, Gilberto. Otra vez la escena culminante del diálogo entre Desavesnes y Denise —ordena Celestino Gorostiza

—Dionisia, señor director —responde Owen.

—Denise o Dionisia, da lo mismo.

—Perdone usted, es lo mismo pero no es igual. Nos dio mucho trabajo llegar a la conclusión de que Denise era Dionisia, del mismo modo en que cuesta decir amor sin pronunciar la palabra.

—Bueno, bueno, está bien. Lo importante es que la escena parezca real, contundente, y no se deslice al melodrama. Gilberto, perdón, Desavesnes: quieres convencer a tu sobrina de que debe salir de esa provincia mojigata, respirar, conocer el mundo. Atreverse, que es preciso atreverse.

—¿Arriesgarse? ¿Aunque se pierda todo?

—Sí. No. Porque al perder ganamos.

—Para reencontrarse, como dijo Fenelon. Por mí, si así lo desea el señor Gorostiza, querido Celestino, repito la escena veinte veces. Estar con Dionisia, Denise, Emel, todas concentradas en esta bella señorita llamada Clementina Otero, es lo mejor de esta flamante primavera que hoy, precisamente, ha entrado.

—No creo que veinte veces sea necesario. Dentro de dos días es el estreno. Así que, por favor, retomemos la línea.

De pronto, cualquier otra actividad termina. Celestino Gorostiza solo concibe esta realidad: que la vida se transforme en minutos que aspiran a la eternidad porque hacen de la ilusión el centro de Universo. Clementina es Denise; Gilberto es Desavesnes, y en él se concentran personajes de la leyenda, del teatro, de la historia, cuya común ambición es sumergirse para encontrar la luz, atreverse para crecer. El seductor espiritual se acerca, peligroso en su distancia, a la adolescente que lo mira, fascinada y temerosa; la toma con los dos brazos, pero la toca apenas. En cambio, las palabras llenan el escenario, penetran hondamente en la piel y los oídos de todos los que en ese momento, al escucharlo, son Denise:

Es preciso vivir, mi pequeña. La mayor parte de la gente no vive ni ama la vida. Esperan a la muerte tras la ventana cerrada mientras hablan mal de sus vecinos... son incapaces de sentir alegría verdadera, verdadero amor... le hacen a Dios la afrenta de rogarle sin tregua, como pordioseros o cobardes, mientras ignoran todo lo que es bello y grande, todo lo que verdaderamente lleva la marca de Dios.

Desde su *soberana juventud*, Celestino Gorostiza se dio cuenta de que transformar el teatro, crear un gusto, educar un público, significaba renunciar al inmediato placer de la obra digerida y obligar al espectador a modificar sus formas de percepción.

El Nuevo Paraíso, la primera obra dramática de Gorostiza, apareció en el número 17 de la revista *Contemporáneos* de octubre de 1929 y como libro autónomo en enero de 1930. Señalar que por tal hecho el autor es un miembro de la generación canónicamente establecida sería una simplificación que contribuiría a hacerle un débil favor y a negar sus múltiples y personales contribuciones. Sin embargo, en la heterodoxia que caracteriza a ese grupo sin grupo, tratemos de aplicarles un conjunto de exigencias.

El Nuevo Paraíso aparece en el instante en que el grupo sin grupo tiene definidos sus intereses y gustos literarios, así como su actitud hacia el

país. En una generación sin manifiestos, como lo fue la suya, cada obra representa una oportunidad para leer no solo las ideas individuales sino el pensamiento generacional. Ser Contemporáneos significaba, además, como exigía Cuesta, ejercer una voluntad crítica, aunque la crítica no fuera el centro de la actividad del escritor. No bastaba escribir la obra, sino era preciso establecer sus relaciones, examinar sus raíces, analizar su contexto. Al examinar los textos publicados por Celestino Gorostiza en la revista *Contemporáneos*, resulta lamentable que sus colaboraciones fueran tan escasas. Su sentido crítico es profundo; su estilo, conciso y contundente; su cultura, amplia y versátil. Un ensayo fundamental para examinar este instante de entusiasmo juvenil y generoso es “Aspectos del teatro”, aparecido en el número 11 de *Contemporáneos*, de abril de 1929. Tempranamente, con convicción y conocimiento de causa, el autor hace una apasionada y lúcida defensa del teatro. Al argumento superficial del periodista que recomienda la desaparición del teatro, con el argumento de que en la vida real hay suficientes dramas, Gorostiza responde: “El teatro frente a la vida es un vaso de agua frente al mar. Toda la turbulencia, el desorden, el colorido, la impureza del mar, captados dentro de los límites exactos, precisos, inconfundibles, de un vaso, dentro de su transparencia, de su pureza, de su orden y perfección milagrosa”. ¿No es esta una anticipación de la arquitectura interior de la futura *Muerte sin fin* de su hermano José? Sorprende, por otra parte, el respeto que en todo momento ambos hermanos sintieron por el otro, como escritores y como parientes. Al hacer la reseña del libro *Galería de poetas jóvenes de México* del español Gabriel García Maroto, Celestino Gorostiza pinta con agudeza crítica las líneas generales de cada poeta, y cuando llega el turno a su hermano, no es menos sobrio: “José Gorostiza está en el punto aristocrático en que el orgullo y la modestia, como extremos, se tocan. La atormentada selección que ha presidido su obra, reduciéndola en cantidad, no es más que un resultado de ese orgullo que aspira a la perfección”. Enemigo de hablar en primera persona, reticente y pudoroso, totalmente opuesto en este sentido al cinismo protagónico, no menos

admirable, de Salvador Novo, Gorostiza hace una defensa de los autores rescatados por el Teatro de Ulises y critica al teatro que, desde México, imita servilmente a modelos comerciales españoles.

Como impecable respuesta a sus argumentaciones, Gorostiza publica, seis meses después de su provocador ensayo, la obra *El Nuevo Paraíso*. El ejemplar que de la obra custodia la Biblioteca Nacional tiene la dedicatoria siguiente: “A Xavier, gracias, de su cómplice Celestino Gorostiza”. Efectivamente. La complicidad entre ambos autores tuvo lugar de distintas maneras y en diferentes niveles. En primer lugar, los dibujos de Xavier Villaurrutia, de trazo fino y seguro, vanguardistas, reflejan la heterodoxia de los personajes de la obra, los símbolos latentes bajo su apariencia de normalidad. Tempranamente, Villaurrutia reconoció con justicia el papel fundamental desempeñado por Celestino Gorostiza en una aventura teatral de juventud que para él se transformaría en la vocación más sólida. En *El Espectador* del 6 de febrero de 1930, Villaurrutia haría uno de los mejores retratos literarios de Celestino y sus contribuciones a la aventura del grupo:

Celestino Gorostiza es un *enfant terrible de la balle* y no un *artiste de rencontre*... El tiempo que trabajamos en el Teatro de Ulises fue de ascetismos, de entrenamiento deportivo. En silencio y con atención irónica Celestino Gorostiza iba probando su espíritu con el choque de las obras que ensayábamos... En el Teatro de Ulises nos preparábamos a una competencia. Traductores, actores, directores y público, todo lo fuimos para considerar la actividad dramática desde los más diversos planos.

El Nuevo Paraíso nunca fue llevada al escenario. Por fortuna, este año centenario el Instituto Nacional de Bellas Artes ha realizado su edición facsimilar, así como un espléndido montaje en atril. Se trata de un texto que admite la lectura solitaria, debido a la agudeza de sus diálogos, los dobles sentidos, los contenidos latentes. Desde el título y en su desarrollo, sintetiza en más de un sentido varios de los temas defendidos ética y estéticamente por sus compañeros de generación.

La acción se sitúa en la época de nuestros escritores, pero el autor se cuida en las acotaciones de anotar que transcurrirá en “el despacho sombrío de una casa antigua”. La pareja de esposos, Adán y Eva, son jóvenes, pero viven en un ambiente asfixiante. Su casa pertenece a doña Ángela, madre de Eva, y es tan estática como aquellas donde habitan los personajes de Vildrac y Lenormand en *El peregrino* y *El tiempo es sueño*, respectivamente: espacios donde el tiempo se ha detenido, donde los seres humanos son como árboles, en cuanto a su estatismo, no por lo que se refiere a su intensidad y su biofilia.

Cuando en 1928 se inicia como director, lo hace como hemos visto antes, con *El peregrino* de Charles Vildrac. Posteriormente, en unión de Villaurrutia, lo hace con *El tiempo es sueño* de Henri René Lenormand. En la segunda, además de dirigir, desempeña el papel masculino principal, ante la ausencia de Owen. Ambas piezas demuestran la poética vital y artística que los jóvenes autores desarrollaban: el viajero que parte solo por partir, la exploración del alma para verdaderamente llegar al cuerpo. De igual manera, *El Nuevo Paraíso* es una obra que, en el breve espacio de un acto, hace una crítica a la estructura familiar y hogareña, basada en la rutina, y apuesta al riesgo de la aventura.

En una página publicitaria incluida en la revista *Ulises*, dirigida a estudiantes extranjeros, aparece la siguiente publicidad: “Mexico City is cool all summer. It is situated in the valley of Mexico, surrounded by a rim of beautiful mountains, visible from all its streets”. Un paraíso. El nuevo paraíso. La obra de Gorostiza, al igual que la de sus compañeros, quiere decir que todo edén es aparente, del mismo modo en que la libertad —André Gide— es una sucesión de cárceles. Expulsados de él desde el instante en que llegamos al mundo y tenemos conciencia del tiempo, es preciso recuperar fragmentariamente, auténticamente, jirones de aquel Paraíso, mediante el amor, la poesía o la renuncia. En las breves e intensas páginas de *El Nuevo Paraíso*, Celestino Gorostiza cumple con semejante verdad de vida.

El breve fuego de Ulises llamó Salvador Novo a los años del primer tercio del siglo xx cuando él, con Celestino Gorostiza y otros cofrades, modificaron con inteligencia, juventud y visión profética el panorama de la cultura mexicana. Lapso en que la revista bautizada en honor del navegante ancestral, el grupo de teatro y los libros del mismo sello pusieron a nuestro país en consonancia con lo que se realizaba en otras partes del mundo. Resulta doblemente irónico que, ante los numerosos ataques recibidos en su juventud, causa de su aventura doblemente heterodoxa, Novo respondiera con donaire:

Aquellos que dicen que nuestras traducciones son defectuosas me hacen pensar en un cocinero jubilado que no aprobara los guisos que para su sustento propio y urgente condimentara una persona famélica. Todos nosotros sabemos muy bien que no hemos de llegar a la Academia de la Lengua. Por lo menos no a la mexicana. Pero el hecho no nos conmueve.¹

Sin embargo, 32 años más tarde, el 25 de marzo de 1960, Celestino Gorostiza ingresa en la Academia Mexicana de la Lengua. Con el discurso “Las paradojas del teatro”, demostraba la lealtad a su vocación primigenia. Lo recibía Salvador Novo, su viejo compañero de armas, y manifestaba su alegría de que en ese hecho se reconociera al teatro en general y al teatro mexicano en particular, esa actividad que, aun en nuestro días, este 2004 en que aquella generación alcanza el centenario de su inmortalidad, Celestino Gorostiza es la conciencia teatral del grupo, del modo en que otros pudieron reclamar ser la conciencia poética, crítica o teológica. Desde muy temprana edad, comprendió que el teatro era una causa y una vocación a la que era preciso dedicar todos los afanes. Su oído atento, su capacidad para identificar las obras fundamentales que se representaban en otras partes del mundo, lo hicieron un hombre de pensamiento y de acción. Son numerosas y fundamentales sus aportaciones al escenario, a la formación de profesionales, a la construcción de una dramaturgia mexicana donde se fusionaran la tradición y la nove-

¹ Citado por Luis Mario Schneider, *Fragua y gesta del teatro experimental mexicano*, p. 52.

dad. Gracias a que supo comprender el sentido universal de lo mexicano, de la compleja simbología de *El Nuevo Paraíso* pasó posteriormente al nacionalismo auténtico, propositivo y analítico, de *El color de nuestra piel*. No resulta hiperbólico afirmar que la sutil crítica al sistema familiar de su obra de juventud influyó en obras como *Jano es una muchacha* o *La familia cena en casa*, de Rodolfo Usigli, y que sin la callada y tenaz labor de Celestino, los *Autos profanos* de Villaurrutia en particular y el teatro de cámara en México en general hubieran tomado otros rumbos. Por su visión profética, su ejemplar hacer antes que decir, la arquitectura anímica de su temple, Celestino Gorostiza es un Contemporáneo, y es nuestro contemporáneo en este 2004 en que nos invita a nuevas formas de diálogo, tanto en el genio de su vida como en el talento de su obra.

GILBERTO OWEN EN SU CENTENARIO*

Jaime LABASTIDA

Gilberto Owen ha cumplido ya cien años de vida y hoy, como en el día de su muerte, todavía es un personaje legendario, antes que un poeta de carne y hueso, como, pongo por caso, el que se revela en las cartas amorosas que le escribió, en su juventud, a Clementina Otero. Así lo recuerda, casi entre brumas, Alí Chumacero: el gesto huraño, las respuestas certeras (e insólitas).

Su libro decisivo es, sin duda alguna, *Perseo vencido*, en el que se incluyen “Madrigal por Medusa”, “Sindbad el varado”, “Tres versiones superfluas” y “Libro de Ruth”. Ausente de México, y para siempre, el libro lo publicó la Universidad de San Marcos, en Lima, Perú, en 1948. Owen tenía por entonces 44 años y era recordado en México solo por algunos de sus amigos. El exilio voluntario que es el servicio diplomático de

carrera lo había alejado de nuestro país. Intentaré, aquí y ahora, apenas una aproximación a ciertos poemas.

En carta a Luis Alberto Sánchez, editor del libro, Owen dice que el título debe ser el de *Perseo vencido* (no *Sindbad el varado*), pese a que este poema sea el más vasto e importante del libro. ¿Por qué? Porque, de acuerdo con sus palabras, “el origen de todo” es el “Madrigal por Medusa”, que escribió después de haber visto “una de las innumerables estatuas” de la Gorgona (¿acaso la de Cellini?). Dice Owen: me quedé pensando que “Medusa después de todo no había sido decapitada, y que seguía petrificando, a los que creemos vencerla, a través de la historia del arte. Y de la poesía”.

¡“El origen de todo”! Al menos, el origen del libro; al menos, la clave de su poesía. Se trata, acaso, de un poema de amor, pero de un amor trágico, que conduce a la muerte. ¿Amor entre hombre y mujer? ¿Amor entre el poeta y la poesía? Breve es el poema, pero complejo. Citaré los versos de las dos últimas estrofas: “Cante el pez sitibundo, preso en redes / de algas en tus cabellos serpentinos”. El modo verbal es el subjuntivo: el pez sitibundo (cultismo para significar: lleno de sed), preso en las redes de algas (los cabellos de Medusa, a la vez amada y asesina), que cante; sin embargo, que “su voz se hiele” en la garganta de Medusa, para que, por último, “no rompa mi muerte con su grito”. ¿Qué sentido tiene la figura del pez sediento? ¡Que el pez cante!, pero ¿cómo? El pez, rodeado de agua, ¿puede acaso estar sediento? Solo si el mar estuviera seco; solo que toda el agua del mar le fuera insuficiente. El pez está preso en redes de algas, en los cabellos de Medusa. Llamar a los cabellos redes de algas ¿quiere decir que el pez, aun dentro del agua, está sediento? De él nace una voz, pero helada: ¡que se hiele su voz en la garganta de Medusa!, ¡que su grito “no rompa mi muerte”!

¿Qué resulta de esa voz que se hiela, al salir de la boca de un pez sediento, preso en redes de algas (el cabello de Medusa)? En la estrofa final del poema, Owen exige: “Déjame así, de estatua de mí mismo”. Perseo es derrotado, pues, con “la cabeza que no corté, en la mano”; y, por úl-

timo, en una clara alusión fálica: “la espada sin honor, perdido todo / lo que gané, menos el gesto huraño”. Perseo es vencido: estatua de sí mismo, lleva en la mano una cabeza que no cortó. Además, su espada carece ya de honor. ¿De quién es esta cabeza? ¿Es de Medusa? ¿De él mismo? Es posible que esa cabeza sea la del poeta. Él ¿es el pez sediento al que la voz se le huela en la garganta de Medusa? Él ¿se vuelve la estatua de sí mismo? La voz helada de este pez no romperá su muerte con su grito. Si Perseo es vencido, triunfa en cambio Medusa: ella nos petrifica; es la poesía inalcanzable, la suprema región del arte. La cabeza decapitada que Perseo lleva en la mano (estatua de sí mismo) ¿es la cabeza propia? Hay un juego de mutaciones y de espejos, suaves y extrañas líneas de sombra donde los hechos suceden al revés: si Perseo es vencido por Medusa, la cabeza decapitada que la estatua lleva en la mano es la propia, la de Perseo; el pez sediento, acaso el poeta, emite una voz que se huela pues el pez ha quedado preso en las redes de algas (en los cabellos de Medusa): que cante el pez, pero que la voz se le haga hielo; que Perseo se haga estatua de sí mismo; que su espada quede sin honor; que todo aquello que ha ganado se pierda; queden solo la frustración, el deseo no cumplido, el anhelo insatisfecho, en suma, que surja el dolor de saber que no se volverá jamás (¿a qué lugar?, ¿a dónde?, ¿a qué mujer?, ¿a qué otro amor?, ¿a qué otra vida, desde luego imposible?), como dice el epígrafe de T. S. Eliot con el que abre “Sindbad el varado”: *Because I do not hope to turn again / Because I do not hope / Because I do not hope to turn.*

Owen propone una variante a estos versos de Eliot: “Y luché contra el mar toda la noche, / desde Homero hasta Joseph Conrad, / para llegar a tu rostro desierto / y en su arena leer que nada espere, / que no espere misterio, que no espere”. Como Ulises, Sindbad es el símbolo del viaje y el movimiento. Aquí Sindbad, el hombre que se entrega al destino incierto del mar, se halla varado: es el náufrago que llega por la noche a la tierra que lo acoge y en la que descubre por la mañana que es solo “isla desierta y árida”, donde el amor es imposible: la mujer es tierra nocturna,

asilo para el naufrago; es isla desierta por la mañana y en su arena se lee: “que nada espere”.

Por esa causa, el “Día veintisiete” de la “Bitácora de febrero” (“Sindbad el varado”) es un canto angustioso, un poema erótico (o sensual), atravesado por una contradicción. Se subtitula “Jacob y el mar”. Como se sabe, Jacob lucha toda la noche, en el Génesis, con el ángel; ninguno vence: el ángel hiere a Jacob en el muslo y lo deja baldado, como prueba, acaso, de la lucha. Pero en el poema, ¿en contra de quién se libra esa batalla, inútil además? ¿Contra quién ha de luchar el nuevo Jacob? Reproduzco el poema por extenso:

Qué hermosa eres, Diablo, como un ángel con sexo pero mucho
 más despiadada,
 cuando te llamas alba y mi noche es más noche de esperarte,
 cuando tu pie de seda se clava de caprina pezuña en mi
 abstinencia,
 cuando si eres silencio te rompes y en mis manos repican a rebato
 tus dos senos,
 cuando apenas he dicho amor y ya en el aire está sin boca el beso
 y la ternura sin empleo aceda,
 cuando apenas te nombro flor y ya sobre el prado ruedan los
 labios del clavel,
 cuando eres poesía y mi rosa se inclina a oler tu cifra y te me
 esfumas.

Mañana habrá en la playa otro marino cojo.

Se trata, es obvio, de un sueño. Pero el sueño está presidido por el deseo: es el deseo frustrado; la lucha imposible en contra del deseo, el deseo lúbrico, el deseo erótico. El ángel en contra del cual lucha *este Jacob* toda la noche es el mensajero del deseo: el deseo angustioso de la mujer que no llega. Es un ángel con sexo, vuelto Diabolo. Su pie de seda se clava con dureza, sin embargo, como si fuera la pezuña de una cabra, en la abstinencia sexual de este varón que sueña. La mujer, el ángel con sexo, el diablo, es silencio, pero en las manos del que sueña sus dos senos son dos campanas que ya tocan a rebato. Nada puede realizarse: apenas ha

dicho la palabra amor y en el aire queda el beso sin boca; la ternura se hace aceda. En el sueño, la mujer podrá ser llamada flor y, sin embargo, sobre el prado ruedan los labios del clavel, o sea, destruido. Esta mujer a la que se sueña, la poesía, en fin, se esfuma. Jacob, herido en el muslo por el ángel, Sindbad el varado, Sindbad el marino, habrá de amanecer en la playa, cojo. La lucha con el ángel; la lucha con el deseo erótico, incompleto; un sueño de la angustia, lo ha baldado.

Solo quisiera subrayar, para dar término a estas breves notas, que Gilberto Owen transforma sus lecturas clásicas, nacidas de la Biblia o de Homero, en interpretaciones distintas a las habituales. Es católico, desde luego; pero al propio tiempo lo deslumbra Marx y discute sus tesis con Jorge Cuesta. Eso sucede con el poema que he examinado, donde el ángel se vuelve mensajero del deseo y de la muerte. El poema tal vez sea blasfematorio, pero eso no arredra, en modo alguno, a Gilberto Owen. Por esa razón, sin duda de carácter simbólico, Owen es un poeta indispensable en el panorama estético nacional, escaso en poetas difíciles y exigentes de sí mismos.

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS
EN SESIONES ORDINARIAS

ÉPICA Y RETÓRICA DEL INFORTUNIO*

Margo GLANTZ

Lo confieso de antemano: este texto es un naufragio o quizá un torpe intento por salir ilesa de la lectura de los Cronistas de Indias, un ensayo infructuoso por esbozar una retórica y delinear una épica, las que conforman esa larga lista de penosas tribulaciones, las que don Carlos de Sigüenza y Góngora calificó como infortunios.

DEL LINO A LA VELA

En la inacabable discusión que desde sus inicios le otorgó a Gonzalo Fernández de Oviedo el carácter de enemigo acérrimo de fray Bartolomé de Las Casas, discusión que aún divide a los estudiosos, destaca un punto interesante: la posible torpeza retórica del primero y su todavía probable inscripción en el imaginario del Medioevo, discusión que hace decir a Antonello Gerbi sobre el autor de la *Historia general y natural de las Indias*: “Me parece evidente que Oviedo no es un escritor insignificante... estoy convencido de que [su] estilo simple y colorido habla a favor suyo y es capaz de conquistar el reconocimiento que se merece. Hasta ahora, concluye, ese reconocimiento le ha faltado” (Gerbi: 455). Y Karl Kohut, refiriéndose en alguno de sus textos sobre el cronista a la acusación de que su obra carece de estructura, puntualiza: “Fernández de Oviedo temía que la realidad, muchas veces literalmente maravillosa del Nuevo Mundo, la grandeza de los hechos, pudieran parecer inverosímiles a los lectores europeos acostumbrados, por la lectura de las

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 8 de enero de 2004.

inmensamente populares novelas de caballerías, a hechos maravillosos y poderes mágicos” (Kohut: 69). Y esa preocupación se acrecienta debido a la inmensidad del material al que se enfrenta en su carácter oficial de Cronista de Indias: ¿cómo ordenar esa realidad caótica e inconmensurable?, ¿cómo ceñir y reproducir mediante la escritura la naturaleza de las Indias nuevas y la de sus habitantes y las hazañas que en ellas emprenden los que llegan desde Europa sin caer en el caos y el anacronismo de las sumas medievales? Oviedo luchó toda su vida por hacer coincidir verdad y maravilla en su larga y fascinante crónica y, lo que es más, para ordenarlas y convertirlas en un todo coherente y legible. ¿Acaso no leemos a menudo frases como estas que le dirige a Carlos V:

¿Cuál ingenio mortal sabrá comprender tanta diversidad de lenguas, de hábitos, de costumbres en los hombres de estas Indias? ¿Tanta variedad de animales, así domésticos como salvajes y fieros? ¿Tanta multitud inenarrable de árboles, copiosos de diversos géneros de frutos, y otros estériles, así de aquellos que los indios cultivan como de los que Natura, de su propio oficio, produce sin ayuda de manos mortales? ¿Cuántas plantas y hierbas útiles y provechosas al hombre?... ¿Tantas montañas altísimas y fértiles, a otras tan diferenciadas y bravas? ¿Cuántas vegas y campiñas dispuestas para la agricultura y con muy apropiadas riberas? ¿Cuántos montes más admirables y espantosos que Etna o Mongibel, y Vulcano y Estrongol; y los unos y los otros debajo de vuestra monarquía? (Oviedo, 1959, I: 8).

Además de seguir, como aseguran varios estudiosos, el método de Plinio para organizar su historia natural y ordenar los acontecimientos históricos que como testigo conoció, y de transcribir lo que otros testigos de vista le contaran, colocó el material que le parecía difícilmente clasificable en dos secciones especiales de su magna obra inconclusa, una que intituló *Libro de los depósitos*, clasificación sublime, y el *Libro de los naufragios*, objeto de este escrito.

Allí recalca que no existe viaje sin posibilidades de naufragio, reseña los peligros que él mismo afrontó y añade esta observación en verdad esencialmente retórica:

Muchas veces me acuerdo, cuando algunas de estas desventuras oigo, de lo que escribe Plinio del lino, donde dice: ¿Qué mayor miraglo puede ser que haber una hierba que haga así vecino el Egipto de Italia?, trayéndole este autor al propósito de las velas que se hacen del lino o cáñamo, para los navíos. Y dice que de aquesta pequeña simiente nace otra cosa que trae el mundo de una parte a otra, no pareciéndole al hombre que le bastaba morir en tierra, sin que pereciese sin sepultura: y a tal que sepamos que la pena nos es favorable, ninguna hierba se engendra más fácilmente, porque entendamos que aquesto se hace contra voluntad de la natura, el lino quema el campo y le hace estéril más que otra cosa (V: 306).

Cualquier hazaña humana es pues artificio: sembrar la tierra, transformarla y salir de ella para emprender viajes y conquistarla, y, por extensión, el descubrimiento y la colonización de América constituyen una aberración contra natura. Habría que concluir entonces que el infortunio en forma de naufragio es una retribución divina al pecado abominable, el que inicia en realidad la historia humana, el relato adánico de la expulsión del paraíso. Y esa expulsión se concreta en una metáfora memorable, la del lino transformado en vela de navegación, metáfora construida por Plinio y retomada por Oviedo como piedra de toque de su narración: las velas, ese artefacto indispensable sin el cual las expediciones al nuevo continente nunca se hubieran producido, como puede verse literalmente en los documentos que reseñan los viajes al estrecho de Magallanes de Pedro Sarmiento de Gamboa, conocido con el sobrenombre de “el Ulises de América”, escritos entre 1580 y 1590, y no todos publicados. En efecto, en esos documentos dictados por Sarmiento al escribano oficial del navío, la navegación se materializa en las múltiples ocasiones en que la embarcación se hace a la vela y en las muy numerosas también en que la pérdida de este artefacto los pone al límite del desastre o los obliga a utilizar, en ocasiones y como sustituto, la fuerza de los brazos de los marineros para salir del atolladero, trazando un círculo que los devuelve a épocas primitivas de la navegación, antes de que el lino fuese transformado en la materia prima con que en Egipto —si le creemos a Plinio— empezaron a fabricarse las velas, en ese intrincado esfuerzo que las diversifica,

haciéndolas ocupar espacios estratégicos del navío para poder cumplir con eficacia el complicado y atribulado oficio de navegante:

Entretanto que aquí estuvimos remendaron las velas y gavias y masteleros y aparejos, que venían destrozados de las tormentas y los malos tiempos, que aunque muchas veces se reparaban, no bastaban ya las fuerzas humanas a reparar tanto como se destruía con las tempestades y las pudriciones y así, remendados lo mejor que fue posible, lunes a las dos horas de la noche, 11 de abril, con el favor de Dios Nuestro Señor, en su sacratísimo Nombre, nos hicimos a la vela de esta isla que es pequeña, y fuimos navegando con el Sureste al Norte cuarta al Nordeste hasta martes, 12 de abril (Sarmiento de Gamboa: 154).

LA DERROTA COMO DESTINO: EL CÍRCULO DE LOS TRABAJOS

Lo que verdaderamente sufrimos en aquella inmensidad del mar, qué peligros de naufragios y cuántas incomodidades físicas padecimos, cuántas ansiedades afligieron nuestra alma, lo dejo a la estimación de aquellos que han conocido bien la experiencia de muchas cosas y de lo que significa buscar lo incierto y aún desconocido.

AMERIGO VESPUCCI: 98

Existe, no cabe duda, un vocabulario y una estructura particular que identifica los relatos de naufragio, herederos de muchas tradiciones clásicas y medievales, además de estar inscritos en el género de la didascalia. En primer lugar mencionaría una serie de términos referidos a las penurias y los esfuerzos a que están sujetos los navegantes, sus tribulaciones, congojas y tormentos, el círculo de sus trabajos y sus infortunios, sus desgracias e incomodidades físicas, las inclemencias del tiempo, en fin, el estado de intemperie tan perfectamente descrito por Oviedo: “Aquel navío ninguna cubierta tenía donde pudiese hombre esconderse de los aguaceros ni del sol” (V: 50 y 307).

En verdad, una terminología relacionada específicamente con el mar y las navegaciones permea el lenguaje y le permite acudir a símiles marinos para significar las vicisitudes por las que pasan los humanos, como ese adagio citado también por Oviedo y proveniente de Séneca: “En tormenta vivimos, muramos en puerto”, o, para no ir más lejos, el muy trillado lugar común que pretende que el Estado se gobierna como una nave.

Pero también se recurre a una estrategia que consiste en reproducir en la narración las circunstancias originarias; es decir, tratar de, como tan convenientemente proclama Oviedo, “desnudar de abundancia sus renglones”, sobre todo cuando el naufragio ha obligado a los protagonistas a despojarse totalmente y de la manera más literal de sus vestiduras y cuando las tribulaciones de aquel que busca “lo incierto o lo desconocido”, como razona Vespucci, exige gran imaginación de parte del lector a fin de colmar los vacíos del relato. Cito las palabras de Oviedo, inscritas en el Proemio general de su Historia: “Quiero certificar a vuestra Cesárea Majestad que *irán desnudos mis renglones de abundancia de palabras artificiales* para convidar a los lectores, pero serán muy copiosos de verdad, y conforme a esta diré lo que no tendrá contradicción, cuanto a ella, para que vuestra soberana clemencia allá lo mande *pulir y limar...*” (I: 9; las cursivas son mías). En suma, prescindirá de artificios retóricos pero acudirá a numerosos ejemplos —acopio de datos— para dar cuenta de la asombrosa realidad del Nuevo Mundo. ¿Será esta una muestra de la tan deturpada incapacidad retórica de nuestro cronista? Oviedo “pretende desnudar su textualidad —sus renglones— de artificios retóricos”, porque para él, como para Bernal Díaz, la verdad no necesita adornos, por ello escribe en castellano y no en latín; responde así a la crítica urdida por sus detractores, a esa objeción contra la que pelea constantemente, alegando que el español es la lengua del Imperio y que las Sagradas Escrituras se escribieron originariamente en las entonces lenguas vernáculas, como el arameo, el hebreo, el griego o el latín. Carente de artificios, pero copiosa, la escritura recopilará numerosos datos, los necesarios para

poder demostrar la maravilla o el tamaño de la desventura, difícilmente abarcables sin recurrir a las hipérboles. Inserto aquí para reiterar esta idea un fragmento de un texto mío:

La historia es para Oviedo sinónimo de verdad, y la verdad no soporta la contradicción, aunque sí las correcciones (limar y pulir) que el discurso institucional —es decir, imperial— exige; es decir, silenciar todo aquello que prohíbe la censura, aquello que no es canónico. La desnudez de la escritura entrañaría la inocencia total y la convicción de que su pluma escribe solo la verdad, aunque esa verdad coincidiera con la verdad oficial (Glantz: 407).

Convendría quizá detenerse un poco, solamente para mencionar de paso que en esa época el camino, la ruta que seguía una nave para llegar a su destino, se llamaba derrota, voz que en el *Diccionario español de sinónimos y antónimos* de Sainz de Robles tiene las siguientes equivalencias; las enumero a guisa de ejemplo, en espera de detenerme alguna vez en ellas para reanudar estas reflexiones en torno a los cronistas de Indias y sus naufragios: *fracaso, vencimiento, inferioridad, malogro, desgracia, biaba, desastre, paliza, huida, capitulación, desbandada, amán, yugo, dependencia, apresamiento, esclavitud, revés, descalabro, catástrofe, exterminación, degollina, horcas caudinas, paliza, vereda, senda, camino, rota, ruta, rumbo, dirección, derrotero*.

FIGURA DE LA MUERTE

Y es evidente que ser náufrago implica de inmediato la pérdida de las embarcaciones donde se ha transportado a los viajeros, naufragio significa eso exactamente, hacerse pedazos el navío, de *navis* y *frango*: la fractura de las naves. Fernández de Oviedo lo sabía bien, y por ello hizo culminar su larguísima crónica con estas palabras lastimeras, que encarecen la miseria de quienes emprendieron largos viajes hacia tierras extrañas:

Determinado tengo de reducir en este último libro algunos casos de infortunio y naufragios y cosas acaecidas en la mar, así porque a mi noticia han venido con cosas para oír y notarse como porque los hombres sepan con cuántos peligros andan acompañados los que navegan. Y si los que yo no he sabido ni aquí se escriben todos se hubiesen de decir, sería uno de los mayores tratados que en el mundo están escritos, porque así como las mareas son en diversa parte navegadas por diversas gentes y lenguas así es imposible venir a noticia nuestra todo lo que en ella han acaecido de semejantes cosas (V: 50 y 304).

El naufragio es pues una de las formas más refinadas del infortunio y entre sus maldiciones está la desnudez, alguna vez condición paradisiaca, aunque señal de desgracia en el mundo civilizado. Oigamos lo que tiene que decir al respecto Cabeza de Vaca, después de que un golpe de mar hace naufragar al torvo e inepto Pánfilo de Narváez, a quien tanto los hombres (recuérdese a Hernán Cortés) como los elementos vencían. Sí, Pánfilo de Narváez y sus hombres naufragan en su intento por conquistar la Florida, lugar donde pensaban repetir sin contratiempos las “gloriosas hazañas” del marqués del Valle en México.

Como la costa es muy brava, el mar de un tumbo echó a todos los otros, envueltos en las olas y medio ahogados, en la costa de la misma isla sin que faltasen más de los tres que la barca había tomado debajo. Los que quedamos escapados, desnudos como nacimos y perdido todo lo que traíamos, aunque todo valía poco, para entonces valía mucho. Y como era por noviembre y el frío muy grande y nosotros tales que con poca dificultad nos podían contar los huesos *estábamos hechos propia figura de la muerte* (Cabeza de Vaca: 98).

Y sin vestido han perdido de repente su condición civilizada, se han vuelto irreconocibles, tanto que los indios que en general andaban desnudos,

al ver el desastre en que estábamos con tanta desventura y miseria se sentaron entre nosotros y, con el dolor y lástima que hubieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos a llorar recio y tan de verdad que lejos de allí se podía oír y esto les duró más de media hora y, cierto, ver que estos hombres

tan sin razón y tan crudos, a manera de brutos, se dolían tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciese más la pasión y la consideración de nuestra desdicha (Cabeza de Vaca: 99).

La desnudez es pues terrible, pero nunca lo es tanto como cuando esa desgracia le acaece a una mujer. La mayor parte de los náufragos consignados por los cronistas son varones; sobresale el caso de doña Leonor, mujer de don Manuel de Souza, portugués que en 1552 regresaba de Asia en el galeón *Grande San Juan*, traficando especias y mercaderías orientales y quien al llegar al África naufraga junto con otros 90 pasajeros, entre ellos varios esclavos. Obligados por las trágicas circunstancias a recorrer grandes extensiones de tierra desconocida, en medio de privaciones de alimento y despojados de gran parte de su ropa, de su razón y de sus mercaderías, y a la merced de los habitantes de África que el cronista identifica como ‘cafres’, reitera Gomes Brito (58),

Pues ¿qué se puede creer de una mujer muy delicada, viéndose en tantos trabajos y con tantas necesidades y, sobre todas, ver a su marido antes sí maltratado y que ya no podía gobernar, ni mirar por sus hijos? Pero, como mujer de buen juicio, con el parecer de aquellos hombres que aún tenía consigo, comenzaron a caminar por aquellos bosques sin ningún remedio, ni fundamento, solo el de Dios...

Y ese buen juicio es en realidad una forma extrema del pudor, ese pudor que hizo que tanto Eva como Adán al ser expulsados del paraíso cubriesen de inmediato sus cuerpos pecadores, pudor que sin embargo, en el caso de doña Leonor, la conduce a la muerte, cuando resiste a quienes quieren apoderarse de las ropas que malamente aún la cubren:

Aquí dice —¿quién?, me pregunto— que doña Leonor no se dejaba desnudar, y que se defendía a puñadas y a bofetadas, porque era tal que quería que antes la matasen los cafres, que verse desnuda ante la gente; y no hay duda que acabara allí enseguida su vida, si no fuera que Manuel de Souza le rogó que se dejase desnudar, que le recordaba que nacieron desnudos, y pues era Dios servido de aquello, que lo fuese ella... Y viéndose desnuda doña

Leonor, tirose al suelo y cubriose toda con sus cabellos que eran muy largos, haciendo un hoyo en la arena, donde se metió hasta la cintura, sin levantarse más de allí (Gomes de Brito: 38).

Pero el máximo extremo de la desnudez es el hambre. En tierra de “salvajes”, los naufragos regresan al estado de naturaleza, desnudos como nacieron, o como lo habían estado sus primeros padres antes del pecado original para convertirse literalmente, y para colmo de males, en seres irracionales: “Y porque hacía tantos días que no habíamos hecho camino, concluye otro de los naufragos portugueses, ni metiéramos en las bocas cosa alguna que tuviese nombre, obligó la necesidad a que muchos fuesen de parecer que nos comiésemos a este cafre” (Gomes de Brito: 35).

LOS DESFIGUROS

Si Gomes de Brito equipara implícitamente a los españoles caídos en estado de naturaleza con los cafres porque se han vuelto antropófagos, y varias historias de naufragios anteriores corroboran este dato —entre ellos los de Cabeza de Vaca y varios de los que inscribe Fernández de Oviedo en su último libro—, la odisea del licenciado Alonso Zuazo relatada en el *Libro de los Naufragios* para edificar a sus lectores demuestra cómo, aun en las condiciones más deplorables del naufragio —“esa catástrofe que, al decir de Antonello Gerbi, destruye la estructura económica y técnica vigente, sin destruir la vida del superviviente” (301)—, algunos hombres son capaces de mantener su estatuto de civilizados y sobre todo el de cristianos. En este relato singular y ya bastante frecuentado por los estudiosos se combina el más exacerbado realismo con los toques más delirantes de magia y hagiografía para construir un héroe de la cristiandad, diferente a los héroes tradicionales del siglo XVI, cuyas hazañas guerreras o de descubrimiento dibujan otro tipo de épica.

Zuazo, proveniente de Santiago de Cuba, acompañado de alrededor de 60 hombres, entre españoles, esclavos negros e indios, y de camino hacia la Nueva España, naufraga en las islas de los Alacranes; su mi-

sión era mediar entre Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, recién nombrado gobernador y capitán general de la provincia del Pánuco, y Cortés, obviamente reacio a dicho decreto real. Señales luminosas y apariciones flamígeras de enormes peces vaticinan grandes cosas, pues, explica Oviedo, “ni aun en las novelas de los fabulosos griegos, no está escrita semejante cosa, ni todas las metáforas del Ovidio en sus *Metamorfosis* no son igual comparación...” (V: 322).

La nave se pierde después de varias peripecias narradas con gran minucia y en donde se mezclan, como dije antes, los pormenores más cotidianos con historias maravillosas en las que sobresalen las visiones, curiosamente enviadas a una niña que recibe un mensaje de santa Ana, la madre de la Virgen. Zuazo oficia a la vez como jefe del grupo y como su capellán, reglamentando las labores domésticas fundamentales para la sobrevivencia, por ejemplo, hacer fuego a la manera indígena para cocer y asar los alimentos que crudos provocan enfermedades y aun la muerte; trasladar de una isla a otra a los naufragos en una canoa encontrada milagrosamente para buscar agua dulce y aprovechar las migraciones de la fauna que los alimenta, después de ejecutar operaciones que colindan con la magia. Organizan, además y de manera dramática, rituales religiosos necesarios para la salud espiritual, con lo que se anticipan a las grandes teatralizaciones de los jesuitas, tan características del siglo XVII.

Fecunda esta duplicidad, se hace patente en todas las circunstancias, por ejemplo, cuando los naufragos corren peligro de morir de sed, el suelo aparece de repente cubierto de huevos de aves que anidan en la isla para proporcionarles la clara de huevo, sustituto provisional del agua. Otro corte más en el terreno de la realidad: las diarias y sistemáticas diligencias que les permiten conservar la vida, y las ceremonias arduamente ritualizadas que impone Zuazo para cumplir con su papel de intercesor ante la divinidad y salvar solamente a quienes verdaderamente lo merecen. Y esa duplicidad se alegoriza: el agua salada, amarga, mortífera, tiene un antídoto, el de las lágrimas derramadas en actos de contrición, lágrimas acompañadas por oraciones emitidas a voz en cuello, a fin de

que Dios pueda oírlos y extienda hacia ellos su misericordia. La naturaleza salobre de las lágrimas duplica la del agua de mar y propicia la redención cuando Zuazo logra descifrar los mensajes enviados por Dios, extendiendo su acción de tal forma que pueda convertirse en una operación de imitación de Cristo, o en la reproducción o el paralelo de escenas del Antiguo Testamento.

Tomaron por costumbre todos estos pecadores que en tan áspera penitencia estaban que ningún día cesaban en la oración desde antes que amaneciese hasta que era bien de día, en particular cada uno apartado, para mejor explicar sus contemplaciones e particulares devociones a Dios Nuestro Señor, para que los oyese en tan señalado y evidente peligro e tormento de sed y hambre. Porque aunque parecía que en alguna manera estaban satisfechos de la vianda, faltando el pan y el agua, todo lo tal no era nada, ni se les tenía en los estómagos; y sobre lo que comían y cenaban, hincados de rodillas bendecían a Dios que se los daba y con lágrimas cotidianas le ofrecían infinitas gracias, representándole todos aquellos pescados e animales y aves que en aquel desierto, gordos y alegres y contentos, y que había traído para el servicio del hombre (V: 329).

Y cuando después de haber realizado varias operaciones mágicas surge una fuente de agua dulce, Oviedo exclama:

Así que hallada esta agua, tomó el licenciado un cobo o caracol, que cabría bien media azumbre de agua e dijo a toda la compañía que no bebiesen, porque ante todas cosas era razón que tuviesen agradecimiento de la merced que Jesucristo y su bendita abuela les había hecho, y que le debían ofrecer aquel agua primeramente como hizo David en la cisterna (V: 337).

De esa forma, el naufragio y la estancia forzada en una isla desierta con sus privaciones, esa larga serie de infortunios, se convierte en un lugar de penitencia y de encierro para que los pecadores rediman sus culpas, dándole al relato un carácter hagiográfico.

Especialmente significativa en este contexto es la aparición de cinco tortugas gigantes que con su carne colman el hambre de los náufragos y

con su sangre, su sed; sangre verdadera equivalente a la de las cinco llagas de Cristo, sangre derramada para redimir a los mortales

Con lo que —explica Gerbi— el licenciado Zuazo, que se sabía de memoria su Plinio, y conocía la singular salubridad y las virtudes antitóxicas de la sangre de las tortugas, ante el horror y espanto de sus compañeros, “bebió primero que ninguno un gran golpe de aquella sangre”, después de lo cual todos “se echaron unos sobre otros encima de la misma tortuga como si les hubiera aparecido una taberna de muy buen vino o aquella saludable ribera del río Tajo, que es una de las mejores aguas de España” (V: 487-488).

Son curiosas las coincidencias, por no decir peligrosas; tienen una extraña semejanza con la antropofagia tan condenada por Oviedo y una de las causas legítimas enarbolada por la corona española para sojuzgar a los indios. En efecto, diversos animales socorren a los náufragos en visitas sucesivas; ya hemos hablado de las aves, los mariscos, las tortugas. Otras bestias también aparecen oportunamente cuando se las necesita; es el caso de una tiburona que con hábiles maniobras e instrumentos fabricados por Zuazo logra pescarse para salvar del hambre a los sobrevivientes:

Y con mucha alegría de la nueva y nunca antes oída semejante manera de pesquería, se juntaron todos y abrieron aquel animal, y sacáronle del vientre treinta y cinco tiburoncillos de a dos palmos y medio cada uno, los cuales siendo pequeños son muy buen manjar; pero no duraron más de un día y medio con la carne de la madre, porque como no tenían sal, luego se corrompió lo demás; pero en fin se hartaron de aquella vianda y tuvieron que comer hasta que Nuestro Señor proveyó en amansar la mar y que pudiese la canoa pasar a la isla ya dicha por bastimentos. De aquí se nota que quiere Dios que los hombres hagan lo que es en ellos, y con su favor socorre a los de industria, para que lo que parece imposible sea hecho muy fácilmente cuando le place, en especial con los que tienen entera confianza en Dios Todopoderoso (V: 335).

En otras palabras más prosaicas podría decirse que “a Dios rezando y con el mazo dando”.

TRABAJO, INFORTUNIO, SOBREVIVENCIA

Es evidente, Zuazo es un personaje muy admirado por Oviedo. Sus infortunios lo colocan en una posición muy singular y simbólica y lo convierten en un paradigma que nos permite entender con más agudeza el sistema de valores de esa sociedad. Hombre rico y poderoso, el más delicado y menos acostumbrado a las miserias del grupo de náufragos que encallan en la isla de los Alacranes, es quien, al decir del cronista, sufre con mayor rigor su desgracia, aunque al mismo tiempo ese mismo infortunio le permita enaltecer algunas de sus cualidades, como la que le enseña a ser prudente, mientras descubre que posee, sin saberlo quizá, porque no ha tenido necesidad de verificarlo, esa otra capacidad para desarrollar e inventar conocida como industria, cualidades ambas que lo ayudan a preservarse de la muerte, otorgándole el rango de sobreviviente, la única tarea esencial, obsesiva, a la que puede dedicarse un náufrago. Actividad penosa, no productiva, en el sentido lato del término; a lo sumo, una actividad que permite conservar la vida y entregar el cuerpo a las privaciones y al desfiguro, pero que al mismo tiempo revela con mayor claridad, si las circunstancias lo permiten, las fuertes oposiciones que en la vida cotidiana marcan a la sociedad colonial. Oviedo subraya algunas medidas excepcionales tomadas por Suazo, movido a mencionarlas por tratarse de algo muy particular:

Y luego el licenciado, como noble y piadoso caudillo, dio prisa a que todos se pasasen a la otra isleta y él quiso quedar el postrero, porque tuvo fin a procurar tanto por el más chico esclavo de toda la compañía, como por su persona misma: y así todos eran iguales en el comer y beber que Dios les daba milagrosamente... (V: 328).

Sin embargo, cuando, debido a las circunstancias extremas en que se encuentran los náufragos, ya destruida la canoa que les facilitaba el acceso a tres de las islas donde podían proveerse de lo necesario para sobrevivir, Oviedo explica:

Esta pérdida fue causa mucha para que se diesen más prisa a poner en ejecución y obra el aparejo que se dijo que tenían de las reliquias y tablas de la carabela quebrada y barquillo que de ellas tenían comenzado y que aún no estaba en perfección; el cual, así como fue acabado fue determinando que se enviase a la Nueva España con tres hombres que fueron los de voto de castidad perpetua que tengo dicho... con un muchacho indio que continuamente les iba agotando y vaciando el agua que la barquilla hacía, por no se poder bien ni haber aparejo para la calafatear (V: 336).

Si la palabra *trabajo* se aplica a cualquier actividad que exige para desarrollarse un esfuerzo penoso, sobre todo en el aspecto corporal, el sudor de la frente y la laboriosa colaboración de las manos, el trabajo más ingrato lo realiza el muchacho indio, aunque también Zuazo se haya transformado durante su vida de náufrago en un trabajador, alterando su condición privilegiada porque, como asegura Oviedo, en la isla de Cuba “era muy bien servido y proveído en su casa”. En la tabla de valores cívicos el esfuerzo físico no es apreciado si el personaje en cuestión pertenece a la nobleza; es solo durante la situación extrema del infortunio que ese esfuerzo se convierte en un valor social estrictamente delimitado por la temporalidad y el territorio donde ha acaecido el naufragio, es decir, durante el tiempo y el espacio en que el náufrago despliega todos sus recursos para no morir, extremando sus esfuerzos, y alcanzar la condición de sobreviviente.

Y Suazo recobra su estatus pleno en el momento mismo en que los tres enviados a la Nueva España para pedir socorro y bastimentos regresan a la isla y rescatan a los náufragos. Y como no hay nada en esa sociedad que no se ritualice, el cambio de fortuna y la reinserción de Suazo en el orden social se efectúan siguiendo las reglas más estrictas de los protocolos:

Tornando a la historia digo que estando contemplando esta gente en tan grandísima y nueva maravilla, llegó la barca del navío con aquellos tres criados del licenciado y otros marineros. Y sacaron a tierra una mesa pequeña que llevaban a su amo y una silla de caderas y la olla y la comida que se dijo

arriba, bien aparejada y pan y vino y conservas y otros refrescos. Y después de muy bien abrazados con lágrimas hasta poner los manteles, pusieronle luego al licenciado la silla que no era poco alivio a quien estaba cansado de se echar y sentar en aquella arena e hizo poner luego la mesa bien bajo para que comiesen todos los que en ella cupiesen y así, con gran gozo, comieron platicando e informando a los que fueron en el barquillo de lo acaecido al licenciado y a los demás en tanto que aquellos mensajeros habían ido a buscar este socorro (V: 342).

Y con estas palabras alborozadas de Oviedo que restituyen al licenciado Zuazo al lugar que le corresponde dentro de la jerarquía colonial y, dispuesta a profundizar en este texto, en realidad un *work in progress*, doy fin a este empeño que me ha tocado en suerte.

BIBLIOGRAFÍA

- Cabeza de Vaca, Álgvar Núñez, *Naufragios*, ed., introd. y notas Trinidad Barrera, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. y est. preliminar. Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1959.
- Gerbi, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, trad. Antonio Alatorre, México, FCE, 1978.
- Glantz, Margo, “El cuerpo inscrito y el texto escrito”, en Margo Glantz (coord.), *Notas y comentarios sobre Álgvar Núñez Cabeza de Vaca*, México, Conaculta, 1993, pp. 403-434.
- Gomes de Brito, Bernardo, *Historia trágico-marítima*, Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, 1946.
- Kohut, Karl, “Fernández de Oviedo, historiador y literato, humanismo, cristianismo e hidalguía”, en Isla Campbell (coord.), *Historia y ficción; Crónicas de América*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1922, pp. 43-104.
- Sainz de Robles, Federico Carlos, *Diccionario español de sinónimos y antónimos*, Madrid, Aguilar, 1946 [1967].

Sarmiento de Gamboa, Pedro, *Los viajes al estrecho de Magallanes*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

Vespucci, Amerigo, *Cartas de viaje*, intr. y notas Luciano Formisiano, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

ME MUERO DE SIN USTED:
CARTAS DE GILBERTO OWEN A CLEMENTINA OTERO*

Vicente QUIRARTE

Las cartas de amor, si hay amor,
tienen que ser
ridículas.

Pero, al final,
solo las criaturas que nunca escribieron
cartas de amor
son ridículas.

ÁLVARO DE CAMPOS

La historia del epistolario que entre abril y noviembre de 1928 Gilberto Owen escribe y envía a Clementina Otero es tan azarosa como la propia vida de su remitente, como la odisea espiritual de su destinataria. En 1982, en el contexto del Homenaje Nacional a los Contemporáneos, Sergio Pitol, entonces director de Literatura de Bellas Artes, tuvo en sus manos una caja de madera que contenía papeles del puño y la letra de Gilberto Owen: eran en su mayoría cartas, en papeles de distintas formas y texturas, con tintas de diferentes colores; el cofre de ese tesoro contenía también postales, tarjetas de visita, fotografías. En síntesis, los fragmentos de un discurso amoroso. Clementina Otero, viuda reciente, consideró llegado el momento de hacer públicos papeles que, además de dar cuenta de un episodio decisivo en la vida del hombre Gilberto, revelaban a un Owen inédito: el enamorado expuesto en su intimidad, mas siempre con una escritura alerta y novedosa. Un año antes, en 1981, en una nueva edición de las obras de Gilberto Owen que había publicado

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 22 de enero de 2004.

el Fondo de Cultura Económica se incluía un epistolario en el que aparecían tres poemas, originalmente cartas enviadas a Clementina Otero, mas no aquellas en las que hablaba el hombre con las debilidades e iluminaciones del auténtico enamorado. El Instituto Nacional de Bellas Artes decidió publicar el epistolario, bajo el cuidado de Marinela Barrios Otero y Federico Álvarez. Una segunda edición apareció más tarde, con el sello de la Universidad Autónoma Metropolitana y un ensayo de Tomás Segovia —pionero estudioso oweniano— donde establece la diferencia entre la seducción y la conquista. Ahora, en este año centenario del natalicio de Gilberto Owen, Siglo XXI Editores dará a luz una versión facsimilar, con notas que ayuden a interpretar mejor a uno de nuestros autores que más se preciaban de “leer y escribir entre líneas”.

¿Quiénes eran los protagonistas de una historia que, merced al texto, a los silencios y sobreentendidos, a informaciones de testigos y actores nos es posible reconstruir? Para reconstruir la historia tenemos a la mano una de las partes: la pasión de un joven enamorado que da inicio al asedio con plena conciencia de que el suyo es amor a primera vista, pero que en la otra parte no halla la inmediata y esperada correspondencia. En 1928, cuando ambos se conocen, Owen llega al año 24 de su edad. Clementina está a punto de cumplir 17. Gilberto proviene, de acuerdo con sus palabras, del “frío ascético de Toluca”, y antes del “amarillo amargo mar de Mazatlán”. Llegado a la ciudad de México en 1923, en cinco años descubre a su generación y se descubre a sí mismo. Cuando conoce a Clementina Otero, la vocación del joven autor está plenamente consolidada. Consciente de que su escritura estará dirigida a “numerales lectores” —otra manera de denominar a *la inmensa minoría*—, es autor de dos textos narrativos que no se parecen a ninguno de sus antecedentes mexicanos; escribe poemas en prosa más próximos a Max Jacob que a Baudelaire y versos donde late la lección de desnudez lírica y la pureza de cifra de Juan Ramón Jiménez. Además, traduce y monta obras dramáticas de autores extranjeros de vanguardia. Riesgo, originalidad, aventura, pasiones comunes a su generación, a Ulises y a Simbad, viajeros que par-

ten solo por partir. Clementina es hija de una familia encabezada por un padre vertical y autoritario. Pero tiene además una hermana, Araceli, novia de Celestino Gorostiza, quien tempranamente había sido inoculado por una pasión que no habría de abandonarlo: el teatro como novedad y experimentación, la dramaturgia de otras partes del mundo como base para la creación de un teatro nacional, sólido y permanente. El Teatro de Ulises había nacido en 1927, y a principios de 1928 los tripulantes de esa nave se hallaban en el montaje de *El peregrino* del dramaturgo francés Charles Vildrac, traducida por Owen, quien además personificaba el papel masculino principal. Faltaba una joven que representara el papel de Denise Dentin. El encuentro fue descrito por Clementina Otero más o menos del siguiente modo. Dos jóvenes delgados la recibieron en la vivienda de Mesones 42, cuartel general de Ulises. “¿Cómo le va, Denise? ¿Porque usted es Denise, verdad, porque usted va a ser Denise?” Como la joven no respondió, Xavier Villaurrutia dijo a Gilberto Owen: “Se me hace que te encargas de la muchacha, porque creo que es muda”. La relación de Clementina Otero con Xavier Villaurrutia fue el inicio de un pacto que haría de Clementina primera actriz del teatro mexicano. El encuentro con Owen fue decisivo para la educación sentimental del poeta y, como veremos, en el desarrollo de su poética futura.

El asedio da inicio con la complicidad del teatro. El escenario es inmejorable, pues en *El peregrino* de Vildrac, Desavesnes, personaje masculino, vuelve a su pueblo natal, conservador y estrecho, para emprender la educación sentimental de su sobrina Denise Dentin, y convencerla de que es preciso perderse para reencontrarse. Años más tarde, Clementina confesaría: “Me miraba enternecido y yo, adolescente casi, me hundía en un pozo de dudas y temores”. En el epígrafe de Fernando Pessoa al principio de estas líneas se subraya la fragilidad del enamorado cuando se expone en sus cartas. Sin embargo, desde sus primeras cartas a Clementina, Owen se acoraza en la literatura antes que en el sentimiento. Es la época en la cual escribe sus poemas de mayor hermetismo, que integrarán el libro *Línea*, y en esas primeras cartas desea deslumbrar a

Clementina con su prodigiosa pirotecnia verbal, su sentido del humor, sus dobles sentidos. De ahí que Clementina confesara: “Había que hacer malabarismos para entender el trasmundo de sus poemas y para entrar en esa vehemente agonía amorosa en la que vivía la vida palpando la muerte”.

Como bien advierte Walter Muschg, el poeta se desposa primeramente con su imaginación. Cualquier elemento que se interponga entre él y la imagen del amor que se ha creado, cualquier principio de realidad que disminuya la intensidad y la fiebre, será visto como una amenaza. Owen se enamoró inmediatamente de Clementina. Ella, según sus palabras, “amaba su poesía, amaba al poeta, mas no al hombre”. Sin embargo, en entrevistas concedidas tras la publicación de las cartas, matizó esa declaración tan categórica cuando comentó: “¿Quién no se enamora al recibir esas cartas?” También confesó que, si bien la halagaba recibirlas, su adolescencia no las comprendía del todo. Eran cartas de poeta. No de un simple enamorado, lo cual es diferente a decir un enamorado simple. Hiperbólico y lúdico, trágico y cómico, Owen elabora en sus primeras cartas un discurso donde intenta conquistar al sujeto amoroso mediante su inteligencia. Cuida sus palabras, mide sus acciones. Procura no violentar un temperamento que ya desde entonces anunciaba su inflexibilidad y una incapacidad para comprender e interpretar los equívocos de su enamorado. En sus cartas, Owen jamás abandona la tercera persona, el *usted* que lo lleva a utilizar la máscara que es la epístola amorosa. Conforme las funciones de *El peregrino* continúan, crece la pasión de Gilberto y aumenta la prudencia de Clementina. De pronto, en plena fiebre, la situación cambia de manera dramática y Owen se encarga de subrayarlo en la carta del 27 de junio: “Al día siguiente de la representación, que por usted deseo lo más pronto posible, he de irme de México por mucho tiempo, no sé todavía”. El motivo de este viaje era el nombramiento de Owen, con la venia de Álvaro Obregón, como tercer secretario del Consulado de México en Nueva York. El puesto era menor, México era el escenario de sus combates literarios y de su lid amorosa, en la que pare-

cía concentrar sus energías. En una de las cartas a Clementina, ya desde Nueva York, escribirá: “Ya sé que el amor no es toda la vida mía, pero sí lo que más me acerca a la eternidad”. ¿Por qué, entonces, esta separación, que mucho tiene de huida? Aventuro dos explicaciones. Establecer una distancia es una estrategia amorosa, una forma de que la ausencia se transforme en presencia deseada. En segundo lugar, esa primera navegación, en un poeta que se sentía predestinado a seguir el ejemplo de Ulises y Simbad, iba a ser el comienzo de una serie de viajes que marcarían su destino. Conocemos las 35 cartas y postales de Owen. Ninguna, de las enviadas por Clementina. Sin embargo, en las del primero es posible reconstruir algunas de las respuestas de una adolescente que se sentía intimidada ante la personalidad del poeta y ante palabras que hacían todo lo posible por escapar del lugar común. “Clementina, escríbame, me muero de sin usted”, escribe Owen en una de sus cartas más apasionadas. No *Me muero sin usted* sino *de sin usted*. De tal modo, el testimonio personal e íntimo se convierte en hallazgo poético, de la misma forma en que García Lorca rescata y amplifica la peligrosa palabra *corazón* al incorporarla al verso “Por tu amor me duele el traje, el corazón y el sombrero”. Clementina esperaba, para compartir su vida, acaso sin entonces saberlo, a un hombre con los pies en la tierra, como lo demostró al casarse en 1945 con Carlos Barrios, quien le dio a elegir entre el matrimonio y el escenario. ¿Hubiera aceptado Owen el lugar común del matrimonio una vez que Clementina cediera a sus asedios? Las declaraciones de su personaje en *Novela como nube*, publicada ese 1928, parecen decir lo contrario: “Es su esposa. ¡Ay, Elena inasible, haberte amado siempre en imagen! En Eva, Ofelia, la otra Eva, y todas, todas... Ixión en el Tártaro, el matrimonio, el matrimonio”.

Clementina vestía como una *flapper*, pero no era una *flapper*. No tenía entonces la liberalidad de una Antonieta Rivas Mercado. Con el paso del tiempo, sin embargo, su actuación sería tan valerosa y digna como la de sus contemporáneas. Subir a un escenario, vencer el miedo, conquistarlo y transformarse en primera actriz fue una hazaña tan notable como

los desafíos de Nahui Ollin o Frida Kahlo. Owen se casará en 1935, en Bogotá, pero esa “ancla segura” no será la abolición de la aventura sino el principio de constantes y fugaces encuentros con mujeres que aparecerán, metamorfoseadas, en algunos de nuestros más altos poemas amorosos. Lo anterior no significa que el poeta no fuera sincero en su pasión por Clementina, no obstante que en una carta a Xavier Villaurrutia, desde Nueva York, le confiesa su aventura erótica con una sueca; en otra, del 29 de noviembre, debe admitir: “Y, detalle estúpido, estoy enamorado como nunca de la chica Otero. La sueño con frecuencia, y es ya un complejo que me desespera”. Efectivamente, para esta fecha, el enamorado ha perdido el impulso inicial, luminoso y humorístico, y ahora es el abandonado el que habla, el que rinde testimonio de su derrota. La que parece ser la última carta, pues no está fechada, está escrita con tinta negra, y no en tinta verde, como las antecedentes, y la caligrafía revela un estado de ánimo tajante y definitivo:

Clementina:

La odio y no me importa que a usted no le importe. Mi odio es gratuito y absoluto; y es de cien días por cada segundo de anoche. Y no me importa que me crea usted loco, y que esto sea ridículo y que haga esfuerzos por reírse leyéndolo.

Y no necesito ya nada de usted que ser usted el objeto, la cosa, el blanco negro de mi odio. Y este odio me salva y me llena y me basta y solo sería mayor mi alegría si la supiera a usted más miserable que yo mismo.

Examinar las cartas originales, apreciarlas en la edición facsimilar, permitirá percibir los diferentes estados de ánimo del poeta. Los rasgos de su letra son a veces serenos; sus posdatas, en una letra más pequeña, cómicas y ocurrentes. En otras se muestra francamente desesperado, y no es descartable en algunas la complicidad del alcohol, elíxir que servirá como pretexto para que en su poema mayor la voz poética suelte la rienda a las imágenes de sus recuerdos. Una de las más divertidas y plenas de alusiones culteranas es escrita a bordo de un tren, el viaje interior defendido como dogma por su generación. Conmueve ver la urgencia

del poeta en los sellos de correo, pues corresponden exactamente a la fecha de escritura de las cartas. Igualmente sorprende la eficacia del correo, pues las cartas llegaban a México en una semana.

En noviembre de 1928 termina la relación epistolar de Owen y su manifiesto amor por Clementina, pero en sus obras posteriores quedan rescoldos de aquel amor. Un día de 1943, Clementina Otero, ya convertida en primera actriz y mientras se desmaquilla para dejar de ser *La Carlota de México* de Miguel N. Lira, recibe en su camerino la sorpresiva visita de Gilberto Owen, el viajero, el náufrago, el autoexiliado. Una cena en el restaurante del hotel Regis los convence de que ambos son otros. Ese 1943, Owen escribe un nuevo poema de amor, bajo el título “Libro de Ruth”. No está inspirado en Clementina, pues se conoce el nombre de la protagonista, pero son idénticos los mecanismos de deslumbramiento, desengaño y partida: “Ya no me vivo en ti. Mi noche es alta y mía”, concluye el texto.

Veinte años después de las cartas a Clementina Otero, Gilberto Owen publica *Sindbad el varado*, su poema mayor, dentro del volumen *Perseo vencido*. De sus múltiples lecturas, admite la de una historia de amor desde su nacimiento, su naufragio, su final y los fragmentos que el enamorado recoge de su estado de gracia. Mediante la lectura entre líneas de su poema y de los rasgos que determinaron su existencia, acaso podamos aproximarnos a ese animal oscuro y luminoso que llamamos amor. “Contigo me voy, mi negra, aunque me cueste morir”, exclama la sinfonola en fonda de barrio, mientras el bebedor tiene frente a su soledad un bosque negro de botellas vacías y se convence de que el amor y la muerte son los dos extremos posibles de su existencia. El amor o la muerte, el amor con la muerte. Tanto en los vales peruanos, aprendidos en su relación con Rosa Alarco, como en su filiación en el bolero mexicano, Owen demuestra la relación de la poesía culta con la canción popular. Su amigo Elías Nandino había escrito los versos de la canción “Usted es la culpable”, resumen de la *donna angelicata* o la *belle dame sans merci*, implacable, glacial y provocadora de nuevos tormentos y nuevas delicias.

El poema de Owen es una relación del viaje de Sindbad a través de los 28 días de un febrero intemporal, en que el desgraciado —el despojado de la gracia amorosa, el caído del cielo— hace la relación de su viaje interior. El destinatario de sus poemas es al mismo tiempo la mujer, la tierra, el amor y la poesía. En esta deliberada confusión reside, acaso, una de las peculiaridades del amor entre nosotros. Amor primitivo y alto, profano y divino, irreverente y místico, en su mestizaje demuestra las contradicciones de nuestra latinidad. Para explicar mejor esta idea, acudo a una estrofa de *La Llorona*:

Si me voy siento una pena,
si me quedo siento dos.
Por no sentir ni una pena,
ni me quedo ni me voy.

Los cuatro versos anteriores son impecables porque en ellos están presentes todos los elementos de la relación amorosa o, al menos, de aquella canonizada por la literatura: la antítesis, la ironía, el paralelismo, la hipérbole. Desde los epigramas de Cayo Valerio Catulo hasta las canciones de José Alfredo Jiménez, el discurso del despecho se articula a partir del convencimiento de que la culpa es del otro, de que el enamorado no es responsable de su estado, sino que la desgracia proviene del otro, pero particularmente de la otra: “Usted es la culpable de todas mis angustias y todos mis pesares”. De igual manera dice Owen en su poema: “Yo, en altamar de cielo, estrenando mi cárcel de jamases y siempres. Yo, mozo de cordel, con mi lamento a tu ventana. Yo, nuevo triste. Yo, nuevo romántico”. Todos podemos o debemos enamorarnos y escribir cartas de amor, con el riesgo de caer en el ridículo. Gilberto Owen hizo algo más: enamorarse y hacer de sus pasiones escritura perdurable.

CONSIDERACIONES ACERCA DE LOS TOPÓNIMOS MUNDIALES EN ESPAÑOL*

Guido GÓMEZ DE SILVA

1. Las Academias de la Lengua española reciben muchas consultas acerca de los nombres en español de varias entidades geográficas del mundo (países, regiones, ciudades, montañas, ríos, islas, etc.), de sus adjetivos gentilicios, de si el nombre de un país lleva artículo, del nombre de los idiomas.

2. Topónimos que se encuentran escritos de varias formas. Algunos nombres están fijados firmemente por la tradición (*Francia* y no *France*, *Alemania* y no *Deutschland*); cuando el uso parece titubear, se pueden seguir algunos principios generales, uno de estos, por ejemplo, es el de no aumentar el número de los exónimos.

3. Exónimos. Un exónimo es el nombre de un lugar cuando es diferente del que se usa en el idioma local, verbigracia, *Sena*, *Londres* son los exónimos españoles del francés *Seine* y del inglés *London*, respectivamente. Estas formas hispanizadas tienen una larga tradición (suficiente arraigo histórico); cuando no la hay, no hay necesidad de crear una forma nueva “para que tenga un aspecto más español”; si se trata de un nombre extranjero, ¿por qué no ha de tener un aspecto extranjero? (para topónimos que se escriben localmente con el alfabeto latino), recomendándose, por ejemplo, que se deje *Djibouti* como en francés y *Canberra* como en inglés (lenguas oficiales locales).

4. Transcripción de otros sistemas de escritura. La recomendación del párrafo 3 no se aplica en el caso de los idiomas que hay que transcribir

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 12 de febrero de 2004.

porque se escriben localmente con un alfabeto que no es el latino (árabe, cirílico, griego, hebreo, nepalés, tai) o con un sistema no alfabético (chino, japonés).

La latinización de ciertos sistemas ha tenido varias soluciones.

Para la latinización del alifato (alfabeto árabe), por ejemplo, los arabistas españoles, así como la RAE, transcriben la quinta consonante con *ġ* (*dj* en francés, *j* en inglés), la séptima con *j* (*kh* en francés e inglés), la decimoctava (laríngea fricativa sonora) con *ǧ* como la cuarta letra de Sancha. La primera consonante árabe se transcribe con *ʿ*, que equivale a la interrupción de la salida del aire durante el habla (por oclusión de la glotis).

En la latinización del alfabeto griego, algunos usan *kh* para la *χ* (*ji*, vigésima segunda letra), otros *j*.

En el caso del alfabeto ruso, se utiliza a veces *j* para transcribir la *х* (otras, *kh*); *zh* para la *Ж* (los franceses emplean *j*).

Los nombres chinos se transcriben generalmente ahora según el sistema *pinyin*, pero se han usado varios otros, más antiguos.

En griego y en japonés, la diferencia entre vocales largas y breves es importante. Algunos marcan las largas con una raya horizontal arriba (griego *makrón*), otros escribiendo dos veces la misma vocal: *Ōsaka* u *Oosaka*.

5. Los varios manuales de estilo que existen en español, y que son en general buenos (ABC, EFE, etc.), titubean en cuanto a la solución de estos problemas, tanto entre ellos (de un manual a otro) como dentro de cada manual (en distintos apéndices). Y usan transcripciones que hacen ver que los autores no oyen diferencias que son importantes para la gente de los idiomas respectivos. Por ejemplo, dicen que la III del ruso (ش del árabe) puede ser *sh* o *ch* o *sch* [los dos primeros no son equivalentes; y el último es erróneo] y que la III del ruso puede ser *cht* o *sht*, ambos erróneos.

6. Gentilicios. En el caso de los topónimos, otras incongruencias se deben a las decisiones que hay que tomar acerca de cuáles son los gentilicios respectivos [*ucranio* o *ucraniano*, *keniano* o *kenyano*].

7. Y otras al uso del artículo con nombres geográficos (por ejemplo: ¿X viajó a Brasil o al Brasil, a China o a la China?)

8. ¿Debe traducirse un término genérico?: *New Hampshire*, *New York*.

9. Antropónimos extranjeros. Hay problemas semejantes a los mencionados de 1 a 5 en el caso de nombres de persona

10. Pronunciación. Lo dicho hasta aquí se refiere a cómo escribir los nombres extranjeros, de lugares y de personas. También encuentran problemas los locutores (en televisión y radio) sobre cómo pronunciarlos. La pronunciación es importante para ellos pues deben articular (emitir sonidos) nombres de personas y de lugares [Georgia, del Cáucaso, pronunciado como si fuese inglés].

La pronunciación es difícil de mostrar por escrito. Se escribe entre diagonales // y es solo aproximada (algunos la llaman simplificada). Muchas veces no se puede indicar (sin introducir signos especiales) con las reglas del español de una manera suficientemente semejante a la original (por ejemplo, el sonido francés de la *j*, como en *jour* (inglés *si* en *vision* portugués en *jantar*) o el sonido inglés de la *j*, como en *job* (italiano *gi* en *giorno*).

Lo mismo para el sonido inicial del inglés *ship* y del francés *chat*.

10. Estos problemas también existen en dirección opuesta: cuando el presidente de la Asamblea General de la ONU era el representante de México, Luis Padilla Nervo (1951-1952), la sección rusa de traducción lo transcribía de una manera que hacía que pronunciaran el apellido paterno /padilya/ (como en España) y no /padiya/ (como en México y casi todo el resto de América).

11. He aquí cuatro listas de nombres de países y territorios (las dificultades son del mismo tipo en otros nombres geográficos):

(a) La tradición coincide con la “regla del alfabeto latino” [véase (3)]:

Andorra, Angola, Argentina, Aruba, Australia, Bahamas, Barbados, Bolivia, Botswana [la *rae* tiene Botsuana], Brasil, Brunei Darussalam [Brunéi Darussalam], Burkina Faso, Burundi, Cabo Verde, Chile, Colombia, Congo (Brazzaville), Congo (Kinshasa), Costa Rica, Cuba, Do-

minica, Ecuador, El Salvador, España, Fiji [la RAE tiene Fiyi], Gambia, Gibraltar, Guam, Guatemala, Guinea Ecuatorial, Guyana, Honduras, Indonesia, Italia, Jamaica, Kiribati, Lesotho [la RAE tiene Lesoto], Liberia, Liechtenstein, Madagascar, Malawi [RAE: Malaui], Malta, Mayotte, México (Méjico), Micronesia, Moldova (nombre antiguo: Moldavia), Montserrat, Namibia, Nauru, Nicaragua, Nigeria, Niue, Palau, Panamá, Paraguay, Perú, Pitcarn, Portugal, Puerto Rico, República Dominicana, Samoa, Seychelles, Suriname (antes Surinam), Togo, Tokelau, Tonga, Tuvalu, Uganda, Uruguay, Vanuatu, Vaticano, Venezuela, Zambia, Zimbabue [RAE: Zimbabue].

(b) Nombres que en el original se escriben con un sistema no latino: Afganistán [Afghanistán], Arabia Saudita [la RAE tiene Arabia Saudí], Argelia, Armenia, Azerbaiyán, Bahrein [Bahréin], Bangladesh, Belarús [nombre antiguo: Bielorrusia], Bhután, Bosnia y Herzegovina [nombre local: Bosna i Hercegovina; Bosnia-Herzegovina], Bulgaria, Camboya, China, Chipre, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Eritrea, Etiopía, Georgia, Grecia, India, Irán, Iraq [Irak], Israel, Japón, Jordania, Kazajstán [Kazakstán], Kirguistán, Kuwait, Líbano, Libia, Macedonia, Maldivas, Marruecos, Mauritania, Mongolia, Myanmar [antes: Birmania], Nepal, Omán, Pakistán [Paquistán], Qatar, República de Corea, República Democrática Popular de Lao [Laos], República Popular Democrática de Corea, Rusia, Sahara Occidental, Serbia y Montenegro, Siria, Sri Lanka (antes: Ceilán), Sudán, Tailandia [Thailandia], Taiwán, Tayikistán, Túnez, Turkmenistán, Ucrania, Uzbekistán, Yemen.

(c) Nombres que, según la “regla del alfabeto latino”, se mantienen en el idioma local oficial [entre corchetes las variantes no recomendadas que se encuentran en español (DRAE, manuales de estilo, periódicos)] Djibouti [Jibuti, Yibuti], Ghana [Gana], Kenya [Kenia], Rwanda [Ruanda].

(d) Nombres de alfabeto latino que tienen tradición firme (suficiente arraigo histórico de cierta hispanización) [entre corchetes la forma en el idioma local]: Albania [Shquipëria], Alemania [Deutschland], Anguila [Anguilla], Antigua y Barbuda [Antigua and Barbuda], Antillas Neerlan-

desas [Nederlandse Antillen], Austria [Österreich], Bélgica [Belgique, Belgié], Belice [Belize], Benin [Bénin, Benín], Bermudas [Bermuda], Camerún [Cameroun, Cameroons], Canadá [Canada], Chad [Tchad], Comoras [Comores], Costa de Marfil [Côte d'Ivoire], Croacia [Hrvatska], Dinamarca [Danmark], Eslovaquia [Slovensko], Eslovenia [Slovenija], Estados Unidos [United States], Estonia [Eesti], Filipinas [Philippines], Finlandia [Suomi], Francia [France], Gabón [Gabon], Granada [Grenada], Groenlandia [Kalaallit Nunaat, Gronland], Guayana Francesa [Guyane française], Guinea [Guinée], Guinea-Bissau [Guiné-Bissau], Haití [Haïti], Hungría [Magyarország], Irlanda [Éire], Isla Christmas [Christmas Island], Isla de Man [Isle of Man], Isla de Wake [Wake Island], Isla Johnston [Johnston Island, Johnston Atoll], Islandia [Ísland], Isla Norfolk [Norfolk Island], Islas Anglonormandas [Channel Islands], Islas Caimán [Cayman Islands], Islas Cocos (Keeling) [Cocos (Keeling) Islands], Islas Cook [Cook Islands], Islas Feroé [Faeroerne, Foroyar], Islas Malvinas (Falkland) [Falkland Islands (Malvinas)], Islas Marianas Septentrionales [Northern Mariana Islands], Islas Marshall [Marshall Islands], Islas Midway [Midway Islands], Islas Salomón [Solomon Islands], Islas Svalbard y Jan Mayen, Islas Turcas y Caicos [Turks and Caicos Islands], Islas Vírgenes Británicas [British Virgin Islands], Islas Vírgenes de los Estados Unidos [United States Virgin Islands], Islas Wallis y Futuna [îles Wallis et Futuna], Letonia o Latvia [Latvija], Lituania [Lietuva], Luxemburgo [Luxembourg, Luxemburg], Malasia [Malaysia], Malí [Mali], Martinica [Martinique], Mauricio [Mauritius], Mónaco [Monaco], Mozambique [Moçambique], Níger [Niger], Noruega [Norge, Noreg], Nueva Caledonia [Nouvelle-Calédonie], Nueva Zelanda o Nueva Zelandia [New Zealand], Países Bajos [Nederland], Papua Nueva Guinea [Papua New Guinea; Papúa Nueva Guinea], Polinesia Francesa [Polynésie française], Polonia [Polska], Reino Unido [United Kingdom], República Centroafricana [République centrafricaine], República Checa [Česká republika], Reunión [Réunion], Rumania [România], Samoa Estadounidense [American Samoa], San Cristóbal y Nieves [Saint Christopher and Nevis], San Pedro y Miquelón [Saint-Pierre-et-Miquelon], Santa

Elena [Saint Helena], Santa Lucía [Saint Lucia], Santo Tomé y Príncipe [Sao Tomé e Príncipe], San Vicente y las Granadinas [Saint Vincent and the Grenadines], Senegal [Sénégal], Sierra Leona [Sierra Leone], Singapur [Singapore, Singapura], Somalia [Soomaaliya], Sudáfrica [South Africa, Suid-Afrika], Suecia [Sverige], Suiza [Schweiz, Suisse, Svizzera], Swazilandia [Swaziland; Suazilandia], Tanzania [Tanzania], Territorio Británico del Océano Índico [British Indian Ocean Territory], Timor Oriental [Timor Leste], Trinidad y Tobago [Trinidad and Tobago], Turquía [Türkiye], Viet Nam [Việt Nam].

12. Algunos otros topónimos [no nombres de países] [la primera forma es la que, por varias razones, se recomienda para el español].

Abidjan [Abiyán], Amberes [Antwerpen, Anvers], Aquisgrán [Aachen, Aix-la-Chapelle], Beijing [Pekín], Cornualles [Cornwall], Gdansk [Danzig], Guangzhou [Cantón], Moscú [Moskva], Nanjing [Nanking, Nankin], Nápoles [Napoli], Nouakchott [Nuakchot], San Peterburgo [ruso: Sankt Petersburg; con *s* intermedia si es la ciudad de los Estados Unidos (Florida): Saint Petersburg], Támesis [Thames], Tbilisi [antes Tiflis], Texas [Texas], Tokio [Tokyo, Tokío].

Adis Abeba [Addis Abeba, Addis Ababa], Atenas [Athínai], Basilea [Bâle, Basel], Baviera [Bayern], Belgrado [Beograd], Belmopán [Belmopan], Berlín [Berlin], Berna [Bern, Berne], Belén [Beth Lehem], Borgoña [Bourgogne], Bretaña [Bretagne], Brujas [Brugge, Bruges], Bruselas [Bruxelles, Brussel], Bucarest [București], Dhaka [antes, Dacca], Jakarta [Yakarta], Lago de Constanza [Boden See], Ljubljana [Liubliana], Ndjamena [Yamena], Nicosía [Nicosia], Ouagadougou [Uagadugú], Reikjavík [Reikiavik], Santafé de Bogotá, Yaoundé [Yaundé].

13. Gentilicios importantes:

Países: keniano [keniata], ruandés, zimbabuo.

De otros topónimos [el DRAE tiene dos congoleño, ña]: alejandrino, algarabío, antuerpiense, arubeño, saudí, etcétera.

14. Nombres de lenguas: ajmárico [amhárico], gujarati, indo [hindi], marathi, sudafricano, etcétera.

UN RÍO ESPAÑOL DE SANGRE ROJA*

Gonzalo CELORIO

UNO

La primera persona en el mundo que me vio fuera del claustro materno fue Urbano Barnés, un afamado médico procedente del exilio español republicano, quien atendió el undécimo parto de mi madre.

El doctor Barnés se había erigido en el ginecólogo por antonomasia de las mujeres españolas que habían llegado a México al término de la Guerra Civil y de las mexicanas con quienes se habían casado aquí muchos refugiados. Se dice que a aquellas que no tenían recursos para pagar la consulta, el médico las atendía sin cobrarles más honorarios que su gratitud.

Mis abuelos paterno y materno habían nacido en España pero habían emigrado al nuevo continente en tiempos muy anteriores a la guerra. Mi padre nació en la ciudad de México; mi madre, en Las Palmas de Gran Canaria, pero vivió su niñez y su primera juventud en La Habana, donde papá la conoció y se casó con ella. Mis padres no eran españoles, pues, sino descendientes de españoles por línea paterna, y no se identificaban necesariamente con el ideario de la República. Antes bien, su catolicismo a ultranza, que los había llevado a adoptar el precepto evangélico de que hay que tener los hijos que Dios nos mande, podría haberlos prevenido de los “rojos”, que habían abjurado de las instituciones conservadoras de España; entre otras, de la Iglesia. Y sin embargo, se beneficiaron, ellos y toda la familia, con la presencia del exilio español. Y es que mi tía Luisa, hermana de mi padre, se había casado con Francisco Barnés —hermano de Urbano y, como él, médico de profesión— poco tiempo después de que llegó a tierras mexicanas en condición de refugiado.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 26 de febrero de 2004.

Esta es la historia: mi abuelo paterno quedó viudo por segunda ocasión cuando las fiebres puerperales segaron la vida de su mujer, que había dado a luz a una frágil y macilenta niña, a la que bautizaron con el nombre de Luisa. Incompetente para asumir por sí solo la responsabilidad que una recién nacida implicaba y abrumado por las atenciones que le demandaban los hijos de su primer matrimonio y las primeras hijas del segundo, acabó por ceder a la insistente solicitud de su mejor amigo. Ricardo del Río había venido de Asturias con mi abuelo a “hacer la América” muchos años atrás, cuando ambos apenas eran unos mozalbetes, y estaba más que dispuesto a adoptar a la niña como hija propia. Y contaba con todos los recursos para hacerlo. Si mi abuelo se había dedicado al negocio del pulque y había podido amasar una considerable fortuna, que a su muerte mis tíos dilapidaron vergonzosamente en un abrir y cerrar de ojos, Ricardo del Río, por su parte, había alcanzado prosperidad en el ramo de la industria textil y había contraído matrimonio con una dama de la alta sociedad porfiriana, cuyo apellido rimaba bucólicamente con el suyo: Laurita del Valle. La pareja no podía tener hijos, así que cuando mi abuelo enviudó vieron la oportunidad providencial de adoptar a la criatura recién nacida que tan tempranamente había quedado huérfana de madre. Recibieron a Luisa con verdadera devoción. La llenaron de mimos y cuidados a lo largo de su infancia, y apenas pudieron contrarrestar los efectos negativos que sus muchos miramientos engendraron en el carácter de suyo arrebatado de la niña con una rigurosa educación francesa que mucho se amoldaba a las convenciones ilustradas de la época. Cuando, décadas después, sobrevino el exilio español, la tía Luisa era una solterona culta, sofisticada, mórbida e insoportable. Su hipocondría, consentida y hasta estimulada involuntariamente por sus padres putativos, había congregado a los más conspicuos médicos de entonces y acabó por convocar al recién llegado Francisco Barnés, cuyo prestigio no habían podido doblegar ni el fracaso de la República ni los campos de concentración ni las penas del destierro. Prueba irrefutable de que don Ricardo y doña Laurita siempre habían tratado a Luisa como a una niña mimada, aun cuando ya era una

mujer madura, es que vieron con muy buenos ojos que la especialidad del médico recién desembarcado en México fuera la pediatría. Tantas y tan frecuentes eran las debilidades de la paciente, que las visitas del doctor se hicieron consuetudinarias y, al cabo de varios meses de minuciosas auscultaciones, el médico descubrió que la verdadera enfermedad de la tía Luisa era el amor y que no había otro remedio que el matrimonio para curar semejante padecimiento. Al poco tiempo se casaron. El exilio español, pues, le dio a mi tía Luisa una salida, por demás afortunada, a su ya inquietante soltería, y a mi familia, la asistencia desinteresada y constante de dos eminentes médicos: Urbano, que atendió los últimos tres partos de mi madre, y Francisco, que se convirtió de un solo golpe en el tío Paco, en nuestro médico de cabecera y en una suerte de guía espiritual laico, que morigeró la religiosidad de la vida cotidiana de mi casa e introdujo cierto aire de modernidad en nuestras costumbres medievales.

El tío Paco trató los sarampiones y las paperas de los chicos, atendió los trastornos femeninos de mis hermanas adolescentes, operó a mi hermano Ricardo de una peritonitis fulminante, al lado de otro insigne cirujano refugiado, don Jacinto Segovia Caballero, que había sido médico en jefe de la plaza de toros de Madrid, y nos aplicó las más diversas medidas de la medicina preventiva: todas las mañanas teníamos que tragarnos en ayunas las abominables cucharadas de aceite de hígado de bacalao que nos recetaba y una tarde memorable erradicó de tajo la causa de nuestros males estomacales. Se presentó en casa desprovisto de su habitual maletín de médico, pero armado de un gigantesco serrucho, y sin decir palabra cortó el tronco de la añosa higuera cuyos frutos solíamos devorar antes de que hubieran madurado.

Si mi nacimiento estuvo presidido por la figura emblemática de Urbano Barnés, mi infancia estuvo protegida por la figura robusta y abierta de mi tío Paco. Uno nos ayudó a nacer; otro nos ayudó a crecer.

Labios delgados, casi inexistentes. Barba cerrada. Entrecejo severo, contrarrestado por una sonrisa blanca y generosa, proclive a la carcajada. Manos velludas, que tomaban el pulso, manipulaban el estetoscopio,

colocaban el termómetro en la boca, aplicaban inyecciones. Un traje color café, ligeramente jaspeado, cuya vejez iba en relación directa con su dignidad. Una corbata de colores pardos y un pisacorbata colocado muy arriba, a la altura del pecho. Así recuerdo a mi tío Paco. De la tía Luisa tengo una imagen estática y posterior a la muerte de quien fue su condescendiente marido. De visita en mi casa, sentada en el sofá principal de la sala con una pierna oculta bajo el cuerpo, cual flamenco. En la boca, pintada de un rojo subido, una boquilla de carey con un humeante y delgadísimo cigarrillo mentolado. Una voz ronca de fumadora empedernida, que pide un vermouth con hielo *frappé*. Sí; un vermouth *rosso* con hielo *frappé* en mi casa, donde nuestro único lujo era tomar, en días especiales, agua de jamaica. Me veo a mí mismo, de muchacho, recibiendo de manos de mi padre la botella de Cinzano que guardaba a muy buen recaudo para ocasiones especiales (como la visita de su hermana) y aporreando unos trozos de hielo envueltos en un trapo de cocina para lograr la consistencia *frappé* que mi tía solicitaba.

No recuerdo haber visto juntos al tío Paco y a la tía Luisa. El matrimonio no funcionó y terminaron por divorciarse. Lo supe mucho después, porque en mi casa la palabra *divorcio* era más fuerte que la frase *guerra civil*. El temperamento caprichoso y las actitudes sofisticadas de la tía han de haber chocado frontalmente con la generosidad y la franqueza del tío, que, al igual que su hermano, daba a los refugiados consultas gratuitas, que después la tía Luisa se encargaba de cobrar a sus espaldas.

Tío Paco murió cuando yo era niño; tía Luisa, muchos años después, en condiciones terriblemente precarias. Acabó sus días en Torreón, Coahuila, adonde fue a enseñar la lengua de Victor Hugo en la Alianza Francesa de la zona lagunera. Murió sola. Deliberadamente sola. Cuando las camareras del hotel en el que se hospedaba descubrieron el cuerpo por un hilo de sangre que corría bajo la puerta del baño de su cuarto, nadie supo a quién darle la noticia de su muerte.

Defender a mi familia de las asechanzas de la enfermedad no fue la misión más importante de mi tío Paco. Fue otra, igualmente saludable

pero de distinta naturaleza: ablandó la férrea disciplina que regía la vida familiar, liberó hasta donde pudo a mis hermanas mayores de su condición de madres rempazantes, solapó sus noviazgos clandestinos, y abrió la puerta a esos conceptos entonces carentes de nombre que con el tiempo reconocí con las palabras *tolerancia* y *libertad* y que siempre asociaré con el exilio español.

Dos

Yolanda, la novia de mi juventud, con quien acabaría por casarme y fundar mi propia familia, era hija de Miguel Morayta, también médico y también exiliado español.

En la casa del Pedregal de San Ángel, donde Yolanda vivía de soltera, pasé muchas tardes de lecturas compartidas, conversaciones amorosas y besos furtivos. Los domingos, el doctor Morayta solía preparar una gigantesca paella. Él mismo iba al mercado de San Juan a comprar el arroz, las judías verdes, las cebollas, los pimientos, los ajos, las alcachofas, las gambas, las almejas, las costillas de cerdo y de conejo, las alas y los muslos de pollo. De regreso, a la voz de “yo os dirijo”, todos los miembros de la familia y de la servidumbre acataban sus instrucciones con incontestable obediencia y desempeñaban las tareas específicas que les eran adjudicadas. Unos lavaban los mariscos y otros picaban la cebolla y cortaban en tiras el pimiento; unos troceaban la carne y la doraban y otros freían el arroz en el aceite de oliva. Él no movía un dedo, a no ser para determinar la cantidad exacta de azafrán —una “trisca”— que habría que utilizarse en la elaboración del platillo, pero indicaba con rigurosa puntualidad el momento preciso de terminar el sofrito de las carnes, de poner el arroz al fuego, de echarle un poco de agua, de añadir las almejas y las gambas. No se ensuciaba las manos, ciertamente, pero sin su dirección la paella no salía. Un domingo en que él no estaba en casa, la familia trató de prepararla tal y como lo hacían cada fin de semana. El resultado fue un desastre: las carnes se doraron de más, los camarones

se endurecieron y el arroz se volvió un bodoque apelmazado e incomible. Lo que más recuerdo era la abundancia de las raciones y la consigna tácita de no dejar en el plato ni un solo grano de arroz azafranado. Las penas de la posguerra —el hambre, sobre todo— se habían resuelto en el aprovechamiento absoluto y total de los privilegios que la vida posterior les deparaba a quienes las habían sufrido. Y sin necesidad de decirlo de manera explícita, cada ala de pollo, cada cigala, cada hoja de alcachofa implicaban el agradecimiento emblemático al país que los había acogido.

En esa casa oí por primera vez a León Felipe. El doctor Morayta puso el disco que el poeta zamorano había grabado para la colección “Voz viva de México” de la Universidad Nacional. Con su adolorida pero potente voz, el autor de *Versos y oraciones de caminante* explicaba por qué hablaba tan alto el español:

Hablamos a grito herido y estamos desentonados *para siempre* porque tres veces, tres veces, tres veces tuvimos que desgañitarnos en la historia hasta desgarrarnos la laringe. La primera fue cuando descubrimos este continente y fue necesario que gritásemos sin ninguna medida: ¡Tierra!... La segunda fue cuando salió por el mundo grotescamente vestido, con una lanza rota y una visera de papel, aquel estrafalario fantasma de la Mancha, lanzando al viento desaforadamente esta palabra olvidada por los hombres: ¡Justicia!... El otro grito es más reciente. Yo estuve en el coro. Aún tengo la voz parda de la ronquera. Fue el que dimos sobre la colina de Madrid, el año 1936, para prevenir a la majada, para soliviantar a los cabreros, para despertar al mundo: ¡Eh! ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo!

El doctor Morayta también había estado en ese coro y también tenía desgarrada la laringe. De su voz recibí mis primeras lecciones de la historia contemporánea de España. La palabra *refugiado*, que yo había oído con todas sus connotaciones de pesadumbre y destierro, cobró de pronto una dignidad heroica en la persona de quien había peleado en el frente de Madrid a favor de la democracia y de la libertad. Y aquellos principios de su juventud habían persistido a lo largo de su vida. Recuerdo vivamente su repudio al autoritarismo de Díaz Ordaz y su solidaridad con el movi-

miento estudiantil de 1968, que estremeció a mi generación. Un domingo, por cierto, antes de sentarnos a comer la paella que se había cocinado bajo su estricta vigilancia, me regaló un ejemplar de la revista *Life* en la que aparecía un artículo dedicado a Julio Cortázar, que ya desde esos años había transformado la vida de quienes entonces sufríamos el estigma de nuestra elemental condición de estudiantes.

Mi orgullo es el que sienten mis hijos por la figura de su abuelo materno, a quien apenas conocieron porque, como una terrible metáfora de aquel desgarramiento de la laringe del que hablaba León Felipe, un cáncer fulminante en la lengua acabó con sus días cuando ellos aún eran muy pequeños. Creo que de él heredaron, sin saberlo, ese raro equilibrio entre la intransigencia y la tolerancia.

TRES

Con su proverbial pronunciación castellana, que no perdió nunca a pesar de que había llegado a México cuando apenas era un muchacho de nueve años de edad, Luis Rius me dio la bienvenida a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue en el año 1967, cuando inicié mis estudios universitarios de Letras Hispánicas. Rius, que a la sazón tenía la responsabilidad de autorizar las asignaturas que los alumnos de nuevo ingreso elegían para cursar el primer semestre de su carrera, aprobó la lista que yo le presenté: Historia de la Cultura Hispánica, Historia de la Lengua en España y América, Introducción a la Literatura Española, Metodología de la Literatura y Composición, Español Superior, Fonética y Fonología, Latín. No había mucho que examinar en esa relación de materias introductorias; sin embargo, Rius la estudió con atención, hizo dos o tres comentarios aquiescentes y finalmente la suscribió. Más que su necesaria aprobación, me importó la inesperada amabilidad con la que me recibía en esa casa cuyo magisterio, sin que yo lo supiera de antemano, provenía en alta medida del exilio español republicano.

Yo no puedo decir que soy egresado de la Universidad Nacional. Nunca he salido de ella desde que empecé, en 1964, mis estudios preparatorios en una escuela incorporada a la UNAM. Nunca he dejado de pertenecerle. No había terminado de ser alumno de la facultad, en el posgrado, cuando empecé a ser profesor en la licenciatura, y en la actividad docente he proseguido a lo largo de toda mi vida. Ocasionalmente he desempeñado algunas tareas que la jerga universitaria califica como académico-administrativas: fui coordinador de Difusión Cultural y director de la propia facultad. A veces, he estado de prestado en otras instituciones hermanas, como el Instituto Nacional de Bellas Artes, El Colegio de México o el Fondo de Cultura Económica. Pero aun en esas circunstancias he perseverado en mis quehaceres académicos. Pues bien: tras esos 40 años de pertenencia a la Universidad, puedo asegurar sin riesgo que una de las mayores riquezas de la institución ha sido la comparecencia cotidiana de los refugiados españoles.

Fui alumno de Arturo Souto Alabarce, que transitaba por los intrincados vericuetos de la literatura española de los Siglos de Oro como si fueran campo abierto, y de Gloria Caballero, que era capaz de meter en dos semestres la historia completa de las literaturas hispánicas. Tomé un curso de Estética Marxista, al que había que presentar un examen de admisión particular, con Adolfo Sánchez Vázquez, y escuché en numerosas conferencias, mesas redondas, exámenes de grado la palabra susurrante de Ramón Xirau. Horacio López Suárez y Federico Patán me admitieron como compañero en algunas comisiones académicas. Trabajé al lado de Federico Álvarez en la redacción de una revista literaria de periodicidad mensual diseñada por Vicente Rojo. Compartí con varios de mis mejores alumnos la devoción que le profesaban a César Rodríguez Chicharro. Y aunque todos estos maestros llegaron niños o muy jóvenes a México y aquí iniciaron o prosiguieron su formación académica, traían en el alma la experiencia cismática de la Guerra Civil y una voluntad, heredada de sus mayores, de corresponder a la hospitalidad mexicana con entrega ejemplar. Algunos de los profesores más notables del exilio no me dieron

clase pero los veía caminar por los pasillos de la facultad, modestos y desembarazados, como si no pesara el enorme prestigio que llevaban auestas: Eduardo Nicol, Wenceslao Roces, José Ignacio Mantecón, Juan Rejano, Carlos Bosch García, Antonio Ortega y Medina, Carlos Sáenz de la Calzada. Muchas veces escuché pronunciar los nombres de otros tantos maestros exiliados a quienes no alcancé a conocer, como Joaquín Xirau, Pedro Bosch Gimpera, José M. Gallegos Rocafull, que habitaron la vieja casa de los Mascarones en la Ribera de San Cosme —antes de que la facultad se trasladara a sus modernas instalaciones de Ciudad Universitaria—, y que forman parte de nuestro más rico patrimonio intelectual.

Luis Rius fue mi profesor de Literatura Castellana Medieval. Años después trabé con él una amistad en el espeso ámbito del tablao flamenco, al que el maestro acudía con devoción de poeta y entendimiento de conocedor y yo solo como aficionado, víctima de una bellísima bailaora que me echó a perder la vida. Pero el recuerdo más vívido que tengo de él es el de su magisterio y, el más íntimo, el de su poesía, feliz y amarga a un tiempo. Como maestro, Rius nos enseñó a disfrutar, gajo a gajo, la lírica tradicional castellana, que leía con gracia insuperable. Todos quedábamos embelesados ante la lectura de un poema de Sem Tob o de Gil Vicente, de unas canciones de amigo o de un romance fronterizo, particularmente sus alumnas, que no podían contener el suspiro ni evitar la interjección y que, al final de la clase, rodeaban al profesor en su escritorio y lo encarcelaban con sus preguntas pretextuales y sus devaneos febriles. Como poeta, él, que había definido el exilio como “una sierpe herida / que se arrastra en la noche congelada / de un invierno sin tierra”, dio cuenta de todos los desarraigos de su corazón:

Ay, mi corazón, tan triste,
tan dulce tu desvarío.
Corazón desarraigado,
sol a la tarde nacido
para correr horizontes
largos de ausencia y olvido.

No puedo imaginarme la Facultad de Filosofía y Letras sin la pronunciación delicada de Luis Rius, que sigue resonando en el alma de quienes tuvimos la fortuna de escucharlo; sin las disquisiciones metafísicas de Eduardo Nicol; sin las traducciones de Wenceslao Roces, que vertió a nuestra lengua las obras capitales de Dilthey, Hegel, Marx, Engels; sin la *Introducción a la Filosofía* de Ramón Xirau; sin la pedagogía de la devastación de César Rodríguez Chicharro, autor de uno de los versos más desolados de la poesía del exilio: “Donde fijo los ojos la voz se vuelve espanto”; sin la discreción de Arturo Souto; sin la persistencia de Adolfo Sánchez Vázquez... Estos maestros nos formaron: nos enseñaron a estudiar, a pensar, a ser nosotros mismos. Nos dieron rigor, pasión por el estudio, amor a la palabra, apertura de pensamiento, capacidad crítica, tolerancia. Si alguien me preguntara quién fue mi maestro, respondería sin titubeos que el exilio español republicano.

CUATRO

Al tiempo que realizaba mis estudios de licenciatura, me incorporé, como ayudante de investigador, al Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. De nueva cuenta, el exilio español se presentaba en mi vida como un ascendiente inexorable. Fundado por Alfonso Reyes como la Casa de España en México para dar cobijo académico a los españoles transterrados, como los llamó José Gaos, El Colegio mantenía ese equilibrio entre la apertura y el rigor, la libertad y la excelencia que lo había definido desde los tiempos de su fundación. No creo que haya un mejor ejemplo de tal espíritu que la figura emblemática del propio José Gaos. Acogido por El Colegio de México cuando renunció a la Universidad Nacional tras la ignominiosa caída del rector Ignacio Chávez, dictó ahí sus lecciones de filosofía. No voy a referir la labor del doctor Gaos en El Colegio, que tan minuciosamente ha encomiado su discípulo Andrés Lira; solo recordaré los últimos minutos de su existencia. Al término del examen de doctorado, cuyo jurado presidía,

del historiador José María Muriá, José Gaos murió. Murió en el mismo salón de actos. Murió en el ejercicio de la inteligencia. Murió en el cumplimiento de sus deberes académicos. Es difícil sustraerse a la emoción que suscita la ejemplaridad de su muerte, digna de una litografía.

En El Colegio de México conocí a Tomás Segovia, que había salido de España al término de la guerra, cuando apenas cumplía los 12 años. Con su indumentaria informal —pantalones de pana, zapatos de gamuza, morral colgado al hombro, en vez de traje, corbata y portafolios—, llegaba todas las mañanas a su cubículo del tercer piso en aquel edificio de la calle de Guanajuato número 125 en la colonia Roma que el temblor del 85 acabó por derrumbar. Poeta de los mayores, ensayista, traductor, Tomás no era un académico ortodoxo. Exento de títulos y grados, su sola presencia recordaba el espíritu originario de la que fue Casa de España en México: el asilo a la discrepancia. Yo estaba adscrito a un proyecto de castellanización de niños indígenas pero lo único que me interesaba en la vida era la literatura. Preparaba entonces mi tesis sobre los postulados teóricos de Alejo Carpentier acerca de “lo real-maravilloso americano” en contraposición a las prácticas del movimiento surrealista, y encontré la más generosa asesoría en Tomás Segovia. Con su voz modulada, de timbre metálico y asordinado, y su perfecta pronunciación francesa, me dio a leer aquellos libros que nadie dudaría en reconocer como clásicos: *Amor y Occidente* de Denis de Rougemont, cuya traducción al español, por cierto, hizo muy tempranamente Ramón Xirau bajo la supervisión de su padre, Joaquín Xirau; *El alma romántica y el sueño* de Albert Beguin y todos los libros de análisis poético de Gaston Bachelard: *El aire y los sueños*, *El agua y los sueños*, *La tierra o la voluntad de reposo*, *Psicoanálisis del fuego*, *Poética del espacio*, *La llama de una vela*, *Laurtreamont*, *La poética de la ensoñación...* —la mayor parte de ellos traducidos al español para el Fondo de Cultura Económica por la poeta exiliada Ernestina de Champourcin—, que fueron escritos antes de que las metodologías literarias presuntamente científicas se pusieran en boga y trataran, como preconizaba el propio Bachelard, de “explicar

la flor por el fertilizante”. Lo que más me gustaba de Tomás era su pasión por la literatura, particularmente por la poesía; su menosprecio a las exacerbaciones académicas; la exaltación de la lectura personal y su absoluta libertad para hablar de lo que se le pegara la gana y como se le pegara la gana, tanto que un curso informal que impartía en la cafetería de El Colegio y al que acudían sus discípulos, que eran más poetas que estudiosos de la literatura, había sido bautizado por él mismo con la frase *De mi ronco pecho*.

A pesar de mi vocación literaria, en El Colegio formaba parte, como ayudante de investigador, de un grupo de lingüistas, pedagogos y antropólogos que trabajaba en la elaboración de un método para la enseñanza del español a hablantes de lenguas indígenas del estado de Oaxaca. Mi trabajo consistía en redactar unos diálogos que debían sujetarse, según la metodología contrastiva de la lingüística aplicada a la enseñanza de segundas lenguas, a las estructuras gramaticales y el léxico que los lingüistas del equipo habían asignado a cada lección. No era precisamente un trabajo de dramaturgia pero no dejaba de ser un reto literario escribir parlamentos verosímiles en los que solo se podían utilizar determinadas palabras y formas sintácticas del español. No relataría aquí esta experiencia si no fuera porque, una vez concluida la obra, me adjudicaron la responsabilidad de su edición, lo que me puso nuevamente en contacto con el exilio español. Tal tarea habría de llevarse a cabo en los talleres de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, que entonces se encontraban en la avenida Doctor Río de la Loza y dejaban ver, por el ventanal que daba a la calle, una gigantesca rotativa que parecía un animal prehistórico. Pues bien: en esa venerable institución que cada año tira millones de ejemplares y los distribuye a lo largo y a lo ancho de toda la república, conocí a Jenaro de la Colina.

Como tantos otros exiliados que se incorporaron a las grandes empresas editoriales del país o que fundaron las suyas propias para enorme beneficio de la cultura mexicana, Jenaro de la Colina era un hombre celoso de su oficio. Lo acompañé durante largas jornadas al lado de su alta mesa

de trabajo, frente a la cual, siempre de pie, formaba las páginas del libro sobre un machote en el que pegaba con engrudo los pedazos de las gale-
ras que iba recortando con sus grandes y precisas tijeras. Era una suerte
de caballero andante de la corrección de estilo que despotricaba contra
los barbarismos que pretendían pasar como inmigrantes del original a
una galera y de ahí saltar ilegalmente a una impresión definitiva. Don
Jenaro tenía la admirable capacidad de detectar a primera vista y desde
lejos los errores de una prueba, digamos el bajo porcentaje del amarillo
o del azul en la selección de color de una lámina impresa a cuatro tintas.
Sobre él, creo que solo tenía ascendencia quien por esos años presidía la
Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos con un rigor muy
parecido al de la admirable prosa de sus libros, Martín Luis Guzmán.
A Jenaro de la Colina le debo mi gusto por las tareas editoriales, desde
los signos de corrección tipográfica hasta el olor a tinta de los pliegos
recién impresos, que se huele con el alma.

Con el tiempo he advertido que son pocas las casas editoriales res-
petables en México en las que no haya tenido una participación determi-
nante el exilio español. Desde las más modestas hasta las más enjundiosas.
Recuerdo al señor Rafael Oliver, que estaba al frente de una compañía
editora de libros de contabilidad y de administración, en la que yo trabajé
durante un par de periodos vacacionales cuando cursaba la secundaria:
dirigía el taller como si fuera una orquesta filarmónica, y desde su ofi-
cina, que era una suerte de podio de cristal, sabía, sin levantar los ojos,
“de oído”, cuál máquina había sufrido algún percance o cuál otra había
suspendido su trabajo, igual que si hubieran fallado los metales o no hu-
bieran entrado las percusiones en un concierto sinfónico. O al señor José
Virgili, de la editorial Oasis, que medía el espacio sideral en cuadratines
y para quien una errata era una cuestión de honor que podía llevarlo a
tirar de nueva cuenta el pliego del libro que se le había encomendado.
Y qué decir de las editoriales del exilio, como Séneca o EDIAPSA, creadas
por José Bergamín y Rafael Giménez Siles respectivamente; Grijalbo,
Costa-Amic y Finesterre, que recibieron el nombre de sus fundadores;

ERA, que escribo con mayúsculas compactas para recordar a sus tres socios primigenios, Neus *Espresate*, Vicente *Rojo* y José *Azorín*, o Joaquín *Mortiz*, establecida por Joaquín Díez-Canedo cuando se separó del Fondo de Cultura Económica, donde trabajó por espacio de 20 años. Y cómo no encomiar la presencia determinante de los exiliados españoles en una institución como el Fondo. Gracias a ellos, esta casa, dedicada en un principio, como su nombre lo indica, a la edición de obras de economía, abrió enormemente el espectro de su catálogo y los libros publicados con su sello trascendieron a todo el orbe de la lengua española, incluida la España franquista: el retorno de las carabelas.

CINCO

De lunes a sábado, pasaba por don Isidoro Enríquez Calleja antes de las seis de la mañana. Todavía no se habían establecido en México husos horarios diferentes según las épocas del año, y por largas temporadas a esas horas aún no amanecía. Iluminado por la luz del sol o por los faroles de la calle, invariablemente me lo encontraba afuera de su casa, en cualquier punto de su caminata por la cuadra, que recorría jugueteando con su paraguas y silbando mientras esperaba el Opel rojo modelo 64 en que yo lo recogía. Vivíamos en la misma colonia: la Romero de Terreros, en Coyoacán. Él en la calle Cerro del Vigilante; yo, quién lo diría, en la esquina de Alfa y Omega —el *onfalos* del universo—. Dábamos clase en el mismo plantel, una escuela vocacional del Instituto Politécnico Nacional llamada “Luis Enrique Erro”. Teníamos el mismo horario: de siete a ocho la primera clase y de nueve a diez la segunda, es decir que ambos descansábamos al mismo tiempo, de ocho a nueve de la mañana. Y, como si no fueran suficientes coincidencias, impartíamos nuestra clase en el mismo salón y ante los mismos alumnos. Sí; se trataba de la misma clase. Esa escuela contaba, por razones o sinrazones burocráticas, con un número de plazas académicas superior al que la matrícula del alumnado requería. La maestra Guadalupe Bueno, directora del plantel, no quiso desaprovechar

tan excepcional canonjía e incorporó a la plantilla a jóvenes profesores para que impartieran su clase junto a los viejos docentes. Al lado suyo, estos recuperarían la jovialidad perdida en la tarima a lo largo de los años, y aquellos aprenderían de sus mayores la experimentada práctica de la docencia. Yo fui uno de esos jóvenes y tuve el privilegio de que el maestro a quien acompañé y del que aprendí cuanto pude de lo mucho que me enseñó, fue Isidoro Enríquez Calleja: pedagogo, literato, maestro de corazón, llegado a México en el *Sinaia*, el barco que en el año de 1939 trajo a las costas de Veracruz al primer grupo multitudinario de refugiados españoles. Yo sabía de él porque era el autor del *Tercer curso de lengua y literatura*, que fue mi libro de texto en la secundaria. No era poca cosa tener a mi lado —vivo, tangible, amigo— al autor del libro donde me topé por primera vez con el Cid Campeador y Gonzalo de Berceo, Alfonso X *el Sabio* y el Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas y los místicos carmelitas san Juan y santa Teresa, y gracias al cual se afianzó mi vocación literaria.

Don Isidoro me dejaba impartir a mí la clase. Él oía sonriente. E interesado, al menos en apariencia. Solo de vez en cuando hacía algún comentario que iluminaba el salón entero y de tarde en tarde asumía la responsabilidad total de la sesión. Con la elegancia y la fluidez de su discurso, sus referencias clásicas, los versos que le asaltaban la memoria, su simpatía y sus ademanes no exentos de pedagógica teatralidad, nos dejaba con la boca abierta a todos los que lo escuchábamos. Era un gran maestro en el aula. Y fuera de ella también. Acaso donde más aprendí de su sabiduría fue en el desayuno. Todos los días, de ocho a nueve, acudíamos a una fonda cercana a la escuela, en la que, además de enseñarme la muy española costumbre de sopear el pan de dulce en el chocolate caliente y espumoso, me hablaba de la Guerra civil y de su literatura. Con la familiaridad que da la cercanía vivida y a veces la causa compartida, don Isidoro le llamaba, para mi asombro, *Federico* a García Lorca y *Ramón* a Gómez de la Serna. Simplemente.

De él heredé el gusto, convertido en vicio con los años, de leer todos los suplementos culturales de los periódicos. Una mañana de domingo

que lo visité en su casa, lo encontré sentado en el luminoso vestíbulo de su biblioteca, hojeando un suplemento cultural. A su lado reposaban todos los diarios que sus ojos ávidos habrían de expurgar para extraer de ellos las secciones dominicales que hablaban de literatura.

Sentí su muerte, ocurrida el 21 de noviembre de 1971, como si hubiera sido la de mi padre, quien había muerto cuando yo era niño. En el sepelio conocí a su hijo José Ramón, con quien me ha unido una amistad fraterna. Años después, cuando se cumplieron 50 años de la llegada del *Sinaia* al puerto de Veracruz, la Universidad Nacional Autónoma de México quiso rendir homenaje al exilio español. Yo era coordinador de Difusión Cultural de nuestra casa de estudios y participé en el comité organizador de la celebración. José Ramón me ofreció entonces el periódico que se editaba diariamente a bordo de esa embarcación y cuyos números completos poseía: los había encontrado en un viejo maletín de su padre, quien, desde aquellos lejanos tiempos, ya tenía la afición por las publicaciones periódicas. Hicimos una edición facsimilar del diario de a bordo.

SEIS

La lectura de *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México* es interesante, dramática, conmovedora. A lo largo de sus 18 números, publicados en mimeógrafo entre el 26 de mayo y el 12 de junio de 1939, mantiene informados a los “expedicionarios” de los acontecimientos del mundo, de México y del propio barco. Se dan a conocer las noticias internacionales del momento, entre las que destaca el proceso de negociación que desembocaría en la alianza de Inglaterra, Francia y la Unión Soviética contra el fascismo. Se proporcionan informaciones diversas sobre la historia, la cultura, la geografía y el arte mexicanos. Se exponen, número a número, las ideas de Lázaro Cárdenas, extraídas de sus propios discursos políticos, a propósito del trabajo, la reforma agraria, la economía, la educación, las razas indígenas, las mujeres en

México y se exalta su figura abierta y generosa en un artículo firmado con las siglas A. S. V., que deben de corresponder al joven Adolfo Sánchez Vázquez. Se publican artículos sobre la Revolución mexicana y el problema del petróleo, apenas expropiado entonces. Se invita a las actividades académicas, artísticas y de entretenimiento que se organizan a bordo, como conferencias sobre la geografía, la historia, la economía, el arte, la literatura de México; conciertos, recitales de poesía, fiestas, verbenas, exposiciones de dibujos; concursos de poesía, de caricatura y hasta de chotís. Se informa de la localización del barco en la travesía y del estado del tiempo. Se convoca a reuniones de carácter gremial o profesional (médicos, agricultores, ingenieros, arquitectos, maestros, periodistas, escritores, artistas, obreros y técnicos de la construcción, militares profesionales, funcionarios públicos, de banca y de empresa privada). Se publican pequeñas semblanzas de exiliados anónimos —mineros, labradores, zapateros— que participaron heroicamente en la lucha. Se dan las noticias de lo que sucede en el trayecto, como el nacimiento de una niña a quien se le pone por segundo nombre *Sinaia* o el reencuentro amoroso de una pareja, que, después de tres meses de separación, tiene que aplazar su más íntima anagnórisis hasta llegar a México porque él y ella viajan en camarotes diferentes. Se hacen recomendaciones prácticas, como ahorrar agua o mantener limpios los cuartos de aseo, y se reprueban ciertas actitudes irresponsables de algunos pasajeros, como llevarse los enseres de los comedores a los camarotes, armar en las colas tertulias y discusiones que interrumpen la circulación, ocupar un sitio en la pista sin bailar o llevar niños pequeños a los conciertos.

Los 1 800 refugiados del *Sinaia* no fueron, en rigor, los primeros españoles republicanos que llegaron a México, pues antes que ellos habían desembarcado en Veracruz 327 intelectuales —entre los que figuraban los poetas Juan José Domenchina y su esposa, Ernestina de Champourcin—, que habían viajado a bordo del *Flandre*. Fueron, sin embargo, los más representativos de la acusada heterogeneidad republicana. En el *Sinaia* viajaban labriegos, artesanos, mineros, militares de todas las jerar-

quías, ingenieros, músicos como el maestro Rafael Oropesa —director de la Banda Madrid, fundada en el 36 en el Quinto Regimiento, que amenizaba las noches de la travesía—, escritores como Antonio Sosa-ya, Benjamín Jarnés, Pedro Garfias, Juan Rejano, filósofos como Adolfo Sánchez Vázquez, pintores como Ramón Gaya, profesores de primera enseñanza como mi querido maestro Isidoro Enríquez Calleja.

De la lectura del *Diario* se infiere la vida que lleva a bordo esta suerte de República trashumante. Desde luego, se trata de una vida pasajera, como pasajeros son quienes la viven durante la veintena de días que lleva la travesía, pero en ella se reproduce virtualmente, a la manera del cuento “Autopista del sur” de Julio Cortázar, la vida “sedentaria”: en el *Sinaia* cobra realidad y triunfa, aunque sea provisionalmente, la República. A los pasajeros los unen ciertamente el dolor de la derrota, el ánimo antifascista, la voluntad del regreso victorioso, pero también los separan sus diferencias políticas, sus luchas partidistas internas y por supuesto las clases sociales que se establecen o se restablecen a bordo. En el barco hay camarotes y comedores de primera, de segunda y de tercera, y si a sus “plazas” y “calles” se les nombra con la nomenclatura urbana de Madrid —*La Gran Vía*, la *Calle de Alcalá*—, a la zona de primera clase se le conoce con el elitista nombre de *Barrio de Salamanca*. Hay de todo en el barco: quienes pasean en pijama de babor a estribor y quienes construyen “chabolas” para protegerse del sol en la cubierta; quienes dedican su tiempo a la educación de los niños o arreglan la ropa de los refugiados y quienes se la pasan escupiendo en la cubierta o echando cáscaras de fruta o cascotes de botellas de cerveza por la borda; quienes, sumergidos en sus camarotes, pergeñan poemas o preparan la conferencia que habrán de dictar al día siguiente y quienes se hacen acreedores a la exhortación publicada en el periódico, que dice: “No discutir, razonar. No vociferar, aconsejar”.

Como suele suceder, lo más significativo del *Diario* son sus páginas editoriales, en las que se fortalece el espíritu de la causa: “¡Que los españoles que van a México no olviden nunca que en España quedan

centenas de millares de hermanos en las cárceles, millones de españoles oprimidos y una patria entera que reconquistar!"; se manifiesta la gratitud a México y a su primer mandatario: "En México nos aguardan un régimen progresivo, unas instituciones populares que garantizan a los republicanos españoles, desde el mismo momento de su llegada, un trato de ciudadanos libres. ¡Seamos dignos de esta ayuda generosa de México, apoyando la política democrática del presidente Cárdenas!"; se establecen diferencias enfáticas entre los republicanos y los *gachupines*: "Nuestra guerra consiguió borrar en el ánimo del pueblo mexicano el odio engendrado por los explotadores de la conquista y que abarcaba, como regla general, a los españoles residentes después en aquellas tierras, en buena parte de los casos aventureros desaprensivos, sedientos de plata ensangrentada", y, finalmente, se exhorta a la unidad por encima de las diferencias: "No podemos de ninguna manera llevar a México nuestras antiguas luchas políticas o sindicales. Lo que haya quedado sin aclarar lo esclareceremos en España en el momento oportuno. En la república hermana, no. Allí todos somos de una sola condición: antifascistas".

En el *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México* nace la literatura del exilio, que habrá de prolongarse por muchas décadas entonces imprevistas y habrá de trascender las generaciones. En el último número, la víspera del desembarco en el puerto de Veracruz, el poeta Pedro Garfias publica su poema "Entre España y México", en el que se truecan los papeles históricos del conquistador y el conquistado, y cuyos últimos versos, dedicados a México, dicen:

como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

SIETE

Al cumplirse los 50 años del desembarco en tierras mexicanas del *Sinaia*, la Universidad Nacional Autónoma de México, por iniciativa del rector José Sarukhán, organizó un magno homenaje al exilio español que tantos talentos sumó a la institución. No se trató de que los exiliados de la primera o la segunda generación se reunieran entre sí, como lo habían hecho en ocasiones anteriores, para relatar sus propias historias y agradecer a la Universidad la cálida acogida que les había prodigado. No; ellos deberían ser el objeto y no el sujeto del homenaje. Quienes integramos la comisión organizadora de la conmemoración nos dimos a la tarea de hacer un registro de los más conspicuos profesores, investigadores, artistas, difusores de la cultura provenientes del exilio que habían desarrollado su actividad académica en la Universidad. De ahí, rastreamos a sus discípulos sobresalientes para que fueran ellos quienes les tributaran, a nombre de la institución, su reconocimiento. Para nuestro asombro, no hubo área de la Universidad en que no hubiera habido un exiliado prominente que ejerciera su magisterio con la trascendencia que implica ser reconocido por sus alumnos como el maestro decisivo en su propia formación: la filosofía, la historia, la pedagogía, la literatura, la geografía, la lingüística, la bibliotecología, la antropología, el derecho, las ciencias sociales, la economía, la medicina, la biología, la química, las neurociencias, la física, las matemáticas, la ingeniería, la arquitectura, la música, la pintura, la radiodifusión, el diseño gráfico, la cinematografía... Creo que hasta entonces la Universidad no se había percatado de la impronta que en su conjunto habían dejado los académicos del exilio español republicano. Sin ellos, la Universidad no sería lo que es.

La Filmoteca de la UNAM, que custodia el mayor acervo cinematográfico de América Latina, transfiere cotidianamente en sus laboratorios, por razones de preservación, los negativos de nitrato de plata a materiales de alta seguridad, los cuales, al ser revelados, permiten la recuperación del metal argentino original. En ocasión del homenaje

al exilio español, con la plata extraída de varias películas de la época de oro del cine nacional, entre las que hay que contar los filmes mexicanos de Luis Buñuel, Carlos Velo y Jomí García Ascot, se acuñó una medalla conmemorativa, cuya inscripción dice: “NOSTRIS MAGISTRIS HISPANIS EX EXSILIO PROVENIENTIBVS”. A qué explicar su carga simbólica si la medalla brilla por sí misma con la felicidad y el resplandor propios de la imagen poética.

A finales del año 2000, la Universidad me concedió una comisión temporal para hacerme cargo del Fondo de Cultura Económica. De esta importante editorial, fundada en 1934 por Daniel Cosío Villegas, nació poco tiempo después La Casa de España en México, que en 1940 habría de cambiar su nombre por el de El Colegio de México. Presidida por Alfonso Reyes, esta institución acogió a los ilustres académicos provenientes del exilio español republicano, que le dieron fundamento y consistencia. El Fondo de Cultura Económica, por su parte, también se benefició de esta presencia. Había sido creado con el inicial propósito de ofrecer a los estudiantes universitarios de la Escuela Nacional de Economía, surgida de la Facultad de Derecho de la UNAM en 1933, los textos más relevantes de la disciplina, a la sazón inexistentes en nuestra lengua. Con la llegada de los intelectuales españoles a partir de 1939, entre los que destacan los nombres de Enrique Díez-Canedo, Wenceslao Roces, Joaquín Xirau, Agustín Millares Carlo, el Fondo fue abriendo su catálogo a otras áreas del conocimiento y con el tiempo se convirtió en la editorial más importante de lengua española en el campo de las humanidades y de las ciencias sociales. En alta medida gracias a la colaboración de estos notables exiliados, se tradujeron y vieron la luz obras de antropología, ciencia política, sociología, historia, filosofía, lingüística, literatura, psicología y se impulsaron las grandes colecciones que todavía siguen vivas en nuestros días, como Biblioteca Americana, Breviarios, Tierra Firme. Para cada área y colección se contó con la participación de los más destacados eruditos nacidos o avecindados en México: Silvio

Zavala, Eduardo García Máynez, Alfonso Caso, Erich Fromm, Raimundo Lida, Pedro Henríquez Ureña. A esta lista hay que añadir los ilustres nombres de los transterrados españoles José Gaos y Francisco Giner de los Ríos Morales.

Amén de la publicación de muchísimas obras escritas por los refugiados, que sería prolijo enumerar, al Fondo —y a la editorial Salvat— se debe la edición del libro *El exilio español en México. 1939-1982*, que da cuenta de las incontables aportaciones que este transtierro hizo al desarrollo de la ciencia, el arte, el derecho, la educación, las comunicaciones en nuestro país.

No deja de ser interesante que el logotipo del Fondo de Cultura Económica, que no ha perdido su modernidad a lo largo de las décadas, haya sido diseñado por el exiliado español José Moreno Villa, pintor, poeta, crítico e historiador del arte, quien, por cierto, supo describir de manera luminosa y admirable fenómenos primordiales de la cultura mexicana.

En ese logotipo, las generaciones de estudiantes de América Latina de la segunda mitad del siglo XX reconocen con gratitud la casa editorial en la que se formaron. Yo agregaría que una de las pocas ventanas que España tuvo abierta durante los largos años del franquismo fue precisamente la del Fondo de Cultura Económica, que permitió que los cada vez más delgados hilos que la unían con el exilio no acabaran de romperse.

CODA

Desde mi nacimiento hasta ahora, el exilio español republicano ha estado presente en mi vida y en buena medida la ha modelado, definido e impulsado. Pero mi gratitud no se agota en el reconocimiento a su constante e inexorable presencia en mi vida familiar, académica o laboral, sino que trasciende al ámbito de la formación más íntima, la que tiene que ver con los afectos y con los valores. No puedo bendecir de la maldita Guerra Civil sino la amistad entrañable de Vicente Rojo y nuestra añorada Albita, las temerarias aventuras de Santiago Genovés, la gene-

rosidad quijotesca de Eulalio Ferrer, el poema *Lázaro* de Luis Cernuda, las levitaciones de Remedios Varo, los barroquismos de Gerardo Deniz, los dibujos eróticos de Elvira Gascón, la abnegación cinematográfica de Prudencia Grifell, la Bernarda Alba de Ofelia Guilmain, las traducciones impecables de Agustí Bartra, la perfección literaria de Max Aub y la belleza de su hija Elena, la voz de Augusto Benedico, la prosa de Angelina Muñiz, la entereza y la solidaridad implacables de Adelaida Catsamijana de Sarukhán, la libérrima fidelidad de Mercedes Oteyza, la bonhomía de Fernando Serrano Migallón, la amistad de Tere Miaja, el sonrojo de Hada Williams, la fuerza y la delicadeza de María Luisa Capella, la mirada dulce y confiable de Cecilia Elío de Noriega, la finura de Anamari Gomís, el tesón de Josu Landa, la belleza digna y perenne de Águeda Mata Torres, la inteligencia y las lágrimas desgobernadas de Rosa Seco, a quien dedico estas páginas.

¿Cómo habrá vivido la España franquista sin ellos? No me lo puedo imaginar siquiera. Tal vez no pudo vivir.

BIOÉTICA Y RAZA*

Ruy PÉREZ TAMAYO

I

Si el título de esta presentación se tomara en forma literal, sería en verdad muy breve, porque hasta donde yo entiendo, la bioética no tiene nada que ver con la raza. Pero para justificar mi presencia en este foro, y en señal de agradecimiento al doctor Salvador Armendares, quien tuvo la gentileza de invitarme a participar, voy a tratar de explicar la proposición negativa que acabo de hacer. Primero voy a examinar el contenido del término *raza*, desde varios puntos de vista; después voy a referirme al término *bioética* repasando los distintos significados con que se usa, y al final voy a tratar de sintetizar mi conclusión ya anunciada, de la ausencia de conexión entre los dos conceptos.

El concepto de ‘raza’ no tiene sentido más que como sinónimo de ‘especie’, como cuando se habla de la raza o de la especie humana. Si por *especie* se entiende al grupo poblacional que es capaz de cruzarse entre sí, entonces no hay más que una sola raza humana. Naturalmente, todos los miembros de esta raza (excepto los gemelos monocigóticos) somos diferentes genéticamente hablando, y estas diferencias genéticas, junto con un amplio repertorio de factores ambientales, culturales y sociales resultan en parte en diferencias fenotípicas (presentes hasta en los gemelos monocigóticos). Las variaciones geográficas que se observan en los seres humanos no son suficientes para dividir a *Homo sapiens* en unidades de desarrollo evolutivo diferente, lo que además también se ha demostrado en muchas otras especies de seres vivos. En el caso del hombre, cuando se toman en cuenta varias características, como el color de la piel,

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 11 de marzo de 2004.

la estatura, los distintos índices craneofaciales, la forma de la nariz, la frecuencia de los genes que controlan los grupos sanguíneos, o cualquier otro grupo de los muchos índices que se han usado con este propósito, y se examina su distribución geográfica en conjunto, lo que se observa es que cambian en forma independiente entre sí, dando un patrón de variación discordante, en lugar de que se modifiquen en forma de grupo, con un patrón concordante.¹ La única forma como se ha logrado distinguir, desde cinco hasta 30 “razas” humanas, es usando uno o cuando más dos caracteres (como el color de la piel y el tipo de cabello), pero cuando se consignan otras características fenotípicas diferentes y aisladas se obtienen otros tipos de “razas”. Desde el punto de vista de la biología moderna, tanto evolucionista como funcional o genética, el concepto de raza solo es sostenible como sinónimo de especie, y sabemos que *Homo sapiens* es una sola especie.

II

Y, sin embargo, el concepto de raza persiste en las diferentes sociedades, a veces en forma abierta y hasta vociferante, como con la locura nazi de la “raza aria” y el antisemitismo, en el *apartheid* de Sudáfrica, en los genocidios de Rwanda y de Kosovo, en búsqueda de la “limpieza racial”, o como ocurre todavía hoy en algunos países como los Estados Unidos, donde el gobierno federal emite leyes para evitar las manifestaciones más abiertas del tratamiento diferente a las minorías con “bases raciales” (la llamada “acción afirmativa”), o bien de manera oculta en muchos otros países, en los que los bajos sueldos y las ocupaciones menos atractivas se reservan a los miembros de otras “razas”, como en Israel, donde los judíos sefarditas son de segunda mientras los ashkenazies son de primera, o hasta en México, en donde las distintas etnias siguen esperando el reconocimiento de su derecho a existir en condiciones de igualdad en una

¹ P. R. Ehrlich, *Human Natures. Genes, Cultures, and the Human Prospect*, Nueva York, Penguin Books, 2000, pp. 49-53.

sociedad plural. Hay algo que ha hecho al ser humano, a lo largo de toda su historia y hasta el día de hoy, aferrarse a la idea de que existen diferencias intrínsecas entre distintos grupos humanos, y que estas diferencias determinan que unos sean “superiores” a otros. Naturalmente, los que siempre han resultado “superiores” han sido los que poseen el poder y los medios para dominar y someter a los “inferiores”, sobre todo cuando ha habido encuentros entre culturas distintas. En el mundo occidental, Europa desarrolló su organización política, su tecnología y sus ejércitos antes que África, la India, América y Australia, lo que resultó en que fueron los europeos los que llegaron a los nuevos continentes, los conquistaron y los dominaron.² La “explicación” que dieron los conquistadores a su éxito (muchas veces logrado con fuerzas mucho menores que las de los vencidos, como en el caso de México, del Perú y de la India), es que ellos eran “civilizados” mientras que los conquistados y esclavizados eran unos “salvajes”. Recuérdese la discusión entre Sepúlveda y Las Casas, sobre si los indios mexicanos tenían o no alma; desde luego, los encomenderos decían que no, porque eso justificaba que trataran a los indios como animales. ¿Qué hubiera pasado si en lugar de que Cortés llegara a México y Pizarro al Perú, Moctezuma hubiera llegado a Madrid y Atahualpa a Salamanca, cada uno con 100 000 guerreros, transportados a través del Atlántico por sus veloces naves y armados con sus mortíferas flechas envenenadas, sus mazatláhuatls de filosa obsidiana y sus pumas domesticados pero hambrientos? El escenario hubiera sido muy distinto: Madrid y Salamanca en llamas, Carlos V escondido en algún monasterio en Alemania, el mariscal del Ejército español rindiendo su espada a Cuauhtémoc y diciéndole: “Toma esta espada y mátame”, y Atahualpa secuestrando al gobernador y al arzobispo de Salamanca y, después de cobrar el rescate, ahorcándolos juntos. Los conquistadores hubieran denominado a sus respectivos nuevos territorios Nueva Tenochtitlán y Nuevo Perú, y seguramente algún alto sacerdote mexica

² J. Diamond, *Guns, Germs, and Steel. The Fates of Human Societies*, Nueva York, W. W. Norton, 1999, pp. 67-81.

habría discutido con algún fraile franciscano sobreviviente si los españoles eran animales o humanos. Los códices que hubieran registrado tales acontecimientos habrían señalado que a partir de esa conquista numerosos prisioneros españoles fueron sacrificados para ofrecer sus corazones todavía palpitantes al dios Sol, para asegurar que siguiera saliendo todos los días. También habrían relatado cómo se destruyeron sistemáticamente todas las iglesias católicas, y sus piedras se usaron para construir hermosas pirámides y templos mexicas, y cómo grandes grupos de españoles adoptaron el culto a Tezcatlipoca, a Tláloc, a Huitzilopochtli y a todos los otros dioses, que son los únicos y verdaderos. Habría un códice (seguramente conservado en Viena) detallando la transformación del culto pagano a la Virgen María, favorita entre los salvajes españoles, en las hermosas ceremonias, danzas y ofrendas a Tonantzin, la verdadera madre de todos los hombres.

En esta fábula, los “superiores” son los indios, que se ven a sí mismos como portadores de la razón y de la verdad, pero que en el fondo solo son los más fuertes y, por eso, los vencedores en la contienda por el poder, que representa no solo la autoridad sino también, y de manera especialmente importante, la voz. Los “inferiores” son los españoles, porque perdieron la guerra y se les escapó el poder, con lo que dejaron de ser sujetos autónomos y racionales, pero sobre todo ya no tuvieron prioridad para ser escuchados, para insistir en su derecho a su existencia independiente.

III

Voy a usar un ejemplo, poco común y quizá inesperado, para ilustrar el principio que me interesa subrayar aquí, y es que biológicamente el concepto de raza está vacío, no quiere decir nada y por tanto debería abandonarse, pero que se ha intentado llenar con diferentes contenidos que tienen muy poco o nada que ver con su verdadero significado biológico actual. Me refiero al lema de nuestra Universidad Nacional Autónoma

de México, el bien conocido “Por mi raza hablará el espíritu”, que José Vasconcelos le impuso a mediados de 1920, cuando diseñó el escudo que hoy todavía ostenta nuestra UNAM. No es necesario hacer conjeturas respecto a lo que Vasconcelos quiso decir con la frase señalada, porque él mismo lo explicó con toda claridad en un discurso pronunciado en 1953, ante la Confederación Nacional de Estudiantes, del que voy a citar varios párrafos.³ El discurso empieza diciendo:

El hallazgo de un lema que complementara el nuevo escudo de la Universidad Nacional de México me resultó indispensable para formular el propósito y la orientación de la Universidad que se lanzaba al destino por el impulso de la Revolución. Me tocó rescatar nuestro primer instituto tradicional de enseñanza de manos de la barbarie carrancista que por decretos de fuerza se había apoderado de la escuela de Barreda, combatida por nosotros; sin embargo, muy superior a lo que estaba siendo deshecho[...]. Resultaba urgente salvar las esencias de nuestra propia cultura, librándonos de aquella mediocridad sin cohesión y sin médula, y para hacerlo era necesario integrar una nueva ideología. Mediante ella se evitaría, de paso, el peligro de recaer en las doctrinas políticas del porfirismo que la propia Revolución había combatido desde la claridad maderista, a saber: la evolución spenceriana, el cientifismo de Justo Sierra y el materialismo de Comte.

En relación con la palabra *raza*, dice Vasconcelos:

Por mi Raza Hablará el Espíritu: es decir, deberemos ser algo que signifique en el mundo. Y, en primer lugar, dije *raza* porque la tengo, la tenemos. Nuestra raza, por la sangre, ya se sabe, es doble, pero solo en México, en el Perú, en el Ecuador es donde hay indios. En el resto de América nuestra raza es una mezcla de base latina, española e italiana, que no excluye una sola de las variedades del hombre: ni el negro de Brasil ni el chino de las costas peruanas. Una raza compuesta que lo será más aun en el futuro.

De allí la tesis de la raza cósmica, que implícitamente está contenida en el escudo y que hoy anuncian historiadores como Toynbee, como fatal conglomeración humana en todo el planeta. Pero por lo pronto hay que comenzar

³ J. Sarabia Viejo (ed.), *José Vasconcelos*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989, pp. 107-111.

recordando que somos latinos. Dentro de lo latino nos impelen hacia delante los gérmenes de las máspreciadas civilizaciones, el alma helénica y el milagro judeocristiano, el derecho de la Roma pagana y la obra civilizadora y religiosa de la Roma católica.

Está bien claro que la raza vasconceliana es la raza cósmica o, como la llama él en su libro del mismo nombre, la quinta raza; las otras cuatro son la latina (españoles y portugueses), la sajona (principalmente ingleses), la negra (africana) y la indígena. Vasconcelos postulaba que en el futuro los pueblos latinos de América se unirían en uno solo que se convertiría en una gran potencia, habitada por la quinta raza, la iberoamericana. La idea de Vasconcelos era puramente cultural;⁴ sus referencias biológicas son metafóricas, como es obvio en el párrafo siguiente:

Para acercarnos a ese propósito sublime es preciso ir creando, como si diéramos, el tejido celular que ha de servir de carne y sostén a la nueva aparición biológica. Y, a fin de crear ese tejido proteico, maleable, profundo, etéreo y esencial, será menester que la raza iberoamericana se penetre de su misión y la abraze con misticismo.

En relación con los mecanismos por los que se llevaría a cabo el surgimiento de la raza iberoamericana, Vasconcelos tiene una idea peculiar, expresada de la manera siguiente:

la obra de fusión de las razas se va a verificar en el continente iberoamericano, conforme a una ley derivada del goce de las funciones más altas. Las leyes de la emoción, de la belleza y de la alegría regirán la elección de parejas, con un resultado infinitamente superior al de esa eugénica fundada en la razón científica, que nunca mira más que la porción menos importante del suceso amoroso. Por encima de la eugénica científica prevalecerá la eugénica misteriosa del gusto estético. Donde manda la pasión iluminada no es menester ningún correctivo. Los muy feos no procrearán, no desearán procrear, ¿qué importa entonces que todas las razas se mezclen si la fealdad no

⁴ J. Vasconcelos, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Argentina y Brasil*, México, Espasa-Calpe Mexicana, 1994 (1ª ed., 1948), pp. 13-53.

encontrará cuna? La pobreza, la educación defectuosa, la escasez de tipos bellos, la miseria que vuelve a la gente fea, todas estas calamidades desaparecerán del estado social futuro. Se verá entonces repugnante, parecerá un crimen el hecho hoy cotidiano de que una pareja mediocre se ufane de haber multiplicado miseria. El matrimonio dejará de ser consuelo de desventuras, que no hay por qué perpetuar, y se convertirá en una obra de arte.

Obviamente, Vasconcelos no se consideraba feo, y además con estas ideas no sorprende que haya sido partidario de Franco y defensor del nazismo.

Eso respecto a la raza, pero en relación con el espíritu, Vasconcelos fue todavía más claro:

Había que comenzar dando a la escuela el aliento superior que le había mutilado el laicismo, así fuese necesario para ello burlar la ley misma. Esta nos vedaba toda referencia a lo que, sin embargo, es la cuna y la meta de toda cultura: la reflexión acerca del hombre y su destino ante Dios. Era indispensable introducir en el alma de la enseñanza el concepto de religión, que es conocimiento obligado de todo pensamiento cabal y grande. Lo que entonces hice equivale a una estratagema. Usé la vaga palabra *espíritu*, que en el lema significa la presencia de Dios, cuyo nombre nos prohíbe mencionar, dentro del mundo oficial, la Reforma protestante que todavía no ha sido posible desenraizar de las Constituciones del 57 y del 17. Yo sé que no hay otro espíritu válido que el Espíritu Santo, pero la palabra *santo* es otro de los términos vedados por el léxico oficial del mexicano.

De manera que si no hubiera sido por la Constitución, el lema de la UNAM sería hoy: “Por mi raza cósmica hablará el Espíritu Santo”. Que no sea así es otra cosa más que debemos agradecerle a nuestra Constitución.

IV

¿Qué significa para Vasconcelos el término *raza*? Creo que la mayor parte de las veces que lo usa lo que quiere decir es “cultura”, pero ese no es su significado habitual. El DRAE dice: “Casta o calidad del origen o

linaje. Cada uno de los grupos en que se subdividen algunas especies biológicas y cuyos caracteres diferenciales se perpetúan por herencia...” y otras cosas más. En efecto, cuando decimos “es de buena raza” con referencia a un animal, por ejemplo, un caballo o un perro, usamos la primera acepción señalada por el DRAE, y lo mismo hacen los racistas cuando hablan de razas “superiores o inferiores” en relación con el ser humano, o sea que se trata de un juicio de valor. Pero la segunda acepción es de carácter biológico y señala que las razas son grupos dentro de una especie que se distinguen por ciertas características, no culturales sino genéticas, porque son hereditarias. ¿Existen diferentes razas humanas? Siguiendo al DRAE, es obvio que sí, y para convencerse no hay nada mejor que ir a China y al África y confirmar lo que ya sabíamos, que los chinos, los africanos y los mexicanos somos muy diferentes. Pero no en todo, hay muchas cosas que compartimos y nos hacen miembros de la misma especie, pero hay otras pocas en que de plano somos bien distintos. A estas características biológicas (no culturales) diferentes, como el color de la piel, el tipo de pelo, los rasgos faciales, la estatura y la complexión física, a través de la historia los científicos han agregado otras más y han generado diferentes clasificaciones de las “razas” humanas. La primera que yo aprendí como niño es quizá la más conocida, que distinguía cinco tipos: el blanco o caucásico, el amarillo u oriental, el negro o africano, el rojo o americano, y el indígena o mesoamericano. Así lo señala la enciclopedia de mi infancia, el *Tesoro de la Juventud*, que obviamente reconocía como criterio principal el color de la piel, pero cuyos editores no habían sabido muy bien qué hacer con los mestizos y nos clasificaron no por nuestro color sino por la parte no caucásica de nuestra estirpe. En la *Enciclopedia Británica*, una de las enciclopedias de mi edad adulta (editada en 1959), el apartado “Las razas de la humanidad” señala que históricamente se han usado dos técnicas distintas para estudiar las variedades de la especie humana, una basada en mediciones del cráneo y la otra en características superficiales del sujeto vivo, como el color de la piel y del pelo. Las distintas mediciones del cráneo apenas

ocupan dos breves párrafos, mientras las cuatro páginas siguientes (un espacio enorme para cualquier enciclopedia) se dedican a la estatura de los sujetos, a la forma de su nariz y, sorprendentemente, a los diferentes tipos de pelo (recto, chino o mixto), que se examinan con extensión y detalles enciclopédicos. Sin embargo, y a pesar del título del apartado, no hay en este libro ningún intento de explicación de los hechos descritos, o sea, sobre el origen de las diferencias entre las supuestamente distintas razas de la humanidad.

En el texto actual de biología que se lleva en el tercer año de la educación primaria de nuestro país, el concepto de raza se expresa como sigue: “tipos diferentes de seres humanos, con distinta distribución geográfica, que difieren en color de la piel, tipo de cabello, estatura corporal y otras características físicas”. En mi biblioteca tengo más de media docena de libros en cuyo título se menciona “la raza” y que tratan, cada uno de ellos, de los temas más diferentes: por ejemplo, *La antigüedad de las razas humanas* es un texto de antropología histórica que no habla de las razas sino del origen africano del hombre; *El origen de las razas del hombre* es un cuadernillo que los Testigos de Jehová dejaron en mi casa, y que reitera en forma infantil partes del Génesis; *Raza y conducta* me lo obsequió un profesor de psicología costarricense y en el prólogo dice que va a explicar las diferentes conductas humanas como características raciales (eso fue todo lo que leí); *La Raza: A Sociological Approach* es un estudio de una comunidad de chicanos en Chicago por una socióloga norteamericana, que no habla de la raza en sentido biológico; *Die Rasse Probleme: Juden und Arien*, del doctor Hermann Wolf, editado en 1939 en Múnich, lo compré en una librería de libros viejos en Berlín, a la que entré atraído por un volumen de principios de siglo con grabados sobre Venecia; Wolf era profesor de deutsche Genetik en la Universidad de Kiel, y el libro no tiene nada de genética pero en cambio es la mejor colección de estupideces racistas que he leído (tampoco lo pude terminar de leer).

Voy a terminar esta parte de mi presentación con un par de citas del libro *The Third Chimpanzee. The Evolution and Future of the Human Animal*, de Jared Diamond. Están tomadas del capítulo 6, titulado “La selección sexual y el origen de las razas humanas”,⁵ en que el autor intenta explicar la emergencia de las diferencias fenotípicas entre los habitantes de distintas partes del mundo. Diamond compara nativos de Suecia, Nigeria y Japón, para ilustrar que sí somos diferentes, y señala:

Tales diferencias geográficas entre los humanos han fascinado desde antaño a viajeros, antropólogos, fanáticos y políticos, así como al resto de nosotros. Como los científicos han descubierto muchos problemas arcanos acerca de especies poco importantes y oscuras, se hubiera esperado que ya hubieran resuelto una de las preguntas más obvias sobre nosotros: “¿Por qué las gentes de distintos sitios se ven diferentes?” Nuestra comprensión de cómo los seres humanos se diferenciaron de otros animales permanecería incompleta si no incluyera también cómo, al mismo tiempo, las poblaciones humanas adquirieron sus características más visiblemente distintas unas de otras.

Después de comentar que Darwin no se refirió a este problema en su famoso libro *El origen de las especies*, publicado en 1859, y que se esperó 12 años para publicar otro libro (¡de 898 páginas!) en el que atribuye las diferencias entre distintas poblaciones humanas a las preferencias sexuales, al mismo tiempo que descarta cualquier participación de la selección natural, Diamond dice:

la selección natural seguramente explica *algunas* variaciones geográficas en los humanos. Muchos negros africanos pero ningún sueco tienen el gen de la hemoglobina S, porque el gen protege en contra del paludismo, una enfermedad tropical que de otra manera mataría a miles de africanos. Otras características fenotípicas que seguramente se deben a la selección natural son los amplios tórax de los indígenas de los Andes (buenos para extraer el oxígeno del aire rarificado de las altitudes), la anatomía compacta de los esquimales (buena para conservar el calor), la silueta delgada de los sudaneses (buena para perder calor), y la apertura palpebral estrecha de los asiáticos

⁵ Nueva York, Harper Collins Publ., 1992, pp. 110-121.

del norte (buena para proteger los ojos contra el frío y el brillo del sol en la nieve). Todos estos ejemplos son fáciles de comprender.

Pero en cambio, Diamond rechaza que el color de la piel, y mucho menos el del pelo y el de los ojos, tengan algo que ver con la selección natural, sino que más bien son consecuencia de la llamada selección sexual, que es como la llamó Darwin. La observación básica fue que muchas características animales no poseen un valor de supervivencia obvio pero en cambio desempeñan un papel en la reproducción, ya sea atrayendo a individuos del sexo opuesto o intimidando a un posible rival del mismo sexo. Por ejemplo, si un león de melena negra atrae más leonas que un león de melena café, a la larga dejará más descendientes y por tanto prevalecerán sus genes y sus caracteres fenotípicos, no por selección natural sino por selección sexual.

En resumen, pues, existen diferencias fenotípicas entre distintos tipos humanos, con cierta tendencia a observarse en diversas regiones geográficas, cuyo origen se considera debido en parte a la selección natural y en parte a la selección sexual: los primeros favorecen la supervivencia del grupo que los posee en un medio determinado, los segundos favorecen una mayor contribución del grupo que los posee a la descendencia de la raza o especie.

V

En esta segunda parte de mi presentación voy a tomar el término *bioética*. Como todos sabemos, la palabra fue inventada en 1971 por Van Raensselaer Potter,⁶ un bioquímico que trabajaba en problemas de cáncer hepático experimental. Potter estaba impresionado por la forma agresiva y destructora con que el hombre trata a todo lo que le rodea, incluyendo no solo a otros hombres sino a todos los seres vivos, sean animales o

⁶ V. R. Potter, *Bioethics. Bridge to the Future*, Nueva York, Prentice Hall, 1971.

vegetales, en su afán de dominarlos y aprovecharlos en su beneficio inmediato o a muy corto plazo.

Potter estaba convencido de que este era un comportamiento no solo miope y a la larga contraproducente, sino que además era éticamente malo. Buscando un término que expresara la necesidad pragmática de calificar éticamente las acciones humanas relevantes a todo el mundo biológico, inventó la palabra *bioética*. En su sentido original, predica la clasificación de tales acciones de acuerdo con la polaridad bueno-malo, pero tuvo el cuidado de señalar que su referencia no era a una ética absoluta o kantiana, sino más bien pragmática. Potter subrayaba que todo comportamiento que se considerara bioéticamente malo era también, a la corta o a la larga, negativo desde los puntos de vista económico y social, y que esto era lo único importante.

Es obvio que la bioética original de Potter no tiene nada que ver con la bioquímica del cáncer hepático experimental, pero sí con el carácter y la postura filosófica de su inventor: Potter era cuáquero, y cualquiera que esté familiarizado con esta secta religiosa protestante sabrá de la profundidad y de la irreversibilidad de sus creencias. Potter señalaba que para alcanzar una bioética útil eran necesarios dos ingredientes: conocimientos biológicos y valores humanos, y el mecanismo sería usar esta información científica para establecer políticas que promovieran el bienestar social, y propuso un “Credo bioético para individuos”, que consta de cinco proposiciones expresadas en forma de creencias, seguidas cada una de un compromiso formal de comportamiento de acuerdo con la creencia enunciada. Para no abusar de su paciencia, citaré solo las dos primeras, lo que espero ilustre el tenor de todas ellas. La primera dice:

Creencia. Acepto la necesidad de acciones inmediatas para aliviar la crisis actual del mundo.

Compromiso. Trabajaré con otros para mejorar la formulación de mis creencias, para desarrollar credos adicionales y para unirme en un movimiento mundial que hará posible la sobrevivencia y el mejor desarrollo de la especie humana en armonía con su ambiente natural.

Creencia. Acepto el hecho de que el desarrollo y el futuro de la humanidad, tanto cultural como biológico, está fuertemente condicionado por las acciones y los proyectos actuales del hombre.

Compromiso. Trataré de vivir mi propia vida e influir en las vidas de otros en forma de promover la evolución de un mundo mejor para las futuras generaciones de la humanidad, y trataré de evitar acciones que pudieran interferir con este futuro.

Cuando el término *bioética* empezó a usarse como sinónimo de *ética médica*, Potter escribió todo un libro⁷ para combatir esta restricción a su sentido original (al que aparentemente solo yo le hice caso), y cuando los ecólogos lo adoptaron para referirse a la conservación de todo el ambiente (incluyendo no solo lo biológico sino también lo geológico, como aire, ríos, minerales, recursos energéticos fósiles, paisaje, etc.), Potter se dio por vencido y ya no protestó, aunque vivió hasta septiembre de 2001. En México el término *bioética* está de moda para referirse a lo que antes se llamaba *ética médica*, y su uso original y más amplio es casi desconocido: hay una Comisión Nacional de Bioética, que depende de la Secretaría de Salud, y es su vocero oficial en asuntos de ética médica, hay una Academia Mexicana de Bioética (la mitad de sus miembros son curas) y ya existe una licenciatura en Bioética (en la Universidad Anáhuac); se han publicado ya varios libros sobre ética médica con el nombre de *bioética*, todos menos uno⁸ de carácter religioso, lo que me estimuló a escribir otro con el título *Ética médica laica*,⁹ que es redundante porque la existencia de su antítesis no es concebible en un Estado laico y plural, por lo menos dentro de la Constitución vigente en el país.

El término *bioética* no apareció en el DRAE sino hasta 1992, definido como: “Disciplina científica que estudia los aspectos éticos de la medicina y la biología en general, así como de las relaciones del hombre con los restantes seres vivos”. La definición es importante porque señala que

⁷ V. R. Potter, *Global Bioethics*, East Lansing, Michigan State University Press, 1988.

⁸ A. Kraus y A.R. Cabral, *La bioética*, México, Conaculta, 1999.

⁹ R. Pérez Tamayo, *Ética médica laica*, México, El Colegio Nacional/FCE, 2002.

la bioética incluye a la ética médica pero que la rebasa, porque también se refiere a todos los seres vivos (no nada más al ser humano) y porque no es nada más conservar la salud y curar, o aliviar, cuando no se puede curar, y evitar las muertes prematuras e innecesarias, sino también, y fundamentalmente, respetar a todo lo vivo que existe y promover su conservación en equilibrio natural.

Para visualizar estos usos diferentes del término *bioética* basta comparar el contenido de dos libros que pretenden ser de texto sobre el tema, uno escrito en 1978 y el otro en el año 2000, los dos por profesores de Bioética, uno en la Universidad de Illinois, en los Estados Unidos, y el otro en la Universidad de Monterrey, en México. El primer libro se llama *Bioethics. A Textbook of Issues*,¹⁰ y se divide en tres partes, a saber: 1) Textos preliminares, en los que se hace una discusión general de la ética y la biología de la evolución, así como de algunos conceptos de ética como valores, toma de decisiones, teorías y aplicaciones (63 páginas); 2) Problemas médicos, que incluye ingeniería genética, DNA recombinante, biología reproductiva, eutanasia, experimentos en seres humanos, control de la conducta y salud pública (276 páginas); y 3) Problemas no médicos, que analiza las obligaciones con las generaciones futuras, la crisis ecológica, la ética de la naturaleza, la explosión demográfica y la ciencia y la sociedad (108 páginas). En cambio, el segundo libro se titula *Bioética. La toma de decisiones en situaciones difíciles*,¹¹ y en él la bioética se define varias veces, a saber:

es la unión de la ética y la deontología en la profesión médica, o sea en el terreno asistencial o de la salud, y se encuentra plasmada en códigos, declaraciones y juramentos, en los cuales se manifiesta la idea de tratar la enfermedad y al enfermo como elementos básicos para el ejercicio de la profesión médica;

también se define como “aquella parte de la filosofía moral que considera lo lícito de los actos relacionados con la vida del hombre y particular-

¹⁰ G. H. Kieffer, *Bioethics: a Textbook of Issues*, Reading, Addison-Wesley, 1979.

¹¹ R. Garza Garza, *Bioética. La toma de decisiones en situaciones difíciles*, México, Trillas, 2000.

mente de aquellos actos asociados con la práctica y el desarrollo de las ciencias médicas y biológicas”, y en otro lugar en la misma página (p. 16) señala:

En la actualidad se ha acuñado el término de *bioética* para hablar de la ética de la vida humana; por tanto, la ética médica queda encuadrada en el marco dimensional de la bioética, y todos los temas que este programa cubra están relacionados entre sí y forman parte de esta nueva ciencia o tratado que nace como tal en 1971.

El contenido del libro se centra en problemas de reproducción sexual y aborto, de manipulación genética, de eutanasia, de trasplantes de tejidos y de experimentación en seres humanos; en sus 345 páginas el autor no se sale en ninguna de ellas de problemas exclusivamente médicos, y en su postura filosófica se percibe una fuerte influencia religiosa católica.

En resumen, en la actualidad el término *bioética* quiere decir diferentes cosas para diferentes autores; en realidad, es la piel de oveja con la que se disfrazan los mismos lobos de siempre, las mismas posturas filosóficas que a través de la historia han contendido por la hegemonía de la moral, que son la racionalidad basada en la objetividad empírica y el idealismo fundado en la visión trascendental.

VI

De manera que *bioética* y *raza*, que en principio parecen ser términos sencillos que definen conceptos claros, en realidad son palabras ambiguas de significado tan indefinido como variable, lo que hace que cualquier proposición que pretenda conectarlos, en la forma que sea, estará destinada a la contradicción, a la confusión y/o a la irrelevancia. Para librarse de tal suerte, si alguien tuviera la temeridad de aceptar dar una plática sobre “bioética y raza”, lo primero que debería hacer sería, a la manera socrática, definir sus términos. Y al darse cuenta de que esto no es posible en escasos 40 minutos, debería declararse incompetente.

A PROPÓSITO DE LA JUSTICIA, LA LITERATURA Y EL DERECHO*

Jaime LABASTIDA

De entre las múltiples vinculaciones entre el derecho y la literatura, hoy abordaré apenas la que se refiere al problema de la justicia. Es evidente que, en sus inicios, cuanto se conoce ahora como *derecho* se expresó de manera oral: tradición arraigada con fuerza. Añadiré que el lejano origen del derecho tal vez se encuentre en aquello que cubre la voz polinesia *tabú*, o sea, la prohibición. No solo un objeto llega a ser *tabú*; un hombre puede serlo también, en tanto que este concepto equivale al término latino *sacerdos*: quien hace sagrado al animal o al hombre que mata: el sacerdote que realiza el sacrificio está autorizado a matar, y por esa razón se aleja del contacto con el resto de los humanos. El *sacerdos* lleva en sus hombros el estigma de la muerte: nadie puede tocarlo.

Sin embargo, el derecho, como funciona hoy en la sociedad occidental moderna, es un vástago de la palabra escrita: es un texto, digo, el texto de la ley. Visto desde este ángulo, el derecho es, en sí mismo, una forma que asume la letra (o que asume la escritura, ya que la palabra *literatura* viene de *letra* y la única letra posible es, sin duda, la escrita). No quiero abundar en estos hechos triviales, sino tratar una de las vinculaciones entre derecho y literatura, la justicia.

Voy a acudir a tres casos, que pertenecen a tres sociedades distintas. En los tres casos que examinaré se expresan tres maneras diferentes de asumir el asunto de la justicia. Intentaré mostrar que, desde un punto

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 22 de abril de 2004.

de vista estructural, al menos dos de los tres casos aluden al mismo principio: el necesario castigo del exceso o de la soberbia.

El primero de estos casos se inscribe en la órbita de la cultura helena: es la tragedia de Edipo y de su hija Antígona, que ha de situarse en el marco de la maldición que corroe a la familia de Layo, padre de Edipo y esposo de Yocasta. El caso se inscribe en la órbita de una cultura mítica, ya que ignoramos si Edipo fue o no el βασιλεύς de Tebas, si tuvo o no una existencia histórica.

El segundo caso al parecer sí puede ubicarse en un contexto histórico y hasta ser datado: pertenece al conjunto de los romances de Mio Cid y, por lo tanto, puede inscribirse en la historia medieval del reino de Castilla.

El tercero de los casos pertenece por entero a la ficción literaria, y es producto de la fértil imaginación de William Shakespeare: hablo de las tragedias de *Macbeth* y de *Hamlet*. Haré un comentario, marginal si se quiere, a *El mercader de Venecia*.

Examinemos las tragedias de *Edipo* y *Antígona*. Tratemos de reconstruir los hechos que dan origen a las tragedias, todos ellos con una carga mítica fuerte. Al enfrentarse en una de las puertas de Tebas, los dos hermanos de Antígona, hijos de Edipo y de Yocasta, o sea, Eteocles y Polinices, se matan. Uno, el menor, Eteocles, ha defendido a la ciudad; el otro, el mayor, Polinices, ha llevado desde Argos siete cuerpos de ejército y ha puesto sitio a las murallas de Tebas. Rechazado el asalto, muertos ambos hermanos, el cargo de βασιλεύς recae en Creonte, hermano de Yocasta y tío de los dos desdichados. Este ordena dar sepultura, con honores, a Eteocles, en tanto prohíbe otorgar las honras fúnebres a Polinices: es un traidor a la ley de la ciudad. En ese contexto crece la tragedia de Antígona.

Cabe recordar que la joven ha sido prometida en matrimonio a su primo Hemón, hijo de Creonte. ¿Qué hace Antígona cuando conoce el decreto de su tío? Desobedece la orden y esparce solo un poco de tierra sobre el cadáver insepulto de su hermano. Abriga la intención de en-

terrorarlo después. Pide ayuda a su hermana Ismene, y esta, llena de temor, la niega. Como todo mundo sabe, la tragedia de Edipo viene de lejos: Layo, su padre, corrompió a Crisipo, hijo de Pélope, de quien había recibido hospitalidad. Pélope lanzó en su contra una maldición: ha de morir sin descendencia o, si engendra un hijo, este lo ha de matar. He aquí la historia: Edipo, al nacer, es arrojado por sus padres al monte Citerón, pero el pastor se apiada del niño y lo entrega a otro pastor, que sirve en casa de Mérope, la esposa de Pólipo, el βασιλεύς de Corinto. A Edipo, el oráculo le anuncia que será el esposo de su madre y el asesino de su padre. El oráculo de Apolo le provoca horror y, para burlarlo, se aleja de Corinto, pues cree que Pólipo es su padre y Mérope su madre. En un cruce de caminos, encuentra a un desconocido, que lo increpa; es Layo, su padre, al que mata. Luego, Edipo resuelve el enigma de la Esfinge y, como recompensa, el pueblo de Tebas lo casa con la viuda de Layo, su madre, Yocasta, y lo hace βασιλεύς. Años más tarde, la peste asuela Tebas: un crimen que no ha tenido castigo ha vuelto impura a toda la ciudad. Es necesario encontrar al culpable y castigarlo. Edipo hace función de juez, indaga y halla al culpable.

Lo que sufre Antígona se inscribe en el marco de todos los crímenes antes cometidos por su abuelo y su padre. Antígona es, de acuerdo con la bella y certera expresión de Hegel, “la más celeste criatura que jamás haya pisado la tierra”. Porque Antígona, a costa de su vida, desobedece la orden impía de Creonte y cumple con la ley superior, inscrita en su corazón. He de destacar que la cadena de crímenes y castigos no termina con la muerte de Antígona, que se suicida, ahorcándose en la cueva donde la ha recluido Creonte. Adelanto una conclusión: todos los actos de los gobernantes tienen carácter ambiguo; todo hecho jurídico asume un aspecto bifronte: resuelve un problema a costa de generar otro.

Creonte quiere proteger a la ciudad con la ley. Quien ataque a Tebas merece castigo; bien, de acuerdo. Es el caso, empero, que Eteocles ha desterrado a su hermano Polinices de la ciudad y le ha impedido ocupar el cargo que él usurpa ahora: ambos hermanos se debían suceder, en el

cargo de βασιλεύς, de modo alterno, un año cada uno: Eteocles ha roto este pacto y ha violado por lo mismo las normas. Ha cometido un pecado de exceso, de soberbia, lo que los helenos denominan ὑβρις: ha ultrajado, con violencia y arrogancia, el derecho de su hermano. Este, a su vez, ha pecado también por el exceso: desea recuperar el cargo por medio de la violencia y, para restaurar la justicia (δίκη), comete otra injusticia (ἀδικία).

¿Qué hace Creonte, por su lado? Tiene razón, debe rendir las honras fúnebres a quien combatió por la ciudad. Pero está obligado a moderarse, a conocerse a sí mismo, a no excederse. Si rebasa la medida, será castigado. Como gobernante, debe cuidar la ciudad y rendir homenaje a quien ha muerto por ella, cierto; empero, eso no le concede el derecho de ultrajar el cadáver de Polinices (el mismo exceso del que se hace culpable Aquiles cuando, ya muerto Héctor, arrastra su cadáver ante las murallas de Troya, pero Afrodita habrá de conservar, día y noche, en su bella y joven plenitud, el cuerpo lacerado del héroe troyano). En la conciencia de los helenos, el acto de ultrajar un cadáver, dejarlo como pasto de perros y de buitres (a los que Homero llama *tumbas aladas*), es un pecado que los dioses no pueden perdonar: Creonte ha de ser también castigado: Hemón, su hijo, se matará al lado de Antígona y lo mismo hará su esposa.

¿Qué vemos aquí, pues, en la tragedia escrita por Sófocles? Lo que está en juego es la justicia, δίκη, la norma que rige más allá de los límites estrechos de la familia y que abarca el orbe entero de la ciudad. Quienes cometen excesos son los fuertes, los guerreros; pocas ocasiones los agricultores o los pastores; bastantes veces los que ejercen la función suprema en la sociedad, el gobierno. Estos excesos llevan, en sí mismos, un carácter dual y son, en sí mismos, ambiguos. Véase lo que dice una leyenda nórdica, por medio de la cual Georges Dumézil recuerda *el destino del guerrero*, se trate de Indra o de Heracles; aquí se habla de Starkadr. El dios Porr anuncia que el héroe no tendrá hijos (en esto guarda una estrecha semejanza con el oráculo dictado contra Layo). El dios Odinn replica: vivirá tres vidas de hombre. A su vez, Porr anuncia que en cada una de sus vidas cometerá un acto malvado. Odinn corrige: siempre tendrá

las mejores armas y las mejores ropas. Porr dice: no podrá poseer nunca una tierra. Odinn dice que ha de tener la victoria en todos los combates. Porr, en cambio: recibirá una herida grave en cada uno de esos combates. Odinn: tendrá el don de la poesía. Porr entonces enuncia el aspecto oscuro de este destino: olvidará toda la poesía que componga. Odinn determina que será placentero a los grandes. Porr concluye: pero lo odia-
rá la gente menuda. En pocos textos se puede ver con tanta claridad el carácter bifronte de los actos del fuerte, cómo todo acto de gobierno implica la fuerza y adquiere un doble aspecto. Para moderar al fuerte, se establece un límite. En la Edad Mítica, el límite lo marcaban los dioses y la costumbre; en la Edad Religiosa, Dios; en la Edad Científica, el límite recibe nombre de ley. Creonte puede tener razón. Empero, la orden ha violado una norma antigua, no escrita: se debe respetar al vencido. El cadáver del que ha muerto en combate no debe ser ultrajado, sino que ha de extenderse sobre su cuerpo (ya mero *σῶμα*, sin vida) un manto de piedad. Antígona cumple una ley superior a la ley de la ciudad. En este sentido, Creonte no debe ultrajar el cadáver del triste Polinices ni decretar la muerte de Antígona. Por violar la norma y cometer el pecado de exceso, de *ὑβρις*, los dioses lo castigan.

La tragedia griega, tal como ha llegado hasta nosotros, pone en acción un tenso, mejor, un intenso problema jurídico. Su materia y sus personajes, el espacio donde se desarrolla es el mundo mítico y heroico de Homero y Hesíodo. La ciudad es Tebas y los héroes son los aqueos que incendiaron Troya. Pero la materia prima de los poemas épicos es convertida por los poetas trágicos en lo inverso de lo que exaltaron Homero y Hesíodo. Un héroe como Aquiles, que reclama para sí el honor de que lo despoja Agamenón, que está más allá de toda norma en tanto que lleva su valentía a un extremo, puede ser admirado por Homero, pero es el sujeto que, en el nuevo espacio de la *πόλις*, la Atenas del siglo V, rebasa el límite. En este nuevo espacio de la *πόλις*, los actos de los soberanos adquieren un aspecto inédito y se ponen en duda. “En el nuevo marco del juego trágico —afirma Jean-Pierre Vernant— el héroe ha dejado de ser

un modelo; se ha convertido, para él mismo y para los demás, en un problema.” Cuanto en los poetas épicos tenía carácter glorioso, en el poeta trágico se vuelve algo incierto. “La verdadera materia de la tragedia es el ideario social propio de la ciudad... el pensamiento jurídico en pleno trabajo de elaboración”, añade Vernant. Así, no es en modo alguno casual que surja un verdadero vocabulario técnico y legal en el marco de la tragedia ática. Nacía el derecho en sentido estricto, que interrogaba y establecía los protocolos de la verdad; la autoridad, ¿en qué se apoya? ¿Qué la sostiene? ¿La fuerza? ¿El así llamado *derecho del más fuerte*? *ζκράτος*, la fuerza bruta? *ξβία*, la violencia? ¿En dónde está la justicia, *Δίκη*? La ciudad estaba en efervescencia y los antiguos valores míticos y religiosos se habían carcomido por dentro. La *πόλις* edifica un espacio de relación en el que el hombre se vuelve igual a los demás; se anula el antiguo vínculo jerárquico y la relación consanguínea se mantiene solo en el nivel religioso y en el ritual. *Δίκη*, una forma de justicia, entra en oposición con otra forma de *Δίκη*, y la noción de *ζκράτος* designa tanto la autoridad legítima, el dominio jurídicamente válido, cuanto la fuerza bruta, la violencia que rompe la norma y mina el derecho y la justicia. He aquí el humus de que se alimenta la tragedia griega, esos textos nacidos en un breve espacio de tiempo, en la Atenas del siglo V a.C. A la *ὑβρις* del tirano se opone la *σωφροσύνη* del sabio: a la soberbia, el límite, la medida. “Nada en demasía”; “Conócete a ti mismo”: el crimen de Edipo pone en acto el extremo de impureza que puede alcanzar el ser humano: un hombre que mata a su padre, que engendra hijos en su madre; que es, a un tiempo, el padre y el hermano de sus hijos y confunde, por lo tanto, las generaciones.

Pero Creonte es, a su vez, otro hombre impuro, el tirano que usa la violencia y comete el crimen de soberbia, de *ὑβρις*, en tanto que ultraja el cadáver del vencido. Lo decisivo es advertir que, en la tragedia ática, la falta, que antes tenía un carácter religioso, ahora aparece bajo la óptica del delito, de la transgresión a la ley o a las normas de la ciudad. Surge el derecho, en sentido estricto: ahora el tribunal no hará una ordalía ni se apoyará en el ritual religioso, sino que *indagará*, como se hace en *lógica*,

y establecerá los protocolos de *verdad*, confrontará los *hechos* y los testimonios de los testigos para dictar un *juicio* y emitir una *sentencia*. Todas estas nociones, propias del derecho y la filosofía, impregnan a la tragedia ática.

Veamos lo que ocurre en otro texto literario, el romancero del Cid. Muerto Fernando de Castilla, el reino se divide entre sus hijos. Sancho, el mayor, no acepta el reparto. Pone cerco a Zamora, en donde está doña Urraca, su hermana. Por la noche, un traidor, el zamorano Vellido Dolfos, asesina al rey Sancho. Los castellanos, al modo de los helenos, estiman que la mancha ha caído sobre toda la ciudad de Zamora. Para lavar la afrenta, para reparar la justicia, se ha de realizar una ordalía, un juicio de Dios. Estamos en el orbe del derecho bárbaro, gótico, germánico. Por el contrario, en el derecho romano, el concepto de *iustitia* viene de *ius* (cuyo verbo es *iuro*): la voz cuyo campo semántico cubre ahora la palabra *derecho*, *ley*. En el orbe germánico no existe nada semejante: la palabra misma dice todo: *derecho*, *recto* (en alemán: *recht*; en inglés: *right*), la vara de la justicia, que es recta, derecha. En el orbe latino, existe el teatro de la justicia; un acto de sinceridad, el foro interno; de allí que se deba *jurar*: *ius*, *iustitia*, *iuro*: lo esencial de la justicia es pronunciar la sentencia por una autoridad. *Iuris-dictio*: dicta la sentencia el que posee autoridad para hacerlo (en los nahuas, el supremo sacerdote es el *tlahtoani*, el que habla con poder, con autoridad).

En el mundo latino, los protocolos de la justicia son de orden racional: se hace una investigación; se establece un juicio, se da una sentencia (palabras que pertenecen también al mundo de la razón y de la lógica, y no por casualidad). En cambio, en el orbe germánico la justicia viene directamente de un juicio de Dios. ¿Cómo saber si los zamoranos son culpables de la acusación que pesa sobre ellos? ¿Hay acaso una indagación, como la que realiza Edipo? En ambos casos existe el *fuero interno*; de allí ese verbo fuerte, de raigambre religiosa, *iuro*: el que es objeto de una indagación se compromete a no mentir y establece un compromiso moral con un juez superior (en el caso, Dios). En el romancero del Cid

no sucede tal cosa. He aquí el reto que hace Diego Ordóñez (Romance 17, según versión de Ramón Menéndez Pidal en su *Flor nueva de romances viejos*): “¡Yo os reto, los zamoranos, / por traidores fementidos! / Reto a mancebos y viejos, / reto a mujeres y niños, / reto también a los muertos, / y a los que aún no son nacidos, / reto la tierra que moran, / reto yerbas, panes, vino, / desde las hojas del monte / hasta las piedras del río, / pues fuisteis en la traición del alevoso Vellido”. El reto asume carácter cósmico. No solo son culpables los zamoranos: la ciudad entera lo es; su comida, su agua, hasta los muertos y los niños por nacer. La respuesta la da Arias Gonzalo: sus cuatro hijos y él lucharán en contra de Diego Ordóñez. Se traza el campo donde se realizará el combate. Ordóñez vence a tres de los hijos de Arias Gonzalo; pero el cuarto, herido de muerte, a pesar de que cae del caballo, alcanza a herir, no al jinete, sí a su cabalgadura: el caballo herido arrastra, fuera del campo, al castellano Ordóñez: queda así, dueño del campo, el hijo de Arias Gonzalo, pese a que está muerto. El vivo, el castellano, ha salido del campo; el muerto es dueño de él: no hay ni vencedores ni vencidos: Zamora se salva del delito de traición. ¿Hay aquí algún elemento de justicia? ¿Hay el sentido del derecho racional, latino? ¿Hay protocolos jurídicos que lleven, por medio del juicio y la razón, a una sentencia justa? No; es lo opuesto a lo que llamamos derecho en el mundo occidental.

Pero el asesinato del rey Sancho tiene un desenlace. Alfonso, su hermano, ha de ocupar el trono. Surge la sospecha, pues el que se beneficia de la muerte del rey, ¿ha tenido parte en el asesinato de este? ¿Cómo averiguarlo? Crece el rumor, y Rodrigo Díaz de Vivar, Mio Cid Campeador, le da voz a la sospecha. El Cid no hace una indagatoria judicial. Le bastará cumplir con un ritual, el juramento ante Dios, en una pequeña iglesia. “En Santa Gadea de Burgos, / do juran los hijosdalgo, / allí toma juramento / el Cid al rey castellano, / sobre un cerrojo de hierro / y una ballesta de palo.” Se advierte, por supuesto, la insolencia de Mio Cid. En el interior de aquella iglesia están Dios, la Virgen; hay testigos solemnes; pero el Cid despoja de toda posible grandeza a este juramento. No existe

texto sagrado ni documento sacro (la Biblia, pongamos), sobre el cual el caballero castellano haga jurar al rey. Aclaro que el juramento, tal y como lo plasma el romancero, se da en este espacio extraño del imaginario popular, pues el Cid carece de autoridad legal para tomar las juras al rey. Debe ser un hombre de Iglesia quien lo haga. Por lo mismo, el texto es sintomático: pone en acto la actitud insolente del noble, el hijodalgo, y del pueblo, depositario de la soberanía. Esos nobles eran pares del rey y le advertían, al entronizarlo: “Nos, que somos igual a Vos, y juntos, más que Vos”. Así, en el Cid cobra cuerpo el rumor al tomar la jura al rey: “Villanos te maten, rey, / villanos, que non hidalgos; / abarcas traigan calzadas, / que no zapatos con lazo; / traigan capas aguaderas, / no capuces ni tabardos; / ... cabalguen en sendas burras, / que no en mulas ni en caballos; ... / mátenle por las aradas, / no en camino ni en poblado; / con cuchillos cachicuernos, / no con puñales dorados; / sáquente el corazón vivo, / por el derecho costado, / si no dices la verdad / de lo que te es preguntado: / si tú fuiste o consentiste / en la muerte de tu hermano”. La insolencia del Cid tiene precio. El rey se niega a hacer la jura, pero el romance no aclara si esa negativa se debe a que se sabe culpable. El texto dice solo que “las juras eran tan fuertes / que el rey no las ha otorgado”.

¿Qué pasa, entonces? Un caballero castellano, cercano al rey, “de los suyos más privado”, le aconseja jurar: “Haced la jura, buen rey, / no tengáis de eso cuidado, / que nunca fue rey traidor / ni papa descomulgado”. Detengámonos apenas un momento en el consejo, que parece dictado por el Príncipe de Maquiavelo. ¿Nunca fue rey traidor? El ejercicio del poder es brutal. Cuando se adquiere, allana voluntades, rompe normas, aplasta, humilla. El rey destierra al Cid. He aquí el centro del problema. ¿Nunca fue rey traidor? ¿O solo no lo es en el tiempo que es titular del poder ejecutivo, para hablar con lenguaje jurídico moderno? Un rey lo era por derecho de sangre: la biología, asistida por la jurisprudencia, dictaba el término de la sucesión. Pero podía ayudarse a la biología y acelerar el trámite de la sucesión (los asesinatos de los reyes y los príncipes dan múltiples pruebas de tales ayudas). En la Edad antigua, los soberanos, en los que se confiaba

para mantener el orden de la ciudad; los que eran responsables del orden cósmico al mismo tiempo que del social, los dueños de la fertilidad de campos, rebaños y mujeres, eran también culpables de los fracasos y las manchas. Sobre ellos (o sobre algún sustituto simbólico) recaían las impurezas de la sociedad. Edipo es, de modo simbólico, quien toma sobre sí el *μιασμα* de la ciudad; es el animal que debe ser conducido al sacrificio, el cordero pascual. ¿Acaso no es, en la liturgia cristiana, la misa un sacrificio, o sea, un rito por el que se vuelven sagrados un pan ázimo y un vino vulgar? A través del llamado misterio de la transustanciación, el pan se hace el cuerpo de un Dios (que es hombre) y el vino se vuelve su sangre. El católico que toma la hostia consagrada bebe la sangre de Jesús y come su cuerpo. Es antropófago y teófago a la vez, en la medida en que Jesús es tanto un hombre como un dios. El texto del ritual del sacrificio dice que el cordero asume o toma sobre sí los pecados del mundo. Se los quita al mundo entero porque los toma para sí: *Agnus dei qui tollit peccata mundi*. El animal del antiguo sacrificio limpiaba una ciudad; el cordero de Dios, el dios cristiano, como el animal sacrificado en la liturgia pagana, en la liturgia de los pueblos indoeuropeos, asume el *μιασμα* de los hombres. Pero la profunda diferencia entre paganos y cristianos estriba en que el dios de los cristianos es un dios universal: asume los pecados del mundo en su totalidad, ya no solo los de una ciudad o una tribu.

Por último, veamos lo que ocurre en el orbe de las tragedias de *Hamlet* y de *Macbeth*. El padre de Hamlet ha sido asesinado por su hermano: este ha usurpado, al mismo tiempo, el trono y el lecho del rey. Hay incesto, como en Edipo. Pero lo decisivo es que aquí se hallan en juego pasiones humanas nacidas en el Imperio romano y que han crecido en el Renacimiento y la Edad Moderna: el ansia del poder, la traición, el engaño. Edipo no es en modo alguno, si se le analiza subjetivamente, el culpable de sus crímenes. Al contrario, huye de Corinto para tratar así de frustrar al oráculo, y no hace otra cosa sino cumplirlo: mata a su padre y desposa a su madre, en la que concibe vástagos que son, a un mismo tiempo, sus hermanos y sus hijos: como lo dije, altera el orden de las ge-

neraciones, siembra la confusión en la genealogía (*incesto* es lo opuesto a *casto*). Pero Edipo ignoraba lo que hacía. Eso no importa: lo decisivo es el acto. Su delito pertenece al espacio del conocimiento: Edipo es sabio: es un hombre que sabe tanto o más que la Esfinge. Su delito, empero, consiste en que ha introducido el *μιασμα* en la ciudad, y la mancha, la impureza, contamina al conjunto. Un hombre impuro, él solo, ha sido causa de la peste que asuela a Tebas: el salvador, el hombre que libró a la ciudad de la Esfinge, se volvió su enemigo. El curso normal de la vida se ha alterado. En el ritual antiguo, el βασιλεύς era responsable, autor mítico de la fecundidad de campos, rebaños, mujeres; era el garante del orden de la ciudad. Este orden quedó alterado por Edipo (así él mismo lo ignorara hasta que no indagó, halló al culpable y lo castigó y lo expulsó de la ciudad).

Ahora bien, Hamlet, como Edipo, desea restablecer el orden que ha sido alterado. Marcelo, el guardia que conduce al príncipe hacia el fantasma de su padre, dice estas palabras significativas y ya tantas veces citadas: “algo está podrido en el Estado de Dinamarca” [*something is rotten in the state of Denmark*]. Adviértase: no están podridas la nación ni el pueblo ni la sociedad de Dinamarca: lo que hiede, lo que huele mal es no otra cosa sino el *Estado*; lo que está podrido en Dinamarca es la institución político-jurídica, garante de la estabilidad, la ley, el orden. Ha habido una usurpación; se ha roto el gozne del tiempo normal. Por esto, Hamlet le dirá a su fiel amigo Horacio: “el tiempo está fuera de sus goznes” [*the time is out of joint*]. Hay dos tiempos: uno, normal y justo; otro, vacío e injusto. Hamlet clama: “¡Que nunca haya nacido yo para ponerlo en orden!” [*That ever I was born to set it right!*]. Tal vez convenga traducir el verso de otra manera. Hamlet quiere unir un tiempo enloquecido, que no embona con el tiempo normal: desea restaurar el orden, la ley, el orden jurídico, restablecer el derecho; quiere un tiempo justo y recto [*right*], donde impere la ley. Hamlet rechaza la violencia, el carácter ilegítimo del reino que usurpa su tío. Asunto de justicia.

En el curso de la tragedia, sin embargo, Hamlet realizará una serie de excesos. No es del todo inocente. Es hombre cuyo destino era ocupar

el trono; por lo tanto, era hombre de gobierno. Además se dedica a los estudios. Según la teoría trifuncional de Dumézil, el príncipe de Dinamarca viola normas de las tres funciones: es sabio y le dice a Horacio: “hay más cosas en el cielo y la Tierra de las que sueña tu filosofía” [*There are more things in heaven and earth... Than are dreamt in your philosophy*]. Como futuro rey es también un guerrero y lleva la espada al cinto: mata a Polonio, a Laertes y a su tío (se excede en la segunda función, la bélica); comete una serie de faltas que pertenecen al campo de la tercera función (el amor, la riqueza, la fertilidad): no es capaz de cumplir su palabra de amor a la dulce Ofelia, y este es un crimen del que no escapan ni guerreros ni gobernantes. Por fin, quiere hacer la justicia por su propia mano y mata a su tío: crea una cadena de injusticias. Ni Edipo ni Eteocles ni Hamlet son del todo inocentes; menos Creonte. Macbeth es caso aun más claro. Como Layo, no tiene descendencia. Las brujas, esos “imperfectos oráculos” [*imperfect speakers*], han despertado en él la ambición: le dicen que será *thane of Cawdor* (o sea, jefe del clan de Cawdor) y, luego, rey de Escocia. A su amigo Banquo le dicen, de modo enigmático, que habrá de ser “menos grande y más grande que Macbeth” [*Lesser than Macbeth and greater*]; a la vez, “no tan feliz y más feliz” [*Not so happy, yet much happier*]; “será tronco de reyes”, sin que él mismo lo sea [*Thou shalt get kings, though thou be none*]. Banquo tendrá descendencia y su hijo será rey, mientras que Macbeth morirá sin vástago. Macbeth cometerá, como Layo, el crimen contra las leyes de la hospitalidad: matará en su castillo a Duncan, su primo, rey de Escocia. Pero este monstruo, el asesino del sueño, el hombre que no concilia el sueño porque su conciencia lo atormenta, pronuncia palabras que parecen el destino de todo ser humano; dice: “La vida es un cuento contado por un idiota, lleno de sonido y de furia, que no significa nada” [*Life is a tale told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing*]. La vida es un cuento con el que un idiota nos engaña, dice Macbeth (el sustantivo inglés *tale* viene del griego δῶλος, engaño, astucia, de donde, en el español, la palabra *dolo*). La vida es un cuento hecho de palabras vacías [*full of sound and fury*], carentes de signi-

ficado y sentido. Todo aquello por lo que Macbeth luchó, la ambición de su esposa, se vuelve nada en el momento en que hacia él avanza el bosque de Birnam. Le han dicho que solo podrá matarlo un hombre no nacido de mujer, un hombre que, de cierto modo, carezca de madre (o que haya matado, al nacer, hasta sin saberlo, a su madre): Macduff es el revés de Edipo: nacido por cesárea, en el parto mató a su madre. Así, Macduff es, simbólicamente, un matricida. Como en Edipo, el βασιλεύς de Tebas, hay ajuste de cuentas entre las generaciones, un asunto de justicia, la vuelta al orden, al derecho. Lo que busca Hamlet: unir el tiempo enloquecido con el tiempo de la equidad y la justicia, ¿es posible? Hamlet afirma que nunca debió nacer para llevar a cabo esta tarea, acaso infinita, tal vez inútil.

Hasta aquí he tratado el problema de la justicia en el campo de la *res publicae*, aquello que se opone a la *res familiaris*. Ha sido dicho (lo dijo Jan Kott, sin duda con razón) que el conjunto de las tragedias políticas e históricas de Shakespeare se inicia por la lucha implacable para obtener el trono o para consolidarlo y que termina, siempre, con la muerte del viejo monarca y la coronación de quien lo sucede. En muchos de los casos, se trata de una usurpación, de la puesta en acto del desorden. La lucha por el poder está limpia, en él, de toda mitología; tal vez, podría decirse, de grandeza. El héroe trágico de Shakespeare es, por regla general, víctima de un hombre ambicioso. El ciclo se inicia por un asesinato; el rey muerto ha sido la víctima de su propia confianza: suponía que en su contra nadie era capaz de actuar con la misma saña y la misma impiedad, como él lo hizo contra el rey anterior (su hermano, su primo, su tío). En el teatro de Shakespeare, este mecanismo implacable no es síntoma de crueldad, sino exceso de realidad. El mundo de Shakespeare es ya nuestro mundo, un mundo en donde el Sol no gira alrededor de la Tierra; pero, sobre todo, un mundo histórico donde ya no rige el viejo orden moral. En él, la ambición, el desenfreno, las pasiones brutales, en estado puro, se muestran en escena. Los reyes logran el trono por medio de la espada y la violencia; por lo tanto, su poder no emana de Dios, sino de su voluntad. El asesinato es deseado por Macbeth, ya que solo por ese

mecanismo puede obtener el acceso al trono que anhela, al que lo empuja la ambición de su esposa. Un rey podrá ser legítimo y otro no; eso no importa. Shakespeare nos muestra que el poder se mantiene por la violencia. Es *κράτος*, la fuerza bruta, unida a *βία*, la violencia, para producir φόβος, terror.

Empero, hay otra pieza de Shakespeare en donde aparece el problema de la justicia, mejor, el de la interpretación del derecho, desde un ángulo distinto. Hablo de *El mercader de Venecia*. Claro, se trata de una pieza ligera, con un final feliz. Pero en ella, a pesar de ser una suerte de comedia de enredos y equivocaciones, hay un fondo de importancia capital. ¿Qué se pone en acto? El problema de la justicia entre particulares. En *El mercader de Venecia* no está en juego la lucha por el poder ni la ambición sin medida del rey; es, en todo caso, la ambición del usurero y su afán de venganza. Pero cabe pensar si Shylock, el judío que encarna el afán de lucro, no es, en su búsqueda implacable de riqueza y en su encono vengativo, un personaje similar, por su carácter, a un Macbeth o a un Ricardo III.

Ha sido firmado, lo recuerdan ustedes, un pagaré por el que el rico y bondadoso mercader de Venecia, Antonio, se compromete a pagar, en una fecha precisa, los tres mil ducados que le prestó Shylock. Antonio se ha burlado del judío; lo ha insultado. Es más, lo desprecia y, sin embargo, carente en ese momento de la suma líquida, acude al judío en busca de dinero. Este no le cobra ningún interés, puesto que lo anima el deseo de la venganza. Si Antonio no puede pagar en la fecha que el documento estipula, Shylock tendrá derecho a tomar una libra de su carne, solo una. La *pound of flesh*, la libra de carne, podrá ser tomada de un lugar cercano al corazón. Omito los detalles. El usurero exige el cumplimiento del contrato. No acepta cambios en el castigo pactado, ni el triple de la cantidad prestada: quiere la libra de carne de su enemigo; nada más que eso.

El abogado que defiende al mercader (en cierto sentido, juez que interpreta la ley) le concede la razón a Shylock. La República de Venecia no puede romper el pacto social a que se obliga: la ley ha de ser respetada. Hay un contrato entre particulares, pero existe un tercero, garante de

la ley. Ante él acuden las dos partes: Shylock y Antonio. Estamos en el centro de un escenario privilegiado, en el Teatro de la Justicia, en una Court of Justice. Nos hallamos, pues, en presencia del Dux de Venecia. Se discute el valor de una firma, la validez de un contrato. El antiguo juramento, el viejo verbo *iuro*, del que vienen las palabras *ius*, *iustitia*, ha sido sustituido por un documento, un texto, una firma estampada en un papel. Este *bond*, ese pagaré por el que Antonio se obliga a entregarle una libra de su propia carne al usurero, tiene fuerza de ley. Shylock exige justicia y no acepta ninguna misericordia.

Lo extraño del caso es que la ley veneciana, tal como la trata aquí Shakespeare, tiene todos los rasgos de la literalidad. No cabe la posibilidad de la interpretación, al parecer, ni siquiera por parte del Dux ni del tribunal, que podrían hacer que la multa (la libra de carne humana) fuera sustituida por una suma aun mayor de dinero. Según el carácter de ese juicio, se trata de la estricta voluntad de las partes, por lo tanto, de un juicio civil, o sea, un contrato mercantil. Sin embargo, pese a todo, cabrá un resquicio, la posibilidad de una interpretación. En efecto, el usurero tiene derecho a tomar la *pound of flesh*, la libra de carne humana; pero, eso sí, en la medida misma en que el contrato solo habla de *carne*, *flesh*, pero no de *sangre*, no de *blood*, Shylock no puede derramar ni una sola gota de sangre al cortar el cuerpo de Antonio. Es más, según lo que dice literalmente el *bond*, aquel pagaré firmado por el mercader de Venecia, Shylock debe atenerse a los términos estrictos del contrato: no puede tomar ni un solo gramo más de la carne de Antonio. Por si lo anterior aun fuera poco, las leyes de Venecia castigan con la pérdida de sus bienes a todo judío que mate a un cristiano o derrame su sangre: si Shylock lo hace, se ha de volver reo de la justicia veneciana.

La comedia tiene, como ya lo dije, un final feliz. Lo que me interesa poner en relieve es cómo la justicia, aun entre particulares, y cómo un juicio mercantil o civil, que se desarrolla en el espacio, al parecer tan solo privado, este espacio al que el derecho latino llamó *res familiaris* (en oposición a *res publicae*), se apoya en la ley, de la que es garante el Estado.

El hombre es, pues, un ζῷον πολιτικόν, un animal político, el ser vivo que habita en la πόλις, en la ciudad o, mejor aun, en la difícil sociedad que nos esforzamos por construir. Creer que algún día construiremos el mundo ideal y perfecto, en el que impere una justicia absoluta, es un sueño imposible. El hombre está hecho de una materia intangible: lo atraviesa la palabra, lo consume el deseo. La lucha por las utopías está inscrita en los anhelos por obtener la justicia. Todo intento por transformar el mundo se apoya, acaso, en el deseo de acabar con las injusticias, la miseria, la explotación. Es un sueño, lo dije, y un sueño imposible. Pero es un sueño, al propio tiempo, necesario. Podrá ser, en todo caso, un sueño de hielo y de hierro. Lucha por lograr la justicia; luego, lucha por conservarla. La utopía se vuelve lo contrario de sí misma: en un mundo helado e inmóvil, donde toda disidencia se castiga (pues altera la perfección alcanzada). En verdad, todos los actos de los hombres poseen este carácter ambiguo. Hay que luchar por la justicia, sin duda, aunque nunca podamos obtenerla por entero. Habrá que transformar el mundo, es cierto, pero con la plena conciencia de que, resuelto un problema, la misma solución hará que nazca otro. Nuestra tarea es elevar la roca hasta la cúspide, como Sísifo. La roca caerá. Pero en ese empeño eterno de justicia consiste la condición humana.

UN POEMA INASIBLE MAS NO ROTO*

UN POEMA CÓSMICO DE ALFONSO CASTRO PALLARES

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Un mago estaba entre nosotros y no lo conocíamos.

Conocíamos sus leves canciones, que disfrutábamos reclinados en la sombra. Pero, ¿quién se iba a imaginar que entre nosotros estaba uno de los mayores *tlatoani* de la poesía mexicana, capaz de escribir *El insabible poema roto*? Alfonso Castro Pallares estructura allí un millar de armoniosos versos libres, cuando ya ha reunido, a sus 83 años, centenares de sonetos clásicos en 15 álbumes líricos.

Es uno de los Midas del verbo, que convierte en oro cuanto toca, que eleva a la dignidad de sinfonía los gorgoros que emite su lírica garganta.

Y allá va don Alfonso cosechando gorriónes, flechando estrellas y sangrando crepúsculos, pero sometiéndolo todo a la voluntad demiúrgica de quien se propone crear algo así como un *Segundo sueño*, tras el cenital *Primero sueño* de nuestra Décima Musa.

Eso es para mí *El inasible poema roto* (Semaro, 2001) de don Alfonso Castro, el más reciente de los Alfonsos ilustres: tan atildado como Méndez Plancarte, tan gallardo como Junco, tan señorial como Reyes, pero acaso no menos poeta que ellos, que lo son en tono mayor.

Alfonso Castro está entonando el más elevado de sus cantos con el certero objetivo de proclamar al que tiene el universo pendiente de entre sus dedos. Es una vibrante contraparte de una obra tan inquietante como la *Muerte sin fin* (1939), de José Gorostiza. Es un meditado diálogo con los elevados *Elogios de la luz y de la sombra* (Aldus, 1999), de Jaime Labastida. Mientras Jaime ansía “escuchar el silencio” de un “polvo

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 24 de junio de 2004.

enamorado”, Alfonso desea enfatizar sus propios “silogismos de colores”. Son como 10 cantos: dolorosos, pero deleitables.

CANTO I. LUZ PARA HORADAR LA NOCHE

Estamos ante una dilatada introducción. Ya desde ahí respiramos un aire preñado de premoniciones sublimes para explicar el universo:

Todo se aprende. Se nos va haciendo el mundo irreverente.
Recuerdos inasibles de este poema roto.

Y surge la gran incógnita que da nacimiento a un poema cósmico:

Caminamos en círculos oscuros y oros incandescentes.
Ciudad amurallada este planeta nuestro. Solitaria
de amor, errabunda de sangre, perpleja de verdades.

Ha quedado planteada la interrogación: ¿Qué es el mundo? El poeta sabio nos contestará por entre los resquicios de su catarata de visiones.

Hay poemas en los que no hay que buscar mayor contenido que una difusa cosmovisión lírica. Mas *El inasible poema roto*, tras barajarnos su avalancha de alegorías, nos nutre con la médula de león que encierra. Mas no son debates, sino apacibles cavilaciones de poeta.

CANTO II. LOS CALLADOS CLAMORES

Es la extrañeza de nuestro poeta ante tantos Sartre y tantos Kierkegaard que se ahogan en la duda:

Es mentira el amor que no trasciende, es falsedad
la herida que no mana esperanza (p. 14).

Y comienzan a desfilar los testimonios monumentales de las inmensidades del mundo y de las vastedades del estro lírico de Alfonso:

Amor todo lo mueve,
dijo Dante. ¿Estamos a las puertas de la quiebra?
¿Y el mar? ¡Y las constelaciones? ¿Y el rostro
de un niño...?
¿Y los cometas con sus caudas tejidas de margaritas
blancas y de nardos? ¿Es pecado soñar? ¿Y dónde está
esa nada que se niega a sí misma?

Y nuestro vate despliega como el gran argumento de la elevada Presencia a los mayores poetas que en el mundo han sido:

¿Y dónde Homero ciego, Virgilio —*arma virumque cano*—,
Quinto Horacio Flaco con olor a estrofas inmortales:
Eheu fugaces, Postume, Postume, labuntur anni...
¿Y Juana Inés, Fray Luis de León, Quevedo?
¿Hay poetas sin Dios, el Gran Poeta? *Risum teneatis*.
La poesía es el rocío de Dios en sus creaturas.

Y qué seguras son las reducciones al absurdo que cae sobre aquel que niega como por el rictus inconsciente de un tic nervioso:

No *somos arrojados* como un hilacho viejo
a este mundo que rezuma armonía.

El viento del infinito sopla sobre nuestro poeta y lo eleva hasta alturas insospechadas. Alfonso Castro, que tantas bellas canciones había entonado, acaso no había emitido nunca más brillantes sobreagudos:

¿Por qué, por qué nosotros
nos reímos al encontrarnos peces, en las ondas
de un Lago Misterioso?

Mas, si las figuras alegóricas de Alfonso son radiantes, además son polifacéticas:

Y más allá de Sirio hay mucha luz de Lámpara...
Un vaso de bon vino. ¿Por qué escupir el vino?
 Las cosas no son mudas, *tienen lágrimas* y una / voz...
Pasó por estos sotos
con presura. ¿Está el poeta ciego al Paso?...
 Vamos con el misterio
 encima, como un ramo de rosas. Y nos tapamos
 Las narices para no oler el cielo.

Comienza a acostumbrarnos nuestro lírico guía a su mano mágica que teje imágenes inéditas e inquietantes:

La vida es un nido de metáforas, aunque tiene alacranes.
 Solo Dios no es metáfora: es el ojo-de-agua infinito,
 matriz de las metáforas.

Rara vez, como aquí, se habrá argumentado con premisas de esplendores, con silogismos de constelaciones:

Nadie se pierde en este Laberinto.
 Hay una Brújula que atrae el cosmos a su seno.
 Ariadna salva a Teseo del Minotauro.

Han dicho bien que es *rara avis* un poeta filósofo. Quien filosofa pone cara larga, mientras quien fabrica poesía tiene el gesto flexible de misterios o de guiños.

Pero Alfonso filosofa con cara enigmáticamente sonriente ante el tópico de Nietzsche:

El Amor no es metáfora, ni mentira, ni siquiera espejismo.
 Está ahí. Yo soy ese 'ahí', no un *eterno retorno*.

CANTO III. UN PUENTE DE PLATA

Alfonso comienza por tender un puente a la ciencia insatisfecha:

Ya conoces el mapa de los genes,
¿y te ahogas en el eterno mar de lo infinito? (p. 23).

Y el poeta comienza a replicar a los displicentes asertos de quien todo lo reduce a materia:

Y, si todo es materia,
¿por qué ‘amas’, entonces, una caricia íntima, la piel
de tu pequeño hijo, y la epidermis tersa de una rosa?

Continúa en el mismo tenor la blanda y armoniosa reconvención al que no cree:

¡Mal haya el que no pregunta ni duda!...
Big Bang, Big Bang...
Los pensadores se limpian el sudor del cerebro...
¿Y el por qué del *Big Bang*? ¿De dónde, hacia dónde,
para dónde? ¿Quién vivía en aquellos abismos
que filmó el espectáculo?

Platón asoma aquí, pero solo con su alegoría del espejismo:

Profeso mi fe en la ciencia, pero perversamente
metemos la cabeza en la caverna platónica.

Por su parte, Dante es un reflejo de luz ante la apatía. Bien hace un alto poeta en argüir con las voces de un poeta aun mayor:

Congelamos las neuronas...
Antes que buscar a Beatriz
para que nos introduzca a la Eterna Armonía, a ese Amor
che muove il sole e le altre stelle.

El vate pensador recrimina con razón a algunos científicos de cabeza cuadrada:

Y la ciencia se duerme en la materia...
Paulo maiora canamus, nos lo grita hasta el grillo
 bohemio de la noche; *Non omnis moriar*, balbucea
 este inquieto corazón que tenemos.

Con relevante acierto, Alfonso Castro ha dado la mano a Dante y a sus guías en el inframundo de los misterios, esos geniales latinos Horacio y Virgilio.

CANTO IV. LA DOCTA IGNORANCIA

Comienza este canto con un clamor de euforia salido de la *Jerusalén libertada* del Tasso:

*Ecco apparir Gerusalem si vede; ecco apparir Gerusalem
 si scorge.* Un más allá. Tenemos que mirarlo y descubrirlo (p. 29).

Ahora, Alfonso psicoanaliza al hombre pensante, que es a veces un hombre divagante. Prefiere al héroe encadenado de Esquilo, sobre el pastor de Virgilio:

Todo rezuma gracia. ¿Por qué no el hombre? Él prefiere
 vivir encadenado al Cáucaso. Y, gozo extraño, prefiere
 al buitre carroñero que devore su entraña
 sin mermarla, y olvida que *amor omnia vincit, et nos
 cedamus amor*.

Aquí le viene a la mente a nuestro poeta la docta ignorancia de Nicolás de Cusa, o, más bien, de los que creen que la ignorancia puede ser docta:

¡Ay, la docta ignorancia!
 Saber que no sabemos y querer aparentar ser sabios.

Y evoca entonces Alfonso al lírico del pueblo ingenuamente sabio:

¡Un sorbo más de juglaría!... Gritar al sol
la roja carcajada de sandías.

Ante el saber noblemente ingenuo, condena nuestro poeta al pensador presuntuoso:

La verdad no existe, porque yo no quiero; no luce
la púrpura su grana, porque me ciega las pupilas.

La réplica de nuestro vate tiene más aristas que un polígono:

Pero hay fresas pintadas, porque se les cayó la tarde
ensangrentada... Los limones son agrios y agresivos,
pero dan sabor a las viandas.

CANTO V. LOS DIOSSES DE LAS AGUAS

Estamos ante un canto en que triunfan los dioses mitológicos de las aguas:

*Todo está lleno
de dioses*, recitaban los griegos. Los poetas
creyeron en sus dioses, y también los guerreros
dioses de Troya, dioses aqueos que encendieron
la guerra (p. 33).

En medio de tanto deísmo, ya fuera pacífico, ya bélico, es una rara excepción Lucrecio:

¡Ay, Tito Lucrecio Caro,
tan gran poeta y negador de dioses!

Y Alfonso vuelve entonces la atención al clamor judaico:

*Aljama de los jodíos, que non vos furten al Fijo de Díos.
Zeus, Alá, Díos. Shemá, Israel.*

La presencia de la divinidad es obsesiva en los poetas griegos tanto como en los poetas romanos, en esa mitología que tan eficazmente recamó el Ovidio de las *Metamorfosis*, cuando confesó que sentía la presencia inspiradora de los dioses en su propia mente creadora:

Un sorbo de humildad para los elegidos de los dioses
que bañaban sus cantos en las aguas Castálidas.
Deus est in nobis, agitante calescimus illo.

Por todos los rincones del poema surgen imágenes memorables en la fantasía de nuestro vate:

La lágrima de un ángel pequeñito puede bañar
de ternura los cósmicos desiertos y sus volcanes extinguidos.
Una cereza es una fuente roja donde se
miran nuestros labios.

Y vemos unas madonas toda gracia, ora en Florencia, ora en Anáhuac, como esta:

Una Madonna de tez
morena derrama rocíos de rosas castellanas.

Mas el mundo clásico es un tema omnipresente en el poema. Donde menos lo esperamos, surge Heráclito:

*Nadie puede bañarse dos veces
en la misma corriente.* Irse siempre, marcharse, no saber
otra cosa que el sabor de la huida.

Y Alfonso parafrasea noblemente a Jorge Manrique:

Nuestra vida es río que va a dar al Amor.

Habla del Amor con mayúscula.

Y, como alto poeta alerta a las manifestaciones de lo alto, Alfonso Castro nos presenta este argumento *ex splendore*, o también podría decirse *ex mysterio*:

¿Por qué, poetas,
hombres de ciencia fina, por qué no preguntamos
a las fuentes dónde están sus cavernas luminosas?

Luego, hay una argumentación de belleza medieval memorable en estos versos:

Las hordas bárbaras supieron bautizarse con agua,
y orar con la cantera que elevaron al cielo,
en agujas ligeras y bajo sombras místicas.

Desde luego que nos encontramos en el capítulo de los esplendores probativos:

Late la Voz en el misterio. Dios navega en los mares
en su balandro de oro.

CANTO VI. GIGANTOMAQUIA DE PIGMEOS

Para empezar, aquí nos topamos con la cavilación insistente del hombre que en la noche titubea, pero a la mañana siguiente ya se deslumbra con el sol:

El hombre es un animal que venera y necesita
arrodillarse para poder soportar esta corrosiva
corriente en el cerebro (p. 42).

Hay un extraño forcejeo en ciertas mentes poderosas. Se aferran a lo vago y descreen de lo deslumbrante:

La luz de la luciérnaga, si entendemos
esta metáfora, ilumina más que los libros de ciencia.

Y vuelve la extrañeza de nuestro vate familiar frente a tanta ciencia aplicada a tantos titubreos:

Un pigmeo de la selva es más grande que todos mis
rencores sabios; enanos que pretendemos sostener
el misterio como una lona sucia. Vestimos un chaleco antibalas
contra la luz divina.

Se redondea ahora el panorama de quien, desconcertantemente, no cree en la providencia, y sí cree en las penumbras:

¿Un dios antagonista
que humilla el pensamiento?...
¿Nos va a sumir en las arenas movedizas
de una *Muerte sin fin* y sin caricias?...
Con dolor escribimos
el guión de nuestra Gigantomaquia.

Aquí piensa Alfonso en los versos de Gorostiza:

Ese morir incesante,
tenaz, esa muerte viva,
¡oh Dios!, que te está matando.

Lo que Alfonso Castro quiere es diseñar con precisión deslumbrante el recto camino:

Todo es fulgor
de sinfonías angélicas, para llegar al umbral
de Inefable Arco Iris.

CANTO VII. ¿MUERTE SIN FIN, O FIN DE ESTRELLAS?

Nuestro vate canta el triunfo de la luz por encima de todas las penumbras. Hasta la caverna de Platón queda sujeta al escrutinio:

Dejemos la caverna a los murciélagos. La luz está ahí...
En la fuente lenguaraz de la plaza (p. 47).

La sombra es la duda. Puede hasta tener cierto encanto, pero también opaca a la verdad:

La noche es más bella,
más misteriosa y santa, pero vivir de noche y sin estrellas,
nos guillotina la esperanza.

La muerte es innegable, pero hay tras ella alguien que vence a la muerte:

Muerte y vida luchan / a cada instante...
Ahí está Dios en medio de millones
de insectos y venenos, un ciclo vivo de la Belleza Eterna.

Alfonso toca, en un cierto punto, con la barreta de su inspiración, el duro pórfido de la mitología, y le saca chispas aceradas:

Ciegos, como Tiresias por mirar desnuda a Diana.
Edipos, nos arrancamos los ojos por una maldición dolorosa.

Luego, el divino Horacio sonrío a nuestro vate, antes de dejarlo continuar con el tópico de la ceguera:

¿Una placa de *perenne bronze* será nuestra medida?
No moriré del todo...
Se queda el ojo
ciego ante la desnudez del universo.

Llega a sentir nuestro vate una amarga alegría ante tantas mentes obnubiladas:

Humano, demasiado
humano, la vida nos convierte en gigantes efímeros.
 ¿Una muerte sin fin o un fin de estrellas palpitantes?

Un paisaje mágico une la emoción lírica con la claridad conceptual. Esta es la dimensión de Castro como poeta:

¡Qué sabio es el hombre
 que edifica hacia arriba, aunque la sombra de la duda
 le llene de piedras las sandalias!

Es una hazaña de Alfonso el convocar a tantos cultos fantasmas para que se sumen a la danza del lirismo providencialista: Nada de un “Ser hacia la muerte”:

Sein zum Tode? ¿Una *pasión inútil* nauseabunda?
 ¿Demócrito de Abdera?...
 Y me niego, hermosa constelación
 de Orión, a ser vacío... Me niego
 a no saber de dónde, profética Agua de Mileto; me niego,
 Ponto Euxino, a ahogarme en tus playas inhóspitas...
 en aguas tormentosas, viejo Eneas.

CANTO VIII. LA INFINITA ORQUESTA CONCERTADA

El iluminado don Alfonso sabe zambullir su lira en todas las sabidurías que llevan desde Israel hasta el estudio de las galaxias:

En arjé én o Logos. Existía la Palabra. *Bareshit bará*
Elohim. La primera y única Palabra en el principio (p. 53).

Alfonso sabe trazar las coordenadas de la belleza que alcanzan algunas fábulas mitológicas:

¿Por qué en este camino
de la Vía Láctea, gota de leche
del seno misterioso de la diosa,
no encontramos ningún Nombre Inefable?

Y surge la voz de un Alfonso profeta, que parece un Isaías del nuevo milenio:

Me niego a negar mi pensamiento hecho para la eternidad.

Reaparece luego otro mito que ama el hombre moderno:

Un divino
Narciso enamorado se asoma hacia la noche.
Dudamos, luego creemos, por lo menos creemos en la duda,
y repentinamente, se desinfla la duda en luz radiante.

Nunca pierde de vista nuestro Alfonso los horizontes de las clásicas mitologías:

Un día, después de Troya, esos Ulises regresarán a
su Penélope.

De pronto, Alfonso Castro inicia el preludio de su página más polifónica:

Y pasa silbando su belleza la Vida de mi vida.
Canta la lira septicorde sus aulódicas notas
y la Arcadia me regala sus pastores, sus trigos y rediles.

Comienza a crecer el rumor de la música que sigue avanzando en el poema:

Y le ponemos notas al pentagrama
de todas las galaxias. ¿Quién compuso la “música callada”?
¿Qué acorde comenzó la sinfonía?

Y nosotros, los poetas y los hombres,
balbucimos la música, apenas un acorde, de la Infinita
Orquesta concertada. Canta el mar su acerada, su verde,
su magenta sonata de la tarde.

Así nos llega el vago
canto de las cosas. *Ousias Thalassa*, el mar eterno
y sustancial, agua profética...

Surge entonces un pasaje de los más mágicamente alucinantes de este
poema cósmico:

¿Quién pintó con su crayón divino, sobre la tundra
helada, sobre la pampa infinita, esas montañas de basalto?

Y en ese punto se eleva cada vez más el crescendo de una deslumbrante
sinfonía lírica:

El abismo del cosmos no puede quedarse sin campanas,
sin la excelsa Basílica del gozo. ¿No habrá domingos
en las constelaciones? ¿Y el órgano monumental de las galaxias?

Luego asoman por ahí Andrómeda y Orión. Y a continuación vuelve
a vibrar el *leitmotiv* que inquieta a nuestro filósofo poeta:

¿En qué creen los que nada creen?...
¿Por qué preferimos bañarnos en fango?

De pronto, nos sale al paso un Alfonso tenor lírico que canta un aria
de bravura en los abismos sombríos:

En las penumbras
de las catedrales góticas y en el vudú sonámbulo...

Con Nerón y Calígula, con Agustín y Jerónimo...

¿Es este un Dios creíble?...

¿Se le fue de las manos este mundo
de pústulas y pecado?

El ágil razonamiento tiene un elocuente corolario en este pasaje:

Me sé el lenguaje de todas las criaturas
y el dialecto del dolor enconado. Ignoro la jerga de un
pensamiento agnóstico.

Alguna mente obstinada se resiste ante la claridad, pero nuestro poeta
le advierte:

Deus ex machina. Hombre solamente...
por más que se calce los 'altos coturnos',
si no dobla la cerviz a lo eterno, nunca caminará
por el foro de Esquilo. Surgen viejos profetas mentirosos:
Celso y Porfirio, Julián apóstata, Jámblico.

Y la peroración de esta apología del Supremo Hacedor es memorable:

Y el Salmo nos transmite
La Voz Soberana: *Todas las fieras de la selva son mías.*
Conozco todos los pájaros del cielo...
¿Y la materia no es suya? ¿Y los neutrones y positrones...
el corazón que bombea la sangre, el insecto,
la turbina no son bestias, fieras, pájaros de su cielo?

Aquí me viene a la mente el dicho de Albert Einstein, el genio de la
relatividad, el hábil violinista, el pensador: "Mi concepto de Dios es el
de la existencia de una fuerza inteligente más elevada, que se manifiesta
sensiblemente en el universo inexplorable".

CANTO IX. SEREMOS LABIOS DE DIOS

Ha salido ya airoso Alfonso Castro del combate de metáforas contra el que no cree en la Presencia. Ahora se paseará entre corolarios y confirmaciones:

La Sabiduría está regada desde el
Polen hasta las Cabrillas que nunca dejan de pacer
en las campiñas del cosmos. Pero los hombres,
¿por qué no saben saber?
¿Por qué no quieren querer? (p. 65).

Gocemos ahora un curioso razonamiento lírico salido de la libertad propia de pintores y poetas. Si ellos pueden cambiar los colores y las formas, ¿por qué nuestro vate pensador no iba a adaptar a su modo los detalles de nuestra forma ortodoxa de creer?

De una mariposa formamos un ángel. *Pictoribus
atque poetis*. Sabiduría regada como se siembra el trigo...
Dichosos los pobres de espíritu...
No los que beben vinos de prestigio,
sí una jarra de vino casero. *Vile potabis vinum*.

Y Horacio, que acaba de asomar sorpresivamente, regresa aún más inquietante. Sí; excelente acuerdo es convocar a Horacio, el poeta de la *philosophia vulgaris*:

¿Qué necesidad de vivir entre guarismos y teoremas?
Preferimos los brebajes amargos y los guisos pesados.
Miedo de pensar más alto. *Epicuri de grege porcus*.

Es realmente original Alfonso Castro. Horacio se tildaba a sí mismo de “cerdo de la piara de Epicuro” por la rusticidad de sus placeres. Mas don Alfonso, con agilidad, transfiere dicha frase a la testarudez del que atora sus piernas entre los guarismos, y no es capaz de elevar el vuelo.

Vuelve Alfonso de cuando en cuando a las pasadas escaramuzas:

¿El creyente es menos hombre que el incrédulo?
Intentamos saber y no sabemos nada.

Y el cáustico humorismo de Alfonso chispea a veces en algún buscapíes para los científicos:

Vamos a un
zoológico, y nos encontramos con Darwin y en cada
cambio vemos un ancestro.
La evolución en marcha,
pero ningún Maestro que la guíe.

Y nuestro poeta sigue cavilando en torno al pensamiento científico:

¡Estupor de la ciencia! Lagar de esfuerzos.
Pero arriba
está el hombre, y más allá del hombre, el Gran Artífice.
¿Por qué se obstina el hombre en endiosar las cosas?

Castro procede a armar un dolorido paralelo entre la ciencia y los toneles de las Danaides:

Me despierto llevando
agua a la cumbre del monte, y llevo los toneles vacíos...
El cubo herido
sangra por los cuatro costados. Y cada anochecer,
cansado, pretendo taparlo con los dedos.../ ¡Tan cerca
está el Amor y no lo toco! Soledad estallante...
Me duele la soledad del pensamiento
y de la duda.
¿Es acaso un delito mayor el Pensamiento?
¡Oh Pensamiento, soledad en llamas!

Castro ha rubricado así un nítido homenaje al poeta tabasqueño que trazó una luminosa *Muerte sin fin*.

Nuestro vate lamenta el camino interminable e inútil de la ciencia, de cierta ciencia escéptica:

Triste peregrinar sin campanarios y sin agua bendita
para lavar el pensamiento y adormecer la sangre.

Bueno. Desde luego que es cierto que las miserias humanas dificultan el ascenso:

Muros de hombre
que nos tapan el cielo. Bajezas, vilezas, degradaciones sádicas...
Es más sano
un vaso de agua transparente que beber la mentira...
y salamos la sopa con lágrimas fingidas.

Avanza luego Alfonso hacia las experiencias vitales. Y alude, luego de Gorostiza, a Jaime Labastida, cuyos citados *Elogios de la luz y de la sombra* tienen esta obsesiva rúbrica: “Habré querido ser, tan sólo, un hombre justo”.

(No me conformo con ser un hombre bueno).
Ad maiora natus sum.
Y me da lástima ver tullidos
que no pueden arrastrar la camilla... ¡Soy un milagro!
Existo. Soy un milagro.
Y el alma rezuma claridades. Más allá de esta vida
hay otra vida. ¿Cómo lo sabes? No lo sé. Lo llevo dentro.
Un día llenaron de agua mi pozo y me puse a mirar
el Infinito.

Alfonso pone de pronto su atención en los que filosofan tan alto, que hasta se creen dioses:

No soy Dios;
lo anhelo, y algún día sin instantes me colmará
su gozo.

Ya en esta dimensión las mitologías valen bien poco:

No Erebo, sino amor. Ni Euménides ni Furias.
Han muerto las Erinas.

Y, correlativamente, los caudillos latinos son solo antonomasias de una vida inquieta:

Julio César me ronda en la Farsalia.
Soy un pobre Pompeyo derrotado...
Caminar solitario
hacia la Vida. Lleno de sed y sin poder saciarla.
Un sorbo más de Dios que me sacie la sed indefinible
de infinito.

Sorpresivamente, de las cosmogonías mediterráneas Alfonso vuela hacia las de Mesoamérica:

Abajo, muy abajo, nosotros,
Jeremías de la tierra...
Soplamos mariposas de jade, Flor y Canto,
Popol Vuh, Chilam Balam...
Somos labios de Dios, colibríes de Dios...
Arco iris divinos.

¡Qué noble actitud la del pensador que así reflexiona! Es un hombre sencillo que se eleva hasta ser un iluminado poeta. No un pretensioso científico que nunca cesa de dudar:

En el principio era
la Palabra, y no queremos escucharla; aceptamos mejor
un enjambre de moscas...
¿Seré más pensador profundo si enlodo
mi gota de rocío?

La posición del profundo pensador y poeta que es Alfonso Castro, se asemeja a la de sor Juana hacia el fin de sus días:

Si es para vivir tan poco,
¿de qué sirve saber tanto?

CANTO X. ACÚNATE EN LOS BRAZOS INVISIBLES

Castro Pallares ha dado el gran salto: del argumento racional al de la intuición. Si Dios fuera un espíritu ajeno a nosotros, bastaría con que nos demostraran su existencia para que lo aceptáramos.

Pero don Alfonso nos lo vuelve deleitosamente tangible por la magia de su lirismo:

Esta tarde estoy solo;
me basta solo contemplar paisajes
para creer en Dios y en la belleza...
Poetas: enterré
la pena y me tejí un ropaje con estrellas... (p. 77).

Y suena aquí otro acorde mágico de nuestro magno poema:

Suenan las campanillas de la muerte, y más allá
hay un sorbo de Luz y Cielo Vivo.

Vivencia tan radiante también habría podido ser el título de *El inasible poema roto*. Podría llamarse *Un gran sorbo de luz*.

Ya en este décimo canto, Alfonso evoca a Horacio incluso *per interposito linguaggio*.

El ya citado *Pulvis et umbra sumus* surge aquí en voz de algún intérprete itálico:

Veramente siam noi polvere ed ombra (p. 77).

Y en la página siguiente vuelve el tópico toral de Horacio:

Vida frugal
del campo en su bucólico silencio.
Beatus ille qui procul negotiis.
Hay Dios en todas partes, pero en la soledad es más amigo.

Acto seguido, el espejismo de la Roma imperial pasa aquí llevado por el vendaval:

¿Y el *panem*
et circenses? Incendió Roma Calígula; Juliano acuchilló
cien bueyes...
Y Séneca se cortó las arterias...
Por eso es necesario cavar para encontrar el cielo.

Nuestro vate ya sufrió y ya debatió como filósofo con sus lectores. Ya es hora de que ahora, como poeta, vislumbre con ellos vastos horizontes:

¿Por qué no
hacer *rincón risueño* este valle de lágrimas...?
¿Sabes por qué el cielo llueve sereno de noche
y rocío de alborada...
Pasea Diógenes felicidad con un tonel y una linterna.

Surge, fugaz, un último apólogo filosófico:

Ya Nietzsche ha muerto, porque Dios sigue vivo;
el *eterno retorno* le cercenó la dicha y le sorbió el cerebro.

Aparece, de pronto, la página inmarcesible que rubrica *El inasible poema roto*. ¿Y si se llamara: *Luz para horadar la noche*?

Olvida la palabra falaz, mendaz, la frase exacta.
Acúñate en los Brazos invisibles...

Gorostiza gemía en *Muerte sin fin*:

Y solo ya sobre las grandes aguas

flota el espíritu de Dios, que gime
con un llanto más llanto aún que el llanto.

Menos desolador, pero más bíblico, Alfonso Castro canta:

En esta arcilla resentida, llevamos margaritas, un espíritu blanco
y vagabundo. *El espíritu de Dios aletea sobre el Abismo.*

Y acaso, tras tantas líneas felices, viene la sentencia más perdurable de
Castro Pallares:

Un sorbo más de Dios y todo
el cielo es nuestro. Dios no se compra; él se regala
inmensamente hermoso...

¿Dónde está, muerte, tu victoria?

Venimos de la Vida y volveremos a la Vida.
Iremos al colgante Jardín de Babilonia,
florecido de estrellas inmortales.

En solar creatividad, Castro Pallares pronuncia una frase que sor Juana
amó para declarar que una pintura (si no es genial) muy poco logra con-
vencer sobre una persona con sus “falsos silogismos de colores”. Pero,
magistralmente, Alfonso usa aquí ese giro con un sentido cósmico:

Escarba lentamente, haz un pozo de luna...
Conocerás el secreto
de la vida, estarán a tu alcance los *silogismos de colores*.

Porque el universo usa su colorido deslumbrante para demostrar que
es obra de una “sabia poderosa Mano”.

El poeta sabe bien que Carlos Fuentes ha escrito: “Creo en la búsqueda
de Dios... en la indagación de la manera de creer en Él”. Por ello, Alfon-
so Castro cierra su libro de oro con esta confesión líricamente extática:

Hoy, esta noche de poeta, lanzo
mi confesión de fe sobre la vida...

Dios pasa
a nuestra vera y no queremos verlo con estos ojos miopes.
¡La Gota del Amor desperdiciada! Sopla un aire
de Dios en mis aleros. *El ventalle de cedros aire daba.*

Un sorbo más de Dios, que tiene olor de cedro inmarcesible.
Amor omnia vincit, et nos cedamus amori.
Amor todo lo ciñe; entreguémonos, pues, al Amor sin medida.

Solo un vate tan culto como visionario podría darse el lujo de culminar un poema providencialista con una cita de Virgilio, el dulce vate precristiano.

Conozco bien a don Alfonso Castro, que además de poeta es humanista, filósofo y ensayista chispeante. Ya tenía más de 15 álbumes de poesía, todos muy hermosos. En *Este barro glorioso* (Jus, 1972) antologa sus cuadernos: *Juglarías*, *La clara intimidad*, *La íntima pavura*, *Las horas increíbles*, *Monólogos en olor de humildad*, *Corazón a pájaros*, *Hebdomadario*, *Viento alucinado* y *Río absoluto*. Siguiéron *Páramo de espera* (1982), *Breviario de instantes* (1986), *Bitácora de asombros* (1991), *Litorales del tiempo* (1995). Pero todos ellos eran solo el preámbulo de esta obra, profunda, madura, centelleante.

Alfonso Castro: has creado una obra maestra. Estaba escrito que tú ibas a crear, por una “fatalidad” luminosa, este rotundo poema.

Cuántos intelectuales encontrarán respuesta a sus dudas en tu canto. Cuántas mentes sufrientes hemos flotado por fin dentro del calor de los brazos celestes, gracias a tus visiones.

Con este poema de sublimes estremecimientos, te has ganado una corona de poeta teofánico.

POESÍA Y METAFÍSICA EN EL BARROCO*

Mauricio BEUCHOT

1. PREÁMBULO

El interés que me guiará en las siguientes páginas será el intento de precisar las relaciones entre la poesía y la filosofía, concretamente con esa ardua y difícil disciplina que es la metafísica. Se pensará que la poesía no puede tener relación alguna con esa disciplina tan árida y abstracta; pero no es así; al mirar el barroco nos topamos con un tiempo que nos brinda varias aportaciones al respecto. Veremos esto allí.

En efecto, el barroco es un tiempo en el que la metáfora y la metonimia llegaron a expresiones asombrosas, tanto en la línea de la condensación del contenido (conceptismo) como en la expansión desenfadada de la forma (culteranismo). Tiempo de iconicidad, de imágenes desbocadas; tiempo de signos-imágenes, por consiguiente; esto es, de símbolos. Tiempo en el que la simbolicidad trabajaba en exceso, y vinculaba la tierra con el cielo, lo sensual con lo espiritual, lo singular con lo universal, lo poético con lo metafísico. Tiempo de analogía.

Se ha tratado de resaltar en exceso el escepticismo del barroco y, por lo tanto, su anti-ontologismo. Más bien se trata de una ontología diferente, más purificada de optimismos que en el Renacimiento y en la Ilustración. Es una ontología desencantada, menos de las cosas que de los mismos hombres. Más interesada en hablar del ser en relación con el hombre que en relación con las cosas. Quiso ser una ontología humana, humanizada, significativa para el hombre; por eso se revistió de simbolismo: poesía, teatro, etc. Allí el símbolo estuvo casi omnipresente. Allí encontraron un camino de unión la poética y la metafísica.

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 8 de julio de 2004.

2. POLIMORFIA DE LA ABSTRACCIÓN

Ese sabor a escepticismo que se adjudica al barroco es muy acorde con otra de las características principales de ese tiempo: el desencanto. Así como Descartes tuvo tanto temor al engaño (el demonio engañador, un Dios mentiroso...), así el barroco acepta y asume el engaño, capta haber sido engañado, y precisamente por ello puede pasar al desencanto, a la verdad. Eso hace reaccionar al ánimo con una fuerte carga de escepticismo, pero para salir de él. De ahí que se haya querido ver en escritores como Gracián un escepticismo que los alejaba de la ontología y los encerraba en la retórica. Y un pesimismo que lo alejaba de la naturaleza humana y lo llevaba al artificio engañoso, maquiavélico. Pero esto no es cierto. Gracián no se centra en el hombre con rechazo de lo natural; busca lo natural en su relación con el hombre, trata de que lo natural tenga relación con el hombre: “Gracián no odia la naturaleza, como se ha llegado a afirmar equivocadamente. Tampoco se comprende por qué Farinelli y otros gracianistas calificaron de pesimista el pensamiento de nuestro autor. Es precisamente su conocimiento profundo del mundo histórico lo que determina la confianza y el optimismo de Gracián en la fuerza y posibilidades del hombre”.¹ Además, esto se dice como si la retórica fuera enemiga de la ontología, y no justamente uno de los caminos que puede encontrar esta, precisamente para ser menos pretenciosa que si discurriera por la senda de la razón lógica.

La lógica tiene dos formas: analítica o axiomática, y tópica o dialéctico-retórica. La primera ha sido peculio de los racionalistas, tiene a la matemática por modelo, y lleva a una ontología formal, totalmente desprovista de contenido. La segunda ha sido peculio de épocas de apertura o de crisis (como el barroco, el romanticismo y el existencialismo), pues no hay diálogo ni persuasión cuando todo es claro y distinto (allí solo cabe deducir mecánicamente a partir de los principios comunes, acep-

¹ E. Hidalgo-Serna, *El pensamiento ingenioso en Baltasar Gracián*, Barcelona, Anthropos, 1993, p. 78.

tados por todos sin discusión), tiene a la retórico-poética por modelo, y conduce a una ontología “material”, no “formal”, es decir, una en la que cuentan los contenidos, sobre todo lo que dé sentido al hombre.

Por eso puede tratarse de una ontología con moldes distintos a los de la modernidad, aquí retóricos y hasta poéticos. Puede presentarse en un poema o en una pieza teatral. Y ahí puede encontrarse. La poesía, entonces, está cargada de ontología, la poética conduce a una metafísica, así como la estética trascendental de Kant conduce a una analítica, también trascendental, y ya en ella surge la posibilidad de una metafísica, más que por arte del símbolo, por la operación simbólica de traslación.

3. QUEVEDO

Sirvan como ejemplo de ello algunos poemas de Francisco de Quevedo, en los que se canta con dolor el paso del tiempo y la cercanía de la muerte. En ellos se ve lo que Machado considera la experiencia más metafísica de todas, la del paso del tiempo, y lo que Heidegger ve como la vivencia ontológica, la de la nada por medio del morir. En expresar ambas cosas (paso del tiempo y cercanía de la muerte), que muestran la historicidad del ente, la temporalidad del ser (ser y tiempo), descollaron los barrocos. Del barroco puede decirse: “En la Historia General de la Cultura el siglo XVII viene a considerarse como la época del barroco. Nota distintiva de esta época es el triunfo de lo dinámico-temporal frente a lo estático-espacial de la época clásica”.² Así pues, oigamos a Quevedo:

Las Aves que, rompiendo el seno a Eolo,
vuelan campos Diáfanos ligeras;
moradoras del Bosque, incultas fieras,
sujetó tu piedad al hombre sólo.
La Hermosa lumbre del lozano Apolo
y el grande cerco de las once esferas

² E. Rivera de Ventosa, “El barroco español dentro de la cultura europea”, *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 16, 1989, p. 89.

le sujetaste, haciendo en mil maneras
círculo firme en contrapuesto Polo.
Los elementos que dejaste asidos
con un brazo de Paz y otro de guerra,
la negra habitación del hondo abismo,
todo lo sujetaste a sus sentidos;
sujetaste al hombre Tú en la tierra,
y huye de sujetarse él a sí mismo.³

En este poema, del que J. O. Crosby dice que, “en un sentido cósmico y metafísico, son casi ilimitadas las posibilidades interpretativas que ofrece”,⁴ se encuentra la idea del hombre como imagen de Dios, y asimismo como imagen de la creación, esto es, como microcosmos. Todo lo sujetó Dios al hombre, incluso las volátiles y ligeras aves. También le sujetó el sol y las esferas celestes, con sus astros, referidos a los dos polos de la tierra, o sea todo el universo. Igualmente le sujetó los elementos de la materia, esos simples que se combinan por la atracción y la repulsión, esto es, por el brazo de la paz y el de la guerra. Incluso le sujetó el negro y hondo abismo, esto es, el vacío, imagen de la nada. Dios mismo sujetó al hombre cuando descendió a la Tierra como Jesucristo, que cautivó (“sujetó”) al hombre por el amor que lo hizo morir por él. Pero el hombre no acepta sujetarse a sí mismo, de manera que se comporte como tal.

Aquí se ve una experiencia metafísica, que prepara para un buen acto de conocimiento ontológico si se sabe llevar a la máxima abstracción. Quevedo nos muestra al hombre como un microcosmos en el cual se encuentran las presencias de todas las cosas, y por ello le están sujetas, ya que las conoce y las domina por la parte de ellas que contiene. Eso hace que pueda tener un conocimiento profundo de todas ellas, como por connaturalidad, porque de alguna manera es todas ellas, desde la materia hasta la criatura angélica. Eso constituye una metafísica viva,

³ F. de Quevedo, *Poesía varia*, ed. J. O. Crosby, México, REI, 1990, pp. 121-122.

⁴ J. O. Crosby, “Comentarios”, *ibidem*, p. 122.

vivencial, y no solo intelectual; es imaginativa, porque el microcosmos es más una imagen que un concepto. Por eso es también un símbolo.

Otro modo de hacerlo es también aportado por Quevedo, en el cual encontramos una mayor insistencia en el elemento religioso, ya que se dirige a un templo muy humilde, a cuya construcción le dice:

¡Qué bien me parecéis, jarcias y entenas,
vistiendo de naufragios los Altares,
que son peso glorioso a los pilares,
que esperé ver tras mi destierro apenas!
símbolo sois de ya rotas cadenas
que impidieron mi vuelta en largos mares;
mas bien podéis, santísimos Lugares,
agradecer mis Votos en mis penas.

No tanto me alegráredes con hojas
en los robles antiguos, remos graves,
como colgados en el Templo, y rotos.
Premiad con mi escarmiento mis congojas;
usurpe al Mar mi nave muchas naves;
débanme el desengaño los Pilotos.⁵

Aquí habla de su destierro, tras del cual esperaba ver jarcias y antenas, y las vio como despojos de naufragios, en los altares, que son peso glorioso a los pilares de los templos. Las jarcias y antenas son símbolos de cadenas rotas, que le impedían la vuelta a ese origen, y hay que agradecer a los padecimientos que tuvo el que pueda hacer los votos que hizo. Los remos no le alegrarán tanto cuando eran ramas que tenían hojas, en los

⁵ F. de Quevedo, *Poesía varia*, p. 169. Saverio Ansaldi habla de una ontología de Quevedo polarizada por la apariencia y la Providencia. Lo que vemos en el mundo es apariencia; pero no se trata de algo accidental a él, sino de algo que le es esencial. Solamente puede traspasarse la apariencia del mundo a través de la colocación de Dios y su providencia divina como el sostén de los acontecimientos (cf. S. Ansaldi, "De l'apparence à la Providence: la question de l'ontologie chez Quevedo", *Revue de Métaphysique et de Morale*, abril-junio de 1999, pp. 173-196).

robles de los que provienen, como rotos y colgados en el templo. Pide que premien sus congojas con el arrepentimiento, para que su nave arrebathe otras naves al mar, e impida que se hundan, con lo que los pilotos de esas naves le deberán el salir de su engaño. Es una alegoría continuada en la que agradece a sus trabajos su desengaño. Es el complemento del soneto anterior, al cual añade que el paso del tiempo, con sus contratiempos, es decir, la vida, fue como un proceloso mar, cuyas tormentas quisieron evitar su vuelta al origen. Pero su escarmiento le impidió naufragar, y ahora quiere compartir su experiencia con otros. Es la experiencia metafísica del paso del tiempo, del transcurso de la vida, que lleva a un punto en el que al final se ansía volver al origen, a lo que Hölderlin llama “la casa paterna”, y que Heidegger recoge con tanto aprecio. Es la experiencia ontológica de la historia como un viaje, y de la muerte como un extraño volver al comienzo.

Ciertamente encontramos en el barroco muchos poemas de desengaño, pero también de amor. A pesar de que también hay muchos poemas de amor que cantan el desengaño que el amante sufre de la amada, se ven algunos en los que hay un himno a la vida, al existir, al ser, y por ello dignos de ser tomados en cuenta para considerarlos filosóficamente. Tal el siguiente de Quevedo:

Después que te conocí,
todas las cosas me sobran:
el Sol para tener día,
abril para tener rosas.

Por mi bien pueden tomar
otro oficio las Auroras,
que yo conozco una luz
que sabe amanecer sombras.
Bien puede buscar la noche
quien sus Estrellas conozca,
que para mi Astrología
ya son oscuras y pocas.

Gaste el Oriente sus minas
con quien avaro las rompa,
que yo enriquezco la vista
con más oro a menos costa.
Bien puede la Margarita
guardar sus perlas en conchas,
que Búzano de una Risa
las pesco yo en una boca.

Todas las bellezas del mundo las ve el poeta en su amada. Es un compendio del mundo, como todo ser humano; pero, sobre todo, es un microcosmos de la belleza, que le hace al poeta la vida rebosante, hermosa, digna de ser vivida. Y aquí, en esta conjunción de belleza y ser, se ve el acuerdo y la armonía que existen entre la poesía y la ontología, el ámbito en el que se tocan y se conectan. El poema continúa con ese tono de gozo:

Contra el Tiempo y la Fortuna
ya tengo una inhibitoria:
Ni ella me puede hacer triste,
ni él puede mudarme un hora.
El oficio le ha vacado
a la Muerte tu persona:
a sí misma se padece,
sola en ti viven sus obras.
Ya no importunan mis ruegos
a los Cielos por la gloria,
que mi bienaventuranza
tiene jornada más corta.
La sacrosanta Mentira
que tantas Almas adoran,
busque en Portugal vasallos,
en Chipre busque Coronas.
Predicaré de manera
tu belleza por Europa,

que no haya Herejes de Gracias,
y que adoren en ti sola.⁶

Se ve tanta alegría y plenitud en el poeta, que da la impresión de estar captando el ser de otra manera, esto es, con la alegría del existir. Ya no es el paso del tiempo que carcome y que lleva a la muerte, sino la alegría que perdura, la cual hace que no se sienta el tiempo, ni se tema la muerte. Es un poema de plenitud, y en ella también es muy dable captar el ser, de manera muy distinta a como se capta por el paso del tiempo, por el recuerdo de la muerte y la presencia del desengaño. Pero es igualmente válido.

4. UN ANÓNIMO SEVILLANO

Tal vez no exista otro poema en el que se conjuguen los temas expresivos del barroco (paso del tiempo, desengaño, muerte...) que en la famosa *Epístola moral a Fabio*, de un anónimo sevillano. Era uno de los géneros poéticos la epístola, y se procuraba que estuviera cargada de enseñanzas filosóficas. En este caso se aclara que es una epístola moral, pero no puede estar exenta de contenidos metafísicos, que son los que precisamente

⁶ F. de Quevedo, *Poesía varia*, 235-236. En dependencia de Gracián, Quevedo usa el concepto para desenmascarar las apariencias, para sobrepasar los accidentes y llegar a la esencia o substancia, para pasar del fenómeno al nómeno: “El ser se puede decir de muchas maneras; pero el conceptismo permite llevar más lejos el análisis: todo lo que yo podría decir del ser agotando el acervo de analogías y dis/analogías será justificado por las relaciones establecidas por el *concepto* entre la substancia y el accidente” (E. Marquer, “Conscience baroque et apparences: le conceptisme de Baltasar Gracián”, en *ibidem*, p. 207). El concepto nos da, pues, transparencia y universalidad. Transparencia al develar la máscara de las cosas; universalidad al hacérsolas conocer en sus analogías, aunque, por ser un universal analógico, nunca tiene toda la claridad deseable: “La universalidad no puede ser dada, y no será jamás transparente, porque la expresión siempre es dependiente de una cierta perspectiva. La comunicación establecida por el *concepto* funciona como una puesta en relación, indefinidamente perfectible, de perspectivas” (*ibidem*, p. 208).

fundan los éticos o morales, primordialmente en ese hecho del devenir, en el que el ser se va hacia el no ser, hacia la nada. En ella se dice:

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
do apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?
¿Qué más que el heno, a la mañana verde,
seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño se recuerde?
¿Será que pueda ser que me desvíe
de la vida viviendo, y que esté unida
la cauta muerte al simple vivir mío?
Como los ríos que en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.⁷

El poeta anónimo recalca la brevedad de la vida, tópico omnipresente en el barroco. La vida dura un día; todos moriremos, llegaremos a la muerte como los ríos llegan a la mar (recordando las coplas de Jorge Manrique). Ese es el dato metafísico en el que se asienta la actitud moral, su misma posibilidad y efectividad. La vida moral nos hace volver la mirada a la fugacidad del tiempo y la cercanía cada vez mayor de la muerte. Sigue diciendo el poeta:

De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo a dicha en la que espero,
sino alguna noticia de mi hado?
¡Oh si acabase, viendo cómo muero,
de aprender a morir, antes que llegue
aquel forzoso término postrero;
antes que aquesta mies inútil siegue
de la severa muerte dura mano,
y a la común materia se la entregue!

⁷ Anónimo, “Epístola moral a Fabio”, en *Epístola moral a Fabio y otras poesías del barroco sevillano*, ed. J. Onrubia de Mendoza, Barcelona, Bruguera, 1974, pp. 41-42.

Pasáronse las flores del verano,
el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano;
las hojas que en las altas selvas vimos
cayeron, ¡y nosotros a porfía
en nuestro engaño inmóviles vivimos!

Nada le ha quedado al poeta de la lozanía, el gozo y la bonanza de la edad pasada. Pide aprender de la vida propia, para estar preparado para la muerte, en la que su cuerpo será reintegrado a la materia universal. Usa el tópico de comparar la vida con las estaciones, y ni siquiera menciona la primavera, de tan pasada que la considera; se fueron las flores del verano, los racimos del otoño y el mismo invierno con sus nieves. Y ni así los hombres salimos de nuestro engaño, consistente en creer que la vida durará para siempre, en vivir como si nunca fuéramos a morir. Esto es lo que rescatamos de ese poema de un cantor que prefirió quedar encerrado en el anonimato.

Y tal es el espíritu del tiempo barroco. Tal es la experiencia metafísica que sus escritores (poetas y pensadores) privilegiaron: la del paso del tiempo, la de la proximidad de la muerte; la de la angustia por lo perecedero, y la de la melancolía o depresión por lo efímero que es todo. Experiencia metafísica del barroco, cantada tan hermosamente por sus poetas, que conmueve nuestras entrañas con la ansiedad ante la vida que se pasa. Nos da, en vivencia, en emoción, en imagen, lo que la metafísica nos dice conceptualmente acerca de nuestro carácter de seres contingentes, limitados y efímeros.

5. OTROS BARROCOS SEVILLANOS

Por otra parte, ha habido algunos tópicos en el barroco que expresan de manera constante las características del espíritu en ese momento: angustia, desengaño, depresión, abajamiento. Si dijimos que la experiencia del paso del tiempo, como quiere Machado, y la del acercamiento de

la muerte, que le es correlativo, y el cual resalta Heidegger, son las vivencias metafísicas por excelencia, en el barroco encontramos muestras fehacientes de estas experiencias profundas del ser, precisamente por aquello que lo menoscaba, lo corroe y lo arruina, acaba con él: el tiempo y la muerte. Uno de estos tópicos, al menos en la poesía barroca española, más precisamente andaluza (sevillana), es el de las ruinas de Itálica, al igual que otras ruinas de antiguas civilizaciones, tanto la griega como la romana e incluso la atlántida.

El primero es Rodrigo Caro (1573-1647), en su *Canción a las ruinas de Itálica*, que empieza así:

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
colonia fue. Por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla y lastimosa
reliquia es solamente.⁸

Sigue enumerando y detallando las glorias de esa ciudad, representativa de una civilización, la romana, colonia fundada por Escipión:

De su invencible gente
solo quedan memorias funerales,
donde erraron ya sombras de alto ejemplo.
Este llano fue plaza, allí fue templo;
de todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas,
leves vuelan cenizas desdichadas.
Las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron.

⁸R. Caro, "Canción a las ruinas de Itálica", en *ibídem*, pp. 147-149.

No se puede dibujar una imagen más desolada y desoladora. Todo lo que fue grandeza, riqueza y fausto es ahora ceniza. Contrasta la vida que suponen el gimnasio y “las termas regaladas” con las cenizas leves que solo vuelan ahora de ellas. Igual nos pasa al saber de unas soberbias torres, que sucumbieron al paso del tiempo con gran desastre.

Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo!, representa
cuánta fue su grandeza y es su estrago.

Todo lo que se ve, la misma ciudad en ruinas, es representación del paso de la historia (“¡oh fábula del tiempo!”), y la grandeza de la ruina habla de la grandeza de la construcción, del edificio.

Todo desapareció: cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo;
mas aun el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros a los ojos,
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Es muy vívida la expresión de Caro: incluso el tiempo sigue dando espectáculos de sí mismo en los despojos que quedan, y espectáculos muy elocuentes (“fieros a los ojos”). Enumera a algunos varones ilustres, que fueron césares; pero de todos ellos, de sus casas, riquezas, etc., solo queda con trabajos la memoria. El poeta exclama:

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruidas,
mira mármoles y arcos destrozados,
mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,

y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.
Así a Troya figuro,
así a su antiguo muro,
y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas,
¡oh patria de los dioses y los reyes!
Y a ti, a quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sabia Atenas,
emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades,
que no os respetó el hado, no la muerte,
¡ay!, ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

Ni sabiduría ni poder fueron bastantes para evitar la caída de esas ciudades, de esas culturas; lo mismo que pasó a Itálica. Al poeta le hacen fuerza los imaginados lamentos de los habitantes de la vencida urbe, que morían en una perdición inevitable, con la caída de su poderío bélico. Todo fue destruido, y todavía los fantasmas de la gente gimen, así como las ruinas lloran el esplendor perdido:

Mas, ¿para qué la muerte se derrama
en buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente.
Que aun se ve el humo aquí, aun se ve la llama,
aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio o religión fuerza la mente
de la vecina gente,
que refiere admirada
que en la noche callada
una voz triste se oye que, llorando,
“Cayó Itálica”, dice: y lastimosa
Eco reclama “Itálica” en la hojosa
selva que se le opone, resonando
“Itálica”, y al caro nombre oído
de Itálica, renuevan el gemido
mil sombras nobles en su gran ruína.

Es decir, el mejor argumento para ver el dolor es el presente mismo, lo que nos ocurre a cada día, lleno de pesares y de llanto. La gente sencilla, que vive en los alrededores de las ruínas, escucha como en sueños los gritos de su destrucción, y se conmueve, llena de piedad. Pero la principal prueba del paso del tiempo y de la muerte se encuentra en lo que se muestra ante la vista.

Curiosamente, hay más poetas que abordaron el canto de estas ruínas famosas. Así tenemos a Francisco de Rioja (1583-1659), quien tiene un soneto a Itálica, que así dice:

Estas ya de la edad canas ruínas,
que aparecen en puntas desiguales,
fueron anfiteatro, y son señales
apenas de sus fábricas divinas.
¡Oh a cuán mísero fin, tiempo, destinas
obras que nos parecen inmortales!
Y temo, y no presumo, que mis males
así a igual fenecer los encaminas.
A este barro que llama endureciera
y blanco polvo humedecido atara,
¡cuánto admiró y pisó número humano!
Y ya el fausto y la pompa lisonjera
de pesadumbre tan ilustre y rara
cubre yerba y silencio y horror vano.⁹

Este soneto de Rioja es un resumen de la canción de Caro. En compendio retrata la ruina de su anfiteatro, sus templos, sus calles, su riqueza. Reclama al tiempo que con su paso destruye las cosas y las reduce a nada. Es la vivencia metafísica del paso del tiempo por el ser, el andar de la historia por el camino del mundo humano, y la llegada de la muerte a aquellos que se sentían más seguros. El barroco se ve trabajado interiormente por esta vivencia avasalladora del horadar del ser por el tiempo. Ser y tiempo, tiempo y ser, parecen ser las vivencias fundamentales del hombre.

⁹ F. de Rioja, "A Itálica", en *ibídem*, p. 369.

También encontramos otro soneto a Itálica de Pedro de Quirós (+1667), que exclama así:

Itálica, ¿dó estás? Tu lozanía
tendida yace al peso de los años.
¿Quién a la luz que dan tus desengaños
en la sombra veloz del tiempo fía?
Cedió tu pompa a la fatal porfía
de tirana ambición de los extraños;
mas hízote el ejemplo de tus daños
libro de sabios, de ignorantes guía.
Mal dije; no humilló tus torres claras
tiempo ni emulación con manos fieras;
que, a resistirte, de los dos triunfaras.
Tu morir fue deber; que si hoy vivieras,
ni a tus héroes más triunfos les hallaras,
ni del mundo en el ámbito cupieras.¹⁰

Aquí vemos cómo Quirós pone de relieve la lozanía de Itálica, famosa en otro tiempo, y ahora acabada. Es luz de desengaños, que nos hace no fiarnos de la sombra del tiempo. Y es que en su misma postración, en su derrumbe, es libro para que prosperen los sabios, para que los ignorantes aprendan el camino. Hermosamente se corrige el poeta: dijo mal, no se trata de que Itálica haya caído por la obra del tiempo o por la envidia de sus enemigos, sino que cayó por cumplir con su deber, pues con su muerte nos da en qué pensar, nos adoctrina, y si no hubiera muerto, ni sus héroes podrían tener más triunfos, ni su fama apenas cabría en todo el mundo.

6. BALANCE DE INFLUENCIAS

En el barroco, a pesar del desengaño y del escepticismo, hay un ansia de universalidad, incluso de infinitud; solo que, mientras que en las demás

¹⁰ P. de Quirós, "A Itálica", en *ibidem*, p. 411.

partes de Europa es un infinito que se quiere atrapar en cálculos matemáticos *à la* Leibniz, en España es un infinito que se capta con la vida, el anhelo y la pasión. Allí se contrarresta la presencia de algo tan individual como la muerte, que le da finitud al ser. Tanto en la versión conceptista del barroco como en la culterana. El culteranismo es tal por beber en las fuentes de la cultura clásica, sobre todo mitológica, con una gran erudición, como la que mostró Góngora.

Ahora bien, si desde la historia literaria Góngora es una situación límite, desde el interior de la filosofía es el *poeta metafísico* de la época. Su poema *Polifemo* quiere sensibilizar el afán humano de infinitud en toda su belleza y monstruosidad. Estas notas, tan relevantes en el poema, ponen en claro el intento de Góngora de lograr una armónica unidad entre elementos tan dispares como el luminoso y oscuro, lo bello y lo feo.¹¹

En el otro extremo está Quevedo. Filosóficamente, él buscó apoyo en el estoicismo (Séneca y Tácito). Por su parte, Gracián alimentará a pesimistas como Schopenhauer, el cual —con su traducción— lo transmite a Nietzsche. Junto con el conceptismo de Quevedo y Gracián, y el culteranismo de Góngora, está el simbolismo de Calderón de la Barca. “Dos momentos se deben distinguir en este simbolismo: el momento en el que el hombre concreto adquiere tal carácter tipológico que le transforma en símbolo de su pueblo y el momento en que el símbolo encarna directamente la idea”.¹² Ejemplo del primer momento es *El alcalde de Zalamea*, drama en el que Pedro Crespo se convierte, de alcalde de un pequeño pueblo de Extremadura, en prototipo o símbolo de la grandeza del alma. Ejemplo del segundo momento es *La vida es sueño*, drama en el que Segismundo no es un personaje, sino una idea viviente de la filosofía cristiana de la libertad frente a la filosofía estoica del hado o destino, a la que se somete el rey Basilio.

¹¹ E. Rivera de Ventosa, “El barroco español dentro de la cultura europea”, p. 91.

¹² *Ibíd.*, p. 94.

En una confluencia de lulismo y suarecianismo, Sebastián Izquierdo reconoce la presencia de la analogía entre las cosas. Es la base para su Ciencia Universal, antes que Descartes y Leibniz. El punto de partida de su concepción es la vuelta a la contemplación de la armonía cósmica que liga todas las cosas entre sí. En línea con una antigua tradición que inicia el pitagorismo y que cultiva durante siglos el platonismo, Izquierdo enuncia este principio de la simpatía de las formas, raíz de la admirable analogía existente entre ellas: “Quidlibet esse in quolibet et cuncta in omnibus reperiri”.¹³ Esta conexión metafísica de los seres exige, según Izquierdo, una *ciencia universal*. Esta debe hacer ver los nexos íntimos de la gran armonía del Universo.¹⁴

Y ese sustrato metafísico subyace y nutre al barroco filosófico.

7. CONCLUSIÓN

La enseñanza que nos da el barroco, en cuanto al tema de la relación entre poesía y metafísica, es que la presencia de la metafísica en lo poético no necesita ser explícita, técnica y formal, sino que puede muy bien encontrarse en estado atemático y virtual, como algo que conviene procesar y elaborar, alambicar y destilar para llevarlo a la esencia metafísica u obtener a partir de él la sustancia sutil de lo ontológico. En los poemas considerados vemos que se encuentra una experiencia profunda del ser, expresada no en términos técnicos filosóficos, ni en fórmulas abstractas ni en categorías depuradas. Pero en lo que se dice de la vivencia natural y humana de lo metafísico se encuentra una entraña viva, fecunda y rica, que depara contenidos dispuestos para la elaboración filosófica del metafísico.

¹³ S. Izquierdo, *Pharus scientiarum*, Lugduni, 1659, vol. II, p. 360: “Todo ser se encuentra en cualquier otro, y todo en todos”.

¹⁴ E. Rivera de Ventosa, “El barroco español dentro de la cultura europea”, pp. 102-103.

Pero eso es lo principal, lo más decisivo: que aprendamos a ver lo metafísico en lo poético, en su estado poético, esperando ser llevado a su estado metafísico; ello nos enseñará a atender lo más posible a la poesía en el quehacer filosófico, señaladamente al buscar elementos para el edificio metafísico, que siempre tendrá el carácter de construcción no completamente sistemático, de tipo castillo o fortaleza, o palacio, sino de choza o cabaña cordial, provisoria, apenas afuera de las cavernas.

LA CIUDAD DE MÉXICO A TRAVÉS DE MIS SIGLOS*

Margo GLANTZ

1

Cuando en 1953 me fui a París donde pasé cinco años, mi ciudad de México terminaba en la avenida Insurgentes Sur, a la altura de Barranca del Muerto. Allá lejos, los espacios verdes, muy arbolados; en el horizonte, las montañas vírgenes, no había signos de vida citadina en el Ajusco; más abajo, cerca de Chimalistac, el pastoril entorno donde Santa, la protagonista “nefanda” de la novela de Federico Gamboa, que acaba de cumplir 100 años de publicada, exhibía su “juvenil e inocente belleza”, antes de ser precipitada “en el infierno”: las formaciones de lava del Pedregal, donde la joven es “violada salvajemente” [*sic*] para luego ser trasladada al centro de la ciudad como pupila de la casa de prostitución de Elvira. Una vez allí, como todos los capitalinos de ese entonces, pero no a pie sino en elegante carruaje tirado por caballos —un 15 de septiembre—, se dirige al Zócalo, va a celebrar el Día de la Patria, a oír el Grito, ceremonia que al comenzar el siglo XX tuvo a su cargo don Porfirio Díaz. Civilización y barbarie a la vuelta de la esquina, campo y ciudad, una combinación casi desaparecida: el paisaje arcádico junto al paisaje salvaje, la ceremonia cívica, los juegos eróticos, la prostitución, el fervor popular:

A espaldas del carruaje, los portales de Mercaderes truncos y asimétricos por El *Centro Mercantil* terminado casi y que en los pisos concluidos ya, ha derrochado las lamparillas incandescentes. A la diestra la vetusta casa de ayuntamiento, la “Diputación”, también encortinada y alumbradísima, sin

* Leído en la sesión ordinaria del 14 de octubre de 2004.

lograr borrarse las arrugas y el sombrío aspecto que le prestan los años, maciza, ingrata, anacrónica. A su frente, limitando al norte la extensa Plaza... la Metropolitana, monumental, eterna, imponente, erguidas sus torres, grises sus muros, valiente cúpula, formidable en su conjunto de coloso de piedra, inmovible al que no arredran ni el tiempo ni los odios, luce igualmente faroles y colgaduras, todo arcaico, a la antigua todo, los faroles de aceite, las colgaduras desteñidas, venerables, olientes a incienso. A su lado, el Sagrario, en su perpetuo y desgraciado papel de pegote churrigüesco.

Por donde quiera vendimias, lumbraradas, chirriar de fritos, desmayado olor de frutas, ecos de canciones, fragmentos de discursos, arpegios de guitarra, lloro de criaturas, vagar de carcajadas, siniestro aleteo de juramento y venablos; el hedor de la muchedumbre, más pronunciado, principio de riñas y final de reconciliaciones; ni un solo hueco, una amenazante quietud, el rebaño humano apiñado, magullándose, pateando en un mismo sitio, ansioso de que llegue el instante en que vitorea su independencia... Y, pausadamente, el reloj de Palacio y el de catedral rompen juntos ese silencio, primero con cuatro campanadas lentas —los cuatro cuartos de hora— después con once, que nacen con idéntica lentitud mecánica, no bien han nacido, cuando, todo a un tiempo, se enciende el balcón histórico, el de barandal de bronce, y dentro de un óvalo de rayos eléctricos surge el presidente de la república...

Y de todos los labios y de todas las almas, brota un grito estentóreo, solemne, que es promesa y que es amenaza, que es rugido, que es halago, que es arrullo, que es epinicio:

—¡Viva México!

Y un siglo después, justo un siglo después, paso por el centro, repleto de bicitaxis y de camiones y de coches y de hombres y mujeres vestidos de jeans, ha cambiado el sentido de las calles, hay que rodear la catedral, construida en la Plaza donde estuvo alguna vez el Templo Mayor, catedral construida durante dos siglos, el XVII y el XVIII, catedral siempre maciza, cada vez más hundida, más deteriorada, con su interior hasta hace muy poco oculto por andamios: el taxista que me conduce se impacienta, suena el claxon, los otros taxistas bajan de los coches, se asoman, vuelven a meterse y a sonar el claxon, me duelen los oídos, la plaza se oscurece, ya pronto va a llover; hay soldados deteniendo el trán-

sito, todo inmóvil, menos el sonido; otros soldados aparecen caminando marcialmente, son alrededor de seis, llevan la bandera para colocarla en medio de la plaza, nuestro símbolo patrio, una bandera mugrosa, arrugada... La plaza enorme y sucia, con gente acampada y con letreros, ¿los electricistas, los maestros, Antorcha Campesina?, construcciones de plástico, tablados, la bandera que ya ondea, adornos que en breve serán incandescentes y representan a los padres de la patria, así con minúscula, disminuida, con una catedral que zozobra y anuncia un jubileo, el del Milenio, al lado, el Sagrario, ese “pegote churrigueresco” cada vez más sucio y majestuoso, cadenas tricolores cuelgan de los edificios aledaños, en los portales los puestos de banderas, banderitas y trompetas. Atrás, el agujero del Templo Mayor. Doy la vuelta; entro por Cinco de Mayo, veo las tiendas donde eternamente se venden trajes de novia, en la calle de Cuba, edificios antiguos, puestos ambulantes, tiendas de zapatos, los ultramarinos de “La Europea” y en Donceles, frente a una casa antigua de tezontle, de la época colonial quizá, un camión de basura: hay un depósito, la calle se atranca, fruta podrida, cartones, periódicos y olores nauseabundos.

2

Antes de irme a París cené con amigos en un restorán de carnes al carbón en cuyo letrero luminoso, aún de neón, se leía “Restorán Pepito’s”. Había solo un Sanborns, la Casa de los Azulejos en Madero y una cadena de restaurantes que prefigurarían los Vips y que entonces se llamaban los Kiko’s ¿con apóstrofe? Y en 1925, cuando mis padres llegaron, la ciudad terminaba en la calle de Coahuila 123 y uno podía recorrerla a pie o en alguno de los camioncitos cuyos cobradores gritaban en todas las esquinas los itinerarios, “Roma Mérida”, “Roma Mérida”, aunque hubiera bastado ver los colores abigarrados con que los pintaban para saber cuál de ellos lo llevaba a uno a su destino, también cercano, a bordo de los múltiples tranvías de color amarillo congo que cruzaban la ciudad. Con

estas palabras comienza su novela *El desquite* Mariano Azuela: “La enorme plasta de asfalto flanqueada de bosque, silbatos, arbotantes, ruedas, peatones, edificios y campanillazos, vertiginosamente inversa, se detuvo en la parada de Soto”.

La ciudad de México crecía por entonces, a ella habían llegado muchas familias provincianas ahuyentadas por la Revolución, como bien puede verse en las novelas que Mariano Azuela escribió cuando ya vivía en la capital. En 1925 el centro estaba lleno de señoras elegantes con piel de zorro al cuello, con sombreros de fino velillo que caía coquetamente sobre el rostro, zapatos y bolsa haciendo juego, cejas depiladas y labios muy rojos; y cuando cantaban, las mujeres tenían la voz aguda y clarita, la voz de las mujeres abnegadas y dulces, Esmeralda y la argentina Libertad Lamarque; desentonaba Lucha Reyes, aguardentosa y dispuesta siempre a la revancha; más tarde, Chavela Vargas, sensual y trágica, cantaba en los años sesenta, cerca de donde estaría más tarde el metro Insurgentes, y luego Chavela volvió a cantar; era la década de los noventa, en “El Hábito”, invitada por Jesusa Rodríguez; los muchachos de antes iban trajeados y ensombrerados, de Sonora a Yucatán se usaban sombreros Tardán y se bebía cerveza Corona; ¿no decía Salvador Novo que “20 millones de mexicanos no podían estar equivocados”? Tres cuartos de siglo más tarde, somos casi 100 millones de mexicanos y la ciudad, ella solita, tiene ya casi sus 20 millones de mexicanos. En las calles de la Merced, el viejo mercado con su bello convento colonial, los indios usaban calzón de manta blanca y sombrero de palma y a su lado iban las mujeres con rebozo de bolita, trenzas y enaguas o con vestidos brillosos color rosa mexicano, como en las películas de Eisenstein; abundaban los niños callejeros, los mendigos, los perros sarnosos y los tamemes que cargaban sus enormes bultos o que en épocas de lluvia transportaban sobre su lomo a los niños o a las mujeres de clase media cuando la ciudad se inundaba y las calles enlodadas eran como ríos; por Corregidora o Jesús María, junto a los cajones de ropa, había puestos de fruta o de verduras frescas colocadas en perfecto equilibrio como en

el famoso cuadro de Olga Costa. En expendios que aún existían en la década de los cuarenta se vendían las famosas gelatinas Rosita, amarillas y temblorosas, y unas natillas líquidas avainilladas que se asocian en mi mente con el tepache, una bebida ahora poco frecuente, vendida en los puestos callejeros de San Cosme, al lado de Mascarones, casona del siglo XVIII con sus hermosos estípites, donde por entonces se alojaba la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Magna Casa de estudios, la Universidad Nacional Autónoma de México.

Al final de la Semana Santa, el sábado, la ciudad se llenaba de Judas y del sonido atronador de las matracas que con su estruendo creían poder abrir las puertas de la Gloria, mientras se abrían de par en par los enormes portones de las iglesias, la del convento de Jesús María o la de la iglesia de Popotla, al lado del árbol de la Noche Triste, donde lloró Cortés su derrota, en el antiguo reino aliado de Tacuba, desde donde salió para recuperar sus fuerzas rumbo a Tlaxcala. En la iglesia de Regina, lóbrega y brillante, los sanguinolentos cristos de caña me miraban con sus ojos de cristal, cuando acompañaba a misa a mi nana. Las hileras de enormes judas colgados en los hilos del telégrafo empezaban a estallar, algunos curas daban su mano a besar y los niños los miraban asustados.

Entonces el Centro era verdaderamente el Centro y era uno solo, un solo Centro, alrededor del cual se había edificado la ciudad, esa ciudad que conocemos, la que mandó construir Cortés y que ahora llamamos por no decir otra cosa, el Centro Histórico. De la otra, de la ciudad prehispánica, nos dan noticia las excavaciones del Templo Mayor, su Coyolxauqui, su Casa de las Ajaracas, su Zompantele, con sus cráneos colocados en un altar simétrico de varios pisos, repleto de escalinatas, sus caballeros águila, sus gigantescos caracoles de piedra basáltica.

Walter Benjamin explica su plan de trabajo para recuperar París, la capital del siglo XIX: “De tal forma que a través de las ruinas de los grandes edificios la idea de su plan arquitectónico hable de manera más impresionante que a través de los edificios menos grandiosos, aunque estén perfectamente conservados”.

3

En la colonia Condesa, que cuando yo era chica era un hipódromo, se inauguró en 1947 la primera gran tienda departamental norteamericana, Sears; al día siguiente algunas amigas, las hijas de un político de esa época, llegaron a la Facultad de Filosofía vestidas como gringas. En el Centro, perfectamente establecidos desde principios de siglo, los grandes almacenes franceses mostraban las últimas novedades de la moda, El Puerto de Liverpool, El Palacio de Hierro, El Centro Mercantil (en construcción mientras Gamboa escribía *Santa*) y La Ciudad de México. En Palma, cerca de Venustiano Carranza, que a lo mejor todavía se llamaba Capuchinas, porque allí estaba el convento de las monjas de esa orden, íbamos a Armand donde invariablemente se compraban las mejores telas importadas y los más elegantes botones de México. Mi madre, al regreso de un viaje que hizo a Nueva York, me trajo un vestido que inauguraba el famoso “new look”, impuesto por Christian Dior después de la guerra: faldas largas y acampanadas, la cintura muy apretada, tacones altos, zapatos puntiagudos, menos maquillaje y las cejas sin depilar.

Un fourierista francés se ocupaba en el siglo XIX de la sección de ciencias naturales en una revista parisina y frívola, su zoología coloca al reino animal bajo el cetro de la moda. Considera a la mujer como la mediadora entre el hombre y las bestias. En cierta forma, dice, es la decoradora del reino animal que en cambio deposita a sus pies sus plumajes y sus pieles. Sin comentarios.

Antes de la Segunda Guerra los almacenes alemanes Bocker vendían los mejores productos de tlapalería de la ciudad, esos productos que ahora se venden en una casa Bocker disminuida, en muchas de las tlapalerías de las diferentes colonias y sobre todo en los Wal-Mart, convenientemente distribuidos en sitios estratégicos de la ciudad, o también al lado del periférico, por ejemplo los Price Club o el Sam's . En la Merced, en cambio, las cosas se vendían (aún se venden) al mayoreo o al menudeo, abundan y abundaban los cajones, esas tiendas de antigua prosapia colonial, donde se instalaron hacia 1920 los inmigrantes judíos, algunos to-

davía ejerciendo su oficio de aboneros, otros produciendo ellos mismos la mercancía que vendían, aunque luego emigraron a la colonia Hipódromo cerca del Parque España y del Parque México.

Destruído en el primer tercio del siglo XIX, el mercado del Parián estaba en lo que sería después el Zócalo. El México de los años treinta del siglo XX era a la vez muy semejante al México decimonónico y hasta a la ciudad colonial construida por los españoles. Guillermo Prieto, en *Memorias de mis tiempos*, describe esa zona de la capital, hacia 1840:

Por aquel tiempo se ordenó y llevó a cabo la demolición del Parián, grande cuadrado que ocupaba toda la extensión que hoy ocupa el Zócalo, con cuatro grandes puertas, una a cada uno de los vientos, y en las caras exteriores, puertas de casas o tiendas de comercio. En el interior había callejuelas y cajones como en el exterior y alacenas de calzados, avíos de sastre, peletería, etcétera.

En un tiempo los parianistas constituían la flor y la nata de la sociedad mercantil de México, y amos y dependientes daban el tono de la riqueza, de la influencia y de las finas maneras de la gente culta.

La parte del edificio que veía al palacio la ocupaban cajones de fierros, en que se vendían chapas y llaves, coas y rejas de arado, parrillas y tubos, sin que dejaran de exponerse balas y municiones de todos calibres, y campanas de todos tamaños. Al frente de catedral había grandes relojerías..., la contraesquina de la primera calle de Plateros y frente al portal la ocupaba la gran sedería del señor Rico, en que se encontraban los encajes de Flandes, los rasos de China, los canelones y terciopelos, y lo más rico en telas y primores que traía la nao de China... En el interior, principalmente, los cajones de ropa eran de españoles...

Los siglos se encabalgan, la Colonia, el México independiente, el porfiriato, la ciudad posrevolucionaria, la modernidad: El *art nouveau* (la Reforma, la colonia Juárez, Santa María la Ribera), el *art déco*: Bellas Artes, el Monumento a la Revolución, el edificio Guardiola, y poco a poco la Hipódromo-Condesa, Anzures y Polanco, con el funcionalismo: la casa de Diego Rivera en Altavista, Juan O’Gorman.

4

En el Salón México las muchachas bailaban con los pachucos; iban vestidas como sus patronas, es decir, como Lauren Bacall el día en que se encuentra con Humphrey Bogart en alguna película con argumento de Chandler. Yo recuerdo el Waikiki, mucho más elegante. Azuela narra en *La marchanta* la historia de Santiago, un fuereño que al llegar a la capital frecuenta los cabaretes de moda, tratando de conquistar a una actriz de cine:

Vocerío, retintín de cristales, chirrido de sillas, risas, rumores y los acentos ahogados de la orquesta lo tenían embobado[...]. Lujosos trajes de noche, smokings negros, blancas pecheras, telas policromadas servían de fondo a la carne viva y palpitante. El neón sabiamente distribuido ponía luciérnagas en los endrinos ojos, Carey o Llamas en los peinados y alabastro en las sedosas nuca, en los combos pechos, en los brazos y piernas modelados a torno y en espaldas como ánforas... El cabaret, la mujeres, los grandes candiles, los muros revestidos de cristales que lo agrandaban todo al infinito le seguían dando vueltas en la cabeza...

Las veladoras cerca de Garibaldi, ponche de granada y tequila con sangrita, mariachis y José Alfredo Jiménez, “Ella” y yo, nosotros, desgarrados, de cabaret en cabaret, muchas noches a mitad de la semana, el Esmirna, cerca de San Juan de Letrán, hoy Eje Central Lázaro Cárdenas, el Blanquita, el Tenampa, los toques eléctricos mientras se echaba uno su tequila y los mariachis cantaban, el mercado, dulce de tejocote, más sangrita y más tequila. El Salón México, el Waikiki, el Eco, luego Uru-churtu, la vida se tranquilizó, se volvió ¿más sana?

5

Cuando estudiaba en la Escuela Nacional Preparatoria, en 1945, todavía en San Ildefonso, y las clases comenzaban a las siete de la mañana, nos desayunábamos en los cafés de chinos del barrio, en la Plaza del Carmen, tomábamos café turco en el café de los griegos de la calle de Argentina o

coqueteábamos con los muchachos que estudiaban leyes cerca de la Secretaría de Educación. Un día nos fuimos de pinta varias compañeras al cine Regis donde exhibían *El diablo en el cuerpo* de Claude Autant Lara, con Gerard Philippe y Micheline Presle, una película erótica prohibida a menores de 21 años. Sí, allí estaban los baños turcos, el hotel, el cine y el café Regis, luego se cayeron con el terremoto de 1985; enfrente, todavía, el hotel del Prado con los frescos de Diego Rivera, como allá en la Prepa los de Orozco, mientras por los pasillos caminaban los porros, los fósiles, las muchachas y los estudiantes grababan con navaja “Te amo, Rosita” sobre las pinturas: hubo muchas huelgas durante el sexenio de Miguel Alemán, de 1946 a 1952, ese sexenio en que la ciudad empezó a modernizarse. Al fondo de la avenida Juárez, al lado del paseo de la Reforma, imparable, el Monumento a la Revolución.

El Monumento de la Revolución, explica Azuela en *Nueva burguesía*, se levanta sobre cuatro colosales patas de cemento y hierro, cuatro arcos escuetos sostienen su gigantesco casco de acero. En la base de la cúpula, en cada uno de sus ángulos, sobresalen en altorrelieve bloques de concreto, cuerpos masudos, cabezas aplastadas, caras cuadrangulares y manos como sapos monstruosos acariciando barrigas repletas a reventar. Molesta un poco su simbolismo cruel; pero su bestialidad es casi sublime. Hay que convenir en que la interpretación ha sido un acierto, y desde muchos puntos de vista, genial.

Cerca del edificio Guardiola había uno colonial que albergaba el museo de las enfermedades venéreas, adonde nos llevaba nuestro profesor de Higiene Mental en 1946: estábamos en segundo año de preparatoria, nos daban clases en el enorme auditorio de la Preparatoria Nacional, situada en el antiguo colegio de los jesuitas, San Ildefonso, hoy un gran museo. El auditorio estaba lujosamente amueblado con la sillería barroca de la iglesia de San Agustín, en las paredes enormes cuadros de grandes dignidades eclesiásticas que nos miraban severamente mientras el profesor nos hablaba de la sífilis, la gonorrea, enfermedades secretas como se leía en los enormes rótulos que colgaban de algunos balcones de la calle

de San Juan de Letrán, hoy Eje Central Lázaro Cárdenas. El edificio, que contenía maquetas de cera exhibiendo con impudicia las deformaciones producidas por la sífilis, se convirtió luego en el museo de las artesanías, con el mapa de la República y sus producciones artesanales pintado por Miguel Covarrubias, en la pared principal, enfrente de la entrada. Junto estaba el cine Alameda, cuyo techo era un enorme cielo raso pintado de azul con estrellitas que no dejaban a los espectadores concentrarse en las películas. Los edificios de esa acera siguen cerrados; no han podido recuperarse del terremoto del 85. Atravesábamos la calle, casi no había tráfico, y nos quedábamos un rato mirando el Hemiciclo a Juárez mientras los sinarquistas coronaban al prócer con una capucha negra, para castigarlo por haber escindido a la Iglesia del Estado, o quizá no fueron ellos los que así lo castigaban sino Rafael Bernal, el novelista, el autor de *El complot mongol*, excelente novela bastante reaccionaria: los fotógrafos callejeros nos retrataban y luego nos vendían “una foto instantánea”.

6

La ciudad estaba muy politizada en la década de los cincuenta, los estudiantes íbamos a mítines estruendosos en los que Vicente Lombardo Toledano, elegantemente vestido, pasaba largas horas explicando la lucha de clases y las tácticas necesarias para derrocar al capitalismo. Entonces se veneraba al padrecito Stalin que, como lo anunció el *Últimas Noticias*, alzó los tenis por esos años. Para reforzar nuestra politización incipiente íbamos a una sede del partido comunista atendida por la cubana Teresita Proenza, quien luego pasó largos años en la cárcel en la Cuba de Fidel; allí exhibían en salas improvisadas las grandes películas del expresionismo ruso, sobre todo *El acorazado Potemkin* e *Iván el Terrible*. No sé si al mismo tiempo, es decir, antes de irme a Europa o cuando regresé de Francia, frecuentábamos el cine club del IFAL (Instituto Francés para América Latina), dirigido por Jomi García Ascot, entonces como ahora estaba en la calle de Sena, en la muy hermosa (por esos días) colonia

Juárez, justo enfrente de lo que luego sería la famosa Zona Rosa (ahora zona de derrumbe) donde siempre se exhibía *Tiempos Modernos* de Charlie Chaplin, película que invariablemente sustituía a la que estaba programada. A mi regreso de París, presentaba la película o se disculpaba por volverla a presentar “la Bruja” González de León, muchas veces acompañado de Manuel Michel, ambos estudiantes de cine en la Ciudad Luz cuando yo también estudiaba allí.

Los espacios son inventados por la memoria que inventa trucos y clasifica los recuerdos y los confunde en un tiempo impreciso durante el cual la ciudad serena, transparente, caminable, se va convirtiendo en la ciudad de los viaductos y los coches, una ciudad degradada que con sus ambulantes y la contaminación ha dejado de ser para siempre la región más transparente del aire.

Ya *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco son de los finales de los años 1940:

Me acuerdo, no me acuerdo: ¿qué año era aquel? Ya había supermercados pero no televisión, radio tan solo: las aventuras de Carlos Lacroix, Tarzán, El Llanero Solitario, La Legión de los Madrugadores, Los Niños Catedráticos, Leyendas de las calles de México, Panseco, el Doctor I.Q., la Doctora Corazón desde su Clínica de almas. Paco Malgesto narraba las corridas de toros, Carlos Albert era el cronista de fútbol, el Mago Septién transmitía el beisbol. Circulaban los primeros coches producidos después de la guerra: Packard, Cadillac, Buick, Chrysler, Mercury, Hudson, Pontiac, Dodge, Plymouth, De Soto. Íbamos a ver películas de Errol Flynn y Tyrone Power, a matinés con una de episodios completa: *La invasión de Mongo* era mi predilecta. Estaban de moda *Sin ti*, *La burrita*, *La rondalla*, *La múcura*, *Amorcito corazón*[...]

Fue el año de la poliomielitis: escuelas llenas de niños con aparatos ortopédicos; de la fiebre aftosa; en todo el país fusilaban por decenas de miles reses enfermas; de las inundaciones: el centro de la ciudad se convertía en laguna, la gente iba por las calles en lancha. Dicen que la próxima tormenta estallará el Canal del Desagüe y anegará la capital. Qué importa, contestaba mi hermano, si bajo el régimen de Miguel Alemán ya vivimos hundidos en la mierda.

Con mi hermana y mis amigas jugábamos a contar Cadillacs al salir de la escuela, comíamos unos chocolates redondos rellenos de cajeta, recargadas en la gran estatua *art déco* que representa en el parque México a una mujer desnuda cargando unos cántaros, estatua que ahora apenas se ve. El primer novio que tuve a los 17 años tenía un Dodge de dos puertas: mis amigas, mis hermanas y mis padres me instaban a casarme con él, ¿acaso en ese tiempo la gente tenía coche? Después de la guerra, en 1945 o 1946, a mi hermana menor le dio la fiebre aftosa: pero ya empezaba a circular por ese entonces la penicilina.

Quizá si mi novio hubiera tenido un Cadillac y no un Dodge me hubiera casado con él: eran muy elegantes, acharolados, con el cofre inmenso y sus puntas retorcidas como de cama antigua, una especie de dosel. Me imagino que, en la famosa novela que Martín Luis Guzmán escribió cuando vivía exilado en Madrid, Rosario, la novia del general Aguirre, se convierte en su amante, un día asoleado, enturbiado de pronto por la lluvia, mientras el chofer del político los sigue a vuelta de rueda y vigila a los enamorados que pasean a pie por la calzada: la lluvia los obliga a refugiarse dentro del coche, y a usar sus mullidos sillones como cama. Nos lo cuenta en *La sombra del caudillo* Martín Luis Guzmán:

El Cadillac del general Ignacio Aguirre cruzó los rieles de la calzada de Chapultepec y, haciendo un esguince, vino a parar junto a la acera, a corta distancia del apeadero de Insurgentes... A esa misma hora esperaba Rosario, bajo las enhiestas copas de la calzada de los Insurgentes, el momento de su cita con Aguirre... Ignacio Aguirre la contempló a lo lejos; trascendía de ella luz y hermosura. Y sintió, conforme se acercaba, un transporte vital, algo impulsivo, arrebatado, que de su cuerpo se comunicó al Cadillac y que el coche expresó pronto, con bruscas sacudidas, en la acción nerviosa de los frenos...

7

En 1958, como ya lo dije, regresé de Europa. En París estudié las crónicas de los viajeros que habían venido a México durante los 20 años cru-

ciales y revueltos que contemplaron dos intervenciones extranjeras (la norteamericana y la francesa, de 1847 a 1867). Gracias a ellos, redescubrí mi ciudad, a la que desde entonces miré de manera diferente, al final de las calles del Centro o de las colonias por las que me iba llevando la vida cotidiana se veían las montañas y sobre todo los volcanes, esos volcanes que los turistas o comerciantes extranjeros describían con asombro y desconcierto para luego hacer bocetos minuciosos en sus cuadernos de dibujo o en sus diarios de viaje.

En mi modo de escribir —confiesa Martín Luis Guzmán— lo que mayor influjo ha ejercido es el paisaje del Valle de México. El espectáculo de los volcanes y el Ajusco, envueltos en la luz diáfana del Valle de México, pero particularmente en la luz de hace varios años. Mi estética es antes que todo geográfica. Deseo ver mi material literario como se ven la anfractuosidades del Ajusco en día luminoso o como lucen los mantos del Popocatepetl.

Y el gran pintor decimonónico José María Velasco pintaba con una luz aun más luminosa y Guzmán recuerda tiempos de mayor transparencia, una transparencia que acercaba las cosas, esa transparencia que yo llegué a ver en mi infancia y todavía a mi regreso de Europa. México es ahora el juego de la opacidad, que le ha ganado a la transparencia.

8

¿Qué es una ciudad? Richard Sennett asocia las construcciones de piedra de una ciudad con los cuerpos históricos que por ella se movieron, intenta definir cómo los problemas relacionados con el cuerpo han encontrado expresión en la arquitectura y en la planificación urbana.

Mi ciudad es sobre todo una ciudad asociada a los zapatos, zapatos de mi infancia que estaban en venta en las distintas zapaterías que mis padres tuvieron en el pueblo de Tacuba donde viví en diferentes épocas de mi vida. Con mi padre solía ir al barrio de Tepito a comprar zapatos de glacé, choclos y botines (unisex) que ostentaban en el forro y en la caja de cartón

corriente la marca Elizalde, escrita en cuidadosa caligrafía tipo Palmer. Mi padre y yo caminábamos un poco temerosos por esas calles oscuras, encharcadas, cuyos habitantes aún conservan la misma imagen, modernizada por la ropa y los peinados y descrita numerosas veces por nuestros autores clásicos, a lo largo de los años, por ejemplo, en el Payno que escribió *El fístol del Diablo*, allá por lo años 45 del siglo antepasado:

[...] en uno de esos lugares de México que se llaman barrios y los cuales apenas se puede creer que forman parte de la bellísima capital, reina de las Américas. No hay en ellos ni empedrados, ni aceras; inmundos albañales ocupan el centro de la calle, y por toda ella está esparcida la basura y la suciedad, lo cual hace que la atmósfera que allí se respira sea pesada, fétida y, por consecuencia, altamente perjudicial a la salud... En cuanto a la población que habita por lo común allí, no puede decirse sino que está en armonía con los edificios...

9

En un libro intitulado *Espèce d'espaces*, Georges Perec hace un inventario poético de los espacios por donde transcurre el ser humano, empezando por el lecho donde se duerme, se lee o se hace el amor; termina, como es debido, con la ciudad:

Una ciudad: piedra, concreto, asfalto. Gente desconocida, monumentos instituciones. Megalópolis Ciudades tentaculares, arterias. Muchedumbres...

¿Qué es el corazón de una ciudad? ¿El alma de una ciudad? ¿Por qué se dice que una ciudad es bella o es fea? ¿Qué hay de bello o de feo en ellas? ¿Cómo se conoce una ciudad? ¿Cómo se conoce la propia ciudad?

Método: se necesitaría o bien renunciar a hablar de la ciudad..., o bien obligarse a hablar de ella de la manera más simple posible, hablar con naturalidad, familiarmente. Rechazar cualquier idea preconcebida. Dejar de pensar en términos convencionales, olvidar lo que dicen los urbanistas y los sociólogos.

Hay algo terrible en la idea misma de la ciudad; [...] jamás podremos explicar o justificar a la ciudad. La ciudad está allí, es nuestro espacio y no tenemos otro. Hemos nacido en las ciudades, hemos crecido en ellas. Es en

las ciudades que respiramos... No hay nada inhumano en una ciudad, excepto nuestra propia humanidad.

10

La ciudad de Pánuco es París, una ciudad dividida por el río, por el Sena, la rivera derecha o la rivera izquierda definen los espacios y los edificios se alinean de manera lógica según su colocación en relación con el río. ¿Cómo ubicarse en la ciudad de México, región donde nos ha tocado vivir? Ciudad fundada en forma de damero sobre lagos, ciudad acuática por excelencia, ciudad lacustre por definición, ciudad producto de una peregrinación y de una profecía que nos instala míticamente y de la que hemos sido expulsados o de la que nos hemos expulsado nosotros mismos. Los mexicas, dice fray Diego Durán en su *Historia de los indios de Nueva España*:

Lo primero que hallaron fue una sabina, blanca toda, muy hermosa, a pie de la cual salía aquella fuente. Lo segundo que vieron fue que todos los sauces que aquella fuente alrededor tenía eran blancos, sin tener una sola hoja verde. Todas las cañas de aquel sitio eran blancas y todas las espadañas alrededor. Empezaron a salir del agua ranas, todas blancas y pescado todo blanco, y entre ellos, algunas culebras de agua, blancas y vistosas. Salía esta agua entre dos peñas grandes, la cual salía tan clara y linda que daba sumo contento.

Pero la blancura, la pureza se transforman rápidamente, son pasajeras, el color y la densidad del agua cambian; esta se vuelve opaca, viscosa, sanguinolenta:

Tornaron a topar la fuente que el día antes habían visto, y vieron que el agua que el día antes salía clara y limpia, aquel día salía bermeja, casi como sangre, la cual agua se dividía en dos arroyos, y el segundo arroyo, en el mismo lugar que se dividía salía tan azul y espesa que era cosa de espanto.

Tenochtitlán fue una ciudad verdadera, armoniosa, no solo una utopía en la escritura. Cortés exclama cuando la mira, antes de destruirla, en su

Segunda Carta de Relación dirigida a Carlos V (sus palabras son conocidas, debo repetirlas, sin embargo, han quedado para siempre en el papel, en esa antigua ciudad desaparecida y escriturada):

Hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. Y la una de estas lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada[...]. El cual estrecho tendrá un tiro de ballesta, y por entre la laguna y la otra, y las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contrastan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. Y porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar todas las crecientes, corre el agua de ella a la otra dulce tan recio como si fuesen caudalosos ríos, y por consiguiente a las menguantes va la dulce a la salada.

Esta gran ciudad de Temixtitán está fundada en laguna salada y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquier parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas...

Francisco Cervantes de Salazar en *México en 1554* exclama:

¡Cómo se regocija el ánimo y recrea la vista con el aspecto de esta calle! ¡Cuán larga y cuán ancha!, ¡qué recta!, ¡qué plana!, y toda empedrada, para que en tiempos de agua no se hagan lodos y esté sucia. Por en medio de la calle, sirviendo a esta de adorno y al mismo tiempo de comodidad, corre descubierta el agua, por su canal, para que sea más agradable.

Y Manuel Payno, a finales del siglo XIX, explica con incredulidad en su famosa novela *Los bandidos de Río Frío*: “Imposible de creer que en una ciudad como la capital de la República Mexicana, situada en la mesa central de la altísima cordillera de la Sierra Madre, pueda haber un puerto”.

En 1915 Alfonso Reyes, en su *Visión de Anáhuac*, explica esta transformación como larga labor de siglos, labor persistente, concienzuda, perniciosa:

Abarca la desecación del valle desde el año de 1449 hasta el año de 1900 (¿solo 1900, me pregunto?). Tres razas han trabajado en ella, y casi tres ci-

vilizaciones, que poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio 30 años de paz augusta. Tres regímenes monárquicos, divididos por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra de estado, ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra tiene que cavar...

Semejante al espíritu de sus desastres, el agua vengativa espiaba de cerca a la ciudad; turbaba los sueños de aquel pueblo gracioso y cruel, barriendo sus piedras florecidas; acechaba, con ojo azul, sus torres valientes.

Cuando los creadores del desierto acaban su obra, irrumpe el espanto social.

11

Coyoacán, dicen, conserva aún sus edificios originales, algunas paredes de templos prehispánicos, y varias construcciones iniciadas por Cortés; aseguran que la casa que está en la esquina de Francisco Sosa y Tres Cruces (el camino que ligaba los antiguos reinos con Tenochtitlán y uno de los caminos reales del México colonial) fue construida por Diego de Ordaz, y que la que hoy llamamos Casa Alvarado (lugar donde por allá de los años setenta se concibió, almacenó y distribuyó la *Enciclopedia de México*, dirigida por José Rogelio Álvarez y donde ahora se alberga la Fundación Paz) fue construida por Pedro de Alvarado. También se dice que lo que hoy se conoce como el Palacio de Cortés y la Casa de la Malinche fueron edificados en aquellos tiempos. Pero los que saben afirman que las inundaciones del siglo XVII hacen imposible que aún se conserven edificios construidos en aquellos años, y dicen además que Cortés y sus soldados regresaron a la ciudad de México en 1523, con lo que las construcciones antes aludidas jamás hubieran podido haberse terminado en tan breve lapso, ¿son la excepción el excesivamente restaurado convento de San Juan Bautista y el arco antiguo, construido en el siglo XVI al estilo indígena, frente a la calle de Francisco Sosa?

En realidad, quizá no importe tanto. A finales de la década de los cuarenta, solía visitar Coyoacán en un trenecito que cortaba en dos la avenida

de ese nombre, me bajaba cerca de los Viveros y me ponía a caminar por las avenidas leyendo a Kant o tratando de asimilar el concepto de plusvalía en Marx. Si quería descansar iba a visitar a un amigo, Sergio Morales, antropólogo que investigaba en El Colegio de México y nos hablaba de una original teoría que más tarde habría de concretar Miguel León-Portilla en su *Visión de los vencidos*. Sergio vivía en una casa pueblerina, en una de las callecitas que dan a Francisco Sosa, con su pulquería en la esquina, establecimiento habitual entonces y que, como tantas cosas, ha desaparecido totalmente de nuestro panorama mental y espacial. Allí pasaba un tranvía local y había un paradero con unas bancas, esquina muy semejante a la que hay actualmente, pero en lugar de la pulquería está una elegante tienda de ultramarinos cuyo dueño es un francés, donde se venden vinos y quesos importados, y enfrente se hacen pasteles como las llamadas “tartes tatin”.

Hay que interrogar lo habitual, vuelve a decir Georges Perec. Pero justamente, agrega, estamos habituados a lo común y corriente. No lo interrogamos, no nos interroga, parece que no plantea ningún problema, lo vivimos sin pensar, como si no se pudiesen plantear preguntas ni respuestas, como si careciésemos de información. No es que estemos acostumbrados, es que estamos anestesiados. Nuestra vida es un sueño sin sueños, ¿dónde están nuestra vida, nuestro cuerpo, nuestro espacio?

¿Cómo hablar de esas “cosas comunes”, cómo perseguirlas, encontrarlas, arrancarlas de la viscosa costra en la que están incrustadas y perdidas, ¿cómo darles un sentido, “una lengua”, para que hablen de lo que es y de lo que somos?

En 1970 me mudé a Coyoacán, Tres Cruces corría hacia el norte, el parque tenía árboles frondosos, poco tránsito y los domingos bajaban los indios a vender su mercancía, como lo hacían en Comala en tiempos de Pedro Páramo; entre otras cosas traían fruta, flores y “verdaderas” figuras olmecas, totonacas, teotihuacanas, también estatuas de madera de Guerrero que representan santos, vendían también máscaras y monstruos, perlas de río y corales auténticos. El aire era liso y tierno, como

el de los grabados del siglo XIX, y en la iglesia de San Juan Bautista se celebran bodas y las campanas repican, los días de los santos se hacen y se hacían castillos, y los perros ladran; en Los Reyes cada año se confeccionan arcos y alfombras de flores el 6 de enero y en el Cuadrante retumban los cuetes del 4 de octubre para celebrar el cordonazo de san Francisco. El pueblecito de Coyoacán (o el de San Ángel o el de Tlalpan) es ya parte de la ciudad, con sus restaurantes, bazares y graffiti y los domingos la gente se desplaza como si este (o esos) fuera el centro o uno de los centros capitalinos, y los días 15 de septiembre las calles y la plaza se llenan en torno al Palacio de Cortés para que todo el mundo oiga el Grito, como hace cien años lo oyó Santa en el Zócalo.

12

Cuando se llega a la capital, en avión y en época de secas, la ciudad se extiende interminablemente, y en la noche, con sus miríadas de luces encendidas, el panorama es glorioso. Pero si se llega de día, la ciudad se extiende hacia el infinito, achatada y amarillenta, dejando ver sus cicatrices, su desolada e intensa red de calles torcidas, polvosas y asfaltadas, árboles desmedrados, basura, polvo y su cielo es cenizo.

Durante el desarrollo del individualismo moderno y urbano, el individuo, según sociólogos del pragmatismo como Richard Sennett, se sumió en el silencio de la ciudad. La calle, el café, el almacén (¿no falta añadir los centros comerciales?), el ferrocarril, el autobús y el metro se convirtieron en lugares donde prevaleció la mirada sobre el discurso. Cuando son difíciles de sostener las relaciones verbales entre extraños en la ciudad moderna, los impulsos de simpatía que pueden sentir los individuos de la ciudad mirando a su alrededor se convierten en momentáneos.

La ciudad de México reitera los estereotipos, fue —ya no es— una ciudad fundada sobre el agua, una nueva Venecia, una Venecia inundada, de cuya muestra queda un dudoso botón, Xochimilco y sus chinampas; a la cristalina calidad del agua se añadía la extraordinaria transparencia

del aire: una transparencia que como la vista de los volcanes y las noches estrelladas ya no es, solamente fue.

¿Acaso no le describió Cortés a Carlos V su primera impresión de la ciudad en su *Segunda Carta de Relación*:

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia, de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixtitán... sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos; no podré decir yo de cien partes una, de las que de ellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender?

Hoy debemos entonar entonces la palinodia, la del polvo, la del desastre, y profetizar, es muy fácil, es muy fácil anticipar el desastre, los apocalipsis de bolsillo, el apocalipsis del final, enumerar lo que se acaba, se extermina, se agosta, ya Cortés, poco tiempo después de la Conquista lo decía... “Y en esto no falta de lo que antes en la tierra se puede hallar... y en esto no falta de lo que antes solía en el tiempo de su prosperidad. Verdad es que de joyas de oro, ni plata, ni plumajes, ni cosa rica, no hay nada como solía”: ya no hay casi magueyes ni mezquites, se han extinguido la grana cochinilla, los telares, los judas, el pulque y las pulquerías, los monstruos de Ocumicho, las mariposas monarca, las peras gamboa, las rosas balme.

Es muy fácil caer en la nostalgia, decir o sentir que cualquier tiempo pasado fue mejor y predecir catástrofes, el apocalipsis que le toca en suerte a una ciudad y a sus habitantes, distinto al que impone el Gran Apocalipsis Verdadero, figura bíblica del pasado y que, anunciado como Futuro, exige la terminación de los Tiempos y del Tiempo en una Catástrofe Universal Definitiva. La nuestra es simplemente una realidad cotidiana, el futuro de una ciudad que se va construyendo día a día y cuyo futuro, ya presente, reviste las formas del caos y sus rituales, como en *Los rituales del caos* escribe Carlos Monsiváis:

Y digo lo que miré en el primer día del milenio tercero de nuestra era... Y vi una puerta abierta, y entré, y escuché sonidos arcangélicos... y vi la ciudad de México (que ya llegaba por un costado a Guadalajara y por otro a Oaxaca) y no estaba alumbrada de gloria y de pavor, y sí era distinta desde luego, más populosa, con legiones columpiándose en el abismo de cada metro cuadrado, y video-clips que exaltan a las parejas a la bendición demográfica de la esterilidad o al edén de los unigénitos, y un litro de agua costaba mil dólares, y se pagan por meter la cabeza unos segundos en el tanque de oxígeno, y en las puertas de las estaciones del metro se elegía por sorteo a quienes sí habrían de viajar... Y había retratos de la Bestia y de la Ramera, y el número era el 666, pero comprendí que no estaban allí para espantar, sino con tal de promover series especiales, y busqué en vano las señales, o los arcos celestes, los tronos que emitían relámpagos, los mares de vidrio, los animales tan poblados de ojos que parecían salas de monitores, los libros de siete sellos. Solo encontré los signos de plagas, muerte, llanto y hambre, pero no eran muy distintos a los anteriores, a los por mí vividos, más temibles porque recaían sobre más gente, pero hasta allí...

Y me alarmé y pregunté: ¿qué ha sucedido con profecías y prospectivas? ¿Dónde almacenáis el lloro y el crujir de dientes, y los leones con voz de trueno que esparcen víctimas como si fuesen volantes, y el sol negro como un saco de cilicio, y la luna toda como de sangre, y las estrellas caídas sobre la tierra, ¿dónde se encuentran? ¡No pretendáis escamotearme el Apocalipsis, he vivido en valle de sombra de agonía aguardando la revancha suprema de los justos, hice minuciosamente el bien con tal de ver a los fazedores del mal reprendidos a fuerza de fuego y de tridentes y cesación del rostro de Dios!...

Y en ese instante vi el Apocalipsis cara a cara. Y comprendí que el santo temor al Juicio Final radica en la intuición demoníaca: uno ya no estará para presenciarlo. Y vi de reojo a la Bestia con siete cabezas y diez cuernos, y entre sus cuernos diez diademas, y sobre la cabeza de ella nombre de blasfemia. Y la gente lo aplaudía y le tomaba fotos y videos, y grababa sus declaraciones exclusivas, mientras, con claridad que había de tornarse bruma dolorosa, llegaba a mí el conocimiento postrero: la pesadilla más atroz es la que nos excluye definitivamente...

RUBÉN MARÍN Y *LOS OTROS DÍAS**

Gustavo COUTTOLENC

Rubén Marín, invitado a participar en la segunda serie de conferencias titulada “Los narradores ante el público” en 1966, en la sala Manuel M. Ponce del Palacio Nacional de las Bellas Artes, se resistía a ser juez y parte de la propia obra. Si ya resulta difícil para los que pueden juzgar a otros imparcialmente. Lo es más para él. Cito sus propias palabras al respecto:

Alguna persona se ha tomado la molestia de leer mis libros y además de opinar sobre mí; dijo que soy un existencialista cristiano, pero tras agradecer el cumplido me sucede que no sé con qué se come eso. Otra dice que mi estilo es el verdadero estilo moderno en acción, y esto me espanta porque no lo entiendo. Otra más, por fin, ha expresado que escribo como clásico, pero retorcido, barroco y arcaizante, lo cual me confunde porque ignoro si es zalema u ofensa. Repito, a pique de quedarme sin saber quién soy y cómo escribo, no diré lo que opino de mí para no escandalizar a muchos, defraudar a otros, y enredar este asunto, que sobre carecer de importancia no tiene atractivo alguno.

Además dice no ser escritor de oficio, pero sí conoce y realiza el oficio de escritor.

Su obra es amplia: novela, cuento, ensayo, colaboraciones periodísticas en *Excelsior*, en revistas de su especialidad y en la revista cultural *Ábside*, en todo exitosamente.

Me ocuparé de su obra más conocida *Los otros días* (Apuntes de un médico en provincia), novela autobiográfica.

No pretendo abarcar todos los temas. Siendo tan amplia su obra, se ganaría en extensión, con poca profundidad; ni se trata de profundizar

* Leído en la sesión ordinaria celebrada el 28 de octubre de 2004.

más de lo necesario, pues no viene a cuento dado el tiempo de que se dispone. Tan solo voy a señalar las principales ideas que contiene y dar razón de cómo las dice.

La obra que me ocupa es una joya de alto precio, no bisutería; es auténtica por su fondo y forma en acabada congruencia. Su temática es de sublime nobleza.

Los principales asuntos que contiene son los ocho siguientes:

1. Ética profesional médica.

La ética profesional del doctor Rubén Marín es una síntesis de humanismo. No quiere que el sufrimiento del enfermo (sobre todo entre los más pobres) se agrande con la preocupación de los honorarios del médico. Prefiere la alegría del enfermo a la satisfacción clamorosa del éxito del médico. Evita el sufrimiento al enfermo no manifestando algún enfado, y, sobre todo, la solidaridad fraternal con los más golpeados y pobres, los mineros. Antepone los intereses del enfermo a los suyos:

¡Ojalá que por las manos del médico no pasara jamás moneda alguna que sea sufrimiento troquelado! [...] ¡Habría que renunciar al triunfo teatral que da la cirugía cuando se puede lograr el mismo fin sin aplausos, porque al cabo no hay que confundir el triunfo del médico con el del enfermo! [...] El médico se puede enfadar, pero sin manifestar su enfado al enfermo [...] ¡Yo sufriría, viviría y soñaría con ellos hombro con hombro, dignificando mi profesión en la pobreza!

Esto último se refiere a la experiencia que adquirió siendo médico de minas, cuando sintió, en carne viva, la terrible y mortal situación en que viven y trabajan los mineros.

Son hombres de la noche y de la soledad, murciélagos de la tiniebla honda. Por sus manos pasa el metal cotidiano, y no les deja sino un relumbre pasajero. Sus ojos están hechos a la longitud de la oscuridad, que se puebla de lámparas movidas por un trájín de esfuerzo. Sus ojos que ven el resplandor de la plata en el seno de la tierra, se ciegan al sol, que les lastima el cráneo. Su piel se unta de sudor propio y del sudor hermano cuando se aúna el ra-

cimo y puja en las oqueadas removiéndola la montaña. Sus manos callosas toman en bruto el oro y la plata, y con ello se han de hacer mañana los joyeles para pechos de mujeres sin que nadie recuerde que llevan coagulado el sufrir de los mineros. La muerte anda suelta por los corredores negros. Hay gases que atosigan, lodos que ahogan, penas que aplastan, y sale la plata con sangre revuelta de mineros. ¿Cómo no ser indulgentes con ellos, Señor, si alguna vez se embriagan, gritan, y se engañan con la hilarante estupefacción del alcohol, del rencor y la barbarie?

Además, dotado de singular capacidad para observar se da a la tarea. Así nacieron los personajes de *Los otros días*. Los encuentra en su entorno, al alcance de la mano; los observa concretamente y no en abstracto. Busca sondear cabalmente piel afuera y piel adentro; busca saber cómo viven, cómo sienten, cómo piensan, cuáles son sus cualidades y defectos, toda una conducta, todo ello para hacerles un traje a su medida. ¿Cuál es la razón? Darles vida, echarlos a caminar sin el estorbo del atuendo. Son personajes reales, no inventados ni fingidos. Se solidariza con ellos en todo, penas y alegrías, triunfos y derrotas. Se cumplen en Rubén Marín las palabras del latinista Terencio: “Nada que toque a los hombres juzgo ajeno de mí”.

Después vendrá lo demás: “las cosas y las casas, el paisaje y su decoración, y sus tintas y olores, y cambiantes visos, y los animales que los pueblan y dentro le respiran y se le mueven”. Rubén Marín cita a Teilhard de Chardin, tomando del *Fenómeno humano* aquellas palabras del eminente antropólogo francés: “El hombre es un hecho superior al universo, porque el universo es mecánico y el hombre no”. Y después, con sus propias palabras, continúa diciendo que no puede haber un espectáculo superior al hombre, y que la más hermosa ocupación es observar.

2. Retrato de dos personajes: “Larita y don Diego su amo”.

Véase la descripción de Larita. Administrador de su amo don Diego. Obsérvanse los detalles del físico; asimismo, la inmoral costumbre de mentir.

Sería Larita de la edad de su dueño, pero tan esmirriado, tan poca cosa, tan reducido, que si se le dijera enano no se exageraría demasiado. Tenía sus carrillos rosados, sus ojos pequeñitos, y peinado por mitades un buen volumen de pelo, disciplinado a fuerza de unas mantecas que solían hacérsele rancias en la cabeza, pues no fue nunca dado al baño, debilidad promulgada funeralmente por lo negro de sus uñas... Su situación más importante era la de decir que sí. En toda conversación don Diego se apoyaba en el testimonio de Larita. Si en una casería había cobrado don Diego una pieza, y lo sabía todo el mundo, reclamaba el dicho de Larita por más que no lo hubiese preparado. Larita, obsecuente y resuelto, decía que sí, que habían sido cuatro. Don Diego tenía una inofensiva tendencia a exagerar, y contaba que había trabajado mucho. Larita, imperturbable, decía que sí...

3. La ciencia.

El logro parcial no le satisface cabalmente:

¿A qué seguir bregando sin hallar el punto de apoyo? Yo no creo en la ciencia, ni poco ni mucho, me aclaraba, mientras la ciencia no me demuestre un valor trascendental. Pero la gente cree demasiado en los sabios porque les quitan el dolor de muelas y porque les han inventado un aeroplano para volar, como si así pudiéramos huir de la única ciencia importante que tenemos, la de la muerte, que siempre será a una hora cierta.

4. Algunos temas médicos de su profesión.

La anatomía:

La anatomía es como un vasto país, y la espiamos en el vivo solo por una ventanilla. Hay que sumar en las pupilas de los ojos y en las yemas de los dedos toda nuestra aptitud para sentir. Hay que reconocer un caminito y seguirlo, y atisbar todos los cipos y las señas, hay que desandar y volver a espigar, hay que huir del vericuetto y soslayar una planicie que parece llama y solo es trampa. Hay que tener presentes en el cerebro, bien desplegados, como un buen piloto, los mapas de la región. El cuerpo humano es un microcosmos complejísimo y nada explicable como perder la ruta en sus latitudes, sus longitudes, que todas son traidoras. La angustia del cirujano extraviado es más aguda que la del caminante perdido porque la vida se está escapando con el tiempo que pasa, y ni siquiera es la suya.

Oigamos su cátedra científico-poética.

Los diagnósticos:

El diagnóstico es un enanillo travieso y burlón. A veces nos sale a los ojos y nos baila delante aun antes de haberlo llamado. A veces, en cambio, de él pende una vida, y uno le impetra y le llora, y, cruel, se nos esconde. Suele reírse en las barbas de médicos viejos, sabios y mañosos, pone en ridículo al académico más pintado y, por travesura, se muestra a un majadero. Es retozón, taimado, infiel y tornadizo y nadie puede vanagloriarse de haberlo cogido siempre que era indispensable, así como él, en cambio, puede afirmar que se nos ha escapado a todos de las manos mismas cuando las íbamos a apretar para cogerlo... ¿Y no hemos visto con frecuencia que al abrir altaneros la mano en que creíamos tenerlo, nada hay, es que nos humilla para convencernos de que no es vanidad, ni suficiencia, ni audacia lo que lo descubre sino esa acuidad que resulta muy al cabo del ejercicio modesto, callado y repetido de los sentidos y el razonamiento? Y en qué amargas humillaciones, y en qué dolorosas confusiones nos hace caer el endiablado duendecillo. Pero también ¿qué hondas recompensas suele darnos, con una sola de las cuales olvidamos gustosos sus travesuras todas juntas? (pp. 51-52).

El parto:

En cuestión de partos la paciencia es virtud; y la precipitación, delito.[...]

Atribuyen a un médico insigne el haber dicho a su hijo que se iniciaba en la medicina: “Si eres inteligente sé médico, cirujano si eres audaz, y si tonto sé partero”.

Por otro lado, el parto es uno de los espectáculos de más grandioso tamaño que la vida ofrece. Mágico desgarrar de la carne, insólito dolor, y del centro brota un grito, como de la nada, a través de la sangre. Dolor de la madre aniquilada y dolor gemelo del hijo que llora y aún no sabe de qué miseria... A los hijos indignos yo habría de mostrarles de cerca un parto para enseñarles a honrar de por vida a su madre. Un parto, digo, a la antigua. Un parto de rancho.

5. Temas sobre asuntos filosófico-morales.

La mente del escritor y su pluma se aúnan para exponer pensamientos filosófico-morales. “Una larga memoria del pasado” (san Agustín de Hipona). “Al correr del video de nuestra vida recordamos nuestro pasado, y recreamos el bajel contra corriente para llegar al punto de partida, el retorno.”

Dichosa la facultad de recordar:

Dichosa la facultad de recordar, que al simple conjuro del deseo nos hace navegar hacia atrás sobre la estela y contra la corriente. Contra la corriente del vivir echamos la nave entonces por las regiones mudas, quietas y frías de lo pasado. Y recordando las ternuras de nuevo, les ponemos un palpitar, las avivamos. Cerrando los ojos, en la mano el talismán del recuerdo, podemos adentrar por los países de lo que nunca será otra vez.

Recordar es resucitar, redimir vida amortajada en lo pasado, exigencia congelada a la espalda del incesante difluir del tiempo. Yo ahora voy huyendo el silencio polvoso de lo que fue mi niña vida, y atisbando aquí y allá parajes de lo que dejé de ser. Y así me miro en la infancia. ¿Acaso soy ese que va a la escuela con los ojos ansiosos, abiertos a la experiencia humana? ¿Acaso esas solas calles del barrio de mi niñez asombrada son las mismas que resuenan estrépito y muchedumbre ahora? Quizá no. Quizá somos extraños ese niño y yo. Y esas calles del niño y las de hoy. Pero yo miro al niño de mi infancia con cierta pungente melancolía y siento en mis sentidos, en mi piel, en mi carne, con toda ternura, la rediviva exactitud del barro viejo pobre. Del barrio del que conocí topografía, sociología y poesía, todo legítimo al cabo de luengos y pensativos vagabundeos. Observaba las cosas, las ventanas y los ventanales, los baches del empedrado, los portones, las cancelas, los gendarmes, los perros y las cosas. ¡Qué largo sería el trasplantar a hogaño todo el otrora de mi niñez! (pp. 263-264).

La fantasía y sus maravillas:

Así es la fantasía, tan útil y tan potente que cuanto toca lo vuelve maleable y lo conforma a la intención de nuestro dedo. Todo es posible. Trocar una montaña en polvo, un basurero en fulgente montón de oro, un hombre en

cosa buena, y todo es posible sin auxilio mayor que la fantasía. He pensado muchas veces que la miseria de la medicina es, precisamente, no tener un rincón para la fantasía. La medicina es demasiado humana, demasiado científica, es decir, demasiado chica. Es un corcel, pero enjaezado, y nunca podrá ser un Pegaso. La diferencia entre un médico y un poeta estriba en que en el primero no trabaja sino el cerebro, mientras que en el segundo palpita el corazón. La actividad del médico es asfixiante, porque no ha de moverse más que en el mundo de los sentidos, que es mezquino y estrecho. Pero alguna vez tendrá licencia el médico para soltar el pajarito de la fantasía, sin ofender a nadie (p. 127).

6. Temas humorísticos. Encuentro con un hombre cuyo tema de conversación era el naufragio.

Doy esta descripción por lo viva y vibrante:

Por abajo de los aleros de la casa dorada, distinguía a un hombre que venía hacia mí, y aunque quise hacerme ojo de hormiga, y por más que simulé interés en contemplar a un ebrio que tendido a media banqueta roncaba beatíficamente, aquel señor me abordó con grandes exclamaciones de afecto, siempre sinceras. Era un buen hombre. Mi temor fue siempre solo por sus peligrosas facultades de conversador, y por lo inacabable y lo caudaloso de su palabra, que al cabo tenía él buen tiempo libre para la plática. O mejor dicho, platicar era para él lo mejor de su actividad, y en ejercicio de ella era capaz de fatigar a una docena de gentes, una por una. Y siendo sus temas resobados y pocos, se le escurría el bulto por no caer como víctima de aquellos sus soporíferos y larguísimos discursos que tenía siempre listos para soltar encima de cualquiera que a su juicio, eso sí, que lo entendiera y mereciera escucharlos. Y yo era de los elegidos. ¡Esto se hunde, amigo! ¡El país se hunde!, me dijo no bien me tenía abordado, debe advertirse que su tema predilecto, el de los mejores amigos, era ese del hundimiento del país, siniestro que tenía enconadamente profetizado desde medio siglo atrás. ¡Esto se hunde, amigo! Añadía con énfasis bronco y amenazante, y tanto que uno buscaba con instinto algún madero a flote. Uno de los síntomas que lo conducían a afirmarse en lo del naufragio era esa vez la reciente disposición del presidente municipal de cambiar las bancas de hierro del parque por unas de cemento. Su razonamiento era lógico, pura lógica, y mientras me lo desplegaba yo eché a andar pero él me tomó del brazo y allá fuimos los dos, bregando con el oleaje protervo de

los hundimientos; el hierro —me razonó— es elemento noble y de cultura, la edad del hierro es muy posterior, arqueológicamente hablando, a la edad de piedra. El hierro es el progreso, es la civilización, es la ruta hacia adelante. ¿Cómo se atrevía el presidente municipal, que era un idiota, espolique y mandadero del gobernador, que golpeaba a su mujer y que se embolsó la mitad de lo vendido por la feria el año pasado? ¿Cómo se atrevía a trocar unas bancas de noble hierro por unas de piedra vil?... Y como vivía modesto y tenía una hija solo, pobre hija, le sobraba tiempo para invertir en reflexiones sobre los naufragios y filosofar sobre la edad del hierro. Pero todos somos ciudadanos cobardes. Aquí se echó el zarape bien encima, y conjugó: yo, tú, él, todos somos cobardes (núm. 3, pp. 34-35).

7. Diálogo sobre el progreso.

El ingeniero supuso que siendo hombre de ciencia debería tener sabido lo que es el progreso. Según él era facilitar la vida.

INGENIERO: Pero facilitar la vida será un medio, mas nunca un fin en sí, puesto que es mutante, siempre que logremos hacer la vida amable habrá modo de hacerla más amable y la finalidad será por ello transitoria y provisional, siempre. Bien está que pugnemos por endulzar la vida, pero siempre que para hacerla agradable sirva para alcanzar algún objeto definitivo, no hay que confundir lo absoluto con lo relativo.

MARÍN: Habrá una trágica equivocación siempre que se busque la holgura y la felicidad en sí, porque habrá que desembocar en la desesperación. Quien no sepa de renunciación y desasimiento, que no pueda entender abnegadamente que el hombre feliz no tenía camisa, que el sufrir alquitara, dignifica, que es tristísimo ser alegre animalmente, que nada es tan peligroso como lograr el descanso embrutecedor de la vida moderna; quien no sepa esto, aprenderá a vivir vacío porque la existencia no tiene sentido si no es llenándola de espíritu.

8. Rubén Marín y el paisaje.

“Los lenguajes del color y los colores del lenguaje” (Eulalio Ferrer). Podríamos decir que es tan importante como connatural en Marín el tema del paisaje que se encuentra en casi todos los apartados de *Los otros días*.

El viento andaba dando puñaladas en la calle. Había en cielo cristal de estrellas, estaba helada la noche. Y desierta. Ningún perro andaba suelto por las horas tardes del pueblo frío. La lluvia hipócrita se sentía sin dejarse ver. El aire hacía rechinar la ventana abierta de una casa vacía. En el parque se agitaban largos brazos de la arboleda como un murmullo temeroso. Un farol desolado daba una luz opaca. La bruma seguía.

Amanecer:

Amanecía con helados resplandores de cobre y empezaron a cantar los gallos. Un burro soltó los trompetazos de un vibrante rebuzno, y de lejos vino el tibio balido de unas cabras.

El camino:

El camino prosigue por el dorso del lomerío, un camino para cabras, cacarizo de hoyancos, estrecho, desnivelado y fangoso. Abajo, muy allá, el sol redora la vertiente que se precipita hacia abajo, como si se fuera la sierra derrumbando. Ahora teníamos a los pies la múltiple retacería de las parcelas indígenas, unas de verde tierno, las de caña de azúcar, otras de maíz de un verde opaco, y aquí y allá se enderezaban las culebras opalinas del humo de los trapiches. Muy a lo lejos, filtrándose el sol por una nube, ponía un reflejo inquieto de color naranja sobre lo intensamente violeta de un monte lejano.

JUICIO SOBRE LA FORMA

1. *Los otros días* es una obra rica y valiosa en cuanto a la forma. Rubén Marín, incansable estudioso de la lengua española, recurrió muy frecuentemente al diccionario para enriquecer su léxico que ha dado tanta riqueza y frescura a su oficio de escritor, aunque diga que no es escritor de oficio.

2. Otro aspecto que engrandece sus escritos consiste en escoger de entre los sinónimos los menos conocidos, evitando el recurso a los más gastados.

3. Se vale de la norma horaciana: “Una palabra venida a menos puede recobrar su nobleza por medio de una ingeniosa unión” (conocida, se renueva). Esto es frecuentísimo en Marín. Vayan poquísimos ejemplos de *Los otros días*: “Instintos irascibles del viento”, “quejidos panegíricos”, “aire soñoliento”, “dolorosa tarea de morir”, “entró el hombre como un ventarrón”, “hierba plebeya y mezquina”, “panorama inédito”, “azul casi doloroso, tenso, puro manso”, “desinflada dignidad”, “puñal ululante del viento”, “cielo indescifrable”, “peñasco calvo inofensivo”, “perfume como amplificación de violetas”, “estrellas como exvotos de luz”, “el sol se metió por la alcancía del horizonte”, “una mosca célibe traza rúbricas en las tres dimensiones del aire de la sala”, “el ejército de palmeras que marchan al mar insultadas por el viento, suelta y crespas la caballería, parecía una columnata de palmeras, templo de liturgias vegetales”, etc. Tiene la prosa de Marín un vigor consistente, tonificante; no tiene declive. Ayuda mucho a revisar lo que nosotros escribimos; nos emula ciertamente.

4. Otro atractivo que nos recrea con generosidad es encontrar a un Rubén Marín como paisajista consumado al leer su prosa inspirada que se eleva a la más depurada poesía. Me recuerda a José María Velasco, pintor mexicano nacido en Temascalcingo, Estado de México, encumbrado a la fama imperecedera. Marín con la palabra; José María Velasco que, pincel en mano, nos deleita con la conjugación de los iris.

5. También es ejemplo a seguir en la manera como trata los temas peligrosos que bordean lo inconveniente e inmoral. Lo hace con delicadeza y limpia pulcritud. No da cabida a palabras extrañas que suelen usar los ignorantes del idioma, degradándolo. No contiene vulgaridades. Todo es pureza y propiedad del lenguaje.

ANEXO

ITINERARIO

Rubén Marín (1910-1980). Nació en la ciudad de México, el 22 de octubre de 1910. Murió en esta misma ciudad el 16 de junio de 1980. Estudió la carrera de Médico Cirujano en la Universidad Nacional Autónoma de México. Dedicado por completo a su profesión, ejerció en provincia; fue delegado de Salubridad y director de los hospitales Civil y de la Caridad en Teziutlán, Puebla; también ejerció en Puerto Vallarta, en Veracruz y en Amargueo, donde fue médico de mina. También colaboró en el Instituto Mexicano del Seguro Social. Especializado en medicina de seguros de vida, realizó numerosos viajes por los Estados Unidos y Europa, y fue director médico de la Compañía de Seguros La Comercial. Además de sus trabajos aparecidos en revistas de su especialidad, colaboró en la página editorial de *Excélsior* y en la revista de cultura *Ábside*.

*TEXTO DE RUBÉN MARÍN**

“Ut pictura, poesis”

Paisajista que describe un paisaje:

Íbamos por el camino otros dos personajes y yo. El que iba por delante, a pie, tenía hechuras de indio, con su sombrero de palma, su tilma, su calzón blanco amarrado y sus huaraches. Junto a mí, a caballo también, marchaba un hombre tan devotamente enamorado de España, de su historia, de sus cosas, como el más bravoso castellano, cristiano viejo con probanzas de sangre limpia y sin gota de impureza judía o morisca. Sin embargo, aquel que marchaba delante era purísimo español, y el que cabalgaba a mi lado era purísimo indio. Íbamos por la sierra, un montón azul de riscos milenarios y tranquilos. Un jineteo de luz en las puntas de los pinos. Un frescor trashumante de fecundas humedades. Una niebla de gasa mañanera que se va cogiendo de las ramas como vaho de encaje. Un latir de arroyo suelto salvando las piedras de su lecho, torciéndose en honduras y hoyas y resbalando, cristal todo, en las praderas amarillas de las planicies. Rumor, cantar, vivir del aire que se hunde en un millón de verdes

* Tomado de *Los otros días. Apuntes de un médico de pueblo*, México, Jus, 1967, pp. 327-328.

dedos del ramaje y mueve la presencia de la sierra. Corteza y lustros, color y trino, felpa aromada, rocío redondo como aljófaro tembloroso, bellota, musgo, hoja, todo y lo mismo. Vive todo. Todo es creación insigne, serena y gigante de lo hondo a lo alto. Arriba el cielo azul y nubes navegantes, y abajo el disparo encendido del pájaro amarillo que perfora la verdura del pinar como una larga flecha de topacio. Se oye el dístico irrisorio de los loros aprendices de lo humano, y hay temblor de mariposas, estremecer de ave y un sucinto llover de muertas hojas. La nota dorada del colibrí nutre la milagrosa inquietud de sus alas en el encantamiento dormido de las flores modestas de la montaña. Todo está cubierto con un silvestre ropaje de esmeralda. En la hondura de las veredas arde lo rojo de la araña capulina, el caracol se unta, huye la cuadrícula artera y helada del coralillo. Hay azules voladeros asombrosos en lo hondo, tierra negra, roja, amarilla, y peñas hendidas, oxidadas y lamosas. Agua dormida, un despierto temblar, un intenso vivir desparramado por el bosque. Uno junto a otro se van los árboles arriba cruzando su ramaje como en justa lujosa verde terciopelo. Y se traban sus raíces como dedos, como si entrecogieran de las manos. Un rayo de sol baja deshilándose por el ramaje y baña un pájaro que sacude la pedrería de las alas. Abajo, alfombra rumorosa de hoja seca, tierra insembrada, pudrición de troncos derrumbados, deshollados, con un grueso lodo vegetal en las heridas donde crece el fálico símil de los hongos. Hay un olor emigrante de goma de oyamel, que trae fundido olor de humo, de flores humildes, de boñiga de bestias ocultas, de frutas ácidas y elementales, y todo fluye con venero de savia fresca. El hombre es nuevo, mas la tierra es vieja, vieja de siglos, de multiplicados milenios, y el andar por ella deja en el alma no sé qué manso consuelo. El consuelo de la realeza gustada, de la soledad poblada. Así íbamos los tres.

EL ALFABETO*

Guido GÓMEZ DE SILVA

Los sistemas de escritura pueden ser pictográficos, ideográficos o fonéticos.

Pictogramas. En pictografía se representa un objeto por un dibujo de él: la imagen de un animal, por ejemplo, un venado, remplace el nombre de ese animal, y el dibujo de un cuarto creciente puede remplazar la palabra que significa ‘luna’. Las pinturas rupestres pueden llamarse pictografía, y los primeros jeroglíficos egipcios (ya en 2600 a.C.) eran probablemente pictogramas.

Ideogramas. Pronto se agregaron ideogramas a los pictogramas, o sea, imágenes que simbolizan el objeto o la idea, que representan algo que no se puede dibujar, por un signo que puede sugerirlo, que tiene alguna analogía con él. El dibujo de un cuarto creciente, entonces, puede representar no solo ‘luna’ sino también ‘noche’ y ‘mes’ [se usaban meses lunares]; en la escritura jeroglífica egipcia, una pluma de avestruz es símbolo de la verdad (ya hacia 2000 a.C.).

Ni en el sistema pictográfico ni en el ideográfico se representan separadamente los sonidos que forman las palabras.

En el sistema ideográfico, un dibujo de un objeto puede representar también un homónimo, como si en español el dibujo de la *cola* de un animal representase tanto esa extremidad como la *cola* de pegar, o como si en inglés algunas rayas diagonales representasen tanto *rain* ‘lluvia’ como *reign* ‘reinado’ y *rein* ‘rienda’ (tres palabras que tienen ortografía

* Expuesto en la sesión ordinaria celebrada el 25 de noviembre de 2004. El autor no escribió propiamente un texto, sino solo un resumen de los puntos principales, que es el que aquí se transcribe.

distinta pero se pronuncian igual), o como en francés en las homófonas *eau* ‘agua’ y *au* ‘al’; pero no se podían representar así homógrafos que no son homófonos, como en inglés *lead* ‘dirigir’ / ‘plomo’ o francés “*nous portions les portions*” ‘traíamos las porciones’ (la *t* se pronuncia /t/ en la primera, /s/ en la segunda).

Algo parecido a este uso de homófonos se encuentra entre los mexicanos antiguos. Un ejemplo del náhuatl: hay topónimos que terminan en *-tlan* (como Petatlan o Coatlan); ya que *tlantli* significa ‘diente’, se agregaba al ideograma principal un dibujo de dos dientes, de modo que un petate + dientes se leyera /petatlan/ y una serpiente + dientes se leyera /coatlan/.

En nuestro sistema actual, que es en gran parte fonético, hay algunos caracteres o signos (o guarismos) de tipo ideográfico: representan toda una palabra; por ejemplo, + (que en español se lee *más*), 4 (que se lee *cuatro*), % (que se lee *por ciento*). Muchos símbolos de este tipo (incluyendo la notación musical) son transnacionales, y una expresión como “ $3 + 2 = 5$ ” puede leerse según el idioma: [dos posibilidades en español], “tres y dos son cinco” o “tres más dos igual a cinco” o francés “trois et deux font cinq” o inglés “three plus two equal five”, y así sucesivamente, es decir, que los mismos símbolos (que tienen el mismo significado) pueden tener, según el idioma, distintos valores fonéticos.

Fonogramas. El sistema fonético representa los sonidos del habla mediante símbolos gráficos convencionales que no tienen una relación esencial con la impresión auditiva.

Historia. Se puede decir que el alfabeto actual descende de algunos jeroglíficos egipcios que se usaron como signos fonéticos, empezando hacia 2000 a.C. Estos signos fonéticos, que representaban sonidos más bien que solamente, como al principio, objetos o ideas, se utilizaron para mostrar dos tipos principales de palabras que no se lograban representar con los jeroglíficos (porque estos usaban principalmente imágenes de objetos para representarlas): por una parte, conceptos abstractos como ‘la verdad, la justicia, la amabilidad, el progreso’ y, por otra, nombres propios, de lugar y de

personas, como “Tebas” (capital del Alto Egipto) o “Ramsés” (nombre de 12 reyes de Egipto, que reinaron del siglo XIV al XI a.C.). [Si los egipcios hubieran sabido que, en griego, Kleopátra (Cleopatra) significa ‘la gloria del padre’, y Ptolemaios (Ptolomeo) ‘guerrero’ o ‘belicoso’ o ‘poderoso en la guerra’, vocablo pariente de la palabra *polémica* (de *pólemos* ‘guerra’; antes *ptólemos*, que había perdido la segunda letra), quizá hubieran podido representar con jeroglíficos estos nombres.]

Acrofonía. Cuando quisieron mostrar sonidos aislados, los egipcios utilizaron el principio acrofónico, o sea, usaron el pictograma del nombre de un objeto para representar fonéticamente el solo sonido inicial de ese nombre (antes, ese símbolo había representado el nombre completo del objeto). Por ejemplo, en la evolución de la escritura, en egipcio el dibujo de una leona, que antes había representado el animal leona, se usó para representar solo la *e* inicial de esta palabra. Asimismo, la imagen de un búho se usó primero como pictograma que significaba esa ave, luego como fonograma que representaba su nombre, y por último el sonido inicial, *m* [compárese el copto *moulaj*]. Se hizo lo mismo con los dibujos que representaban un buitre o un polluelo. En español, ejemplos de esto serían si se dibujara un brazo para que se leyera no brazo sino *b* o una casa para que se leyera no casa sino *c*.

La escritura egipcia fonética ayudó a Champollion y otros a descifrar el resto de esa escritura.

También se puede llamar *acrofonía* el nombrar una letra con una palabra cuyo sonido inicial es el mismo que el que representa esa letra (ejemplo: ¿Cómo se escribe Rousseau? -r, o, u, s, etc., o, si se usan topónimos, Rwanda, Omán, Uruguay, Senegal, etc., o, si se usan nombres individuales femeninos, Rosa, Olga, Úrsula, Susana, etc.). Este tipo de alfabeto se ha llamado de deletreo o de pronunciación.

El alfabeto hebreo. Los hebreos, que habían estado en Egipto como esclavos, decidieron usar el mismo principio acrofónico que habían visto allí, pero con palabras hebreas; así, por ejemplo, *álef* (la primera letra en su orden alfabético) significa ‘buey’, *beth* (la segunda) ‘casa’, *gimel* (terce-

ra) ‘camello’, *daleth* (cuarta) ‘puerta’. Es decir, tanto egipcios como semitas aplicaron, a formas y nombres de letras, principios análogos (acrofonía) de modo distinto. Las letras hebreas llamadas sinaíticas (porque son de un alfabeto, de hacia 1600 a.C., aunque descubierto en 1906 de la Era Cristiana en inscripciones en minas de la península del Sinaí) se derivan de la idea del uso acrofónico de los jeroglíficos egipcios.

El alfabeto no solo es la serie de letras con que se escribe un idioma (estas letras son signos, que representan sonidos), sino esa serie en su orden tradicional [el orden actual se basa en el original de hacia 1600 a.C.]. De esos signos gráficos hebreos sinaíticos y su sonido se derivaron primero los signos fenicios, y de ellos la forma de los griegos (hacia 800 a.C.), así como su *nombre* y su *orden*.

El alfabeto sinaítico y su descendiente el fenicio mostraban solamente *consonantes*; los griegos, que imitaron el alfabeto fenicio, introdujeron caracteres *vocálicos* (usando para ellos los signos fenicios que representaban sonidos semíticos que la lengua griega no poseía). En el orden alfabético que resultó para el griego, las vocales aparecieron aproximadamente cada cinco letras: 1 alfa, 5 épsilon, 9 ióta [pero si se cuenta la antigua digamma (6) sería 10], 15 ómicron, 20 hýpsilon.

En las lenguas semíticas se había escrito sin vocales. Esto era tolerable en esos idiomas, aunque podía haber errores de interpretación: sin vocales, el árabe  (qtl) se puede leer *qatala* ‘él mató’ o *qutila* ‘él fue muerto’.

Los nombres griegos de las letras (alfa, beta, gamma, delta) son de etimología claramente semítica; se basan en los nombres fenicios (que los fenicios habían adoptado hacia 1100 a.C.) y estos en los prefenicios, o sea, en los nombres hebreos o protosemíticos.

El latín tomó de los griegos el alfabeto; en 312 a.C. el latín creó un símbolo *G* adaptándolo de *C* para representar el sonido del español *g* en *gallo* (colocó en el orden alfabético el símbolo nuevo en la séptima posición, aprovechando que los romanos no utilizaban en ese entonces la zéta griega [hoy sexta, pero en el alfabeto griego primitivo la digamma había

ocupado ese sexto lugar]). En el siglo I a.C. el latín adoptó del griego los símbolos Y y Z para usarlos en palabras latinas tomadas del griego (estos dos símbolos se colocaron entonces al final del alfabeto).

El alfabeto latino de 23 letras (100 a. C.) llegó a ser el alfabeto moderno (francés e inglés) de 26 letras por la adición de *U* y *W* (vástagos de *V*, que se colocaron en el orden alfabético a los dos lados de *V*) y de *J* (vástago de *I*, que se insertó en el orden después de *I*). Se considera que el abecedario español tiene 29 letras o signos gráficos, porque se incluyen la *ñ* y los dos dígrafos *ch* y *ll*.

El griego de las inscripciones utilizaba solo mayúsculas. Las minúsculas actuales son producto de simplificaciones que ocurrieron en varias épocas. Las más antiguas son del siglo III a.C.

Dirección de la escritura. En cuanto a la *dirección* de la escritura, en algunos sistemas era bastante libre, y dependía a lo menos en parte de la forma de la superficie. En Egipto, por ejemplo, los jeroglíficos (desde antes de 2600 a.C.) se escribían frecuentemente en columnas, de arriba abajo, y cuando se ponían en renglones horizontales normalmente se hacía de derecha a izquierda, igual que hoy los alfabetos árabe (alifato) y hebreo (alefato).

Lo natural para grabar en piedra, por ejemplo una raya horizontal, si alguien no es zurdo, sería tomar en la mano izquierda el cincel (o la piedra que hace las veces de cincel) y en la derecha el martillo (o la piedra que hace las veces de martillo).

Los griegos al principio escribieron de derecha a izquierda, igual que los fenicios, de quienes habían tomado el alfabeto, luego usaron el método de escribir bustrófedon [griego *boustrofedón*, literalmente = ‘volviendo como el buey’, debido al movimiento de los bueyes al hacer surcos con el arado, de *bóús* ‘buey’ + *stréfein* ‘volver’, que alternaba un renglón de derecha a izquierda con uno de izquierda a derecha; después, la escritura griega se hizo toda de izquierda a derecha, como en muchas lenguas modernas (para alejar la mano y no manchar el papel con la tinta, que en ese entonces no se secaba rápidamente).

TRABAJOS DIVERSOS EN OTROS FOROS

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL PREMIO SAN MILLÁN DE LA COGOLLA*

Margit FRENK

Hace 10 meses, el 15 de agosto del 2003, en este mismo lugar, tuvimos ocasión de escuchar una interesantísima conferencia de don Claudio García Turza, filólogo de la Universidad de La Rioja que había venido a formar parte del jurado del Premio San Millán de la Cogolla. Don Claudio nos hizo dar un salto de 11 siglos hacia atrás, hasta el siglo x, y nos llevó precisamente al Monasterio de San Millán de la Cogolla, donde se escribieron los primeros documentos conocidos que atestiguan la existencia del idioma castellano. Algo sabíamos de las famosas “glosas emilianenses”; pero ahora nos dimos cuenta de que casi no sabíamos nada, de que no eran unos cuantos los manuscritos latinos en cuyos márgenes se habían escrito palabras en castellano, sino muchos más, en parte todavía no del todo explorados, y que los descubrimientos lingüísticos a los que conducían esas joyas eran de una complejidad que los estudios que conocíamos no permitían aún adivinar. Recuerdo en particular un voluminoso diccionario enciclopédico, el Códice 46, que terminó de copiarse en el Monasterio de San Millán de la Cogolla en junio de 964: hace la bicoca de 1040 años.

Con suavidad y discreción, don Claudio combatió la idea tan generalizada de que esos antiquísimos documentos revelaban *los comienzos de la lengua española* o, como tanto se ha dicho, sus primeros “balbuceos” (como cuando se habla de un niño que empieza a hablar). Se trataba apenas de los primeros testimonios *escritos* de una lengua que ya llevaba siglos hablándose, de una lengua ya entonces, en el siglo x, madura, adulta.

* Leído el 19 de junio de 2004 en Casa Lamm.

Después de la conferencia, una voz del público preguntó que cuándo pudo haber nacido, pues, el castellano. Y don Claudio, que quizá había esquivado esas precisiones azarosas, contestó generosamente: es posible que por el siglo VII. Creo que muchos de sus oyentes nos quedamos impresionados ante una fecha tan remota. De mí sé decir que además me puse a atar cabos, porque en ese lejano pasado había situado don Ramón Menéndez Pidal el nacimiento de la lírica popular de la Península ibérica, de esos cantarcitos que siempre me han gustado tanto y que durante muchos, muchos años me he dedicado a reunir y a estudiar. De las jar-chas mozárabes conocidas, los primeros testimonios *escritos* se remontan al siglo XI. Pero, otra vez, esos testimonios nos hablan, en efecto, de canciones que se venían cantando entre el pueblo desde siglos atrás, y que luego siguieron cantándose y transformándose por vía oral a lo largo y lo ancho de la Península ibérica, en sus varias modalidades lingüísticas, hasta que el Renacimiento los hizo vivir nuevamente en el papel, en la escritura, y así nos dio la posibilidad de conocerlas y darlas a conocer hoy.

Y hablando del presente, unos cuantos días después de aquella conferencia, el 19 de agosto —curiosamente, otro día 19, como hoy—, supe que el jurado había decidido otorgarme a mí el generoso Premio San Millán de la Cogolla. Pueden imaginarse ustedes mi emoción, y no solo por mí, sino por México, el primer país elegido entonces para ese premio. Y no solo por México, sino, en general, por los estudios lingüísticos y literarios centrados en la lengua española. Porque resulta que en nuestros países hispanohablantes ha habido y sigue habiendo, por fortuna, multitud de premios para la creación literaria, pero, según me dicen, *ninguno* para los estudios filológicos y literarios: este, según me dicen, es el primero. Con razón dijo Carlos Montemayor, miembro de aquel jurado, que la actividad filológica ha sido un quehacer oscuro; y ahora, por lo visto, comienza a salir a la luz.

Así pues, tengo tres motivos importantes para agradecer inmensamente a la Fundación San Millán de la Cogolla este premio. Y decir “la Fundación” es también decir “La Rioja” y, más específicamente, el pre-

sidente de ambas, don Pedro Sanz Alonso, que ahora ha venido hasta México para entregarlo. Fue él, si no me equivoco, quien en su anterior viaje a nuestro país tuvo la excelente idea de crear este premio, que significará —¿quién lo duda?— un estímulo poderoso para quienes dedican su vida y su entusiasmo a esas tareas.

Y quisiera extender mi agradecimiento, de todo corazón, a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, a su director, Ambrosio Velasco, y a su Consejo Técnico, quienes se atrevieron a presentar mi candidatura. Y a la Academia Mexicana de la Lengua, que, apoyada por la Fundación, organizó el concurso en todos sus aspectos, incluyendo, por supuesto, esta ceremonia. Y, ni decir tiene, a los cinco miembros del jurado. Gracias, gracias, a todos.

PONENCIAS DE ACADÉMICOS MEXICANOS EN EL TERCER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA *

IDENTIDAD Y LENGUA EN LA CREACIÓN LITERARIA

Gonzalo CELORIO

Compañera del imperio, según la socorrida sentencia de Antonio de Nebrija, la lengua de Castilla, tras la conquista espiritual con la que la corona española trató de legitimar su conquista política allende el mar océano, se impuso sobre las lenguas aborígenes en todos los dominios españoles del Nuevo Mundo. Si bien estas desempeñaron un papel preponderante en la descomunal empresa evangelizadora, la castellanización, cuando no las extinguió, acabó por confinarlas al uso doméstico o regional, donde sobreviven subordinadas a la lengua de dominio y ajenas al desarrollo general de las literaturas nacionales surgidas a raíz de la independencia de los países hispanoamericanos. Es cierto que muchas voces indígenas pasaron a la lengua española, pero en la inmensa mayoría de los casos fueron sustantivos que designaban objetos concretos inexistentes en el mundo europeo. A la cultura dominante, pues, más que palabras, se incorporaron cosas, con sus nombres respectivos: el chocolate, el aguacate, el molcajete, para poner ejemplos nahuas, pero, por regla general, no pasaron adjetivos ni vocablos abstractos, en los que con mayor significación se cifran la sensibilidad y la idiosincrasia de una cultura. No deja de ser sintomático que los americanismos registrados en toda la obra cervantina —*caimán, caníbal, cacique*, entre ellos— sean todos sustantivos y puedan contarse con los dedos de ambas manos.

* El Tercer Congreso Internacional de la Lengua Española se celebró del 16 al 22 de noviembre de 2004 en la ciudad de Rosario, Argentina.

Después de la conquista, la tradición oral de las lenguas prehispánicas siguió dando frutos, pero la literatura de la América española durante los tres siglos de dominación colonial se escribió, salvo excepciones, en la lengua de Castilla. Y pasó a formar parte de la literatura peninsular, pues, como lo señaló Edmundo O’Gorman, la conquista espiritual no fue otra cosa que la incorporación del Nuevo Mundo al repertorio de valores en que se sustentaba la cultura española. Así las cosas, con las revoluciones de independencia los flamantes países hispanoamericanos no tuvieron otra alternativa que seguir hablando y escribiendo en la lengua de la conquista, a pesar de su anhelo de emancipación con respecto a la rancia cultura peninsular. Más que utópico, este desiderátum libertario fue meramente discursivo pues, como es sabido, al menos en la Nueva España, la independencia la hicieron los españoles (los criollos, que se negaban a mantener con sus contribuciones a la cada vez más decrepita corona española), mientras que, paradójicamente, la conquista la habían hecho los indígenas (Cortés no hubiera podido vencer a la gran Tenochtitlan sin el concurso de los tlaxcaltecas, ancestrales enemigos del imperio tenochca). Ya desde la segunda mitad del siglo XVII, en la Nueva España se les había empezado a atribuir a las culturas prehispánicas cierto valor de clasicismo, es decir, de modelo y paradigma. Piénsese, por ejemplo, en don Carlos de Sigüenza y Góngora, que encaramó a una docena de legendarios guerreros aztecas en el arco alegórico erigido en la plaza de Santo Domingo para dar la bienvenida como virrey de la Nueva España al Marqués de la Laguna. Pero no fue hasta el siglo XIX cuando tal actitud se convirtió en fundamento del discurso independentista. Y solo del discurso, porque, en la realidad, las comunidades indígenas siguieron siendo discriminadas y reducidas a la marginación, al tiempo que las antiguas culturas prehispánicas entraban gloriosamente a la retórica nacionalista, los museos arqueológicos y los libros de historia patria. En su obra dedicada a sor Juana Inés de la Cruz, Octavio Paz no se muerde la lengua para decir: “Es claro —aunque la opinión oficial por una aberración intelectual y moral se niegue a aceptar-

lo— que hay mayores afinidades entre el México independiente y la Nueva España que entre ambos y las sociedades prehispánicas”¹.

Cuándo la literatura mexicana deja de ser española es un enigma propio de Zenón de Elea, decía Alfonso Reyes. En el largo proceso de emancipación cultural que siguió a la independencia política, los escritores hispanoamericanos, como lo ha estudiado José Luis Martínez, se enfrascaron en controvertidas polémicas a propósito del destino de nuestras letras independientes. La más notable de ellas fue la que sostuvieron enconadamente Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento. Mientras el primero defendía el apego a las normas peninsulares, el segundo proclamaba la búsqueda de una expresión propia. A la distancia, sus discrepancias se antojan meros pleitos de familia porque previsiblemente el resultado no fue ni una cosa ni la otra. Si nuestra lengua de expresión literaria había sido el español desde hacía más de tres siglos y las lenguas indígenas habían sido eliminadas, marginadas o proscritas de la literatura, no podía haber una ruptura radical con respecto a la lengua española y a su tradición literaria, a la que pertenecíamos y a la cual habían contribuido con sus obras, en el caso de la Nueva España, escritores tan notables como Juan Ruiz de Alarcón, sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora. Pero, por otra parte, qué duda cabe de que en el Nuevo Mundo el español había adquirido formas de expresión propias, distintas a las peninsulares, que, con la independencia, cobraron una dimensión emancipatoria. Así, al lado de un purismo conservador en el que nuestros gramáticos llegaron a ser más papistas que el papa y se dedicaron a poner puntos y comas a la inspiración poética, como se quejaba Rubén Darío al finalizar el siglo XIX, surge una literatura que se solaza en la exaltación de las diferencias con respecto al español de España y que no tiene empacho en introducir, como signo de libertad, palabras y expresiones locales, muchas veces procedentes de las lenguas indígenas en el caso de los países hispanoamericanos que contaban con una importante tradición prehispánica. Esta actitud, afín al espíritu na-

¹ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, FCE, 1982, p. 25.

cionalista surgido de la independencia, se manifiesta especialmente en la novela, que es el género que más se identificó con la emancipación política y cultural. Y es que en el Nuevo Mundo, como es bien sabido, no se produjo ninguna novela que pudiera considerarse como tal durante los tiempos coloniales. Cuando su escritura no fue expresamente prohibida, las instituciones responsables de la vigilancia de la ortodoxia católica se encargaron de censurar o de inhibir su producción, lo que confirma el carácter subversivo del género, como lo ha hecho notar Mario Vargas Llosa. No deja de ser significativo que la primera novela que se precie de serlo escrita en el continente americano date de tiempos independentistas: *El Periquillo Sarniento* del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi, publicada en 1816.

Siguiendo el ejemplo tanto de Andrés Bello, que escribió un largo poema titulado *Oda a la agricultura en la zona tórrida*, como de Domingo Faustino Sarmiento, que dio cuenta en su *Facundo* del paisaje de la pampa argentina y de las costumbres de los gauchos, nuestra narrativa independiente, hasta mediados del siglo XX, se empeñó en describir la realidad americana, desde su naturaleza indómita y bravía a lo Horacio Quiroga, José Eustasio Rivera o Rómulo Gallegos, hasta sus problemas sociales y políticos —la explotación, la pobreza, los vicios, las sublevaciones— a lo Ricardo Güiraldes, José María Arguedas o Miguel Ángel Asturias. Buena parte de las novelas de esta época, por exaltar las peculiaridades locales, incluidas las modalidades lingüísticas, difícilmente rebasaron el ámbito vernáculo y con harta frecuencia se vieron necesitadas del andamiaje de las notas al pie de página para hacerse inteligibles más allá de las estrictas fronteras de su entorno.

El escritor cubano Alejo Carpentier, después de haber participado de semejante euforia nacionalista con su novela *Ecue-Yamba-O*, hace una crítica a esta literatura “doméstica”, de la que no escapa su propia y primeriza novela, y propone un salto a la universalidad que, lejos de eliminar las características específicas de nuestra realidad latinoamericana, propicie su amplia y profunda comprensión:

[...] nosotros, novelistas latinoamericanos, tenemos que nombrarlo todo —todo lo que nos define, envuelve y circunda: todo lo que opera con energía de contexto— para situarlo en lo universal. Termináronse los tiempos de las novelas con glosarios adicionales para explicar lo que son *curiaras*, *polle-ras*, *arepas* o *cachazas*. Termináronse los tiempos de las novelas con llamadas al pie de página para explicarnos que el árbol llamado de tal modo se viste de flores encarnadas en el mes de mayo o de agosto. Nuestra ceiba, nuestros árboles, vestidos o no de flores, se tienen que hacer universales por la operación de palabras cabales, pertenecientes al vocabulario universal. Bien se las arreglaron los románticos alemanes para hacer saber a un latinoamericano lo que era un pino nevado cuando aquel latinoamericano jamás había visto un pino ni tenía noción de cómo era la nieve que lo nevara.²

Este señalamiento de Carpentier, que indirectamente explica el gusto barroco de varios novelistas nuestros, no surge por generación espontánea. Antes bien, se corresponde con las ideas de muchos escritores nuestros que lo antecedieron y para quienes lo local y lo universal no eran términos excluyentes sino necesariamente interdependientes, como Jorge Luis Borges o Alfonso Reyes, por citar a dos de los más conspicuos prosistas hispanoamericanos del siglo xx. Borges lo mismo valora el lunfardo y las canciones populares para las seis cuerdas que las aporías de Zenón, *La Comedia* de Dante o la tradición literaria de los árabes, y en el transcurso de su vida pasa, como él mismo dice, “de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito”.³ Reyes, por su parte, igual escribe de la literatura y la religión griegas que de las letras de la Nueva España; de los historiadores alejandrinos que de la poesía de Góngora; del pasado inmediato de la literatura mexicana que de la crítica en la edad ateniense, y considera que “la lectura de Virgilio cultiva, para todos los pueblos, el espíritu nacional”.⁴

² Alejo Carpentier, “Problemática de la actual novela latinoamericana”, en *Tientos y diferencias*, México, UNAM, 1964, p. 42.

³ Jorge Luis Borges, “Borges y yo”, en *El hacedor*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1960, p. 51.

⁴ Alfonso Reyes, *Universidad, política y pueblo*, México, UNAM, 1987 (Textos de Humanidades. col. Educadores Mexicanos), p. 60.

Con el llamado *Boom* de la novela hispanoamericana en la década de los sesenta del siglo pasado —fenómeno literario pero también editorial—, nuestras manifestaciones narrativas, procedentes de muy diversos países, se dieron a entender con plenitud en todo el orbe panhispánico y dejaron una impronta significativa en la literatura española peninsular, entonces todavía sofocada por la dictadura franquista. Fue otro retorno de las carabelas, como alguien llamó a la influencia del modernismo hispanoamericano en la poesía de la Generación del 98. Ciertamente ya se había atemperado en Hispanoamérica el furor de la exaltación nacionalista que había prevalecido durante los primeros tiempos de nuestras literaturas independientes, pero ello no implicó que los novelistas abandonaran las peculiaridades locales de sus referentes. Antes bien, como lo quería Carpentier, los contextos propios de los países latinoamericanos —contextos raciales, culturales, económicos, ideológicos, étnicos, políticos, de distancia y proporción, de desajuste cronológico y hasta culinarios y de iluminación— se hicieron universales merced a la hondura de su tratamiento, a la amplitud de su proyección y a la extraordinaria calidad literaria de las novelas que los revelaron. Más allá de nuestras diferencias históricas, culturales, sociales, pero también gracias a ellas, la literatura de nuestra lengua propició tanto el descubrimiento como la configuración de una identidad panhispánica que trasciende las fronteras nacionales.

En su constante trasiego de un país a otro, las palabras, las expresiones, las modalidades lingüísticas y las realidades referenciales propias de cada una de las obras literarias que conforman la riquísima literatura de lengua española han ido encontrando una comprensión, un respeto e incluso una simpatía cada vez más generales en el ámbito de la lengua española para beneficio tanto de la diversidad como de la unidad de nuestra lengua.

EL ESPACIO DEL LIBRO, EL LIBRO EN EL ESPACIO

Jaime LABASTIDA

En el mundo global contemporáneo, ¿qué espacio ocupa el libro, el libro hecho de manera tradicional y que tiene por soporte el papel? Ha sido desplazado por otras formas de soporte, tecnológicamente más avanzadas, como la luz que brota de una pantalla electrónica? Permítanme retroceder un poco para poder avanzar.

La esencia de las máquinas consiste en generar trabajo y por lo tanto en desplazar aquello que en términos económicos se llama la fuerza de trabajo. Las máquinas ahorran esfuerzo y vuelven cada día más baratos los bienes y servicios. Hoy existe un reclamo contra las máquinas: parece como si volviéramos a la etapa arqueológica del movimiento obrero desplegado en Inglaterra a mediados del siglo XIX (el movimiento luddita, que hacía trizas la maquinaria porque en ella veía un enemigo). Lo cierto es que algunos aportes técnicos, al desplazar fuerza de trabajo y lanzar al desempleo a multitud de trabajadores (en el corto plazo), desarrollan otras fuentes de trabajo en escala mayor (en un plazo más largo). Uno de esos inventos que demuestra lo que he dicho es precisamente el de la imprenta: al ser creada, arrebató el empleo a los pendolistas que hacían, a mano, las copias de los libros. Sin embargo la imprenta y sus hijos necesarios, los libros, crearon con el tiempo más empleos, tanto directos como indirectos, que aquellos de que disponían los copistas de libros, por supuesto que escasos. Nacieron imprentas por todo el orbe, en las que se reprodujeron libros, primero; periódicos y revistas, después. ¿Cuántas personas vivimos el día de hoy a la sombra del invento de Gutenberg? Por supuesto, la imprenta ha evolucionado y, con ella, el libro. Pero quienes vivimos para el libro y por el libro sumamos ya millones de personas en el mundo. Cuando aquí hablo de libros y de imprentas incluyo, por supuesto, la revolución tecnológica más reciente, la cibernética, en la medida en que la impresión

de textos se ha beneficiado de la electrónica: enviamos copias de libros por la vía satelital, hacemos discos en soporte electrónico, los textos son escritos y reproducidos en computadora: esta comunicación sería incluso imposible si no contara con el auxilio de la electrónica.

Añado, por lo tanto, que la electricidad es un invento de la misma naturaleza que el de la imprenta. Fue en sus orígenes, acaso, tan solo, un juego (aunque un juego serio). Galvani indagaba por la fuente de la vida: creyó encontrarla en la electricidad animal, y Mary Shelley, née Godwin, supuso que por la electricidad cobrarían vida una serie de órganos humanos dispersos y así nacería un Prometeo nuevo. El desarrollo de la electricidad como fuente de luz y como fuente de energía salvó a las ballenas (*Moby Dick* es ya impensable en un espacio dominado por la electricidad). Además, hizo posible el desarrollo industrial en todo lugar y no solamente donde hubiera fuentes primarias de energía: antes de ella, las fábricas seguían con humildad a las caídas de agua o se situaban al costado de las minas de carbón: después, la energía fue llevada al sitio del mercado. Hoy, la energía eléctrica otorga empleo, directo o indirecto, a millones de personas que la producen (o se benefician de ella).

La imprenta tuvo el efecto benéfico de crear más empleos de los que en un principio desplazó. Además, al reproducir en tiempo menor y sin tantas erratas los libros que antes se copiaban a mano; al hacerlos más baratos y ponerlos en las manos de millones de personas, la imprenta logró la democratización de la inteligencia y le dio otro espacio, universal, a la palabra: hizo que el libro, hasta ese momento patrimonio de unos pocos frailes, entrara en las casas de todos los hombres. El libro, en las edades Clásica y Media, era privilegio de unas pocas personas. Leer, escribir, poseer un libro, ya no digamos una biblioteca, solo era posible para los hombres de grandes fortunas o de instituciones (universidades, monasterios, la Iglesia o el Estado). Pero desde la invención de la imprenta, poseer y leer libros fue por el contrario un hecho (me atrevería a decir que un derecho) puesto al alcance de las multitudes: la razón, la lengua, el pensamiento se volvieron instrumentos democráticos y al alcance del

vulgo: nacieron por todos lados escuelas de educación primaria; se multiplicaron institutos de enseñanza superior y de investigación, igual que sociedades científicas y literarias; a partir de entonces se empezó a hablar de una república de las letras (porque antes existía solo una aristocracia letrada). Leer y releer, escribir y pensar, elevar el diálogo racional con los otros a través del silencio creador (en el que se escucha la voz de los muertos) constituyó un deleite que al mismo tiempo amplió el espacio de la inteligencia.

¿Por qué se logró esta profunda revolución en el espacio del cerebro humano? ¿Por qué se amplió el capital más importante del que se dispone, digo, el capital humano, la inteligencia? Porque se amplió el espacio de la palabra, la razón y la sensibilidad. El libro permite una forma profunda de diálogo entre quien escribe y quien lee. No es solo un vehículo de información y de comunicación (lo que hoy se entiende por este concepto: poner en contacto, así sea superficial, al emisor y al receptor). El libro es, por encima de todo, el espacio donde se despliegan la inteligencia y la sensibilidad; no en balde Hegel consideraba a la poesía como la forma suprema del arte, en la medida en que une sensibilidad y concepto. Los pueblos con escritura guardan una diferencia profunda con los grafos, y los antropólogos señalan este aspecto como el central para determinar el grado de desarrollo de unos y otros. Claude Lévi-Strauss, cuando se opone a la nomenclatura etnológica del siglo XIX, que distinguía entre pueblos “primitivos” y pueblos “civilizados”, levanta la nueva distinción: pueblos con escritura y pueblos grafos. La escritura y la lectura permiten la reflexión, en concentrado silencio. Nos otorgan el privilegio de releer y, por lo tanto, de meditar.

El hecho de que el libro sea el espacio más apto para que en él se desplieguen la sensibilidad y la inteligencia; el hecho de que el día de hoy se cuenten por miles de millones los que leen y escriben, no significa en modo alguno que se lea bien ni que se escriba bien. Si por leer se entiende la tarea inmediata de obtener información, sin que esto signifique la adecuada discriminación de lo leído; si se considera alfabetizado al que

lee periódicos, revistas, libros ligeros o de entretenimiento, sin que su nivel de comprensión supere ese estricto nivel elemental; si contamos de este modo los hombres que leen el día de hoy, es de suyo evidente que nos encontramos en una escala superior a la que se tenía en las edades Clásica y Media, en donde ni los mismos reyes sabían leer y escribir (el de Carlomagno es un caso típico, pues era ágrafo y ni siquiera sabía firmar).

Es también obvio de suyo que el libro es hoy un instrumento barato, que está al alcance de millones de personas; el asunto no se localiza allí, empero, sino en la manera de leer. Jorge Luis Borges dijo que lo decisivo no era leer, sino releer; ese acto extraño, pues, el acto fundamental de comprender y de gozar lo que se lee. En mi país se lee, es cierto, pero se lee mal; incluso diría que se lee muy mal. Las campañas en pro de la lectura no pasan del nivel primario. Cabe dotar a las escuelas de buenas bibliotecas, por supuesto; pero, sobre todo, hay que lograr que los niños amen la lectura, desde su propia casa y desde las aulas de educación elemental: para esto, nada mejor que volver a los sistemas arcaicos, los de la lectura en voz baja (la lectura a la que se le daba el nombre de “lectura de comprensión”) y de la lectura en voz alta (y por la que se capta el ritmo, la eufonía, la belleza de los textos). No se trata de “llenar” de información a los educandos a través de una multitud inútil de materias, sino de proporcionarles instrumentos reales de formación. Algunos pedagogos creen que al niño se le enseña ciencia cuando recibe clases de cosas extrañas llamadas química, física, geografía, matemáticas; que se les enseña historia cuando se les proporciona una versión digerida y oficial de hechos y nombres de la patria. Se olvida lo que postula Sócrates: que la virtud, la ciencia, la filosofía, la poesía no se enseñan; que se pueden enseñar la historia, la técnica; pero no la ciencia ni la poesía en sentido estricto, que son actos de creación e innovación. Es imprescindible un poco de modestia. Habrá que volver a otorgar a los niños el beneficio del silencio, darles la oportunidad de que dispongan de horas vacías en las que logren el diálogo profundo con los autores decisivos.

LAS LENGUAS INDÍGENAS Y EL ESPAÑOL ¿UNA POSIBLE GLOBALIZACIÓN LINGÜÍSTICA Y CULTURAL?

Miguel LEÓN-PORTILLA

La lengua castellana se fue formando en un contexto plurilingüístico y pluricultural. En su entorno se hablaban el vascuence, lo que quedaba de algunos dialectos germánicos, el árabe y, en formación, el galaico-portugués, el aragonés, el catalán y el valenciano.

Al pasar el castellano a finales del siglo xv al Nuevo Mundo y difundirse allí en las centurias siguientes, ello ocurrió también en contextos de pluralidad lingüística y cultural. En el gran continente se hablaban desde hacía mucho tiempo centenares de lenguas y existían múltiples culturas. En la época prehispánica había habido no pocos enfrentamientos entre los pueblos amerindios que en ocasiones resultaron en la absorción de unos por otros con detrimento de las lenguas y culturas de los vencidos.

Más tarde, con la llegada de los conquistadores españoles y el duro sometimiento de los indios, se desquiciaron sus formas de vida y antiguas creencias. Prevaleció asimismo una ambivalencia respecto de las lenguas indígenas. Se llegó a ordenar que se difundiera el español con argumentos como que en los idiomas indígenas no se podían expresar los dogmas cristianos. Además, en muchos casos, la introducción de enfermedades antes desconocidas para los indígenas, así como los trabajos a que fueron sometidos en las encomiendas, corregimientos y minas, fueron causa de la extinción de pueblos con sus correspondientes lenguas.

En contraparte, hubo sobre todo frailes misioneros que se interesaron en el estudio de los idiomas amerindios. Se produjo así un proceso único en la historia universal. Fue entonces cuando —principalmente por motivaciones religiosas— nació una nueva forma de lingüística, calificada por algunos como “misional”. Sus frutos incluyen la elaboración de

centenares de “artes” o gramáticas y vocabularios. En no pocas de esas obras sus autores, con espontánea perspicacia lingüística, captaron y describieron atributos fonéticos, morfológicos y estructurales antes no conocidos por ellos. El análisis y registro de esos atributos vino a enriquecer la teoría lingüística universal. De este modo las lenguas amerindias, además de enriquecer el léxico del español con numerosos vocablos, han aportado elementos en alto grado significativo para la comprensión del lenguaje humano.

En la actualidad la lengua, que hoy recibe el nombre de española, continúa conviviendo con otras, tanto en la Península Ibérica como en Hispanoamérica. En esta, después de cinco siglos, perduran varios centenares de idiomas amerindios, algunos de ellos, como el quechua y el náhuatl, hablados por millones de personas. Dato muy importante es que el español convive ahora también con hablantes de inglés en los Estados Unidos. Allí, cerca de 40 millones de “hispanos” mantienen viva su lengua materna.

Desde otro punto de vista, hay que reconocer que los cerca de 400 millones de personas que tenemos como materno al español experimentamos el desarrollo de un proceso de globalización rampante derivado principalmente de la lengua y la cultura angloamericanas. En este contexto, importa plantearse una serie de preguntas:

¿Qué pueden significar, cultural y socialmente, las lenguas indígenas? Más que pretender dar una respuesta, quiero desmenuzar, por decirlo así, lo que implica la pregunta. Enumeraré algo de lo que ella me parece implicar.

¿El español, al implantarse en el Nuevo Mundo, fue causa de la muerte de algunas lenguas amerindias?

¿La legislación que se dio respecto de ellas les fue propicia o adversa?

¿El idioma español se corrompió o se enriqueció al estar en contacto con las lenguas amerindias?

¿Qué actitud convendrá asumir ante dichas lenguas y frente a los riesgos de una globalización cultural y lingüística?

¿Qué puede llegar a significar una globalización lingüística?

¿En qué sentido las lenguas amerindias y las literaturas que hay en ellas, las antiguas y las contemporáneas, son parte de la cultura de Iberoamérica?

¿Son valiosas esas literaturas?

¿Cuál puede ser el destino de las lenguas amerindias? ¿Morirán poco a poco? ¿Podrán contribuir a hacer frente a los riesgos de la globalización?

¿Cómo debe enseñarse la lengua española a los indígenas actuales y cómo puede compaginarse tal enseñanza con un bilingüismo efectivo que incluso lleve al cultivo de las lenguas vernáculas?

El planteamiento de estas preguntas, como es obvio, se dirige a provocar la reflexión y la enunciación de propuestas específicas por parte de los participantes en el panel que tiene como tema “El español y las lenguas indígenas”.

PRESENTACIÓN DE LA EDICIÓN CONMEMORATIVA DE LOS 400 AÑOS DE LA APARICIÓN DE LA PRIMERA PARTE DE *EL QUIJOTE*

VISIÓN CALEIDOSCÓPICA DE *EL QUIJOTE**

Fernando DEL PASO

Ciudadano presidente de los Estados Unidos Mexicanos,
licenciado Vicente Fox Quesada:

En mi calidad de presidente en turno del Colegio Nacional agradezco de la manera más cumplida en nombre de esa institución y en el mío propio, y creo que puedo hacerlo también en nombre de la Academia Mexicana de la Lengua y de su director, el doctor José G. Moreno de Alba, aquí presente, la muy generosa hospitalidad que usted nos ha brindado en esta residencia oficial de Los Pinos para llevar a cabo esta reunión.

Una reunión de una importancia excepcional, ya que este será el primer acto conjunto que realizan el Colegio Nacional y la Academia de la Lengua en toda la historia de ambas instituciones.

Y la ocasión que nos reúne, su propósito, no podría ser más fortuito: la celebración del cuarto centenario de la publicación de la primera parte de la obra maestra de Miguel de Cervantes y obra cumbre de la literatura de habla hispana, *El ingenioso hidalgo, Don Quijote de la Mancha*.

* La presentación, organizada por la Academia Mexicana de la Lengua y por El Colegio Nacional, se llevó a cabo el martes 23 de noviembre de 2004 en el salón Adolfo López Mateos de la residencia oficial de Los Pinos.

Me congratulo, nos congratulamos, de la muy honrosa presencia de usted, señor presidente, de la presencia del señor secretario de Educación Pública, Reyes Tamez Guerra, de la ministra de Cultura de España, excelentísima señora Carmen Calvo, así como de la presencia de los miembros de la Academia y del Colegio y del público que hoy nos acompaña.

Tuve el honor de ser invitado por la Academia Mexicana de la Lengua para hablar en esta oportunidad de mi libro *Viaje alrededor de El Quijote*, publicado hace unos meses por el Fondo de Cultura Económica.

Pero hablar de un libro propio es muy difícil: si se habla muy bien de él uno queda muy mal, y el sentido común indica que no hay que hablar mal de él, puesto que si un autor tuviera que disculpar la existencia de uno de sus libros, más le valdría no haberlo escrito nunca.

Confieso que tuve la tentación de aprovechar este foro privilegiado que hoy se nos brinda exactamente para hablar de mi libro, aunque sea un tema vinculado con él y con todos los libros del mundo, entre ellos incluido, por supuesto, y como un sol que ilumina una preciosa e incommensurable parte de la galaxia de Gutenberg, *El Quijote*. Pronto me di cuenta, sin embargo, de que hubiera sido inoportuno y falto de cortesía, visto que el día de hoy no me represento a mí mismo y sí en cambio al Colegio Nacional como presidente y miembro.

El tema que yo quería abordar está relacionado con las bibliotecas desaparecidas por arte y magia de un grupo de congresistas de la oposición y a la adecuación de una cantidad a los presupuestos considerables o a partes considerables de los presupuestos destinados a la educación de una entidad que se esfuman y otros temas semejantes.

Pero no estoy aquí para tratar de deshacer, pobre de mí, esta clase de entuertos políticos, de manera que dejaré mi opinión para un artículo de prensa y hablaré en esta ocasión de lo que se me invitó a hablar, el *Quijote*.

Y me limitaré, antes de abordar este tema, tan solo a señalar que en mi modesta opinión, la ciudad de México o lo que quiere decir el Distrito Federal y con él toda su zona conurbada, merece una biblioteca nacional,

una sola, única biblioteca nacional situada en el corazón de la ciudad y a la que yo le daría el nombre de Biblioteca Nacional José Vasconcelos.

Sin embargo, el tema de las bibliotecas desaparecidas me persigue, las bibliotecas natas o no natas pueden desaparecer de varias maneras, desaparecer como continentes, es decir, como edificios que contienen el acervo bibliográfico o como contenido, es decir, como el acervo mismo.

La falta de presupuesto, una catástrofe como pueden ser un incendio, un terremoto o la decisión de un gobernante, pueden acabar con el continente. El acervo a su vez puede ser también pasto de las llamas o víctima de una inundación y en ocasiones del descuido y del saqueo paulatino y constante por parte de lectores sin escrúpulos. Así pereció, desapareció la biblioteca del sabio mexicano Artemio del Valle Arizpe.

Solo conozco un caso único en que la desaparición del continente y del contenido se dio en el mismo tiempo. En este caso, claro, se trataba de una biblioteca particular, la biblioteca que había llenado de fantasías la cabeza de un hidalgo manchego, llamado Alonso Quijano o Quesada, mejor conocido cuando ya la chifladura le desbordó los sesos a manera de requesones, como el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

Pocos libros, pocos personajes en el mundo han sobrevivido a tantos embates de la crítica, como bien lo dijo Rubén Darío del caballero de marras: soportas elogios, memorias, discursos, resistes certámenes, tarjetas, discursos, aunque vale decirlo, no siempre ni el libro ni el personaje han salido ilesos de estos combates, como lo puede constatar quien lea, por ejemplo, la devastadora crítica que del Quijote hizo el novelista ruso Vladimir Nabokov.

Las primeras críticas literarias serias sobre el Quijote datan de mediados de siglo XVII. En otras palabras, durante 350 años se ha acumulado una ingente cantidad de teorías y supuestos, cuya lectura llevaría muchos años.

Es, pues, necesario para aquel cervantista que se precie de serlo, comenzar a estudiar a Cervantes y la llamada crítica cervantina prácticamente recién salido del cascarón. No ha sido ese mi caso y, por lo mis-

mo, aunque aprendí a nadar en ese océano sin fondo y me fijé rumbo y destino, titulé el primer capítulo de mi libro “Quijotitos a mí”, en alusión al episodio en el cual don Quijote pide que le abran la jaula del león para vencerlo en singular combate, como recordará todo lector de la obra. El caballero, cuando se le insiste en el peligro, exclama: “¿Leoncitos a mí?”

Ahora bien, cuando el león ve la puerta de la jaula abierta, se asoma, olfatea el aire y se mete de nuevo en su jaula, dándole el trasero a nuestro héroe. De la misma manera yo entendí que por mi atrevimiento en abrir la jaula de los leones, algo muy parecido a lo que le ocurrió a don Quijote podría pasarme. Esto es, que la crítica de los lectores avezados me ignorara, bostezara y me enseñara el trasero. O bien, que me comieran vivo.

El hecho de que hoy celebremos la aparición de la primera parte del libro nos recuerda que hubo una segunda parte publicada 10 años más tarde, y que en el ínterin apareció un Quijote apócrifo escrito por un tal Alonso Fernández de Avellaneda, y cuyo nombre verdadero nunca se descubrió porque *Fernández de Avellaneda* era un seudónimo.

Podemos suponer que este libro insolente y aburrido, aunque sólido —su solidez es la solidez de la piedra—, llevó a Cervantes a escribir la segunda parte de su obra maestra. Pero en esta segunda y maravillosa parte Cervantes cometió un error: incluir en ella a un personaje de Avellaneda, don Álvaro Tarfe. Lo incluyó para que este negara la autenticidad del falso don Quijote y del falso Sancho Panza. Pero eso le costó muy caro, el Quijote apócrifo era un libro muy olvidable, por decirlo de alguna manera, pero al saltar uno de sus personajes, al exiliarse uno de ellos del oscuro país de Avellaneda para naturalizarse en la patria luminosa de Cervantes, este le dio legitimidad como personaje literario.

Aunque primero seducido por el Quijote apócrifo y después por el auténtico, este hecho convirtió el libro del falsario Avellaneda en una sombra que ha seguido y seguirá hasta la eternidad al auténtico Quijote.

Las increíbles implicaciones y los enredos literarios habidos y por haber del salto inmortal de don Álvaro Tarfe son un tema también de mi libro, y la hispanidad.

El pasado 12 de octubre, mi esposa y yo cruzamos el Atlántico, pero no de Europa hacia América, sino de América hacia Europa. En esa fecha los españoles celebran el día de la hispanidad. El propósito de mi viaje fue el de leer una conferencia sobre el *Viaje alrededor de El Quijote*, la conferencia inaugural de un coloquio en honor del cumpleaños número 400 de la obra, organizado en la ciudad universitaria de París por la Casa de México, el Colegio de España y la Fundación Argentina.

Por lo anterior se puede afirmar que con este coloquio México inició la avalancha de críticas, libros, artículos, mesas redondas, congresos, fiestas y todo lo demás a lo que se refería Rubén Darío, que en número finito, pero enorme, se darán sin duda en el 2005, como de alguna manera también una editorial mexicana y el Fondo de Cultura Económica abrieron brecha con la publicación del libro de un servidor.

Pues bien, a propósito de la hispanidad me permití afirmar hacia el final de ese primer capítulo, escrito a modo de prefacio de mi libro, lo siguiente: a España hace tiempo que el castellano se le fue de las manos, hoy lo hablan en América muchos millones más de personas que los millones que lo hablan en España, y en la América hispanohablante se ha producido un conjunto de obra literaria en la mitad del siglo pasado muy superior al que se dio en ese mismo lapso en la propia España.

Decía Azorín que no hubo decadencia, sino extravasamiento a América de la energía y la sangre españolas. Si así fue, digo yo, solo pudieron hacerse patentes hasta que cristalizaron en la energía y la sangre del lento, prodigioso mestizaje que se inició con la Conquista.

Para bien o para mal, y como uno de los resultados de ese mestizaje, se ha perdido el centro. España no representa ya la metrópoli regidora de la lengua a la que *limpia, fija y da esplendor*.

En cada país hispanohablante del continente, el castellano conquistó también su independencia, cada país lo habla como quiere hablarlo y lo escribe como quiere escribirlo, lo que permite, asimismo, que cada quien hable del Quijote según como en él le vaya.

No se trata, por supuesto, de asumir una arrogancia a la que solo podríamos calificar como pueril, sino de reconocer y consolidar esa independencia de nuestro castellano, sin olvidarnos de quienes fueron nuestros padres y abuelos literarios: los españoles, desde luego.

Si es difícil hablar de un libro propio, lo es más todavía hacerlo en unos cuantos minutos. Son muchos los otros temas que me permití tratar en *Viaje alrededor de El Quijote*; me refiero, por ejemplo, a aquella crítica que coloca a don Quijote y a Cristo a la misma altura, si bien se trata de un Cristo ridículo, como dijo Dostoievski, y doy mi opinión en el sentido de que si en algo se parecen don Quijote y Cristo no es tanto en sus virtudes como en sus carencias afectivas.

Me regodeo en un capítulo dedicado al viaje como la aventura de la imaginación, hablo de todas las Dulcineas que inventaron entre Cervantes y don Quijote, y en particular de aquellas Dulcineas inmóviles como vírgenes mayestáticas que pierden su encanto apenas abren la boca o se suben de un salto al lomo de un burro para montarlo a horcajadas.

Hablo, asimismo, de las Dulcineas varoniles y de la Dulcinea hombre, de la Dulcinea de carnes amondongadas que enterró Cervantes en la primera parte del libro y a la que resucitó en la segunda parte.

El tiempo, como decía, no me permite entrar en más detalles y solo me resta invitar a ustedes a que lean el libro e invitarlos, al mismo tiempo, a dejarlo en cuanto los aburra, así sea en la primera o en la última página. Bueno, si lo dejan en la última, algo —espero— habrá ganado el lector que así lo haga, y mucho el autor.

Pero, me preguntarán ustedes: ¿y la biblioteca desaparecida? Por desaparecida se me olvidaba hablar de ella. En el capítulo sexto de la primera parte, ustedes recordarán, la sobrina y el cura tapan la puerta que daba a la biblioteca del hidalgo, tras arrojar los libros por la ventana o ventanas de la habitación que daba al corral de la casa para, en este, realizar la quema de estos.

Don Quijote, después de una enfermedad que lo tuvo postrado y casi inconsciente, se levanta y pasa desesperado las manos por los ladrillos

donde antes estaba la puerta, y su sobrina le dice que la biblioteca continente y contenido han desaparecido al llevárselas... Muñatón... “Fres-tón”, corrige el hidalgo, y lo cree a pie juntillas, puesto que está acostumbrado a comulgar con ruedas de molino con tal de llevar agua al propio.

Cervantes no entra en detalles sobre cómo se las ingeniaran el cura y la sobrina para tapiar la puerta con tales artes que no se notaran los nuevos ladrillos y el nuevo jalbegue o argamasilla y la nueva pintura, pero olvida Cervantes algo muy importante que hace quedar como tontos a los vándalos, como tonto de capirote al hidalgo y como don tontísimo a su autor: que ninguna habitación desaparece si no desaparece o desaparecen la pared o las paredes que comparte con otras habitaciones y si no desaparece, dado el caso, el techo de la habitación situada abajo de ella o el piso de la habitación situada arriba, lo cual dejaría en la casa correspondiente un hueco enorme y desconsolador.

Nadie piensa en eso, y lo que es más, don Quijote vuelve a salir después por la misma puerta del mismo corral y no se da cuenta de que la ventana o las ventanas de su biblioteca permanecen en su lugar, nadie se los ha llevado, como se suponía, con todo y sus respectivos moldes.

Porque tengo entendido que además de los ya mencionados personajes y autor, ningún crítico cervantino en el transcurso de tres siglos y medio se ha dado cuenta de este delicioso y divertido absurdo, y al menos que se me demuestre lo contrario, presumo este hallazgo como una perla, como una perla y no una aguja encontrada en el inmenso pajar de la crítica cervantina.

Y es que las bibliotecas, señoras y señores, no desaparecen como contenido y menos como continente así como así.

EL QUIJOTE, NUEVA INTERPRETACIÓN EDITORIAL

José G. MORENO DE ALBA

Señor presidente don Vicente Fox;
señor presidente en turno del Colegio Nacional, don Fernando del Paso;
señor secretario de Educación Pública;
señora presidenta del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes;
señores ministros del Colegio de España;
señora embajadora de España;
señores académicos;
señoras y señores:

No falta quien piense que de *El Quijote* ya se ha dicho todo; sin embargo, también hay quienes piensan que sobre esa famosa obra queda casi todo por decirse; tal es su grandeza de contenido y su perfección literaria.

Esta tarde, sobre la inmortal novela ha hablado ya uno de nuestros más ilustres cervantistas, miembro del Colegio Nacional y miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, don Fernando del Paso, gran conocedor de ese gran texto clásico.

Yo me referiré en la hermosa edición que hoy se presenta. Primero que nada debo recordar a ustedes que la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, instituciones editoras, pretenden con ella sumarse a los cientos de publicaciones y actos conmemorativos del Cuarto Centenario de la Edición Príncipe de la Primera Parte de *El Quijote* (Juan de la Cuesta, Madrid, 1605).

No se ha escatimado esfuerzo alguno. Además de una impecable y diría yo perfecta fijación del texto cervantino, ejemplar trabajo filológico al que me referiré enseguida, a la novela preceden en esta edición el prólogo, “Una novela para el siglo XXI”, de Mario Vargas Llosa, y la reimpresión de dos ensayos imprescindibles, “La invención del *Quijote*”, de Francisco Ayala, y “Cervantes y el *Quijote*” de Martín de Riquer.

A la elegante impresión de las dos partes del *Quijote* en esta edición siguen cinco formidables ensayos en los que se analiza la lengua de Cervantes y el *Quijote*; son los siguientes: “El *Quijote* en la historia de la lengua española”, de José Manuel Blecua; “Cervantes como modelo lingüístico”, de Guillermo Rojo; “Los registros lingüísticos del *Quijote*: la distancia irónica de la realidad”, de José Antonio Pascual; “Oralidad, escritura, lectura”, de Margit Frenk; y “Cauces de la novela cervantina: perspectivas y diálogos”, de Claudio Guillén. Los ocho importantes escritores que acabo de mencionar son todos ellos académicos. Termina la obra con la bibliografía utilizada y un importantísimo glosario del que también diré algo más adelante.

A lo ya explicado hay que añadir que Alfaguara y el Grupo Santillana han hecho el verdadero milagro de formar con perfección, imprimir con inusitada limpieza y encuadernar elegantemente el volumen que hoy se presenta y además haciendo los participantes, editores, autores, impresores y distribuidores su mayor esfuerzo para ofrecerse a muy bajo precio.

Lo más importante de la obra es obviamente el texto de Cervantes. De establecerlo se encargó el que es quizá el mejor especialista: don Francisco Rico. Hace en nuestra edición una extensa explicación, “Nota al texto”, donde habla de los criterios y lineamientos que se siguieron, y hay sobre todo muy convincentes justificaciones.

Suele pensarse que un trabajo de edición tanto mejor será cuanto más se apegue al texto de la edición príncipe. Esto no siempre resulta cierto. Téngase en cuenta para empezar que las imprentas a principios del siglo XVII trabajaban no con el autógrafo del escritor, sino casi siempre con una copia en limpio preparada por amanuenses profesionales. A esa copia se le llamaba el original, que en su caso sería aprobado por el Consejo de Castilla y rubricado folio a folio.

Como es fácil de imaginar, el autógrafo y el original tenían errores, algunos graves. Los hay abundantes en la edición príncipe. El filólogo editor debe corregirlos; así lo hace Rico en la presente entrega. Considérese además que Juan de la Cuesta imprimió el cuerpo de la obra sin

preliminares, unos 1 500 o 1 600 ejemplares en dos o tres meses, lapso brevísimo. Esta prisa explica una enorme cantidad de erratas que deben corregirse por el filólogo.

En 1615 el mismo editor publica la segunda parte del *Quijote*, tampoco exenta de problemas. En esta, como en la primera, Cervantes modificó párrafos con adiciones y cambios de lugar, además de todos los accidentes tipográficos y editoriales habituales en su época.

Ante todo ello, ¿qué debe hacer el filólogo, qué hizo nuestro erudito editor? Hace algunos años Francisco Rico escribió al respecto. Cito a Francisco Rico:

por un lado, partir de un estudio y una valoración hasta la fecha no realizados de las ediciones impresas por Juan de la Cuesta y de un escrutinio metódico del resto de la tradición; por otro, examinar cada lección y cada variante a la luz de las normas básicas de la crítica textual y decidirse por la mejor fundada de acuerdo con ellas y por ahí, de conformidad con todos los elementos de juicio rastreables, en vez de atenerse a la panacea del *codex unicus*.

Hasta ahí Rico.

Eso ha hecho el editor filólogo, algo muy diferente de aquello en que consistían las ediciones del *Quijote* del pasado siglo XX, cuando se consideraba que editar el *Quijote* era copiar a pie juntillas la edición príncipe, respetando como si fueran del propio Cervantes las evidentes erratas y los errores de copistas y cajistas.

Aunque también de aquel las hay, de Cervantes, y en ocasiones fenomenales, como cuando, seguramente al revisar el original de la segunda edición, también de 1605, intercaló la adición del episodio de la pérdida del asno antes de que correspondiera, resultando que durante nada menos que dos capítulos cabalga sobre el borrico desaparecido.

Estas y otras peripecias hubieron de llevar a Cervantes en la segunda parte, en 1615, a descalificar esta segunda edición de la primera parte. Bien hace, por tanto, Francisco Rico al considerar la primera, cuyo

cuarto centenario estamos celebrando, un poco anticipadamente, como la versión del *Quijote* que quiso asumir el autor, y es esa la que debe publicarse y es esa precisamente la que hoy se presenta con la sapientísima edición de Rico, quien sigue la edición príncipe y para la segunda parte la de 1615, pero sin incluir los aditamentos de la segunda edición.

El texto se fijó tras la consulta de poco menos de cien ediciones antiguas y modernas, aplicando, además, los métodos de la mejor filología.

Son innumerables las aportaciones de la obra. Aludo específicamente al aspecto de edición crítica que hoy se presenta. Resumo a manera de simples ejemplos algunas de ellas.

Se han modernizado las grafías y la puntuación. Recuérdesse que hasta el siglo XVIII esos eran asuntos que resolvía el impresor, nunca el autor.

La ortografía y la caligrafía eran casi totalmente libres; el propio Cervantes unas veces escribe *tuve* con ‘v’ y otras con ‘b’, *assí* con doble ‘s’ y *así* con una, *mesmo* y *mismo*, etcétera.

Por otra parte, en los autógrafos de Cervantes que se conservan no hay signos de puntuación, ni una coma, ni un punto y coma, ni dos puntos, ni acentos. Nada de esto interesaba al escritor; todo ello lo juzgaba asunto de los impresores.

Como era de esperar, las grafías y la puntuación del impresor Juan de la Cuesta eran bastante más sistemáticas que las de Cervantes, pero aun así el texto de la edición príncipe está muy lejos de la uniformidad que se habría de lograr después con la ortografía de la Real Academia Española.

Nuestro editor ha suprimido y modernizado las grafías, las vacilaciones que había, ha ajustado las grafías de las consonantes de acuerdo con las modificaciones fonológicas de fines del siglo xv.

Como es lógico, Rico no moderniza aquellas voces o pasajes en los que de forma deliberada el autor recurre a un lenguaje arcaico o rústico, ya sea en la fabla de don Quijote, ya sea en la parla de Sancho.

Esta modernización del texto de ninguna manera debe verse como un simple y facilón acomodo a los antojos del lector moderno, aunque evidentemente tenga que apoyarse en sus hábitos y preferencias.

La explicación última de estas adaptaciones no es otra sino el que con ellas se está acatando a plenitud la intención última del autor.

La edición de don Francisco Rico incluye, asimismo, una enorme cantidad de notas a pie de página. No vaya a pensarse que se trata de esas farragosas informaciones crípticas que suelen acompañar las ediciones críticas o eruditas. Lo notable es que, sin dejar de ser producto de una abrumadora erudición, están redactadas con elegante sencillez; son un verdadero, eficaz auxilio para el lector que en determinado momento tropieza con un obstáculo que le impide el gozo cabal del texto. Son simples aclaraciones, sucintas y precisas; basta con que el lector baje un poco la vista, resuelva su duda, y de inmediato reanude con fruición el disfrute del texto de Cervantes. Valga el siguiente simple ejemplo:

En el primer párrafo del primer capítulo se nos dice que las comidas de don Quijote consistían en “Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados”.

Todo el mundo sabe qué es una vaca y un carnero, e imagina lo que es el salpicón. Pero ¿qué son los duelos y quebrantos? En la nota se nos informa que podría tratarse de huevos con tocino. Son miles las notas que acompañan el texto, son miles de deliciosas informaciones redactadas siempre con elegante simplicidad.

Espero que lo hasta aquí expuesto apretadamente resumido, en algo ayude a confirmarnos en la idea de que tenemos delante, si no la mejor, sin duda una de las mejores ediciones del *Quijote* de todos los tiempos. Al menos desde un punto de vista estrictamente filológico.

Me falta, empero, por señalar, ya para terminar, otra excelente aportación de esta obra. Me refiero al glosario que aparece a dos columnas de las páginas 1 157 a la 1 235. Muchos libros cuentan con un vocabulario, con un lexicón, con definiciones más o menos precisas de algunos términos y con explicaciones más o menos satisfactorias de frases, sintagmas, refranes, dichos y proverbios. Nuestro glosario, sin embargo tiene una peculiar característica, la explicación de los vocablos se da siempre en relación con el contexto en que aparecen. Más aun, en cada entrada o

artículo se anota la página en la que aparece el pasaje en el que tal o cual palabra adquiere un determinado y particular significado, que en ese artículo se explica.

Permítaseme nuevamente dar algún ejemplo ilustrativo:

En el artículo, *abad* se nos explica que en la página 103 vale por ‘cura’; que en la 232 alude a “Elisabat, personaje del *Amadís*”; que en la 1016 forma parte del refrán: “El abad de lo que canta yanta” (‘cada uno vive y se sustenta de su trabajo’), y que en la 743 *abad* es elemento de otro refrán: “Si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo”, que denota igualdad de condiciones, valía o circunstancias entre personas de distinta índole o jerarquía.

Este utilísimo glosario cuenta con más de 3000 artículos y con más de 6000 acepciones.

Habrà quien, con más conocimientos que yo, se refiera al cuidadoso, amoroso, diría yo, trabajo editorial de Alfaguara. Yo me limito a señalar que el resultado es un objeto hermoso por su tipografía, por su papel, por su limpiísima impresión, por su bella encuadernación.

Estamos, entonces, ante una obra clásica, con visión filológica, acompañada de estudios profundos y luminosos, así como de un utilísimo y raro glosario, y todo ello en un libro que es, en sí mismo, un objeto apetecible.

En la nota explicativa de la edición, Rico nos narra que el gran cervantista Martín de Riquer, de quien como dijimos hoy también se incluye en esta edición académica un estudio celeberrimo, suele decir: “Qué suerte no haber leído nunca el *Quijote* y poder hacerlo por primera vez”.

Sin embargo, es fácil pillar a don Martín relejendo el *Quijote*; y entonces confiesa: cada día me divierte más leerlo. Ojalá todos los que aún no lo leen lo hagan en esta edición, que es popular por su precio y que es de lujo por todo lo dicho. Y, asimismo, que todos los que seguimos leyendo con decidida persistencia la novela de Cervantes, usemos este volumen donde encontraremos el texto mejor fijado, excelentes estudios, introductores y la más refinada calidad de impresión.

Debo decir, y con ello termino, que con esta obra tanto la Real Academia Española, cuanto la Asociación de Academias de la Lengua Española, así como, obviamente, Alfaguara, comienzan de manera brillante, pero sobre todo útil y servicial, la celebración del Cuarto Centenario del *Quijote*, la gran novela de Cervantes.

PALABRAS DE LA SEÑORA CARMEN CALVO,
MINISTRA DE CULTURA DEL REINO DE ESPAÑA

Señor presidente, don Vicente Fox;
autoridades civiles; autoridades académicas;
señoras y señores:

Quiero, en nombre del gobierno de mi país y en el mío propio, agradecer la invitación a este acto y valorarlo sobremanera, más allá de la cortesía debida entre gobiernos y países. El suyo y el mío. Por tres razones. La primera, que ha quedado revelada con las intervenciones anteriores a la mía, que es el contenido de este acto, la presentación, 400 años después, del monumento de nuestra lengua, el *Quijote* y, especialmente, todo lo que representa el mundo de Cervantes. Y también por la importancia que este acto representa aquí, señor presidente, en la residencia oficial de Los Pinos y con su presencia.

Me van a permitir todos ustedes, y usted señor presidente, que por razones casi de la ética política y después de habernos reunido en Madrid, prácticamente todos los colegas que gestionamos en nuestros respectivos gobiernos y en nuestras respectivas sociedades la cultura y habernos puesto de acuerdo en lo que es importante, verdaderamente, me haga portavoz, modesta portavoz de lo que ahí hablamos.

Debo decir, y con ello termino, que con esta obra tanto la Real Academia Española, cuanto la Asociación de Academias de la Lengua Española, así como, obviamente, Alfaguara, comienzan de manera brillante, pero sobre todo útil y servicial, la celebración del Cuarto Centenario del *Quijote*, la gran novela de Cervantes.

PALABRAS DE LA SEÑORA CARMEN CALVO,
MINISTRA DE CULTURA DEL REINO DE ESPAÑA

Señor presidente, don Vicente Fox;
autoridades civiles; autoridades académicas;
señoras y señores:

Quiero, en nombre del gobierno de mi país y en el mío propio, agradecer la invitación a este acto y valorarlo sobremanera, más allá de la cortesía debida entre gobiernos y países. El suyo y el mío. Por tres razones. La primera, que ha quedado revelada con las intervenciones anteriores a la mía, que es el contenido de este acto, la presentación, 400 años después, del monumento de nuestra lengua, el *Quijote* y, especialmente, todo lo que representa el mundo de Cervantes. Y también por la importancia que este acto representa aquí, señor presidente, en la residencia oficial de Los Pinos y con su presencia.

Me van a permitir todos ustedes, y usted señor presidente, que por razones casi de la ética política y después de habernos reunido en Madrid, prácticamente todos los colegas que gestionamos en nuestros respectivos gobiernos y en nuestras respectivas sociedades la cultura y habernos puesto de acuerdo en lo que es importante, verdaderamente, me haga portavoz, modesta portavoz de lo que ahí hablamos.

Hablamos todos los ministros y ministras responsables del espacio en el que se hace la cultura en español, es decir, del mundo hispanohablante, de la importancia de nuestra cultura precediendo a veces sin darnos cuenta la economía y la política.

De la importancia que representa cuando nos nombramos a nosotros mismos y a veces sin darnos cuenta que nos nombramos porque somos una cultura en común, y el eje fundamental de una cultura es la lengua; en este caso el español.

Todos coincidimos en seguir avanzando en la importancia de las políticas culturales en el marco de las obligaciones de los Estados, en la importancia de la cultura como un servicio público en el marco de las democracias y de las sociedades libres y desarrolladas y por eso hace tiempo que decidimos que el año de 2005, que coincide con el 400 aniversario de la primera edición de *Don Quijote de la Mancha*, sería el año de la lectura iberoamericana. Es avanzar en una idea sencilla, compleja de sacar adelante, absolutamente indiscutible y completamente necesaria: leer. Estamos hablando de un personaje que enloqueció por leer, estamos hablando de defender, de dejar que exista, de vivir con otras culturas y con otras lenguas haciendo la nuestra y permitiendo la nuestra.

Y esto, me van a permitir ustedes que les diga, se hace, en mi modesta opinión, leyendo; una lengua se entiende, se maneja, se usa correctamente, se deja vivir y se la deja viva cuando se lee.

Y eso, independientemente de que nos haya tocado vivir un tiempo como este en el que andamos compitiendo con otras fuentes de información y con formas diferentes de la manera tradicional de adquirir conocimientos, esto es, la lectura.

Hemos de mejorar. Las bibliotecas públicas son el mejor lugar de amparo para el conocimiento, para la información y por tanto para la libertad y la dignidad de nuestros ciudadanos.

Y por eso es extraordinariamente importante que este acto se esté produciendo aquí, y justamente con la persona que democráticamente representa a todos los mexicanos y las mexicanas, su presidente.

Me van a permitir una segunda reflexión, y con ella termino estas breves palabras. Estamos delante de una obra que aporta al mundo, que aporta a este mundo nuestro una verdad, una verdad universal, la verdad de un prototipo humano que es el Quijote, prototipo que inventó una mente con una excelente y extraordinaria biografía como la de don Miguel de Cervantes. Esta verdad universal encierra todos y cada uno de los valores de este personaje y de la obra cervantina. A veces pienso como ciudadana que habla esta lengua que el Quijote nos convoca a la heroicidad cotidiana, a ser héroes y andar por casa, a buscar las injusticias y las libertades en el pequeño espacio propio de la responsabilidad de cada uno, de nuestras vidas, especialmente si seguimos entendiendo que trabajar en nuestra cultura, que defenderla, que permitirla y que dialogar con otras es seguramente la mejor inversión que hacemos de futuro y de presente también.

Especialmente, porque como un día dijo, quizá exageradamente, pero era su propia opinión, Milan Kundera: “Cuando ya no creo en los hombres, ni en la sociedad ni en nada, solo creo en Cervantes”. Ojalá los hispanohablantes creamos sobre todo en Cervantes, y en esta obra.

PALABRAS DE VICENTE FOX QUESADA, PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

Muy buenas noches.

Lo primero y antes que nada, una disculpa. Traté de venir lo más rápido posible y, sin embargo, llegué un poco tarde, así que una disculpa a todas y a todos ustedes.

Hoy no hay duda de que se engalana esta residencia de Los Pinos. El ver aquí cabalgando nuevamente al *Quijote* después de 400 años no es poca cosa; es un día de fiesta para nosotros aquí en Los Pinos.

Me van a permitir una segunda reflexión, y con ella termino estas breves palabras. Estamos delante de una obra que aporta al mundo, que aporta a este mundo nuestro una verdad, una verdad universal, la verdad de un prototipo humano que es el Quijote, prototipo que inventó una mente con una excelente y extraordinaria biografía como la de don Miguel de Cervantes. Esta verdad universal encierra todos y cada uno de los valores de este personaje y de la obra cervantina. A veces pienso como ciudadana que habla esta lengua que el Quijote nos convoca a la heroicidad cotidiana, a ser héroes y andar por casa, a buscar las injusticias y las libertades en el pequeño espacio propio de la responsabilidad de cada uno, de nuestras vidas, especialmente si seguimos entendiendo que trabajar en nuestra cultura, que defenderla, que permitirla y que dialogar con otras es seguramente la mejor inversión que hacemos de futuro y de presente también.

Especialmente, porque como un día dijo, quizá exageradamente, pero era su propia opinión, Milan Kundera: “Cuando ya no creo en los hombres, ni en la sociedad ni en nada, solo creo en Cervantes”. Ojalá los hispanohablantes creamos sobre todo en Cervantes, y en esta obra.

PALABRAS DE VICENTE FOX QUESADA, PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

Muy buenas noches.

Lo primero y antes que nada, una disculpa. Traté de venir lo más rápido posible y, sin embargo, llegué un poco tarde, así que una disculpa a todas y a todos ustedes.

Hoy no hay duda de que se engalana esta residencia de Los Pinos. El ver aquí cabalgando nuevamente al *Quijote* después de 400 años no es poca cosa; es un día de fiesta para nosotros aquí en Los Pinos.

Pero también lo es por la importancia de quienes nos visitan, por académicos, por intelectuales, por ciudadanas y ciudadanos seguidores del *Quijote*, de esa majestuosa obra. Y qué bueno que se ha realizado esta ceremonia aquí, en Los Pinos. Nos da muchísimo gusto que así sea y a cada una y a cada uno de ustedes les damos la bienvenida a esta casa de todos los mexicanos, que también es la casa de ustedes.

Y quiero ser breve iniciando por felicitar a las Academias de la Lengua. Quiero hacer un reconocimiento a la Real Academia Española, a las 21 academias nacionales de la lengua, por las diversas actividades que han organizado con motivo de este cuarto centenario de la aparición de la primera parte del *Quijote de la Mancha*.

Felicitarlos en especial por hacer esta publicación, esta edición popular de el *Quijote*, que constituye una gran oportunidad para que el gran público, para que todo mundo conozca esta novela universal y para que los lectores y conocedores de la obra de Miguel de Cervantes puedan volver a leerla.

Así que México se suma entusiastamente a esta celebración y a hacer la promoción consecuente.

En México, la ciudad de Guanajuato, en mi tierra, es una incansable promotora de la obra de Miguel de Cervantes. Desde hace más de 30 años se celebra ahí el Festival Internacional Cervantino. La ciudad de Guanajuato cuenta con un museo, único en América Latina, que se dedica de manera íntegra a la iconografía del *Quijote*.

Organiza también Guanajuato desde hace 15 años un coloquio internacional sobre la vida y la obra de Miguel de Cervantes Saavedra y además se cuenta en la Universidad de Guanajuato con un teatro universitario que ha representado una a una obras cervantinas por más de 50 años.

Estamos entonces aquí frente a la obra cumbre de la literatura española. La riqueza del lenguaje cervantino conjuga la más alta creación artística en el hablar popular.

Existe consenso en que esta obra, la obra de Miguel de Cervantes, dio sentido y continuidad a nuestra lengua. Solo los grandes creadores logran que su obra sea símbolo de una cultura o de una lengua.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha inauguró la novela moderna en lengua española. El *Quijote* es un símbolo de la aspiración de los seres humanos por vencer los obstáculos para cumplir sus ideales.

Me llamaron la atención las muchas menciones que se hicieron sobre el tema biblioteca y lectura. Hemos lanzado una gran cruzada en México para hacer de nuestro país un país de lectores, para que desde los más pequeños que apenas empiezan a leer ya tengan cerca libros y tengan una biblioteca; una biblioteca en cada una de las aulas del país, 850 000 aulas; en cada una de ellas está una biblioteca que los maestros promueven para que los niños, los chiquillos, las chiquillas se adentren a la lectura, se enamoren de la lectura.

Pero además es sorprendente cómo los niños llevan estos libros el fin de semana a sus casas y les han dicho a sus papás que lean, y hoy los mismos papás les piden que por favor lleven estos libros los fines de semana para su lectura.

Y así, en este impulso a las bibliotecas y a la lectura, tenemos miles, miles de aulas escolares, bibliotecas escolares, que son mucho más completas y que son para toda la escuela, además de las bibliotecas de aula.

Y que hay más de 7 000 bibliotecas públicas en los municipios de todo el país, en los 31 estados y en el Distrito Federal; bibliotecas públicas abiertas a todo mundo, para promover la lectura.

Y precisamente para que esta estructura tenga una cabeza, tenga un cerebro, tenga un liderazgo, es que hemos decidido y estamos ya construyendo la Biblioteca Pública Central, la Biblioteca Vasconcelos.

Y ciertamente esa biblioteca no va a desaparecer porque falte presupuesto o porque se haya recortado el presupuesto. Todo lo contrario, eso nos invita a poner mucho más entusiasmo y a asegurar que a la brevedad terminemos con esta biblioteca pública central de México, que será ese

cerebro y que será ese monumento a la lectura para que México se convierta en un país de lectores.

Hoy nos motiva precisamente esta edición, nuevamente una promoción para impulsar la lectura en nuestro país. Vamos a asegurarnos de difundirla ampliamente, de hacerla llegar a todos los rincones del país, de imprimirla cuantas veces sea necesario para que esté al alcance de todos los 100 o 104 millones de mexicanas y mexicanos. La vamos a poner en todos los centros comunitarios, que también tienen sus bibliotecas. Son ya 3 500 centros comunitarios que están a lo largo y ancho del país en comunidades indígenas, en comunidades rurales, en comunidades en los municipios más apartados del país.

Y ahí esos centros comunitarios también estarán conectados a la Biblioteca Central y seguramente, y así lo puedo garantizar, tendrán ahí esta edición del *Quijote*.

Así que muchas gracias, ministra de Cultura, por traernos este gran mensaje del pueblo español.

Y muchas gracias y felicidades a la Academia de la Lengua Española, por esta magnífica idea.

Y a todos ustedes, muchas gracias por acompañarnos aquí.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abascal, Salvador: 121
Abreu Gómez, Ermilo: 111
Acevedo Escobar, Antonio: 96
Acosta, Joseph de: 79
Agustín, san: 320
Alarco, Rosa: 191
Alarcón, Juan Ruiz de: 341
Alatorre, Antonio: 52, 52n, 53, 55, 62
Alba, Martín Alfonso de: 95
Albert, Carlos: 304
Alcalá, Manuel: 44, 45, 46, 47, 65, 100, 106
Alejandro (biznieto de Ruy Pérez Tamayo): 37
Alemán Valdés, Miguel: 97, 151, 304
Alemán, Miguel: 302
Alessio Robles, Miguel: 85
Alfonso X el Sabio: 213
Alighieri, Dante: 63, 257, 258, 343
Alvarado, Pedro de: 310
Álvarez, Federico: 186, 206
Álvarez, José Rogelio: 8, 86, 108, 109, 310
Ansaldi, Saverio: 280n
Arcipreste, de Hita: 213
Arguedas, José María: 342
Arguedas, Manuel: 86
Armendares, Salvador: 222
Arreola, Juan José: 51, 52, 55
Asturias, Miguel Ángel: 342
Atahualpa: 224
Aub, Max: 221
Aub, Elena: 221
Autant Lara, Claude: 302
Ávila Camacho, Manuel: 112
Ayala, Francisco: 360
Azorín: 39, 122, 357
Azorín, José: 212
Azuela, Arturo: 8, 13, 14, 50, 106, 107, 108
Azuela, Mariano: 50, 51n, 52, 87, 112, 297, 301, 302
Azuela, Salvador: 96
Bacall, Lauren: 301
Bachelard, Gaston: 209
Balbuena, Bernardo de: 143, 144, 146, 147
Balzac, Honoré: 52
Barnés, Francisco: 199, 200, 201, 202
Barnés, Urbano: 199, 201
Barreda, Gabino: 226
Barrios Otero, Marinela: 186
Barrios, Carlos: 189

- Bartra, Agustí: 221
 Baudelaire, Charles: 64, 186
 Beguin, Albert: 209
 Bello, Andrés: 39, 341, 342
 Beltrán de Guzmán, Nuño: 118, 119
 Benavente, fray Toribio de: 79
 Benedico, Augusto: 221
 Benjamin, Walter: 298
 Berceo, Gonzalo de: 213
 Bergamín, José: 211
 Beristáin y Souza, José Mariano: 74
 Bernal, Rafael: 303
 Beuchot, Mauricio: 8, 14, 16, 276
 Blecua, José Manuel: 361
 Bogart, Humphrey: 301
 Bonifaz Nuño, Rubén: 12, 93, 94, 97, 99, 105
 Borges, Jorge Luis: 343, 343n, 348
 Bosch García, Carlos: 207
 Bosch Gimpera, Pedro: 207
 Bueno, Guadalupe: 212
 Bueno, Salvador: 19
 Buffón, conde de (véase Leclerc, Georges-Louis)
 Buñuel, Luis: 219

 Caballero, Gloria: 206
 Cabeza de Vaca, Álar Núñez: 175, 176, 177, 183
 Cabral, A. R.: 234n
 Calderón de la Barca, Pedro: 291
 Calígula: 273

 Calvo, Carmen: 354, 366
 Camarillo de Pereyra, María Enriqueta: 98
 Campbell, Federico: 51, 51n, 52
 Campos, Álvaro de: 185
 Capella, María Luisa: 221
 Carballo, Emmanuel: 111, 115, 115n, 117n, 122, 122n, 125, 125n, 126n, 129n, 131n, 134n, 140, 140n, 141n
 Carbonell, José Miguel: 19
 Carbonell, Miguel Ángel: 19
 Cárdenas de la Peña, Enrique: 8, 13, 16, 83, 83n
 Cárdenas, Lázaro: 214, 217
 Carlomagno: 348
 Carlos V: 170, 224, 309, 313
 Caro, Rodrigo: 286, 286n, 287, 289
 Carpentier, Alejo: 19, 209, 342, 343, 343n
 Carreño, Alberto María: 85, 86, 88, 90
 Carusso, Enrico: 151
 Caso, Alfonso: 220
 Caso, Antonio: 75
 Castañón, Adolfo: 8, 15
 Castellanos, Julio: 156
 Castellanos, Rosario: 56, 56n, 98
 Castro Leal, Antonio: 84, 86, 97, 109, 123, 123n
 Castro Pallares, Alfonso: 14, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260,

- 261, 262, 264, 265, 266, 268,
269, 270, 271, 272, 274, 275
- Castro, Fidel: 303
- Catsamijana de Sarukhán, Adelaida:
221
- Cátulo: 94
- Cayo Valerio Cátulo: 192
- Celorio, Gonzalo: 7, 13, 15, 49, 143,
199, 339
- Celorio, Luisa: 199, 200, 201, 202
- Cernuda, Luis: 221
- Cervantes de Salazar, Francisco: 144,
147, 309, 353
- Cervantes, Miguel de: 15, 33, 39, 41,
43, 47, 48, 54n, 57, 61, 63, 64,
355, 356, 358, 359, 361, 362,
363, 364, 365, 366, 368, 369,
370
- Chacón y Calvo, José María: 19
- Champollion, Jean François: 329
- Champourcin, Ernestina de: 209, 215
- Chandler, Raymond Thornton: 301
- Chaplin, Charles: 304
- Chávez, Ignacio: 208
- Chumacero, Alí: 7, 12, 40, 55, 78, 162
- Clavijero, Francisco Xavier: 103
- Clemente Orozco, José: 115
- Colina, Jenaro de la: 210, 211
- Colina, José de la: 150
- Company, Concepción: 8
- Comte, Auguste: 226
- Conrad, Joseph: 164
- Coronel de Palma, Luis: 102
- Cortázar, Julio: 205, 216
- Cortés, Hernán: 47, 67, 70, 175, 224,
298, 308, 310, 313, 340
- Cossío Villegas, Daniel: 219
- Costa, Olga: 298
- Couttolenc, Gustavo: 8, 14, 315
- Covarrubias, Miguel: 303
- Cravioto, Alfonso: 85, 86
- Cribelli, cardenal Alejandro: 72
- Crosby, J. O.: 279, 279n
- Cruz, sor Juana Inés de la: 63, 65, 74,
253, 255, 272, 274, 340, 341,
341n
- Cuauhtémoc: 224
- Cuesta, Jorge: 166
- Cuesta, Juan de la: 361, 362
- Darío, Rubén: 94, 103, 341, 355, 357
- Darwin, Charles: 231, 232, 269
- Dávalos, Balbino: 85
- Dávila Garibi, Ignacio: 91, 98
- Davoust, Emmanuel: 36, 37
- Delgadillo, Timoteo: 113
- Demócrito: 264
- Deniz, Gerardo: 221
- Descartes, René: 277, 292
- Diamond, Jared: 224n, 231, 232
- Díaz Cíntora, Salvador: 7, 12, 45, 150
- Díaz del Castillo, Bernal: 79, 173
- Díaz Ordaz, Gustavo: 204
- Díaz y de Ovando, Clementina: 7

- Díaz, Porfirio: 294
 Diego, Eliseo: 19
 Díez-Canedo, Joaquín: 212, 219
 Dilthey, Wilhelm: 208
 Diógenes: 273
 Dior, Christian: 299
 Domenchina, Juan José: 215
 Domínguez, Héctor: 38
 Doñán, Juan José: 121n
 Dostoievski, Fedor: 358
 Dumas, Alexandre: 51
 Dumézil, Georges: 240
 Durán, fray Diego: 68, 308
- Echeverría, Luis: 101
 Ehrlich, Paul R.: 223n
 Einsenstein, Sergei: 297
 Einstein, Albert: 267
 Elío de Noriega, Cecilia: 221
 Elizondo, Salvador: 7
 Elliot, Thomas Stearns: 164
 Engels, Federico: 208
 Enríquez, José Ramón: 214
 Enríquez Calleja, Isidoro: 212, 213, 216
 Escipión: 286
 Esquilo: 258, 267
- Fabela, Isidro: 86
 Fauré, Gabriel: 115
 Fernández de Lizardi, José Joaquín: 102, 342
- Fernández de Oviedo, Gonzalo: 169, 170, 171, 173, 174, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183
 Fernández del Castillo, Francisco: 96
 Fernández MacGregor, Genaro: 84, 85
 Fernández, Justino: 98
 Fernández, Sergio: 55
 Ferreira, Jesús F.: 120
 Ferrer, Eulalio: 7, 44, 221, 322
 Fierro, Julieta: 8, 11, 16, 23, 34, 36, 37, 38, 40
 Flynn, Errol: 304
 Formisiano, Luciano: 184
 Fox Quesada, Vicente: 353, 360, 366, 368
 Franco, Francisco: 228
 Frenk, Margit: 8, 16, 47, 48, 55, 335, 361
 Fromm, Erich: 220
 Frost, Elsa Cecilia: 8, 12, 16, 66, 78, 79, 80
 Fuentes, Carlos: 16, 124n, 274
 Fuentes Gutiérrez, Sergio: 12
- Gaboriau, Émile: 51
 Galindo, Sergio: 55
 Gallegos Rocafull, José M.: 207
 Gallegos, Rómulo: 342
 Galvani, Luigi: 346
 Gamboa, Federico: 44, 294, 299
 Gante, fray Pedro de: 70, 73

- Gaos, José: 76, 84, 208, 209, 220
 Garay, Francisco de: 178
 García Ascot, Jomí: 219, 303
 García Lorca, Federico: 189, 213
 García Maroto, Gabriel: 158
 García Márquez, Gabriel: 112
 García Máynez, Eduardo: 84, 220
 García Naranjo, Nemesio: 86
 García Turza, Claudio: 335, 336
 Garfias, Pedro: 216, 217
 Garrido, Felipe: 8, 11, 15, 41, 60n, 61, 62, 63, 64, 65
 Garrido, Luis: 88, 89, 96, 97
 Garza Garza, R.: 235n
 Gascón, Elvira: 221
 Gastélum, Bernardo J.: 149
 Gaya, Ramón: 216
 Genovés, Santiago: 220
 Gerbi, Antonello: 169, 177, 180, 183
 Gidé, André: 160
 Gil Vicente: 207
 Giménez Siles, Rafael: 211
 Giner de los Ríos Morales, Francisco: 220
 Glantz, Margo: 8, 13, 14, 15, 16, 50, 55, 169, 174, 183, 294
 Godínez, Alberto: 55
 Godwin, Mary Wollstonecraft (*véase* Shelley, Mary)
 Gomes de Brito, Bernardo: 176, 177, 183
 Gómez de la Serna, Ramón: 213
 Gómez de Silva, Guido: 8, 13, 14, 193, 327
 Gómez Haro, Claudia: 19
 Gómez Haro, Germaine: 19
 Gómez Robledo, Antonio: 92, 99, 105, 119, 120, 121n
 Gómez, Rafael: 44
 Gomís, Anamari: 221
 Góngora, Luis de: 63, 291, 343
 González de León, José Luis ("La Bruja"): 304
 González de Mendoza, José María: 86, 89, 90
 González Flores, Anacleto: 119, 120, 121
 González Luna, Efraín: 119, 120, 121
 González Martínez, Enrique: 94, 113, 113n
 González, J. Natalicio: 86
 Gorostiza, Celestino: 13, 143, 155, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 187
 Gorostiza, José: 93, 158, 253, 262, 270
 Goya, Francisco de: 115
 Gracián, Baltasar: 277, 283n, 291
 Grifell, Prudencia: 221
 Guillén, Claudio: 361
 Guilmáin, Ofelia: 221
 Güiraldes, Ricardo: 342
 Guisa y Azevedo, Jesús: 89, 90, 96
 Gutenberg, Johannes Gensfleisch, llamado: 345, 354

- Guzmán, Martín Luis: 86, 88, 89, 95,
97, 211, 305, 306
- Hébrard, Jean: 52
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: 77,
208, 239
- Heidegger, Martin: 278, 281, 286
- Henestrosa, Andrés: 7, 16, 96, 117
- Henríquez Ureña, Pedro: 220
- Heredia, José María: 20
- Herrera Zapién, Tarsicio: 7, 14, 73,
253, 260
- Hesíodo: 241
- Hidalgo-Serna, E.: 277n
- Hölderlin, Friedrich: 281
- Homero: 164, 166, 240, 241, 255
- Horacio: 94, 258, 263, 268, 272
- Huacuja, Daniel: 91, 96
- Isaacs, Jorge: 52
- Izquierdo, Sebastián: 292, 292n
- Jacob, Max: 186
- Jarnés, Benjamín: 216
- Jiménez Rueda, Julio: 84, 85
- Jiménez, José Alfredo: 192, 301
- Jiménez, Juan Ramón: 122, 186
- Juan, san: 213
- Juárez, Benito: 103
- Julio César: 271
- Junco, Alfonso: 86, 253
- Kahlo, Frida: 190
- Kant, Immanuel: 64, 278, 311
- Kieffer, G. H.: 235n
- Kierkegaard, Søren: 254
- Kohut, Karl: 169, 170, 183
- Kott, Jan: 249
- Kraus, A.: 234n
- Kundera, Milan: 368
- Labastida, Jaime: 8, 11, 13, 16, 44, 45,
61, 162, 237, 253, 270, 345
- Laín Entralgo, Pedro: 54n, 100
- Lamarque, Libertad: 297
- Landa, Diego de: 79
- Landa, Josu: 221
- Lara, Agustín: 151, 152
- Las Casas, fray Bartolomé de: 79, 103,
169
- Lazo, Raimundo: 19
- Leal Spengler, Eusebio: 11, 19
- Leclerc, Georges-Louis, conde de
Buffon: 63
- Leibnitz, Gottfried: 291, 292
- Lenormand, Henri René: 160
- León Felipe: 204, 205
- León, fray Luis de: 255
- Leonor (mujer de Manuel de Souza):
176, 177
- León-Portilla, Miguel: 7, 97, 311, 349
- Lerner, Delia: 52, 52n
- Lévi-Strauss, Claude: 347
- Lida, Raimundo: 220

- Lira, Andrés: 208
 Lira, Miguel N.: 191
 Lombardo Toledano, Vicente: 303
 López de Santa Anna, Antonio: 103
 López Suárez, Horacio: 206
 López Velarde, Ramón: 111, 114
 López, Miguel: 55
 Loynaz, Dulce María: 19, 20
 Loza, Demetrio: 120
- Machado, Antonio: 278, 285
 Magallanes, Fernando de: 171
 Magdaleno, Mauricio: 96
 Malgesto, Paco: 304
 Manrique, Jorge: 260, 284
 Manrique Elizondo, Arturo Ernesto
 (*véase* Panzón Panseco)
 Mantecón, José Ignacio: 207
 Maquiavelo, Nicolás: 245
 María de los Ángeles (madre de Felipe Garrido): 42
 Marín, Rubén: 14, 315, 316, 317, 322, 323, 324, 325
 Marinetti, Filippo Tommaso: 146
 Marquer, E.: 283n
 Martínez Peñalosa, Porfirio: 31, 32, 100
 Martínez, José Luis: 7, 13, 14, 15, 40, 41, 44, 55, 61, 66, 83n, 93, 99, 100, 103, 104, 105, 108, 109, 117, 341
 Marx, Karl: 208, 311
- Mata Torres, Águeda: 221
 Mediz Bolio, Antonio: 93
 Méndez Plancarte, Alfonso: 86, 92, 121, 253
 Méndez Plancarte, Gabriel: 121
 Mendieta, Jerónimo de: 79
 Mendoza, José Everardo: 12
 Menéndez Pidal, Ramón: 243, 336
 Miaja, Tere: 221
 Michel, Manuel: 304
 Millán, María del Carmen: 55, 62, 92, 98, 99, 100, 105
 Millares Carlo, Agustín: 219
 Miró, Gabriel: 122
 Moctezuma: 224
 Molina, Alonso de: 79
 Modragón, Carmen (*véase* Nahui Ollin)
 Monsiváis, Carlos: 152, 154, 313
 Montemayor, Carlos: 8, 16, 336
 Monterde, Francisco: 46, 85, 89, 90, 91, 92, 96, 97, 100
 Montesinos, Antonio de: 79
 Morales, Sergio: 311
 Morayta, Miguel: 203, 204
 Morayta, Yolanda: 203
 Moreno de Alba, José G.: 7, 19, 40, 41, 45, 61, 66, 353, 360
 Moreno Villa, José: 220
 Mortiz, Joaquín: 212
 Motolinía (*véase* Benavente, fray Toribio de)

- Motta Salas, Julián: 86
 Muñiz, Angelina: 221
 Munteanu, Dan: 100
 Muriá, José María: 209
 Muschg, Walter: 188

 Nabokov, Vladimir: 355
 Nahui Ollin (seudónimo de Carmen Mondragón): 190
 Nandino, Elías: 116, 191
 Narváez, Pánfilo de: 175
 Navarro Sánchez, Adalberto: 99, 105
 Neagu, Valeria: 100
 Nebrija, Antonio de: 339
 Nicol, Eduardo: 207, 208
 Nietzsche, Friederich: 256, 273, 291
 Noriega, Alfonso: 106
 Novo, Salvador: 13, 42, 86, 89, 90, 111, 112, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 154, 155, 159, 161, 297

 Obregón, Álvaro: 188
 O’Gorman, Edmundo: 84, 98, 340
 O’Gorman, Juan: 300
 Oliver, Rafael: 211
 Olteanu, Sandra: 100
 Olveda, Jaime: 112n
 Onrubia de Mendoza, J.: 284n
 Ordaz, Diego de: 310
 Oropesa, Rafael: 216
 Orozco, José Clemente: 302

 Ortega y Gasset, José: 78
 Ortega y Medina, Antonio: 207
 Ortiz, Fernando: 19
 Oteiza, Mercedes: 221
 Otero, Araceli: 156, 187
 Otero, Clementina: 13, 156, 157, 162, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191
 Ovidio: 94, 260
 Owen, Gilberto: 13, 112, 143, 156, 157, 160, 162, 163, 164, 166, 185, 186, 188, 189, 190, 191, 192

 Pacheco, José Emilio: 304
 Padilla Nervo, Luis: 195
 Palomera Esteban, Julio: 72, 73, 74, 80
 Panzón Panseco: 304
 Pascual, José Antonio: 361
 Pascual Buxó, José: 7
 Paso, Fernando del: 353, 360
 Patán, Federico: 206
 Pavlova, Anna: 151
 Payno, Manuel: 307, 309
 Paz, Octavio: 19, 75, 340, 341n
 Peimbert, Manuel: 36
 Pellicer, Carlos: 86
 Peña, Ernesto de la: 8
 Perec, Georges: 307, 308, 311
 Pérez Martínez, Herón: 14
 Pérez Tamayo, Ruy: 7, 11, 14, 16, 33, 34, 41, 61, 66, 222, 234n
 Pessoa, Fernando: 187
 Philippe, Gerard: 302

- Pierre Alexis, vizconde de Ponson du Terrail: 51
- Pitol, Sergio: 185
- Pizarro, Francisco: 224
- Platón: 257, 263
- Plinio: 170, 171
- Ponce, Alonso: 79
- Ponson du Terrail (*véase* Pierre Alexis)
- Portuondo, José Antonio: 20
- Potter, Van Raensselaer: 232, 232n, 233, 234, 234n
- Power, Tyrone: 304
- Presle, Micheline: 302
- Prieto, Guillermo: 114, 300
- Proenza, Teresita: 303
- Protágoras: 65
- Quevedo, Francisco de: 63, 115, 255, 278, 279n, 280, 280n, 281, 283n, 291
- Quijano, Alejandro: 86
- Quijano, Margarita: 55
- Quinto Horacio Flaco: 255
- Quirarte, Vicente: 7, 13, 15, 46, 83n, 110, 155, 185
- Quiroga, Horacio: 342
- Quiroga, Vasco de: 79
- Quirós, Pedro de: 290, 290n
- Ramírez, Olivia: 104
- Ramos, Samuel: 75, 79, 84
- Ramos Meza, Ernesto: 94
- Rangel Guerra, Alfonso: 114, 114n
- Rejano, Juan: 207, 216
- Reyes, Alfonso: 15, 19, 44, 46, 55, 55n, 65, 69, 88, 89, 91, 147, 208, 219, 253, 309, 341, 343, 343n
- Reyes, Lucha: 297
- Reyes Nevares, Beatriz: 90
- Rico, Francisco: 361, 362, 363, 364, 365
- Río, Ricardo del: 200
- Rioja, Francisco de: 289, 289n
- Riquer, Martín de: 360, 365
- Rius, Luis: 55, 205, 207, 208
- Rivas Mercado, Antonieta: 189
- Rivera de Ventosa, Enrique: 278n, 291n, 292n
- Rivera, Diego: 300, 302
- Rivera, José Eustacio: 342
- Rivera-Rodas, Óscar: 100
- Robledo, Juan de Dios: 120
- Roces, Wenceslao: 207, 208, 219
- Rodríguez Chicharro, César: 206, 208
- Rodríguez, Jesusa: 25, 297
- Rojas, Fernando de: 213
- Rojas Garcidueñas, José: 97, 98
- Rojo, Guillermo: 361
- Rojo, Vicente: 206, 212, 220
- Romero de Velasco, Flavio: 106
- Romero, Rubén: 85
- Rougemont, Denis de: 209

- Rubio, Darío: 85
- Rulfo, Juan: 50, 55, 112, 134
- Sáenz de la Calzada, Carlos: 207
- Sahagún, fray Bernardino de: 68, 79
- Sainz de Robles, Federico Carlos: 174, 183
- Sala, Marius: 100
- Salado Álvarez, Victoriano: 110
- Sánchez Vázquez, Adolfo: 206, 208, 215, 216
- Sánchez, Luis Alberto: 163
- Sandoval, Víctor: 12
- Sanz Alonso, Pedro: 337
- Sarabia, J.: 226n
- Sarmiento de Gamboa, Pedro: 171, 172, 184
- Sarmiento, Domingo Faustino: 341, 342
- Sartre, Jean Paul: 254
- Sarukhán, José: 53n, 218
- Schneider, Luis Mario: 161n
- Seco, Rosa: 221
- Segovia Caballero, Jacinto: 201
- Segovia, Tomás: 186, 209, 210
- Selva, Salomón de la: 86
- Sem Tob: 207
- Séneca: 173, 273, 291
- Sennett, Richard: 306, 312
- Septién, Pedro: 304
- Serlio, Sebastiano: 31
- Serrano Migallón, Fernando: 221
- Shakespeare, William: 59, 238, 249, 250, 251
- Shelley, Mary: 346
- Shopenhauer, Arthur: 291
- Sierra, Justo: 226
- Sigüenza y Góngora, Carlos de: 74, 115, 169, 340, 341
- Silva Herzog, Jesús: 97
- Sócrates: 65, 348
- Sófocles: 240
- Solana, Fernando: 52n, 53n
- Solís, Leopoldo: 8
- Sosaya, Antonio: 216
- Soto, Clemente: 49
- Soto, Jorge: 49
- Souto Alabarce, Arturo: 206, 208
- Souza, Manuel de: 176
- Spengler, Oswald: 79
- Stalin, José: 303
- Tácito: 291
- Tagüeña, Julia: 33
- Tamez Guerra, Reyes: 354
- Teilhard de Chardin, Pierre: 317
- Terencio: 317
- Teresa de Jesús, santa: 213
- Thompson, Frank: 55
- Torquemada, Juan de: 79
- Torre Villar, Ernesto de la: 7, 97, 100, 104
- Torres Bodet, Jaime: 86, 87, 95, 97
- Torres Quintero, Rafael: 101

Torri, Julio: 55
 Tovar y Guzmán, Isabel de: 143
 Toynbee, Arnold J.: 226
 Trabulse, Elías: 8

Urquiza, Concha: 98
 Uruchurtu, Ernesto P.: 301
 Usugli, Rodolfo: 162

Valadés, Diego: 8, 12
 Valadés, fray Diego: 72, 73, 80
 Valdés, Octaviano: 96
 Valle Arizpe, Artemio del: 355
 Valle, Laura del: 200
 Vargas Llosa, Mario: 342, 360
 Vargas, Chavela: 297
 Varo, Remedios: 221
 Vasconcelos, José: 93, 226, 226n, 227, 227n, 228
 Vega, Lope de: 103
 Velasco, Ambrosio: 337
 Velasco, José María: 306, 324
 Velo, Carlos: 219
 Vera Cruz, Alonso de la: 79
 Vernant, Jean-Pierre: 241, 242
 Vespucci, Amerigo: 172, 173, 184
 Victor Hugo: 202
 Vigil, José María: 93
 Vildrac, Charles: 156, 160, 187
 Villalobos, Carlos: 55
 Villaurrutia, Xavier: 93, 112, 159, 160, 162, 187, 190

Virgili, José: 211
 Virgilio: 144, 255, 258, 275, 343
 Vitier, Cintio: 19
 Vitier, Medardo: 19

Williams, Hada: 221
 Wolf, Hermann: 230

Xirau, Joaquín: 207, 209, 219
 Xirau, Ramón: 8, 206, 208, 209

Yáñez, Agustín: 13, 14, 50, 83, 83n, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 105, 106, 107, 109, 110, 111, 111n, 112, 114, 114n, 115, 115n, 116, 117, 117n, 118, 119, 119n, 120, 121, 121n, 122, 123, 123n, 124, 124n, 125, 125n, 126, 127n, 128, 129, 129n, 130, 130n, 131n, 132n, 134n, 140m, 141, 141n
 Yáñez, Leónides: 113

Zaid, Gabriel: 12
 Zamora Vicente, Alonso: 101
 Zavala, Silvio: 7, 103, 104, 219, 220
 Zuazo, Alonso: 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183

ÍNDICE

ACADÉMICA

Vida académica: año 2004	13
Discursos de ingreso, 11; Académicos electos, 12; Académicos correspondientes, 12; Fallecimiento, 12; Homenajes, 13; Trabajos diversos leídos en sesiones ordinarias, 13; Otros hechos relevantes, 14; Participaciones en otros foros, 15; Premios y distinciones, 16	

DISCURSOS DE INGRESO

Eusebio LEAL SPENGLER	
<i>Discurso de ingreso como académico correspondiente.</i>	19
Julieta FIERRO	
<i>Imaginemos un caracol</i>	23
Ruy PÉREZ TAMAYO	
<i>Del amor por la ciencia y por la lengua. Respuesta al discurso anterior</i>	34
Felipe GARRIDO	
<i>Leer el mundo</i>	41
Jaime LABASTIDA	
<i>Respuesta al discurso anterior.</i>	61
Elsa Cecilia FROST	
<i>Acerca de Nepantla</i>	66
Alí CHUMACERO	
<i>Respuesta al discurso anterior.</i>	78

HOMENAJES

*Homenajes al cumplirse el centenario
del nacimiento de Agustín Yáñez*

Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA

Agustín Yáñez en la Academia Mexicana de la Lengua. 83

Vicente QUIRARTE

Agustín Yáñez: Paisaje en tono mayor. 110

José Luis MARTÍNEZ

Los primeros libros y las novelas de las tierras de Agustín Yáñez. 117

*Homenaje para celebrar el centenario de los nacimientos
de Salvador Novo, Celestino Gorostiza, Gilberto Owen*

Gonzalo CELORIO

Salvador Novo. Ocasiones de contento. 143

Vicente QUIRARTE

Celestino Gorostiza, Contemporáneo 155

Jaime LABASTIDA

Gilberto Owen en su centenario 162

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

MARGO GLANTZ

Ética y retórica del infortunio 169

Vicente QUIRARTE

Me muero de sin usted: Cartas de Gilberto Owen a Clementina Otero 185

Guido GÓMEZ DE SILVA

Consideraciones acerca de los topónimos mundiales en español 193

Gonzalo CELORIO

Un río español de sangre roja 199

Ruy PÉREZ TAMAYO

Bioética y raza 222

Jaime LABASTIDA

A propósito de la justicia, la literatura y el derecho 237

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Un poema inasible mas no roto. Un poema cósmico de Alfonso Castro Pallares. 253

Mauricio BEUCHOT

Poesía y metafísica en el barroco 276

Margo GLANTZ

La Ciudad de México a través de mis siglos 294

Gustavo COUTTOLENC

Rubén Marín y Los otros días 315

Guido GÓMEZ DE SILVA

El alfabeto 327

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN OTROS FOROS

Margit FRENK

Discurso de recepción del Premio San Millán de la Cogolla. 335

Ponencias de académicos mexicanos en el Tercer Congreso Internacional de la Lengua Española

Gonzalo CELORIO

Identidad y lengua en la creación literaria 339

Jaime LABASTIDA

El espacio del libro. El libro en el espacio 345

Miguel LEÓN-PORTILLA

*Las lenguas indígenas y el español: ¿Una posible globalización lingüística
y cultural?* 349

*Presentación de la edición conmemorativa de los 400 años
de la aparición de la Primera Parte de El Quijote*

Fernando DEL PASO

Visión caleidoscópica de El Quijote 353

José G. MORENO DE ALBA

El Quijote, nueva interpretación editorial. 360

Palabras de la señora Carmen Calvo, ministra de Cultura del reino de España. . . . 366

Palabras de Vicente Fox Quesada, presidente de los Estados Unidos Mexicanos 368

ÍNDICE ONOMÁSTICO 373

Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua
tomo XXXI [2004]

se terminó de imprimir en Ediciones del Lirio, S.A. de C.V.
en el mes de diciembre de 2010. En su composición, levantada por
Gustavo Peñalosa Castro, se utilizaron los tipos de la familia
Garamond en 9:13, 11:14, 12:15, 14:18 y 18:20 puntos.

La edición, en papel Cromos ahuesado de 90 g,
consta de 200 ejemplares, y estuvo al cuidado
de Maribel Madero, con la colaboración
de Gustavo Peñalosa Castro
y Fernando Pouliot.

